

LOS BRUJOS HABLAN

(SEGUNDA PARTE)

EL HOMBRE ESTELAR

JOHN BAINES

Este libro fue pasado a formato Word para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN

**Para descargar de Internet: Biblioteca Nueva Era
Rosario – Argentina
Adherida al Directorio Promineo
FWD: www.promineo.gq.nu**

“El que decide llegar a la iniciación debe buscar aquella puerta única por donde comienza esta senda y debe empezar a buscarla dentro de sí mismo, ya que cuando consiga que su petición de llegar al lado de un maestro sea escuchada por su espíritu, éste lo conducirá en forma segura al lado de un verdadero y real maestro”.

(Párrafo final de “Los Brujos Hablan”, 1ª parte), de John Baines.

PALABRAS DE ISIS

“Yo ISIS, señora de los misterios de la naturaleza, me dirijo a ti:

“Tú, neófito que buscas atravesar el portal de la iniciación, y tú, profano que lees por curiosidad, serena tu espíritu, aclara tu mente, calma tus emociones. Apártate del mundanal ruido cobijate en el manto de tu propio YO para que puedas trasponer sin peligro el umbral que conduce a la morada de los brujos. Arroja tus prejuicios; despójate de tu egoísmo, huye por un instante del personalismo y la irreflexividad; analiza con serena mirada”.

“No temas sino a ti mismo, no dudes sino de lo que analices superficialmente, no niegues sin primero reflexionar. Sepárate de la multitud que opaca tus ideas; sé tu mismo y piensa por ti mismo; no te limites.”

“Tú, buscador de maravillas, tú, candidato a la iniciación, no mires hacia la distancia, reúne todas tus energías en ti mismo. Olvídate de la India y del Tíbet, no clames a Dios, Alá, ni Jesucristo. Lo que buscas está allí mismo donde tu estás en este momento. Sí, deja de mirar hacia afuera y sepulta tu mirada en lo más profundo de ti mismo. Aguza tu percepción, afina tus sentidos, y allí en el centro de tu ser estás tu mismo, tu YO, tu verdadera esencia, la verdad detrás de la mentira, la energía inmortal que anima al barro. Mira con unción y reverencia porque es luz..., esa luz que te ciega, es *Dios*. Escucha como dice: *Yo soy el camino y la vida.*”

“Más..., ¡cuidado!, no se puede contemplar a Dios cara a cara sin morir. ¿Estás dispuesto a seguir? Puedo concederte un gran don. Te ofrezco... ¡la muerte! No tiembles, esta muerte es el don de los inmortales, es la del fénix que renace glorioso de entre sus propias cenizas. *Para ser, es preciso no ser; para nacer y ser, se debe morir primero.* Si lo logras, serás llamado el *Dos veces nacido*. No desdeñes mi oferta, piénsalo bien; más vale morir ahora que vivir a la espera de la muerte. No creas que si me rechazas podrás seguir indemne tu camino, por el contrario, todos los caminos conducen hacia mí; ignórame y serás como los huérfanos, que no conocen a sus padres. Solamente tienes dos caminos: o te devoro o te desposas conmigo. Tuya, y sólo tuya es la elección.”

“Si eliges ser devorado, dedícate a gozar de la vida, apura la copa del placer hasta la última gota, cierra la mente a la voz de tu espíritu, entrégate a la bestia, y disfruta del placer sensual de la materia. Así, casi sin darte cuenta, llegará el momento de la antropofagia final. ¿Crees acaso que me compadeceré de ti? Te engañas, no tengo sentimientos, estoy más allá del placer y del dolor, más allá del bien y del mal, soy como el sol que se levanta en las mañanas para alumbrar a todos por igual. Después de tu muerte serás sólo un despojo y un recuerdo. Después... ni siquiera eso.”

“Si anhelas desposarte conmigo debes estar dispuesto a sufrir la muerte iniciática, tendrás que pasar por las pruebas a las cuales te someterá sin piedad la terrible Esfinge para aquilatar tu valor espiritual y la calidad de tu temple. Yo me entrego solamente al que llegó a la crucifixión, resistiendo los embates de los cuatro elementos. Amo solamente a los que han sabido apurar la copa de la amargura, de las traiciones, del escarnio y la mofa, persecuciones, calumnias y difamación; a los iniciados que han persistido con valor, sufriendo la soledad del espíritu en medio de un mundo de animales. A mí se llega después de haber recibido la calumnia y la difamación, que son las pruebas del aire; los golpes y persecuciones que son las pruebas de la tierra; los vicios y las tentaciones sensuales que son las pruebas del agua, y después de haber dominado las ambiciones descontroladas, que son las pruebas del fuego.”

“Este cuaternario corresponde a cada uno de los extremos de la cruz, donde fue clavado uno de los que arribó a mi regazo: Jesús, el Cristo. No obstante, otros aún más grandes han vivido y viven en el secreto; nadie conoce su existencia porque así conviene a sus labores.”

“No creas que en el mundo existen sólo los nacidos una vez y los dos veces nacidos; también existen, por desgracia, los una y media vez nacidos, y los abortados. Guárdate de engrosar sus filas convencido por su maquiavélico lenguaje, ya que éstos no viven ni en este mundo ni en el otro; son aquéllos que en verdad no son iniciados ni profanos, los imitadores de los maestros, los semisabios, los sembradores de mano sucia, los seguidores de la letra muerta, y los magos negros, que me codician y se ufanan de mi amor, cuando no son dignos ni siquiera de mi sonrisa. Unos pueden vestir sari o túnica; otros, collarines y mandiles, otros, los atavíos “rosacruces”; algunos, se proclamarán los “únicos dueños de la verdad”, creyendo tener su monopolio; todos se jactan de mi amistad, pero son solamente pordioseros que me imploran una migaja de sabiduría. No se nace

dos veces parándose de cabeza o meditando, ni en el ataúd de ceremonias puramente simbólicas, como tampoco, por obra y gracia del espíritu santo.”

“Si me desdeñas, recibe mi bendición y prosigue tu camino; destinado estás a ser alimento de los dioses; no todos pueden ser “hombres”; algunos, solamente animales, o peor todavía, vegetales. Si vienes a mí por curiosidad, piénsalo dos veces: es fácil ser temerario con lo que no se conoce. Si no tienes el valor necesario, retrocede, escúdate en tu vanidad y en tu orgullo, confórmate con mirar el suelo como tus congéneres. Si no estás preparado, no aspiras a conocer mi rostro: desgraciado de aquél que poseído de animal codicia o insana curiosidad, contemplare aunque fuera mi reflejo, porque no me olvidará jamás, y morirá atormentado por el ansia de poseerme.”

“Si estás preparado, si tienes ojos para ver y oídos para escuchar, si tu intención es noble y pura, prosigue sin desmayo, y sabe que a partir desde el momento en que cruces la puerta de la oculta morada, yo te esperaré ansiosa como la novia adolescente con su primer amor. Este libro puede ayudarte mucho, puede ser el guía que te lleve hacia la escondida puerta que tantos buscan y que tan pocos encuentran. Busca y encontrarás; no eleves preces a los dioses, lucha por mí. Me conquistarás por la fuerza de tu decisión, y no orando.”

EL ANTICRISTO

Resulta sorprendente cómo el ser humano, sabiendo tantas cosas, comprende tan pocas. Al igual que en la homeopatía, el producto noble (conocimiento), se encuentra diluido infinitesimalmente, debido a la incapacidad de comprensión.

El *homo sapiens* dedica sus más importantes esfuerzos al aumento de su saber, pero es precisamente en este empeño donde se pierde cada vez más en la bruma de la incertidumbre y la desorientación. Teórico del conocimiento, devora incansablemente cuanta tesis o nuevo estudio aparece, pero al igual que en el suplicio mitológico de Tántalo, su sed, lejos de saciarse, se acrecienta.

Paradójico destino es el de esta criatura alucinada: saber cada día más y comprender cada vez menos. Exteriorizarse cotidianamente de manera inevitable, hasta perder la propia identidad, alejándose obligadamente de sí mismo para fundirse con lo externo. El *sapiens* ha avanzado con rapidez extraordinaria en la conquista de la ciencia, y con la misma celeridad se ha perdido a sí mismo para vivir en un mundo de fantasmas nacidos de la alucinación colectiva de un mundo cada vez más artificial, estereotipado, y programado. En este mundo, por lo general, triunfa el hombre colectivizado que exhibe una perfecta sumisión a las pautas de la muchedumbre, y que renuncia a temprana edad a pensar con su propio cerebro, haciéndolo en cambio, con “la mente colectiva” de la multitud. Éste es el seguro pasaporte para el éxito material, pero el precio que se paga es de una desigualdad exorbitante con la recompensa. Este precio es la propia individualidad, alegoría central del lema delfico “conócete a ti mismo”. Precisamente, quien se conoce a sí mismo, y por ende a los demás, es vejado, postergado y marginado. El liderazgo pertenece a los mediocres; se glorifica al becerro de oro y se celebra el clisé hueco del sujeto programado. El templo de Delfos y su ideal ya no existen. Han sido reemplazados por el templo de la Universidad, el templo de la ley, el templo de las religiones, el templo de las ideologías políticas y sistemas económicos y el templo de las instituciones sociales y sus lemas y consignas. A todos los une un común denominador: “desconócete a ti mismo, entrégate a la muchedumbre y acata sus designios.”

Muy pocas personas se dan cuenta de esta situación, pero algunas lo presienten instintivamente y tratan de rebelarse contra el sistema sin saber qué es lo que verdaderamente las lleva a esta reacción. La juventud, por ejemplo, se resiste intuitivamente, aunque a veces por errados caminos, a ser absorbida por el ente colectivo. Más tarde, con el correr de los años también se someten, al fortalecerse su programa cerebral y recibir de la mente colectiva su fuerte influencia.

Se estima como antisocial a quien no se integra rápidamente al colectivo, considerándose en cambio como muy valioso al que se funde fácil e íntegramente con las masas perdiendo su individualidad. Esta actitud es considerada como una muestra de corrección y de “conciencia social.” En esto, como en muchas otras cosas, el *sapiens* ha errado el camino, ya que no es posible ayudar o amar a los demás sin conocerse primero a sí mismo.

Hace dos mil años, el *sapiens* tenía básicamente los mismos problemas que ahora, los mismos temores, deseos, angustias, ambiciones, codicia, mentira, cobardía, complejos, conflictos internos, y desorientación. Sus pautas de conducta no eran diferentes en lo profundo a las actuales. Sus condiciones materiales, en cambio, eran dramáticamente diferentes, observándose hasta la fecha un progreso asombroso. Cabe preguntarse si este mismo avance se produjo también en la naturaleza interna del *sapiens*, es decir, si hoy día es mejor como ser humano, si tiene más calidad que en aquella época. La respuesta es claramente negativa. Ningún cambio apreciable se ha verificado en dos mil años (ni en cinco mil), en la calidad humana del *sapiens*. Solamente ha aumentado su capacidad intelectual en virtud de las poderosas y crecientes exigencias de la civilización.

Mientras el mundo ha pasado de la barbarie a la civilización en el transcurso de la historia, el “salvaje *sapiens*” se mantiene hoy día básicamente tan primitivo como en el pasado remoto, cubriéndose solamente con sucesivas y gruesas capas de un barniz cultural y educativo.

Rompiendo la desolación espiritual de la humanidad vino un día al mundo, lleno de amor y compasión, un ser superior: Cristo. Pretendía dar al *sapiens* una oportunidad de conocer un mundo diferente, sin violencia, sin odio, sin esclavitud, sin contradicción, para mostrarle lo que podría llegar a realizar.

La mente colectiva de la muchedumbre, programada de acuerdo al lema “ojo por ojo diente por diente” rechazó con violencia el mensaje cristiano, procediendo a destruir al Mesías, tal como había ocurrido anteriormente en otras ocasiones en que Cristo había venido a la Tierra, manifestándose en otros hombres superiores.

Es así como la muchedumbre es en verdad el instrumento del *Anticristo*, el monstruo ciego, la bestia sin cabeza que acecha a todo aquél que pretende individualizarse conscientemente para dejar de ser *sapiens* y convertirse en *hombre estelar*, pináculo evolutivo del *homo sapiens*.

En algún momento, quién sabe como, se forjó la leyenda falsa del *Anticristo*, errónea en el sentido de imaginar que una persona mitológica nacería en el mundo para destruirlo por medio de la perversión de los valores cristianos superiores, y que este ser encarnaría en un hombre para realizar su nefasta labor.

En parte, creemos que esta leyenda se originó por una deformación del término *Antecristo*, con el cual se designaba en círculos herméticos a quien actuaría como *el anunciador de Cristo*, allanando y preparando su camino. Es así como el único *Antecristo* que conocemos fue *Juan el Bautista*.

Hoy en día, no contamos por desgracia con el impulso espiritual de Cristo encarnado en un cuerpo humano. Cristo como fuerza divina omnipresente en los templos religiosos no pasa de ser una alegoría simbólica que invita a los creyentes a seguir un ejemplo reconfortante. No se conoce a quien posea una verdadera fuerza espiritual, a la cual pudiéramos llamar “cristica”. Los sacerdotes de las diversas religiones se conforman sólo con tratar de imitar a Cristo, pero infortunadamente lo hacen con una espiritualidad externa y prefabricada, de acuerdo a los clisés establecidos por los patriarcas de la iglesia.

Sin embargo, el desconocimiento no significa necesariamente la inexistencia. Lo cierto es que la antorcha de la espiritualidad es llevada en el momento presente por unos pocos individuos, desconocidos en su mayoría. Llamémoslos “los brujos”, en un sentido dignificante de esta expresión que usualmente se emplea de modo tan vulgar, ya que nos referimos a *los grandes iniciados, a los nuestros, a los superiores desconocidos o sabios ocultos de la humanidad*.

Entonces, ¿por qué usar el apelativo de “brujos”? Por la simple razón de que siempre, la masa ignorante ha calificado así a los poseedores de cualidades extrañas o poderes desconocidos por el vulgo. Existió además una inquisición que tildó con este apelativo a los hombres sabios de avanzada, para desacreditarlos y anular sus ideas diferentes. Por este motivo, adoptamos con agrado este nombre, con la intención de lavar con el tiempo su estigma negativo y supersticioso. Pretendemos mostrar cómo la hechicería, la ignorancia y la superstición son exclusividad del *sapiens*, y no así de “los brujos”. Por desgracia, en el pasado, la mentalidad popular ha calificado de “brujos” a los simples hechiceros que viajan al “sabbat” empleando sortilegios de baja extracción para satisfacer tal vez sus bajas pasiones.

Ahora bien, ¿por qué designamos a Cristo como el símbolo de la espiritualidad? Lo hacemos porque Jesús fue el miembro más destacado de “*la Cofradía de los Brujos*”, preparado especialmente para su misión de hacer encarnar en sí mismo a Cristo. (Jesús y Cristo eran dos personas diferentes; una humana y otra divina.)

Cristo es un ser superior que está en un punto de la escala evolutiva donde un ser humano podría tal vez llegar en millones de años de evolución. Concibámoslo como una potencia espiritual extraterrestre, a la cual podríamos llamar un *Arcángel*. Este *Arcángel*, debido a su larguísima evolución, poseía una perfecta y poderosa espiritualidad, motivo por el cual Jesús fue largamente preparado para poder resistir en su cuerpo físico esta altísima vibración, la cual sólo podía manifestarse por breves momentos, ya que su intensidad podía destruir el sistema nervioso y celular del cuerpo de Jesús. Cristo era quien realizaba los milagros a través de Jesús, el cual proveía la materia para su manifestación.

La Cofradía de los Brujos permanece muy bien oculta, porque tiene derecho a su propia intimidad, pero algunos de sus miembros se han mezclado con la gente común, guiados por el anhelo cristiano de mostrar al *Sapiens* el camino hacia una vida superior. Saben, sin embargo, que el conocimiento del “*Arte hermético*”, que es el instrumento para llegar a la cumbre espiritual, es solamente para una “élite”, y no para ser divulgado. No obstante, la cofradía iniciática otorga la oportunidad para que cualquier persona que tenga el suficiente merecimiento pueda llegar, si es que la magnitud e inteligencia de su esfuerzo se lo permite, a integrar la élite hermética de “los brujos” u “*hombres estelares*”.

La ciencia de “los brujos” se llama *Arte hermético*, en honor a *Hermes Trismegisto*, de quien afirma la tradición habría llegado a la tierra hace aproximadamente treinta mil años, procedente del espacio exterior, siendo ungido Supremo Gran Maestro de la Cofradía Iniciática.

Inspirado en sus luces, Egipto llegó a ser grande y sabio, denominándose “hermetismo” a la ciencia sagrada de los sacerdotes. Sólo a costa de grandes sacrificios y pruebas era posible en aquella época pertenecer a una escuela iniciática hermética, y la gran mayoría que lograba ingresar, fracasaba en el camino por no tener la entereza moral y espiritual para resistir los múltiples obstáculos, tentaciones y pruebas con que ISIS la señora de los misterios de la naturaleza aquilataba en su justa valía a quienes pretendían el conocimiento supremo de la verdad absoluta.

Fue en una de esas escuelas donde Jesús se realizó a sí mismo como hermetista, llegando a los más altos grados iniciáticos.

Debido a que ha llegado el momento de hacerlo, divulgaremos el misterio de Jesús, el Cristo y las causas de la miseria moral de la humanidad, siguiendo las enseñanzas de *La Cofradía de los Brujos*. Esta miseria moral proviene de la “adoración al becerro de oro”, es decir, del sometimiento del ser humano al dios dinero, en aras del cual debe entregar o sacrificar sus posibilidades espirituales para poder subsistir. Los que poseen los

adecuados medios de supervivencia pervierten, por lo general, sus valores espirituales en potencia en el necio juego de escalar posiciones sociales a costa del mercado de consumos. Poco vale la espiritualidad o calidad moral de un individuo, ya que la necesidad de oro lo lleva a denigrarse y prostituirse por el vil metal, el que compra honra, respeto ajeno, amor, fama, y poder. El dios dinero está sentado sobre el mundo, y quien quiere disfrutar sus dones, debe adorarlo. El verdadero poder del dinero no es únicamente material, sino que es principalmente una fuerza oculta, ya que la moneda no vale nada por sí misma, sino que solamente es un símbolo del esfuerzo o del trabajo humano. Por extraña paradoja aunque el trabajo es intrínsecamente noble, el dinero, producto del esfuerzo, está bajo el control o influencia de un poder satánico o diabólico.

Invitamos al lector a meditar en qué es lo que él haría si fuera *Satanás* para corromper al ser humano; de qué medios o herramientas se valdría para fomentar los crímenes, la codicia, la guerra, el fratricidio, y la descomposición de los valores morales. Resulta difícil imaginar para esto algo más adecuado que el oro, neutro en su propia condición, pero diabólico al manejarse torcidamente.

Pero, ¿es que existe *Satanás* verdaderamente, o es sólo el mito creado por el vulgo para explicar ciertas cosas? Si una persona cree en la existencia de Dios, tiene que creer necesariamente en la realidad del “Diablo” o *Satán*, contraparte del supremo creador. Debemos recordar que en la vida no existe la unidad absoluta, y que la mera existencia de algo debe llevarnos a afirmar que lo contrario de esto también es real. No hay luz sin sombra, bien sin mal, ni verdad sin la mentira. La muerte sigue a la vida y la vida a la muerte.

Dios sería entonces la suprema inteligencia creadora, y el “diablo” la inteligencia destructiva. En la cábala antigua se ha simbolizado al “diablo” como la sombra de Dios. Así, tal como el Gran Creador tiene sus huestes angélicas, el demonio tiene también su legión infernal. A esta legión es a la que se refiere William Blatty en su obra “El Exorcista”, donde expone el fenómeno de la “posesión diabólica”. Después de esta explicación podemos continuar con nuestro relato.

La tradición transmitida por los grandes maestros herméticos afirma que en un momento crucial de la historia de la humanidad, un poderoso “*Arcángel diabólico*”, si es que se nos permite llamarlo así, logró penetrar las defensas ocultas e ingresar en la atmósfera del planeta tierra, provocando grandes perturbaciones. Para poder concebir a este ente, sugerimos la lectura del libro “El que acecha en el umbral”, de H. P. Lovecraft. El causante directo, aunque involuntario de esta catástrofe que nos aflige hasta el día de hoy, fue, según consta en los anales herméticos, Moisés.

Todos conocen la aparición de Moisés flotando en una cesta en el río, y su posterior adopción, circunstancia que indujo a engaño a los sacerdotes egipcios de aquella época, quienes tomándolo por egipcio llegaron a iniciarlo en los misterios de la magia ritual, que es un método para hacer vibrar notas claves de la naturaleza y producir así ciertos fenómenos que el operador desea lograr. El estudio de la física atómica nos muestra en teoría que es posible producir cambios o transmutaciones en la materia, por lo que no tiene nada de milagroso que estas mutaciones se lleven a cabo por procedimientos secretos. A pesar de su identificación esotérica con la magia egipcia, Moisés siempre permaneció fiel a la sangre de sus ancestros, por lo cual su más fuerte deseo era el de constituirse en el líder que liberara a su pueblo de la esclavitud, conduciéndolo a la tierra prometida. Guiado por este deseo, Moisés, consciente de las poderosas fuerzas que había aprendido a manejar, concibió una audaz idea: realizar un pacto o alianza mágica con un ángel, criatura divina que se encargaría de darle el poder y la ayuda del cielo para salvar a sus hombres.

Después de una larga preparación llevó a cabo, en la mas profunda soledad, la ceremonia ritual con las palabras mágicas e invocaciones correspondientes. En medio de impresionantes fenómenos atmosféricos y telúricos hizo su aparición un ser de impresionante presencia, que hizo temblar de pánico a Moisés por la tremenda fuerza que proyectaba. Jamás sabremos ni nos será posible imaginar las condiciones en las cuales se llevó a cabo el pacto entre el hombre y el cielo. El ángel accedió a todo lo que Moisés le solicitaba y prometió su ayuda, exigiendo en cambio una irrestricta obediencia. Le reveló su nombre que era Y., y le pidió que en señal de unión todos sus seguidores debían experimentar una pequeña operación quirúrgica de tipo ritual, con leve derramamiento de sangre. Todo hombre que pasaba por esto llegaba a ser hijo de Y. La sangre que se derramaba sellaba este pacto.

A partir de este día, Moisés, revestido de un poder sobrehumano comienza a realizar toda clase de actos de magia, convirtiendo en el centro de su poder al “*Arca de la Alianza*”. Toda clase de plagas y calamidades fueron enviadas sobre Egipto e incrédulos y rebeldes eran fulminados por la ira de Y. De esta manera el pueblo de Moisés iniciaría el éxodo que habría de durar 40 años.

Posteriormente, Y., el poder oculto tras el líder, comenzó a cambiar súbitamente su manera de proceder, empezando a formular extrañas exigencias, cuyo común denominador era el derramamiento de sangre.

Moisés, sobrecogido, empezó a darse cuenta de la magnitud del error cometido, al comprender que el “ángel divino” era en verdad “ángel de las tinieblas”, polo opuesto al de la potencia luminosa que él había pretendido evocar.

Este “ángel infernal” era uno de los integrantes de las huestes de las sombras, vampiro que para mantener su poder y fortaleza necesitaba beber sangre humana, esencia cargada de la vitalidad que otorga la chispa divina. Es por eso que a lo largo del éxodo se producen tantos incidentes de sangre, provocados por el oculto dictador.

¿Quién era realmente Y.? Digamos que era un ser muy anciano por su evolución, la cual ignoramos dónde se originó. A través de larguísimos períodos de tiempo cósmico, este ente conservó su individualidad, pero evolucionó, por desgracia, hacia el lado conceptual negativo, negro, o destructivo, como un anciano que al

pasar el tiempo se hubiera ido amargando más y más hasta llegar a una concepción totalmente destructiva y negativa de la vida.

Muchos seres similares a Y., existen en el Universo. Por fortuna, las defensas magnéticas del planeta tierra constituyen para estos entes una coraza impenetrable. Sin embargo, el ritual mágico de Moisés abrió una puerta y formó la vía a través de la cual pudo penetrar Y., a la tierra.

Detengámonos a pensar un momento y veremos que nos encontramos ante el acontecimiento más trascendental, pero infortunadamente perjudicial, en la historia oculta de la humanidad. Para justificar esta aseveración debemos necesariamente hacer algunas disgresiones aclaratorias sobre lo que es verdaderamente el planeta tierra.

Podemos afirmar serenamente, sin temor a la burla sarcástica de los ignorantes o de los semisabios, que el planeta tierra es un ser humano. No algo equivalente a un ser humano, sino que un hombre en toda la extensión de la palabra.

La filosofía hermética sostiene la veracidad de la reencarnación, pero afirma que ésta se lleva a cabo solamente en algunas personas, las cuales poseen o han desarrollado íntimamente algunas cualidades o características capaces de resistir a la muerte, es decir, ajenas al cuerpo físico corruptible. Al decir personas nos referimos a seres humanos, aún cuando estos presentaren características físicas diferentes al hombre terrestre. Prosiguiendo con la reencarnación, el hermetismo enseña que cuando un iniciado hermetista de alto grado alcanza el poder de reencarnar conscientemente, es decir, cambiar de cuerpo físico conservando su individualidad y cierto grado de memoria, el iniciado va, gradualmente, en el transcurso de sucesivas vidas, creciendo paulatinamente en su poder espiritual, o sea, teniendo una esencia o chispa divina cada vez más potente.

De este modo llega el momento en el cual el cuerpo del hombre, en la dimensión y forma que nosotros conocemos, no es capaz de “contener” o soportar una esencia tan vasta y poderosa, motivo por el cual ese espíritu o esencia superdesarrollada debe buscar un cuerpo físico adecuado a su tremenda fuerza energética. Es así como “reencarna” en el cuerpo de un planeta nuevo o joven, y continúa allí su desarrollo, en condiciones y medios que nos resulta difícil concebir. Así fue como un ser humano extraordinariamente evolucionado tomó el cuerpo del planeta tierra y lo hizo el suyo propio, bajo la forma más perfecta del Universo: la esfera.

Esta esfera está formada por los mismos materiales básicos del cuerpo humano, que son, en síntesis, los materiales del Universo. Esta esfera respira, se mueve, piensa, y siente. Tiene un sistema circulatorio, digestivo, procreador, y respiratorio. El petróleo es su sangre, se alimenta de la materia vegetal, animal, y mineral. Sexualmente es hermafrodita, con un hemisferio masculino y otro femenino. Respira a través de la vida vegetal, y su alimentación etérica o magnética la recibe por medio de la antena emisora y receptora que es el *homo sapiens*.

Una vez hecha esta aclaración, y para aquilatar la magnitud de la catástrofe provocada accidentalmente por Moisés con la llegada de Y., podemos revelar que este ente, anciano, vengativo, y malicioso, expulsó de la tierra a su joven espíritu, encarnando en su lugar. Con este hecho, se inició para la humanidad una era oscura y sangrienta. Para el pueblo judío comienza así una etapa de sufrimiento, martirio y dolor, al convertirse en inocentes víctimas de las fuerzas negativas de Y. Sólo así podemos explicarnos las grandes aflicciones que han debido soportar los judíos.

Imaginemos la desesperación de Moisés al darse cuenta de la calamidad que se había producido y de los padecimientos desatados sobre quienes quería ayudar. Con el transcurso de los días, Moisés comprendió que nada podría contra Y., ya que éste poseía una incalculable malignidad. Poseído de tal convencimiento reunió a los sabios de su pueblo y los instruyó en el gran misterio del Mesías, para que estos hombres, utilizando rituales mágicos, crearan un dios, realizando así el misterio de la teurgia, a fin de que este dios los liberara y salvara al mundo de la perniciosa influencia de Y.

Una vez transmitida esta instrucción Moisés subió al monte Nebo y jamás fue vuelto a ver con vida.

Los sabios que heredaron las instrucciones del patriarca siguieron fielmente sus instrucciones, ejecutando el ritual mesiánico según las reglas instituidas. Fue así como después de algunos cientos de años aparece Jesús, “el hijo del hombre” (reflexiónese en esta expresión) el *Salvador* esperado por los sabios iniciados por Moisés.

Es así como en las circunstancias conocidas por todos, nace Jesús. La enseñanza hermética sostiene que fue hijo de mujer judía y padre romano, siendo su progenitor un soldado romano, simple instrumento de fuerzas ocultas superiores.

¿Por qué se dice que María permaneció virgen? En realidad este misterio no se refiere a una virginidad fisiológica sino al hecho de que efectivamente no hubo contacto físico entre el verdadero padre de Jesús y María. En efecto, su padre espiritual fue un gran iniciado hermético que utilizó etéricamente el cuerpo físico del soldado romano para procrear un hijo. La simiente espiritual fue transmitida por el maestro oculto; el esperma físico por el romano. De esta manera, María concibió “sin perder su virginidad”. Recordemos además que en aquella época la palabra virginidad no se empleaba para designar la doncellez, sino para distinguir a las mujeres iniciadas en el secreto de la “vírgula”, como lo fue María. (Recordemos que la vara mágica que usaba Moisés se designaba con el nombre de “vírgula”.)

Quienes tengan “ojos para ver y oídos para escuchar” comprenderán. En cuanto a los otros, se producirá un silencio sepulcral en su interior, y sólo quedará lugar al sarcasmo del ignorante, al vacío mental del que no quiere entender, o bien, a la ceguera inconsciente del que no le conviene ver.

Jesús, dios creado por el hombre, encarnado en cuerpo de hombre, es consagrado un día por el *Antecristo*, Juan el Bautista, gran iniciado cuyo bautismo impartido en el río fue el medio que permitió la primera manifestación de Cristo en Jesús, el dios-hombre, cuya misión estaba delineada desde su nacimiento.

Desde los tiempos de Moisés, *la Cofradía de los Brujos* había observado atentamente, pero sin poderlos evitar, los acontecimientos ya relatados. Conocedores del misterio mesiánico y sabiendo que algunos sabios lo estaban realizando, decidieron apoyarlos para tratar de subsanar las graves anomalías suscitadas. Ellos estuvieron atentos al nacimiento de Jesús y fueron sus ocultos padrinos que lo protegieron y educaron para que cumpliera con su doble misión, la cual era la siguiente:

Primero: liberar al “pueblo elegido” de su oculto victimario.

Segundo: salvar al mundo en general del vampiro invisible que se hacía llamar Y., para así iniciar en la tierra una nueva era bajo el lema cristiano de “*Amaos los unos a los otros*” (lo opuesto de “ojo por ojo y diente por diente”).

Paralelamente a esta misión, Jesús fue un activo miembro de *la Cofradía de los Brujos*, recibiendo de ella todo su apoyo e inspiración, aún cuando los grandes maestros sostienen que fracasó en su misión, o mejor dicho, sólo tuvo un éxito parcial, ya que no logró su cometido. Debemos entender que nos referimos a Jesús, y de ninguna manera a Cristo.

A fin de comprender verdaderamente a Jesús, es preciso considerar su triple personalidad:

1) Jesús hombre.

2) Jesús Dios (dios creado por el hombre).

3) Cristo (quien se manifestaba a través de Jesús).

Con respecto a Cristo, no es difícil darse cuenta que era un ángel, espíritu solar que “descendió del cielo” para manifestarse como el poder supremo del “*Padre*” en la tierra.

En Jesús y sus doce apóstoles podemos ver el símbolo de un misterio solar y cósmico, ya que la ciencia hermética dice que nuestro sistema solar está compuesto por doce planetas más el sol (los doce apóstoles y Cristo), y que los planetas no conocidos serán descubiertos con el tiempo.

No hablemos más sobre Jesús, temiendo haberlo hecho ya en demasía. Solamente diremos que la crucifixión era un drama esperado, en el cual debía derramarse la sangre de Jesús para que así Cristo pudiera a su vez “encarnar” en el planeta tierra y desplazar a Y., expulsándolo de nuestra atmósfera en forma definitiva. Sin embargo, como ya lo hemos dicho, esta misión sólo tuvo un éxito relativo. Cristo encarnó en la tierra, pero Y., no pudo ser expulsado, compartiendo ambos desde entonces, el gobierno del planeta.

Volviendo a Cristo, su fuerza actúa en el mundo a través de los representantes de *la Cofradía de los Brujos*, quienes dirigen escuelas herméticas en las cuales el estudiante desarrolla su fuerza espiritual hasta llegar a la desintegración de su alma animal, quedando así a salvo de la influencia de Y., quién sólo puede actuar valiéndose de los instintos animales y primitivos, como el odio, la envidia, la lujuria, la codicia, el orgullo, la vanidad, etcétera.

De esta manera, *el Faro Espiritual* se mantiene encendido para iluminar a los espíritus selectos que son potencialmente capaces de convertirse en seres humanos plenamente desarrollados, abandonando su condición de *Sapiens*.

Cada uno de los que llega a esto se convierte en un centro de irradiación crística, y por lo tanto, es una valla más para la influencia de Y. Los ingenuos dicen que Cristo volverá a la tierra. ¡Cristo está en la tierra! Solamente necesita que la misma humanidad lo descrucifique de la cruz en la cual ella lo ha clavado.

Mientras esto no se lleve a cabo seguirán produciéndose guerras, en las cuales muere gran cantidad de personas cuya vitalidad es absorbida por Y., el gran impulsor oculto de estos conflictos, los cuales no terminarán hasta que este ente sea sojuzgado.

El verdadero *Anticristo* es Y., y él ha desdoblado su influencia negativa en sus servidores, las personas de instintos bestiales, las cuales a, su vez han incorporado esta vibración a la muchedumbre, entidad amorfa y ciega, receptora de cualquier fuerza de suficiente potencia. De este modo, los principios de Y., incorporados en el inconsciente colectivo de la humanidad motivan la filosofía de “ojo por ojo y diente por diente”. Cogida por esta fuerza maléfica, la gente vive de manera demoníaca: odia, destruye, roba, asesina a sus hermanos, devuelve el mal con un mal mayor, comercia con la honra y el honor, esclaviza a los débiles, explota a los desvalidos, y denigra a los justos. Por fortuna hay muchos que hacen lo contrario de todo esto, ya que si no fuera así, la vida sería insostenible. Son los que de alguna manera han recibido una verdadera influencia cristiana (no necesariamente religiosa) y tienen valores más elevados que los comunes.

Las religiones tienen una influencia familiar y social positiva, pero infortunadamente en el terreno de lo netamente espiritual no tienen mucho que ofrecer, y por lo general procuran contrarrestar esta falencia con el uso indiscriminado del estandarte de Cristo.

La Cofradía de los Brujos no deriva su poder de Cristo ni habla en su nombre, solamente, exalta sus valores, y muestra o relata eventos que el mundo debe conocer, para que los “elegidos” (los verdaderamente humanos) reafirmen su convicción y lealtad para con una vida espiritual superior. El poder de *los brujos* deriva de su armonización y acatamiento de las leyes cósmicas, y de la profunda y serena condición espiritual a la cual han llegado, la cual los pone en mágica relación con Dios, el *Gran Padre Universal*, reconocido por los hermetistas como la causa primera de todo origen y la gran fuerza ordenadora y creadora.

Si hemos hablado de Cristo ha sido exclusivamente para explicar lo esotérico de la fenomenología psicosocial del mundo de hoy, ya que el *sapiens* en su ingenuidad, cree que todo en la vida es como se ve en apariencia y superficie, y que las cosas deben ser, con seguridad, como la gran mayoría dice que son. Cuando llega a conocer lo esotérico de los acontecimientos o las causas ocultas de diversos fenómenos, se sonríe incrédulamente, argumentando con infantil lógica que: “si eso fuera verídico ya se sabría por la prensa, o lo habrían enseñado en el colegio o la Universidad, o bien, existirían bien documentados libros al respecto”. Ésa es la manera de pensar que anula el progreso, ya que si todos creyeran lo mismo, nadie se molestaría en estudiar o investigar fenómenos poco conocidos.

No obstante todo lo ya expresado, el *sapiens* en su manifestación individual (no como especie) puede presentar cualidades y características superiores en estado latente que lo lleven a comprender en parte las verdades herméticas, y así, motivado por este conocimiento, despertar a una realidad superior. El individuo *sapiens* puede salvarse del letárgico destino de la humanidad y llegar con el tiempo al mundo de los hermetistas, “brujos”, u “hombres despiertos”.

Moisés, hombre de fuerza y saber, fue arrastrado por sus ansias libertarias a la ejecución de un error de magnitud cósmica, que según afirman los grandes sabios hermetistas, estuvo a punto de destruir el sistema solar. Para justificar esta aseveración debemos comparar (según el aforismo hermético “como es arriba es abajo y como es abajo es arriba”) el sistema solar con la constitución de un átomo, y considerar la entronización de Y., como la sustitución de un electrón en forma arbitraria (cambio o transmutación del núcleo espiritual del planeta tierra).

Ésta es una de las tantas lecciones que obligan a *la Cofradía de los Brujos* a mantener estrictamente el secreto hermético, instruyendo en conocimientos superiores solamente a quienes han demostrado hasta la saciedad su fortaleza, pureza moral y espiritual, y rectitud de intenciones.

VIVISECCIÓN DEL SAPIENS

El *homo sapiens* es una paradoja viviente. No sabríamos decir si es la más grande o la más insignificante de las criaturas, que habitan la tierra. En él se aúnan las cualidades más excelsas con las pasiones más ruines, viles y perversas. Hay mucha gente buena, pero los malos son más numerosos. Llamamos bueno al que cumple con las leyes, respeta a su prójimo, y hace el bien en general, es decir, trata de ayudar a los demás en la medida de sus fuerzas. Denominamos malo al sujeto destructivo, amoral, que goza perjudicando a la gente de alguna manera.

Por desgracia, tanto el bueno como el malo son de esa manera sin que intervenga para nada en ellos mismos su propia volición. El bueno es bondadoso a pesar de sí mismo. El malo no puede evitar ser como es. Aún más, lo justifica y acepta. La situación se complica al observar que hay hombres buenos pero “tontos”, y muchos malos inteligentes.

¿Cómo hacer para seleccionar nuestras amistades? ¿Cómo medir a quién haremos depositario de nuestro afecto? ¿De qué manera podemos autocalificarnos para valorar nuestra ubicación como personas vivientes?

No podemos dividir el mundo en buenos y malos, ricos y pobres, inteligentes y tontos, o personas importantes o insignificantes. Generalmente el *sapiens* se agrupa por simpatías instintivas que escapan a todo análisis. Esta alineación se establece comúnmente por las cualidades o defectos. Lo similar busca lo similar, salvo en la relación amorosa, donde lo contrario es más frecuente.

Los hombres de ciencia estudian constantemente la psicología del *sapiens*, procurando justificar, de algún modo, sus infinitas contradicciones. Se han escrito incontables tratados y ensayos sobre la moral, el amor, la ética, la vida, la muerte, lo finito, y lo infinito. No obstante, muy poca luz ha surgido sobre la verdadera naturaleza del *sapiens*. No se debe esto a que la ciencia ignore demasiadas cosas, sino al hecho sorprendente de la inutilidad que reviste el saber, al comprobar la incapacidad de la persona humana, de “aquilatar” o “tomar el peso” a los alcances o proyecciones de conceptos determinados. Diciéndolo de otra manera, si afirmamos que el ser humano vive permanentemente en un estado sonambúlico, el estudiante puede entender perfectamente la idea, especialmente si está bien documentada, pero será absolutamente incapaz de proyectarla al contexto general de la vida humana y natural. Es decir, no captará ni remotamente, todo el horror que encierra la afirmación que nos sirve de ejemplo.

Es así como las más impactantes realidades permanecen “ignoradas”, a pesar de que son de público dominio. Uno de los hechos más impresionantes es precisamente nuestra condición biológica de animales. No lo pensemos abstractamente, sino que repitémoslo varias veces: “soy un animal, soy un animal, soy un animal”. Pensemos en lo que esto verdaderamente significa y en todo aquello que involucra. Sabemos que la mayoría de las personas dirán que entienden perfectamente que son animales, pero también estoy seguro que les resultará absolutamente imposible visualizar las asombrosas proyecciones que esto tiene. Debido a lo cual, podemos decir que “la ciencia sabe mucho pero lo ignora casi todo”. Al respecto, podemos recordar con agrado el libro de Desmond Morris, “El mono desnudo”, un estudio sobre el animal humano. Este libro dirigido al gran público, produjo un gran impacto, por el crudo examen de las características animales del *sapiens*, haciendo de él un acertado retrato zoológico. ¿Y qué ocurría antes de esto? ¿Acaso la gente no sabía que el *sapiens* era un mono? Por supuesto que sí, pero nadie “pesaba” el significado que esto tenía.

Y sin embargo, el *sapiens* se siente profundamente orgulloso de su talento, de su genio creador, de su capacidad de raciocinio, de su capacidad de afecto y de su poder creador, autodenominándose “la más alta manifestación viviente de la inteligencia”, o “la criatura viviente más perfecta”.

Particularmente satisfecho se muestra el *sapiens* con su cultura, aduciendo que la capacidad de transmitirla a generaciones venideras lo diferencia enormemente de las demás especies animales, las cuales, en apariencia, carecen de esta facultad.

De igual modo, *sapiens* afirma poseer altísimos privilegios inherentes al grado de “civilización” obtenido por su especie. También hemos oído frases tales como: “todo ser humano tiene derecho a ser feliz”, o bien “todo ser humano es libre por naturaleza”. Diciéndolo de otro modo, esto equivale a sostener que por el solo hecho de haber nacido, una criatura *sapiens* tiene derecho a libertad, felicidad, amor y bienestar.

Pretendemos mostrar (no demostrar ya que escribimos sólo para las personas inteligentes, que no necesitan ser convencidas, sino que se convencen a sí mismas con argumentos inteligentes y razonables) que el *homo sapiens* no solamente no tiene derecho ni a libertad, ni a felicidad, ni a bienestar alguno que no se lo gane a sí mismo, sino que además, no es ni remotamente tan inteligente, racional, y superior como él mismo lo cree.

Por el contrario, queremos establecer la escasa importancia del *homo sapiens* ante la naturaleza, y su absoluta mediocridad intelectual, como asimismo, su condición eminentemente sonambúlica y su existencia absolutamente fantástica, mentirosa e irreal. En otras palabras, el *sapiens* es sólo una criatura funcionalmente deficiente y antropológicamente infantil, que por motivos psicológicamente comprensibles (autoestima), prefiere sepultar esta convicción en lo más profundo del subconsciente, y soñar, en cambio, en su propio e ilusorio poderío, importancia, voluntad e inteligencia.

Sería absurdo pensar que en un mundo habitado por seres racionales, conscientes, e inteligentes, exista el peligro latente de una destrucción total por una guerra nuclear. El solo hecho que existan leyes punitivas demuestra que la gente no se conduce teniendo como guía a la razón, la justicia, la tolerancia, el deber, y la corrección.

La locura, los complejos, el suicidio, los crímenes pasionales, los trastornos psicológicos, la angustia, la ambición descontrolada, el asesinato, nos prueban, justamente, el irracional comportamiento de las personas.

Es así como el *sapiens* pretende poseer una serie de cualidades, poderes y privilegios, que existen sólo en su imaginación. Cuando Calderón de la Barca dijo que “la vida es sueño”, tenía muchísima más razón de la que jamás nadie podría pensar.

La especie *sapiens* es la cantidad, el número, el material provisto por la naturaleza para que según sus propias leyes, se produzca la selección de unos pocos seres que son los que finalmente llegan a una meta evolutiva. Estos pocos pueden alcanzar verdaderamente una condición humana, y gozar de todos los privilegios que esto involucra, tales como libertad, felicidad, bienestar, amor, etc. La masa proporciona simplemente la materia prima para el experimento social de la naturaleza y de la historia. La naturaleza es fría y no tiene preferencias ni simpatías por nadie en especial.

Esto no debe ser motivo para que la gente se desprecie a sí misma, creyendo injustificadamente ser criaturas inferiores; lo que ocurre, sencillamente, es que el *homo sapiens*, según su edad evolutiva es apenas un niño, que en su condición de tal no puede avergonzarse de no ser como los adultos. En efecto, sabemos que el comportamiento relativamente consciente del ser humano alcanza apenas a unos miles de años, y que si tuviéramos que comparar su edad con la de un ejemplar *sapiens* (edad cronológica de una persona), diríamos, que como especie tiene apenas 8 ó 10 años de edad.

Cabe esperarse que cuando llegue a su mayoría de edad, la cual tiene que medirse por tiempo cósmico y no terrestre, logre una mayor madurez.

Hoy en día la humanidad acepta como “normal” a todo individuo cuyo comportamiento biológico y psicológico se ajuste a la “norma” general, es decir, a las pautas colectivas. “Anormal” es todo aquél que se aparta de estos esquemas. No obstante, jamás pensamos cuán lejos o cuán cerca estará lo “normal” de lo óptimo. Podría ocurrir que lo “normal” esté mucho más cerca de lo deficiente, imperfecto, o pésimo, que de lo óptimo.

¿No sería posible, por ejemplo, que los genios no sean los extraordinariamente inteligentes, sino que al revés, el resto de la humanidad extraordinariamente tonta? Debemos aceptar que esto es perfectamente posible, ya que carecemos de hitos o puntos de referencia para comparar a la raza humana con otra. Suponiendo que realmente todos los habitantes del planeta fuéramos dementes, ¿que posibilidades tendríamos de darnos cuenta de esto?

Un individuo solamente puede hacerse consciente de estos fenómenos si en virtud de una experiencia mística, trasciende su condición de *sapiens*, y se eleva a un estado de profunda conciencia y absoluta vigilia, en el cual su tremenda claridad mental lo hace comprender “verdades absolutas o eternas”, en contraposición a las “pequeñas” verdades, temporales y relativas, que maneja en su vida habitual.

Durante esta elevación de la conciencia, el individuo puede ver que el ser humano “normal”, es verdaderamente anormal, en el sentido de un ser viviente deficientemente realizado. Observará al *sapiens* como un retrasado mental (no intelectual), como un irresponsable, como un sujeto hipnotizado.

Este proceso de conocimiento, el cual ha sido llamado “revelación o iluminación” en algunos hombres “santos”, se ve confirmado posteriormente, al salir el individuo de su estado superior y bajar a la condición común, por su ulterior observación del comportamiento de las personas, las cuales actúan probando y demostrando en la vida cotidiana, la veracidad del saber que el iniciado adquirió.

Contra lo ya expuesto se objetará que el avance extraordinario de la ciencia, prueba la inteligencia y capacidad del ser humano, y que la civilización la demuestra. Sin embargo, esta impugnación se justifica solamente por el hecho de que el *sapiens* tiene en alta estima la inteligencia, considerándola como la más alta manifestación humana. Se comprende entonces, que se venera la acción y memoria de los grandes intelectuales, superados en poder y prestigio solamente por los grandes millonarios. Un genio será, de este modo, recordado vigorosamente por la historia, aun cuando fuere el inventor de un arma letal que destruyera a media humanidad.

El hermetismo refuta el hecho de que la inteligencia sea el elemento más valioso del individuo humano, y sostiene, en cambio, que su fundamento más precioso e inapreciable es *la conciencia* (en el sentido de ser más consciente, más despierto, más alerta, más juicioso, más sabio).

Esta facultad, *la conciencia*, de la cual carecen la mayoría de las personas, solamente puede nacer en sujetos que por variados factores han alcanzado en la vida un nivel de vigilia más alto que el normal, es decir, que en cierta manera han despertado, liberándose del sueño sonambúlico que aqueja a la masa.

Aseguramos que el *sapiens* es un ser integralmente programado, a nivel cerebral, emocional, instintivo, y físico, en general. Aquello que la psicología llama "personalidad", podemos también definirlo como "programa individual". Un sujeto cualquiera tiene una compleja y extensa programación cerebral, por efecto de la herencia, la educación, la cultura, la imitación, el aprendizaje, los reflejos condicionados, etc. De esta manera, cuando un individuo piensa, puede hacerlo solamente dentro del texto básico de su programa cerebral, *del cual no puede apartarse por motivo alguno, aun cuando se esforzara en lograrlo.*

Cada sujeto debe atenerse forzosamente a su guión cerebral, y no puede hacer otra cosa que manifestarse en él y por su intermedio.

A fin de comprender lo que tratamos de explicar, pensemos *en programación y conciencia* como en elementos absolutamente opuestos, ya que *conciencia* implica capacidad de cambio, elección, y autogobierno, lo cual, obviamente, no es posible en un ente que es la manifestación visible de un programa. El Gran Programador puede ser denominado Dios, Padre Universal, Inteligencia Cósmica, o como se le quiera nombrar, pero siempre sabremos a que nos referimos.

Debido a su programación cerebral y a otros fenómenos poco conocidos, el ser humano vive, como ya lo hemos dicho con anterioridad, en un permanente estado sonambúlico. ¿Qué es un sonámbulo? El diccionario define el sonambulismo como "sueño anormal durante el cual el paciente se levanta, anda, y a veces habla". Genial definición para nuestro propósito, solamente que la expresaríamos de la siguiente manera: "sueño que afecta a toda la humanidad, durante el cual, se levanta, anda, lucha, ama, odia, goza, sufre, piensa, procrea, vive, envejece, y muere, sin darse cuenta jamás de su condición hipnótica". Recordemos que el conocimiento de la hipnosis se originó en las escuelas esotéricas, y que la ciencia, aún habiéndole adoptado, está muy lejos de conocer.

Sin embargo, el individuo duerme en la noche, pero está despierto en el día. Lo que no se considera es que sueño y vigilia representan puntos extremos de la conciencia psicológica, pero que entre estos polos hay muchos grados. Así, una persona puede estar, durante la noche, ligeramente dormida, muy dormida, profundamente dormida, o "profundísimamente" dormida. Lo mismo ocurre con la vigilia, en la cual, un hombre puede estar apenas despierto o extremadamente alerta. Pues bien, el *sapiens* se acostumbró insensiblemente a creer que su estado habitual de conciencia durante el día es el de "estar despierto", cuando en realidad es un estado de sueño hipnótico o sonambúlico, en el cual, sin embargo, el sujeto puede desenvolverse con apariencias de vigilia, ya que la inteligencia programática no se ve, en apariencia, afectada por la hipnosis, especialmente cuando no hay nadie lo suficientemente despierto como para hacerlo notar. La historia nos relata, empero, los episodios de la vida de algunos filósofos que por haber devenido "hombres despiertos", comprendieron la verdad, tuvieron acceso a una realidad profunda y substancial, y trataron de comunicar su conocimiento a los demás hombres para ayudarlos a despertar. Algunos así lo hicieron, pero la inmensa mayoría permaneció sorda, ciega, y muda.

No obstante, la gran mayoría de los filósofos han sido solamente grandes pensadores, pero no hombres despiertos; gigantes del intelecto, pero no de la *conciencia*. Es por eso que la filosofía tradicional ha sido siempre tan árida, tan fría, tan abstracta, y tan poco práctica. Estos filósofos fueron solamente "enamorados de la verdad", pero en forma de una imagen o símbolo, y no como una realidad viviente.

De este modo, la inteligencia que posee el *sapiens*, aun cuando sea genial, es una inteligencia mecánica, muerta y programada.

¿Y qué hay de la capacidad creadora?, se nos objetará, cuando el hombre prueba su genio creador a cada instante. Replicamos a esto diciendo que el programa cerebral y cultural del hombre docto o sabio, crece constantemente, pero siempre siguiendo los patrones ya establecidos en el texto. El sujeto puede estudiar o investigar constantemente, pero siempre dentro de los límites del contenido básico de su intelecto. Así, acumula miles de elementos heterogéneos y homogéneos, los cuales, en su diario quehacer intelectual pueden dar lugar a infinitas combinaciones, que se han dado por la mecánica del pensamiento en el trabajo cerebral, pero no por un auténtico proceso de creación. En este mundo regido por la inteligencia mecánica, será tanto más inteligente aquél que más información posee en su programa, y que sea capaz de manejarla en la forma más ágil posible.

El filósofo hermético, que se ha convertido realmente en un hombre despierto, tiene una inteligencia viva, despierta, creadora y desprogramada, al revés del común de los mortales. Esta inteligencia se manifiesta más

allá de lo puramente intelectual, llegando a la cima de una concepción integral en la cual la inteligencia debe rebasar el ámbito intelectual para llegar a la dimensión de lo mental. En efecto, hemos dado a la palabra *mente* un significado que no tiene habitualmente, definiéndola del siguiente modo: “inteligencia y conciencia nacida de un aprendizaje en estado de vigilia intensificada”.

El hombre común carece de *mente*, y debe conformarse con manejar su limitada inteligencia y conocimiento, desarrollados en base a un aprendizaje sonambólico, o sea, en estado de sueño o hipnosis.

El hermetista, con su *mente*, puede llegar al conocimiento de las verdades absolutas y eternas, en oposición a las verdades relativas y temporales del *sapiens*. Las metas del hermetista son eternas; las del profano, temporales y finitas.

Privado de las posibilidades superiores de la mente, el *sapiens* presente en forma oscura su propia debilidad e indefensión ante el destino y la muerte, la enfermedad, la guerra, la pobreza, y los cambios peligrosos. Es por eso que siempre ha buscado líderes o jefes cuya fortaleza supla su propia debilidad. Guiado por el mismo afán ha inventado dioses, a los cuales pide el poder y la fortaleza de la cual él mismo carece. Toda la estructura de nuestro mundo civilizado se basa en la absoluta debilidad, cobardía, impotencia, ignorancia, e indefensión del individuo humano, el cual fabrica sistemas colectivos de protección, apoyo y control, para así suplir externamente su endeblez interna.

Prefabrica una cultura, una moral, credos religiosos, leyes y sistemas policiales para reprimir a quienes vayan contra los comunes intereses del momento histórico. Planifica y programa la vida comunitaria y el futuro de sus hijos. Internamente, en cambio, la chispa espiritual desfallece cada vez más ante la deshumanización progresiva de un mundo que en verdad nunca fue humano, sino, “animal-inteligente”. El mundo ha glorificado la ciencia, olvidándose en cambio de la naturaleza humana.

El centro de gravedad de la conciencia psicológica del sujeto se proyecta cada vez más hacia el mundo externo, efectuando un progresivo abandono de sí mismo para encarnarse en los hijos monstruosos de la civilización: los bienes de consumo, las máquinas, el cine, y la televisión. La publicidad y la prensa son los dos super monstruos de la época, herramientas con las cuales se manipula hábilmente al hombre para convertirlo en un perfecto autómatas, obediente consumidor de tales o cuales productos, y respetuoso servidor de ideologías y sistemas, que a la vez sirven a pequeños grupos de poder. Si bien es cierto que vivimos en la era de las multitudes, y que su voz ha reemplazado a la autoridad de reyes y príncipes del pasado, no es menos cierto que la historia es el conflicto de las minorías, es decir, de los líderes que dirigen la masa.

Por ser de interés extremo, transcribo las palabras del profesor Ludwig Von Bertalanffy, de la Universidad de Alberta, USA:

“El comportamiento es una reacción provocada por estímulos externos”... “en la medida en que el comportamiento no es connatural o instintivo, obedece a influjos externos a los que el organismo ha estado sometido anteriormente: el condicionamiento clásico según Pavlov, el condicionamiento instrumental según Skinner, los sucesos vívidos en la temprana infancia según Freud, los refuerzos secundarios según teorías más recientes. Se deduce de esto que el aprendizaje elemental, la enseñanza y la vida humana en general, son esencialmente reacciones a condiciones externas: comienzan en la temprana niñez con la imposición de normas elementales de limpieza y otras interferencias que conducen a un comportamiento socialmente aceptable y frenan la conducta que no lo es; siguen con la enseñanza, que se da mejor según los principios de Skinner de refuerzo de las reacciones correctas y utilizando máquinas de enseñar; y acaban en un hombre adulto incorporado a una sociedad opulenta que a todos hace venturosos, un hombre al cual se condiciona en forma rigurosamente científica con los medios de información pública de las masas para hacer de él un consumidor perfecto, o sea, un autómatas que responde adecuadamente reaccionando de acuerdo con lo preceptuado por el predominante conjunto político”... “El hombre como máquina que puede ser programada; todas esas máquinas idénticas como automóviles salidos de la cadena de montaje; el equilibrio o la comodidad como desiderátum; el comportamiento como una operación comercial de gasto mínimo y beneficio máximo; tal es la expresión perfecta de la filosofía de la sociedad comercial. Estímulo-reacción, ingresos-salida, productor-consumidor, todo ello corresponde al mismo concepto expresado en términos distintos”.

Sigue el profesor Bertalanffy: “Se me da un ardite en qué medida los profesores A, B o C hayan modificado a Watson, Hull y Freud o reemplazado sus tajantes asertos por circunloquios más restringidos y alambicados. Pero sí me importa, y mucho, que su espíritu siga dominándolo todo en nuestra sociedad y, lo que es más, que se juzgue necesario para la supervivencia de la misma; es reducir al hombre al nivel inferior de su naturaleza animal y manipularlo con miras a degradarlo a consumidor autómatas y estúpido, a un fantoche manejado por los hilillos de la fuerza política entonteciéndole sistemáticamente con un perverso sistema de enseñanza; en resumen, deshumanizándolo más y más por medio de una complicada tecnología psicológica. Los efectos de tales manejos los vemos en todas partes: “en la indecible vulgaridad de la cultura popular; en los insufribles niños y mozalbetes que no saben hablar su propia lengua cuando ingresan a la Universidad, pero permanecen embobados ante el televisor cinco horas diarias”... “sociedad en la que la insensata y despiadada competencia llena millares de manicomios; en la política que ha transmutado la democracia de Jefferson en un rebaño fácil de manejar”... “la persuasión de la multitud es una de las artes más antiguas”... “el arte de persuadir a la multitud pasó a ser una ciencia que utiliza mecanismos y técnicas psicológicas”... “Este, además de las armas nucleares es el gran descubrimiento de nuestra época: la facultad de modelar a los hombres y trocarlos en autómatas “compradores” de todo, desde pasta dentífrica y Beatles hasta presidentes, la guerra atómica y el propio aniquilamiento”.

El *sapiens*, alienado por estas poderosas fuerzas, es un simple títere al cual no le queda otro recurso que vivir su vida y cumplir con el papel que le ha sido asignado en el drama de la creación.

¿No será ésta una gigantesca y horrenda conspiración planificada por anónimas potencias, o será sólo un pasatiempo de los dioses?

El bombardeo constante de los medios audiovisuales que impactan poderosamente a la psiquis del sujeto, los múltiples requerimientos de la sociedad, y la complejidad creciente de la vida civilizada mantienen a la persona fascinada y en suspenso, como en un verdadero trance sonambúlico, del cual difícilmente despertará, ya que la relación entre el sujeto y el medio es un constante proceso de retroalimentación, el cual actúa como elemento de mantención y refuerzo de la hipnosis.

El hermetista puede aislarse psicológicamente de esta influencia negativa y permanecer despierto, pero debe obligadamente compartir con la gente las circunstancias materiales que ese derivan de esta situación de sugestión colectiva.

Por cierto que la sociedad no es la causante del sueño sonambúlico del *sapiens*, sino que solamente actúa manteniéndolo y reforzándolo. El sueño es una fuerza universal que está presente en todo el Cosmos, y que se manifiesta de diversas maneras.

Según la tradición hermética, cuando el Supremo Creador expulsó al hombre del paraíso, lo castigó injertándole en el cerebro un mecanismo de sueño hipnótico, a fin de que fuera un obediente siervo de las viñas del Señor.

Los maestros herméticos, deseando compartir la dicha de un estado vigilia superior con quienes estén preparados para ello, mantienen escuelas herméticas donde se concede al sujeto “una oportunidad” de liberarse de la esclavitud del sueño que, convierte a los hombre en “instrumentos animados manuales”, definición del esclavo dada por Aristóteles.

La Cofradía de los Brujos invita a todo aquél que esté lo suficientemente capacitado, a la realización de esta magna obra para que se una a su movimiento espiritual. Afirmamos que el hombre puede recuperar el paraíso perdido y aún ganar ventaja, ya que puede volver a habitarlo “*después de haber comido el fruto prohibido*”, que según lo expresa la Biblia, haría al hombre similar a Dios.

Sin embargo, esta invitación es solamente para los que tengan “ojos para ver y oídos para escuchar, ya que los labios de la sabiduría permanecen cerrados para el que no sabe escuchar”.

No se piense, no obstante, que cualquiera puede cruzar la puerta que conduce a la dicha suprema y a la inmortalidad. Al revés, “muchos serán los llamados y pocos los elegidos”.

Cada persona tiene su “nivel personal”, y si ese nivel es demasiado bajo, cultural y conceptualmente hablando, es insalvable el espacio que tendría que salvar para ponerse a la altura de una escuela iniciática verdadera. Puede, en cambio, prepararse para la iniciación llevando una vida virtuosa y disciplinada, procurando llegar a una autosuperación moral y espiritual. Muchas veces la vida misma ha preparado lo suficiente a un individuo. No hay normas rígidas en esto; en determinados casos se exigirá a un individuo una educación superior como requisito básico para ingresar a una escuela, ya que sin una base cultural le sería imposible comprender la enseñanza, y su camino sería un “acto de fe”, lo cual es insuficiente.

Debemos considerar que a pesar de que el *sapiens* está íntegramente programado, y esto lo perjudica de la manera que hemos analizado, posee la chispa divina, y que este sólo hecho le brinda de inmediato todas las más grandes posibilidades de redención y ascenso.

Esto lo podemos observar en aquellas personas que por alguna causa tienen una chispa divina más poderosa que lo común, y que demuestran este hecho realizando toda clase de buenas obras y enfrentando la vida con un criterio superior. Si vivisectamos al hombre es sólo para mostrarle sus posibilidades de evolución, y no con el ánimo de una crítica destructiva o cruel.

EL ALMA COLECTIVA DE LA ESPECIE

Aristóteles definió un esclavo como un “instrumento animado manuable”. Esta pavorosa descripción no ha sido jamás tan acertada como hoy día si la aplicamos al ser humano en general, ya que el individuo es un mero apéndice y caja de resonancia de la especie. El “*homo sapiens*” al igual que las otras especies animales, posee un alma colectiva que regula y dirige la evolución de la raza. Esta alma colectiva produce las migraciones de las aves, regula la reproducción, dirige los diferentes cambios y adaptaciones, provoca los períodos de celo, y en general, dirige el comportamiento instintivo de las bestias. El *sapiens* por el hecho de pertenecer al reino animal no puede estar libre de esta fuerza directora, la cual, en efecto, lo controla, dirige, supervigila, y regula, actuando como una mente común que sofoca el pensamiento propio.

Esta *alma común* ha sido llamada por Jung, “el inconsciente colectivo”, sin llegar a hablar de un “alma animal”, no obstante haber poseído, con seguridad, este conocimiento. Este inconsciente colectivo es en realidad el alma animal del *sapiens*. El sólo hecho de comprender, aceptar, y “tomar el peso” a este asunto, significa visualizar el fundamento más importante de la vida del *sapiens*, ya que el impulso bestial actúa como el motivo básico de todas sus acciones.

La personalidad es sólo un reflejo del *alma común*, la cual moldea con un poder insospechado la psiquis del sujeto. Es nada más que una emanación del depósito común, la cual se incorpora y personaliza en un

individuo, quien llega así a tener, si es que se puede usar esta expresión, “un alma animal de su propio peculio”, miniaturización y singularización de la gran alma colectiva.

De este modo, el sujeto recibe de sus padres una herencia corporal y genética, y de la humanidad, el legado del poder y de la inteligencia animal. En estas condiciones, ya es muy difícil que el sujeto llegue a sobreponerse a esta compulsión arrolladora y pueda llegar a formar su propia personalidad individual. Debe conformarse con compartir el destino común de sus congéneres, a no ser que tenga la “suerte” de llegar a una escuela hermética.

Sostenemos que no puede haber un verdadero progreso espiritual y moral si el hombre no corta el cordón umbilical que lo une al *computador central de la especie*, el cual sustenta las características “bestiales”.

Este acontecimiento memorable, único, trascendental e irreversible, es el que se lleva a cabo en el seno de las verdaderas escuelas herméticas. Las otras, en cambio, no tocan para nada el alma animal del estudiante, limitándose a impartirle determinada enseñanza, la cual, con seguridad, será utilizada para bestializar aún más la inteligencia.

He aquí un fenómeno común de nuestro tiempo: la bestialización de la inteligencia. Mientras más inteligente se vuelve un individuo, más grande será el poder de su bestia, quien utilizará ese intelecto para satisfacer sus propios instintos, sin preocuparle nada más.

El programa colectivo (del alma colectiva) basado en una feroz e inhumana competencia, obliga al individuo a matar para comer. La muerte tiene muchos grados, y la destrucción física es el último. Antes viene el lento declinar proveniente de la destrucción de los anhelos interiores. Podemos matar anulando las voluntades ajenas o explotando sin misericordia a otros; devolviendo mal por mal, destruyendo el amor, la cordura, la felicidad, y la paz de las personas; calumniando, injuriando, o manifestando una fría insensibilidad ante los problemas ajenos.

El futuro de la raza humana no parece muy promisorio: el acelerado desarrollo de una inteligencia fría y deshumanizada, sin amor ni contenido espiritual.

El “progreso” está concibiendo titanes de la inteligencia, pero pigmeos del espíritu, con la conciencia y la sensibilidad humana atrofiadas por un vasto programa cerebral y cultural al servicio ulterior del *computador central de la especie*.

La única posibilidad de salvación la tiene el individuo aislado, es decir, aquél que por medio de la cultura hermética logra su autonomía vital, desligándose del cerebro central.

Por desgracia no pueden salvarse todos, ya que junto con la extinción de la especie *sapiens* se producirían graves desequilibrios cósmicos al dejar de operar el *computador central*, el cual cumple funciones necesarias para la armonía planetaria de nuestro sistema.

¿Qué porvenir espera a quienes no pueden salvarse?

Nada dramático ni espectacular, unos podrán reencarnar y seguir una lentísima evolución a través de muchas vidas, y otros se desintegrarán, es decir, tendrán el tipo de muerte que espera la mayor parte de la gente materialista, que cree que todo se acaba en la tumba.

La telaraña onírica que apresa al hombre es tremendamente sutil y compleja, pero al mismo tiempo brutalmente evidente cuando se aprende a observar determinados fenómenos de la psicología social. Las personas, aún cuando busquen algo superior, se dan vuelta en el círculo vicioso de los modelos de comportamiento dictados por la cultura. Mientras más estudian menos saben, y menos comprenden. Todos sus esfuerzos son capitalizados por el *computador central*, quien los capitaliza para el acervo cultural comunitario.

¿Cómo tuvo su origen este computador central?

Se formó gradualmente desde que el hombre existe sobre la tierra por la acción del medio ambiente sobre su psiquis. Es hijo de las emanaciones de Dios y de las emanaciones del hombre. Seguirá creciendo y perfeccionándose en virtud de la vida misma del ser humano, pero lo sobrevivirá a éste, ya que esta fuerza, llamémosla “inconsciente colectivo”, o “computador central”, no necesita, una vez creada, de un soporte material o biológico para seguir existiendo.

El individuo no existe mental o ideológicamente hablando, ya que es inseparable de la cultura. Ésta se rige por los modelos de comportamiento aceptados por la sociedad, la cual en última instancia es gobernada por el *computador central*. De este modo, la cultura que tanto bien hace al hombre en algunos aspectos, en otros, podemos considerarla la verdadera homicida de la chispa divina, de la libertad y de la conciencia, ya que encasilla, limita, obliga, presiona, hipnotiza y posee al individuo con una potencia irresistible, modelándolo de acuerdo a una plantilla única que se establece como prototipo de producción de hombres-robot, esclavos que el *computador central* necesita para mantener en movimiento el espectáculo de la vida.

En una sociedad enferma, como la nuestra, tendremos indefectiblemente una cultura enferma y alienada por los estereotipos colectivos. Nuestra sociedad está realmente enferma, y vivimos en ella verdaderos sueños infernales, dignos de la “Divina Comedia”. Cada ser encierra un mundo de problemas y conflictos de toda índole. Por suerte, o por desgracia, el hombre embota sus facultades superiores y no advierte todo el horror de su existencia en un mundo trastornado. Un aforismo popular dice que “en el mundo de los ciegos, el tuerto es rey”. Algo así ocurre en nuestra civilización, en la cual, las formas superiores de gobierno y dirección comunitaria no están sometidas a ningún tipo de control de sanidad mental. Somos dirigidos en mayor o menor medida por individuos de los cuales ignoramos total y absolutamente su grado de trastorno o enfermedad mental. Basta que alguien aparente ser normal para que sea aceptado como tal.

Sabemos que la perturbación mental es uno de los fenómenos más difíciles de advertir y evaluar, aún por los profesionales especializados. El sujeto común está imposibilitado de percibir este trastorno.

Parece increíble que en una civilización que se dice avanzada, se haya descuidado tan importante tema, ya que sabemos que es un pequeño grupo de hombres el que dirige a la gran masa. ¿Cuántos de los que forman parte de ese grupo de dirigentes son perturbados con problemas graves? ¿Un 30%, o acaso no 50%, o tal vez su gran mayoría? ¿Ha evaluado alguien el daño que esto significaría para la humanidad? No importaría gran cosa que sufrieran perturbaciones mentales aquellos sujetos que no ocupan cargos públicos o directivos de importancia, pero tratándose en cambio de personas cuyo radio de acción social es muy amplio, resulta absurdo, inconveniente e irracional que no sean sometidas obligatoriamente a controles periódicos, destinados a evaluar su salud mental y psicológica.

En este momento, es perfectamente posible que el magistrado que administra justicia en el sector donde usted vive, sea un perturbado mental. Esta contingencia no puede ser refutada por ningún psiquiatra, ya que la enfermedad mental jamás ha sido espectacular y aparente, sino más bien, solapada, oculta e insidiosa. De hecho, se sabe que no existe la persona que no presente elementos patológicos en su función mental. La gravedad de estos factores es la ignorada.

En el caso del magistrado a que hacíamos referencia, si efectivamente éste tuviera una mentalidad patológica de cierta gravedad, se daría el horrible caso de un perturbado mental autorizado por la sociedad para manipular a las personas, administrando la justicia de acuerdo a sus complejos, frustraciones, manías y traumas. A esto puede objetarse que un juez no hace sino atenerse al texto de la ley, pero si analizamos en conciencia, comprenderemos que el código es sensible a muchas interpretaciones personales.

Cabe preguntarse cuántos jueces paranoicos existirán en el mundo, desvirtuando totalmente la sagrada imparcialidad de la ley; cuántos personajes públicos importantes que son víctimas de la histeria, la megalomanía, el egocentrismo, el ansia desenfrenada de poder, el sadismo, o la pérdida absoluta del sentido de la autocrítica.

No existe ningún tipo de control de salud mental sobre aquellas personas que en virtud de su cargo están afectas al fenómeno de la "inflación" psicológica por el prestigio que su cargo les confiere. Esta palabra, acuñada por Jung, designa la desorientación que experimenta una persona al identificarse con el cargo que desempeña y extraviarse en su autoevaluación. De este modo, un médico, por ejemplo, podría "inflar" o elevar su propia persona a la altura de la importancia y dignidad que la sociedad ha conferido al médico por medio de un título profesional. Pero el sujeto no es lo que su cargo o puesto representa, sino meramente una persona, por lo cual no puede él mismo ostentar toda la importancia y grandeza otorgada a la profesión médica en general, colegio al cual pertenecen miles de personas. Sin darse cuenta, el sujeto sometido a la "inflación", pretende usurpar o atribuirse él solo, la fuerza, el poder y la importancia que no pertenece a él mismo, sino que es otorgado por la sociedad.

Sabemos que no hay control psicológico, que fatalmente, miles de víctimas inocentes pagan de diversos modos la insania de quienes están encargados de administrar nuestra civilización. Errores judiciales, abusos de poder, equivocaciones políticas fatales que degeneran en conflictos armados, usurpación del poder por mafias financieras, sistemas educacionales obsoletos o erróneos; todo esto provocado de alguna manera por perturbados mentales. Incluyo entre estos enfermos a quienes venden su honor, su dignidad, su decencia, y su persona, por una recompensa económica.

También es cierto que hay grandes éxitos, descubrimientos muy beneficiosos y obras muy positivas, pero desgraciadamente, por un motivo u otro, rara vez producen una acción mundial decisivamente positiva. Es como curar las ramas de un árbol mientras se pudre su tronco o sus raíces. En efecto, ningún acontecimiento o descubrimiento científico será trascendentalmente importante mientras no pueda cambiar la naturaleza humana, elevándola a un nivel superior.

De otro modo, serán sólo piedrecitas que llegarán a formar un monte, sólo en eternidades de tiempo. Sin embargo, para comprender esto, hay que darse cuenta que no existe real progreso y evolución si no cambia la naturaleza humana.

Es precisamente en esa magna obra que los Grandes Iniciados herméticos están empeñados, y es por eso, como ya lo hemos dicho, que existen algunas verdaderas escuelas herméticas donde se concede una oportunidad a la gente.

A fin de llegar a una comprensión más amplia de la mecánica de actuación del *alma colectiva* o *computador central*, es preciso analizar la actuación psicológica de las multitudes, lo que permite comprobar la acción encubierta de cierto tipo de fuerzas que se posesionan de las personas bajo determinadas circunstancias.

Transcribimos algunos párrafos de la obra de Gustavo Le Bon, "Psicología de las Multitudes".

Dice Le Bon "En el sentido ordinario, la palabra muchedumbre representa una reunión de individuos, cualesquiera que sean los accidentes que los reúnan.

"Desde el punto de vista psicológico, la expresión "muchedumbre" toma otra significación muy distinta. En ciertas circunstancias dadas, y solamente en estas circunstancias, una aglomeración de hombres posee caracteres nuevos muy diferentes de los individuos que componen esta aglomeración. *La personalidad consciente se desvanece, los sentimientos y las ideas de todas las unidades, son orientados en una misma dirección.* Se forma un alma colectiva transitoria, sin duda, pero que presenta caracteres muy puros. La colectividad entonces se convierte en lo que a falta de una expresión mejor, pudiéramos llamar una

muchedumbre organizada, o, si se prefiere así, una muchedumbre psicológica. Entonces forma un solo ser y se encuentra sometida a la ley de unidad mental de las muchedumbres.”

En esta descripción de Le Bon podemos ver como el *computador central* actúa con fuerza al agruparse las personas en muchedumbres psicológicas. No obstante, muchedumbre pueden ser 2, 3, 5 ó 40 personas, ya que su significado psicológico (“muchedumbre”) es diferente del común. Cuando un sujeto ha desarrollado una fuerte individualidad es menos sensible en el momento a la coerción de la masa.

Continúa Le Bon “En todo lo que es materia de sentimiento, religión, política, moral, afectos, antipatías, etc., los hombres más eminentes no pasan sino muy raramente el nivel de los individuos más comunes. Entre, un gran matemático y su zapatero puede existir un abismo desde el punto de vista intelectual; pero, desde el punto de vista del carácter, la diferencia es muy frecuentemente nula o muy débil”... “Las aptitudes intelectuales de los individuos... y, por consecuencia su individualidad, se borran en el alma colectiva. Lo heterogéneo se anega en lo homogéneo y dominan las cualidades inconscientes. Precisamente esta comunidad de cualidades ordinarias es la que nos explica por qué las multitudes no sabrán nunca realizar actos que exigen una inteligencia elevada. *Las decisiones de interés general tomadas por una asamblea de hombres distinguidos, pero dedicados a especialidades diferentes, no son sensiblemente distintas de las decisiones que tomaría una reunión de imbéciles.* En las muchedumbres lo que se acumula no es el talento sino la estupidez”

“Desvanecimiento de la personalidad consciente, predominio de la personalidad inconsciente, orientación por vía de sugestión y contagio de los sentimientos y de las ideas en un mismo sentido, tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas; tales son, pues, los principales caracteres del individuo en la muchedumbre. No es el individuo mismo, es un autómatas, en quien no rige la voluntad. *Así, por el sólo hecho de formar parte de una muchedumbre, el hombre desciende muchos grados en la escala de la civilización.*”

Más adelante expresa: “Las muchedumbres respetan dócilmente la fuerza y son mediocrementes impresionadas por la bondad, que para ellas, es una forma de debilidad”.

“Sus simpatías no han sido concedidas nunca a los dueños benignos, sino a los tiranos que los han aplastado vigorosamente. Siempre elevan estatuas para estos últimos. Si alguna vez pisotean con gran satisfacción al déspota caído, es porque habiendo perdido su fuerza, entra en la categoría de los débiles, a quienes se desprecia porque no se les teme”... “Siempre prontas a sublevarse contra una autoridad débil, la muchedumbre se inclina servilmente ante la fuerte. Sí la fuerza de la autoridad es intermitente, esa misma muchedumbre, obedeciendo siempre a sentimientos extremados, pasa alternativamente de la anarquía a la servidumbre y de la servidumbre a la anarquía. Por otra parte, creer en el predominio de sus instintos revolucionarios sería desconocer bastante la psicología de las muchedumbres. En este punto, nos ilusionan solamente sus violencias. Sus explosiones de rebeldía y de destrucción son siempre muy efímeras. Las muchedumbres están demasiado regidas por lo inconsciente y bastante sometidas, por consecuencia, a la influencia de herencias seculares para no ser extremadamente conservadoras; abandonadas a sí mismas, abandonan bien pronto sus desórdenes y se dirigen, por instinto, hacia la servidumbre.”

Podemos ver a través de esta acertadísima descripción, de Gustavo Le Bon, como el *computador central* manipula a las personas convirtiéndolas en marionetas al servicio de un plan establecido.

¿Qué plan? El plan evolutivo del *sapiens*, el cual debe ajustarse a ciertas reglas del juego, las cuales, a grosso modo, son las siguientes:

1. El *sapiens* no es ni puede ser libre, considerándolo colectivamente, como especie.
2. El *sapiens* debe nacer, sufrir, amar, gozar, reproducirse, construir civilizaciones, destruirlas, enfermar, y morir, sólo para beneficio de potencias superiores invisibles, quienes capitalizan el “producto vital”. (¿Acaso, a su vez, el *sapiens* no profita de otras especies animales?) (¿Acaso no hay algunos animales que sólo existen para alimentar al *sapiens*?) (El mineral se alimenta de rayos cósmicos; la planta del mineral; el animal de la planta; el hombre, de todos ellos; y los dioses, se alimentan del hombre.)
3. El *sapiens* es, por lo tanto, un esclavo a perpetuidad. No obstante, ejemplares individuales o aislados (separados del grupo), pueden llegar a ser libres.
4. La única libertad posible es la liberación del *computador central*, y el único modo de lograrlo consiste en vencerse y trascenderse a sí mismo.
5. El *sapiens* está obligado a cumplir con las reglas del juego del plan que se le ha asignado.
6. La evolución del *sapiens* se realizará inevitablemente con el tiempo, pero con la medida del tiempo cósmico y no terrestre. Tal vez sean millones de años terrestres los que tenga que aguardar para llegar a la perfección.
7. No existe la evolución del individuo *sapiens*; sólo la de la especie, a la que se refiere el punto anterior. Si un individuo *sapiens* quiere evolucionar, debe transformarse en *mutante humano*, para el cual sí existe la evolución.
8. Existen otras reglas de juego, pero solamente pueden ser reveladas las que ya hemos señalado.

A fin de explicar el modo de operar de este *plan sapiens*, estableceremos la jerarquización de las fuerzas operantes.

Este diagrama pretende describir someramente las fuerzas básicas que actúan en el Universo: Dios, el creador, en su doble manifestación de vida y muerte, luz y sombra, sueño y vigilia, degrada su poder hasta llegar a actuar en lo concreto por medio de ciertos “ángeles”, a los cuales la tradición hermética denomina *Arcontes o señores del destino*, quienes dirigen el plan evolutivo.

Este plan, en lo que al *sapiens* se refiere, se mantiene en virtud de la energía sueño, tal como puede apreciarse en el grabado. Sin embargo, puede verse allí que la irradiación divina de la energía luminosa, que llamamos *vigilia*, llega hasta el planeta tierra, pero no se manifiesta en el *sapiens*. La energía *sueño*, dirigida o manipulada por los *Arcontes*, mantiene la programación del sistema hasta en la unidad más pequeña de grupo: la familia.

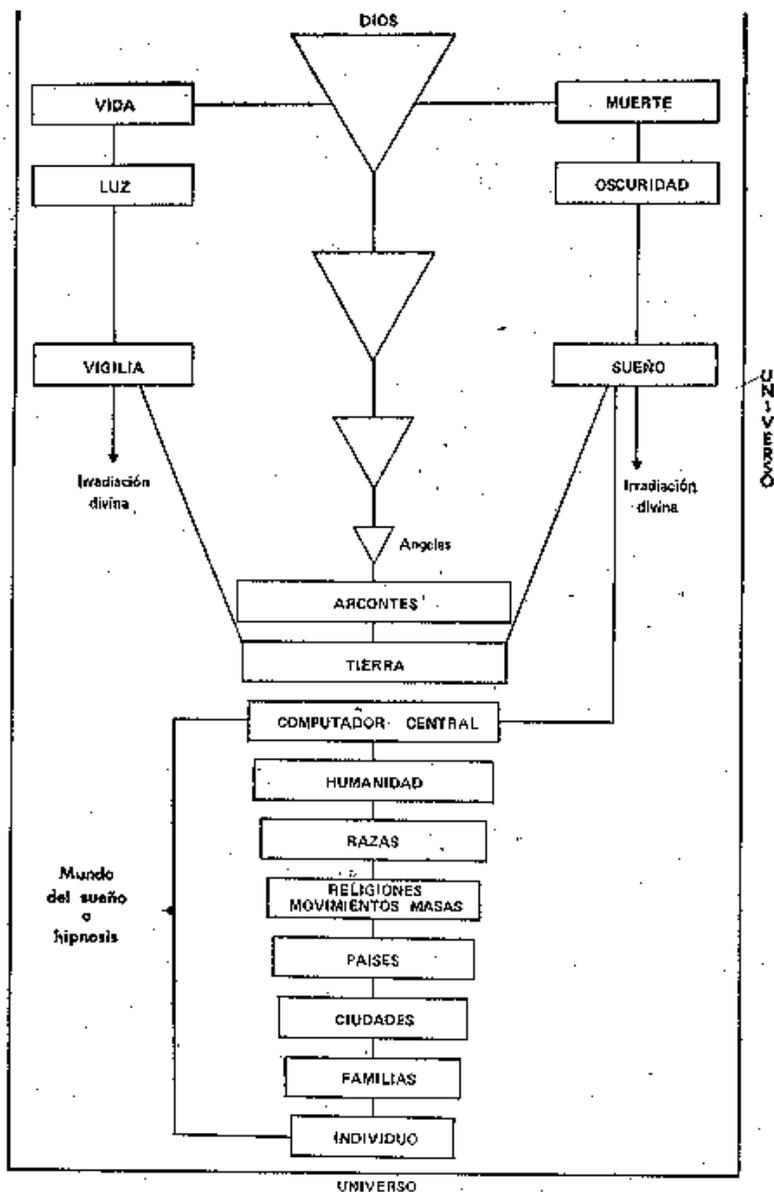
Quien tenga "ojos para ver y oídos para escuchar", sacará incalculable provecho de la comprensión de este sistema.

Solamente con el fin de señalar un ejemplo práctico, aplicaremos esta clave maestra para explicar extraños hechos en la vida de Jesús, pero que a la luz de esta llave se aparecen de una racionalidad y claridad meridiana.

¿Por qué Jesús aparece tan tremendamente antagónico a la familia?

Recordemos sus palabras: "Pues he venido a poner a un hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre deben ser sus propios familiares. Aquél que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y aquél que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí". Cuando se le dijo a Jesús que su madre, y sus hermanos estaban fuera y deseaban hablarle, dijo: "¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos? Y alargó su mano hacia sus discípulos diciendo: "He aquí a mi madre y a mis hermanos". Cuando uno de los discípulos le pidió que le dejara ir a enterrar a su padre, Jesús le dijo: "Sígueme; y deja que los muertos entierren a sus muertos".

¡Curiosas palabras para quien predicaba el amor!



Sin embargo, la explicación es simple; observando nuestro diagrama veremos que la familia es el núcleo último de mantención de la energía sueño o hipnótica, instrumento de esclavitud del *sapiens* a la inconsciencia animal. De este modo, si Jesús pretendía que sus discípulos vieran la luz, despertaran, y evolucionaran, tenía necesariamente que romper las cadenas del sueño.

Se comprende que este ejemplo puede aplicarse solamente a quienes desean abrazar para siempre un camino de superación espiritual apartado del mundo y de los humanos afectos, como debe haber sido el caso de los doce apóstoles. También es preciso comprender que pueden existir dos familias: la familia animal (del *sapiens*) y la familia divina (humana). Huelga decir que toda familia que en virtud de la superación espiritual de sus componentes se libera de la acción del sueño, se convierte, en verdad, en “la divina familia”. Se trata de que el núcleo familiar se mantenga sólidamente unido, pero no por la fuerza onírica o los simples lazos de sangre, sino por una auténtica “comunidad” espiritual.

En lo que se refiere a su libertad material, el *sapiens* tendrá un gran progreso y seguramente se liberará algún día del dicho bíblico “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. El avance de la ciencia y de la técnica permite suponer o prever que la jornada de trabajo se irá acortando en la misma proporción en que la automatización de máquinas especializadas (robots) se encargue del trabajo pesado, que el hombre debe realizar. Son previsible también extraordinarios avances médicos y la aparición de nuevas invenciones que hagan la vida terrestre cada vez más placentera y agradable, todo lo cual, al no ir aparejado a un aumento en el nivel de conciencia de la gente, conducirá a un estado de “barbarie civilizada”. Nuestros descendientes serán bárbaros extraordinariamente inteligentes, poseedores de una avanzadísima técnica, pero con atrofia progresiva de sus músculos y de su conciencia espiritual.

El fenómeno de la “inflación psicológica”, divulgado por Jung, al cual nos hemos ya referido, afecta fuertemente al hombre común, el cual, al identificarse con la ciencia, las artes, la cultura, el progreso tecnológico, y la civilización, los absorbe en su propio ser, confundiendo consigo mismo. De esta manera pierde de vista a su propia persona, y vive en un nivel de importancia y calificación que le es absolutamente ajeno, y que corresponde en realidad a la suma total de los esfuerzos del hombre desde que éste existe sobre la tierra. Mediante un truco psicológico multiplica su propio valor por millones, y el resultado es una profunda satisfacción de la autoestima.

Siempre, para analizar a una persona y juzgar su valía individual, debemos despojarla de todos los honores, dignidades hereditarias, autoridad, y privilegios que la sociedad le confiere. Por desgracia, nuestro análisis será muy desalentador, ya que en la mayoría de los casos no encontraremos, en el interior de este ente “inflado” al ser humano que bajo esta cobertura pretendemos hallar; ha fallecido devorado por la vida misma, o tal vez nunca ha existido.

Es por eso que el sujeto siempre se esconde bajo numerosas máscaras y disfraces, ya que así pasa desapercibida su absoluta insignificancia. “Mientras más pequeño es un individuo, más trata de “inflarse” a sí mismo para darse importancia ante los demás y elevar así su autoestima.

La psicología afirma que el más profundo principio de la naturaleza humana es el deseo de ser apreciado, y que existe por lo tanto, una exigencia de autoexaltación. Se dice que la experiencia más ambicionada por el hombre es el aumento de su autoestima, y que el rasgo más imposible de desarraigar es la vanidad.

El doctor Gordon Allport expresa lo siguiente: “Cualquiera que sea el carácter de la autoestima, sus formas más puras de expresión traen consigo extraordinarias estrategias de la conducta, tendientes a mantener el prestigio personal, a no perder la estimación en sí mismo. El individuo puede ocultar sus verdaderas emociones y adoptar un aspecto falso, recubrirse con una máscara. La persona que resulta de esta actitud protege al sujeto de heridas narcisistas” ... “Lo más espectacular es la capacidad que tienen los hombres de engañarse a sí mismos en interés de la autoestima” ... “Las técnicas de autoengaño son muchas y se agrupan bajo la denominación general de “racionalizaciones” ... “El razonamiento descubre las causas reales de nuestros actos, la racionalización, encuentra buenas razones para justificarlos.”

Podemos advertir como el individuo mismo, en lo que a su propio Yo se refiere, trata por todos los medios posibles de poner la mayor distancia posible entre ese Yo y la realidad que lo circunda. Mientras más “amortiguadores” existan entre el sujeto y el mundo, más apaciblemente dormirá éste, ya que se alejará substancialmente de la realidad, percibiéndola a lo lejos, como una vaga sospecha a través del tejido de sus mecanismos protectores, como es la personalidad y su función. La personalidad está al servicio del programa del sujeto, aún más, forma parte de este programa, y es el artificio psicológico destinado a mantenerlo y reforzarlo. El estudio de los mecanismos de la personalidad resulta de una utilidad invaluable para comprender el sistema operativo del *computador central*.

Alma colectiva o *computador central*, personalidad, cultura, sociedad, movimientos de masas, educación, publicidad, televisión y prensa, son poderosas herramientas al servicio de *Hipnos*.

Existen minorías selectas de sujetos que por su esfuerzo personal llegan a destacarse de la masa y a sobresalir por diversos motivos. Pueden pertenecer a una aristocracia intelectual, de sangre, o financiera, pero en lo profundo, sirven al *computador central* con la misma docilidad de la masa, con la única diferencia que éste los recompensa mejor.

Las grandes diferencias humanas son bastante superficiales, ya que interiormente las personas reaccionan en forma más o menos parecida.

Por supuesto que existen algunos “elegidos”, hombres privilegiados cuya penetración intelectual logra, en cierta medida, atravesar las barreras de lo superficial y aparente, individuos que por algún motivo resisten

mejor la influencia hipnótica de la energía sueño. Sin embargo, sus escritos, sus palabras, o su prédica, se pierden en el vacío de la multitud alucinada.

La dificultad para profundizar y comprender conceptos que no son de uso habitual hará casi imposible que una persona evalúe la tremenda importancia que reviste el alma colectiva en la vida del ser humano. Basta pensar, para aquilatar esta valía, que solamente somos una “emanación vital” del alma colectiva, una estructura sin autonomía ni vida propia. A la luz de esta verdad podemos comprender muchos fenómenos psicológicos poco claros, pero que tienen una importancia decisiva en la vida humana. Hablemos por ejemplo de la angustia, motivo oculto de muchas acciones del hombre. Erich Fromm sostiene que: “la vivencia de la separatividad provoca angustia: es por cierto, la fuente de toda angustia. Estar separado significa estar aislado, sin posibilidad alguna de utilizar mis poderes humanos” “la conciencia de la separación humana sin la reunión por el amor, es la fuente de vergüenza. Es al mismo tiempo, la fuente de la culpa y de la angustia. La necesidad más profunda del hombre es, entonces, la necesidad de superar su separatividad, de abandonar la prisión de su soledad”.

Debemos preguntarnos ¿por qué tanto miedo de separarse? ¿Y separarse de qué? Obviamente, esa necesidad de unión corresponde a la ligazón con el alma colectiva o computador central. Todo intento o posibilidad de separación, en virtud de una influencia externa o interna, produce pánico, y este pánico lo experimenta “el animal humano” ante la amenaza de separarlo del rebaño.

Reflexionando en esto podemos comprender la magnitud del mal que aqueja al *sapiens*: no solamente no quiere ser humano, sino que siente una profunda angustia ante la sola posibilidad de abandonar su condición animal. Es por eso que el angustiado *Sapiens* ha inventado algunos trucos o soluciones fallidas o artificiales que, le permiten amortiguar transitoriamente su profundo temor. Fromm habla de las siguientes tentativas para escapar del estado de separación:

1. Los estados orgiásticos:

Por medio de la orgía el sujeto logra un estado transitorio de exaltación en el cual el mundo exterior desaparece, y con él el sentimiento de separatividad con respecto al mismo. Esta orgía puede provocarse por medio de las drogas, por rituales de cierta índole, por el alcohol, y por la experiencia sexual. Los rituales de tribus primitivas ofrecen un cuadro de este tipo de solución, pero esta misma se presenta también en sociedades más civilizadas, en los rituales religiosos que producen una experiencia de fusión con el grupo y con una divinidad que al perdonar el pecado recompensa al creyente otorgándole el “estado de gracia”.

El alcohol y las drogas proporcionan una violenta pero transitoria sensación de unión con la gente o con el mundo, pero cuando la experiencia orgiástica termina, se sienten más separados y angustiados.

2. La conformidad con el grupo:

Se trata de una unión en la cual el ser individual desaparece en gran medida, y cuya finalidad es la pertenencia al rebaño. En la medida que el sujeto se haga idéntico a sus semejantes y acepte sus ideas, patrones y costumbres sin pensar ni vacilar, se salvará de la separatividad, y por consiguiente de la soledad y la angustia.

Sin embargo, el precio a pagar es muy grande, ya que comprende la libertad y la individualidad. Además, como lo dice Fromm, la unión por la conformidad no es intensa ni violenta; es calma dictada por la rutina, y por ello mismo, suele resultar insuficiente para aliviar la angustia de la separatividad, debiendo recurrir además a los estados orgiásticos. Sostiene Fromm que la conformidad tipo rebaño ofrece tan sólo la ventaja de ser permanente y no espasmódica, ya que el individuo es introducido en el patrón de conformidad a los 3 ó 4 años y a partir de ese momento nunca pierde el contacto con el rebaño. Aún su funeral que él anticipa como su última actividad social importante, está estrictamente de acuerdo con el patrón.

3. La actividad creadora:

En cualquier tipo de tarea creadora la persona que crea se une con su material, que representa el mundo exterior a él. El hombre se une al mundo en el proceso de creación. Sin embargo, la unidad alcanzada por medio del trabajo creador no es interpersonal y constituye por lo tanto, como los puntos anteriores, respuestas parciales al problema de la existencia. La solución plena está en el logro de la unión interpersonal, la fusión con otra persona, en el amor.

4. La unión por el amor:

Esta solución plena solamente podría lograrse al existir un verdadero amor y no una unión pasional, ni menos simbiótica. La unión pasional sería aquélla en la cual la persona es esclava de una pasión y en realidad su “actividad” es una “pasividad”, puesto que está impulsado; es el que sufre la acción y no el que la realiza. La unión simbiótica es la que se produce al existir una dependencia en que ambos se necesitan mutuamente y procuran “absorberse” recíprocamente. Es como una forma de vampirismo o parasitismo. La unión por el amor solamente es válida cuando hay *amor maduro*, es decir, unión a condición de preservar la propia individualidad.

A través de la profunda descripción de Fromm podemos ver como el *sapiens* tiene como motivación principal en la vida, su profunda angustia, basada en el temor a la liberación con respecto al *computador central*. Sugerimos al lector que analice cualquier aspecto de la psicología social usando la clave maestra del conocimiento del Alma Colectiva en el *sapiens*. Sea el amor, sea la política, la guerra, el arte la moral, la justicia o la injusticia; todo lo podrá entender con la comprensión previa del misterio del Computador central.

A estas alturas, muchos lectores pueden sentirse preocupados, porque tal vez esperaban más "magia", misterio y ocultismo. Deseaban quizá la revelación de fantásticos secretos que le permitirían desdoblarse con un simple "abracadabra" o alcanzar la clarividencia con la apertura del tercer ojo. ¡Paciencia!, el más impaciente y superficial es el que menos ve. Solamente el que intuye que las grandes verdades se encuentran en lo simple, puede llegar a ver bajo la superficie de las apariencias. La gente siempre busca lo complicado, creyendo encontrar una equivalencia entre complejidad y verdad. Si meditamos profundamente nos daremos cuenta que es mucho más difícil reparar en lo simple que en lo complejo. Lo simple se aparece tan desprovisto de atractivo que nadie se preocupa de estudiarlo o de esforzarse por penetrar la superficie. No obstante, la verdad está en lo simple, y es por eso que se afirma que la "verdad está escrita en el libro abierto de la naturaleza". La verdad está "botada" por todas partes y nadie repara en ella. Es más difícil "conocer lo que ya se conoce" que aquello que se ignora. Lo conocido no llama la atención, y existe ya sobre ello una cantidad de prejuicios.

Es por eso que el intelecto lo arrincona en el desván de lo insignificante e inservible, despreciando el profundo tesoro que puede encerrar.

El misterio del ocultismo y la magia se basa en la comprensión de lo que es de todos conocido pero que nadie comprende. Es por eso que el vulgo anda tan perdido y desorientado al tratar de encontrar misteriosos maestros en la India, de dominar extrañas cualidades parasicológicas, o de encontrar curiosos y desaparecidos manuscritos con los "secretos mágicos".

La palabra "ocultismo" no designa un conocimiento desconocido, sino una enseñanza que está oculta. Oculta por la tontería humana, por el snobismo, la superficialidad, la fantasía, y la falta de un estado de conciencia superior. Es por eso que muchas veces, al faltar el "abracadabra" el estudiante se siente defraudado ya que él esperaba lo "mágico". Pero, ¿cual es generalmente el concepto de lo mágico? Lo mágico es el alimento de la esperanza de los flojos, los cuales creen que basta aprender ciertos trucos o alcanzar ciertos "poderes" para poder alcanzar *sin esfuerzo alguno, por arte de magia*, la realización de todos sus deseos. Es decir, conciben el arte mágico como el ejercicio de lo arbitrario, en un procedimiento en el cual el mundo y la naturaleza estarían sometidos a los caprichos o arbitrarios deseos del hechicero. Desde ya, debemos desilusionarlos, porque lo arbitrario no existe en el Universo, y de existir, provocaría la destrucción del Cosmos.

La gente le tiene horror al esfuerzo, y por lo tanto, lo "mágico-fácil" tiene un atractivo extraordinario sobre los incautos. Parfraseando a Hermes Trismegisto podemos afirmar que "como es arriba es abajo" y que por lo tanto, tal como la obtención de algo físico o material demanda trabajo, tiempo, y esfuerzo, igual ocurre con lo hermético, arte en el cual, solamente después de un largo proceso iniciático, es posible recién comenzar a dar los primeros pasos. Sin embargo, no debemos tampoco olvidar que el esfuerzo va en relación a la importancia de la meta que perseguimos, y que no conocemos ninguna meta más alta y noble que la de llegar a convertirse en un verdadero ser humano de altas cualidades espirituales.

Muchas personas identifican lo mágico con las dotes parapsicológicas, creyendo que la suprema meta del Ocultismo consiste en desarrollar los poderes PSI. Se comprende el equívoco en virtud del completo desconocimiento que existe en lo que a Ocultismo se refiere, cuyas metas espirituales no son ni temporales ni relativas, sino infinitas, eternas, y absolutas, trascendiendo la materia, el momento histórico, la vida y la muerte.

¿SER O NO SER?

Este tradicional interrogante planteado por Shakespeare es también uno de los elementos básicos en los que debe trabajar el estudiante de hermetismo. A primera vista, la pregunta parece el planteamiento previo a la decisión de vivir o morir, ya que a nadie se le puede ocurrir pensar que "no es", desde el momento en que tiene una evidencia de existir, de verse a sí mismo, y de poseer un cuerpo material que ocupa un espacio. Cualquier persona normal que se pregunte a sí misma: ¿Soy o no soy?, tendrá que responder afirmativamente.

Sin embargo, el hermetismo, afirma que el *sapiens* "no es". ¿Cómo puede entenderse esto? Sólo a través de una mayor precisión y profundidad en los conceptos. Es preciso, para esto, manejar dos triángulos filosóficos que son los siguientes:



El *sapiens* posee un cuerpo físico, con una chispa divina o espíritu, y un yo psicológico o personalidad. Si nos preguntamos si Fulano de Tal es, y nos referimos al cuerpo y al yo psicológico, tendremos que responder afirmativamente. Si nos referimos en cambio al espíritu o *Yo superior*, nuestra respuesta será negativa.

Para comprender esto tenemos que darnos cuenta que hablamos de una persona, y este sujeto vive en el mundo material, en un cuerpo material. Este cuerpo se manifiesta plenamente, y esto es innegable, porque ocupa un espacio. El Yo psicológico de este cuerpo también se manifiesta constantemente (tal vez no deja jamás de hacerlo) y también tenemos una evidencia de esto. Sin embargo, el *Yo Superior* o el espíritu, a pesar de estar encarnado en la materia, vive una existencia propia en un mundo que le es afín. Este *Yo Superior no se manifiesta ni en el cuerpo ni en el mundo concreto*, y por lo tanto, “no es” en la realidad material del momento presente.

Por cierto que para aquellas personas que no creen que exista un espíritu o “el espíritu” en *el sapiens*, esta explicación carecerá en absoluto de valor. A estos individuos les pediría que se formularan a sí mismos la siguiente pregunta: ¿Quién soy yo? Ciertamente, no soy el cuerpo ni soy “fulano de tal”. ¿Seré acaso “el pensador”? ¿Quién soy yo?

Prosiguiendo con nuestra exposición, sostenemos que el espíritu o esencia inmortal, o *Yo Superior*, vive en un “misterioso limbo”, al cual no tenemos acceso. Desde ese “limbo”, un fino hilo llega sin embargo hasta la conciencia psicológica, dándole al sujeto el “sentido de lo espiritual”. No obstante, el espíritu jamás se manifiesta en el cerebro del individuo, y por lo consiguiente, tampoco lo hace en la realidad concreta del mundo material.

Por ende, si yo me pregunto, ¿Soy o no soy?, por referirse esto al *Ser esencial*, tendré que responder: *Soy en el limbo donde estoy como ser espiritual, pero no soy en el mundo material donde mi cuerpo físico vive la realidad del momento presente*. Y como no me sirve para nada *Ser en el limbo*, tendré que aceptar que *No soy*. En cambio, “fulano de tal” (mi Yo psicológico) es, y existe en cierta medida, en la realidad material.

Aquí llegamos precisamente al objetivo básico perseguido por el verdadero Ocultismo (el esotérico y no el exotérico) el cual es:

1. Que el *sapiens* se transforme en hombre.
2. Que ese hombre sea espiritual.

El hermetismo tiene la meta primera de la espiritualidad, concepto sobre el cual hay tantas ideas erróneas. Para la mayoría de la gente, la espiritualidad es un misterioso estado místico en el cual el sujeto llega a la pureza absoluta, absteniéndose de comer carne y de beber alcohol, observando una completa castidad sexual, y viviendo apartado de la existencia material, en un océano de bondad, amor, y renunciamento. Con frecuencia, los pintores imaginan a los santos como hombres casi esqueléticos, de rostro muy delgado, ojos hundidos y aspecto de mansedumbre. Casi todas las estampas de Cristo lo representan como un sujeto muy débil y desnutrido, sin fuerza ni vigor. Esta falsa imagen de la espiritualidad es la que tratan de adoptar o imitar todos aquéllos que por un medio u otro “tienen inquietudes espirituales”.

Llegar a ser espiritual significa en verdad una sola cosa, y esto es, “que el espíritu se manifieste a través del propio cerebro. De esta manera el sujeto es *espiritual*, porque su espíritu tiene acceso a la realidad material, concreta, y temporal. Ahora bien, *que como consecuencia* de este hecho se despierten ciertas cualidades superiores en el individuo, es asunto aparte.

El concepto *tiempo* agregado al tema que estudiamos, nos permitirá visualizar el fenómeno del ser de una forma mucho más luminosa. No nos interesa, en relación al tiempo, ninguna de las complicadas ecuaciones einstenianas, sino el mero concepto de pasado, presente, y futuro. De hecho, nos interesa positivamente sólo el presente; pasado y futuro representan sólo conceptos negativos en este análisis.

Recapitemos y agreguemos el tiempo a nuestro proceso reflexivo:

“El *Sapiens* posee un cuerpo físico el cual tiene un Yo psicológico y un *Yo Superior* o espíritu. Este cuerpo, que es de materia, ocupa un lugar en el espacio y tiene una ubicación en el tiempo.”

Situemos ahora estas partes constituyentes en el tiempo y en el espacio:

<i>Presente</i>	1. <i>Cuerpo físico</i> (lo concreto)	Sin duda alguna está ubicado en el momento presente, es decir, existe en la realidad del presente. Posee un <i>espacio-tiempo</i> correcto de acuerdo a nuestra realidad terrenal.
<i>Presente, pasado y futuro</i>	2. <i>Yo psicológico</i> (lo mental)	<i>Espacio:</i> indeterminado <i>Tiempo:</i> fluctúa entre el pasado, presente y futuro.
<i>Lo que es, ha sido y será</i>	3. <i>Espíritu</i> (lo energético puro)	<i>Espacio:</i> <i>Infinito</i> <i>Tiempo:</i> cósmico

En el Cosmos existen infinitas formas de vida, las cuales deben regirse por las realidades absolutas del Universo. Sin embargo, dentro de estas realidades absolutas existen verdades temporales o relativas, las

cuales son degradaciones de lo absoluto en una infinita escala de niveles, cada uno de los cuales tiene leyes absolutas y relativas. En nuestra calidad de *homo sapiens* vivimos en la realidad del mundo que ya conocemos, es decir, cuerpo material y tiempo terrestre. Si viviéramos en un distante planeta, tal vez tendríamos un cuerpo etérico o gaseoso, y un tiempo adecuado al planeta donde existimos.

Por lo tanto, nuestra realidad primordial, como *sapiens*, es el mundo material del planeta tierra, regido por un tiempo terrestre, medido por relojes terrestres. *Ésa es nuestra realidad concreta, en lo que a nuestra vida en un cuerpo biológico se refiere.* Si hemos seguido atentamente el desarrollo de este tema, llegaremos a las siguientes conclusiones:

1. Nuestro cuerpo físico vive ajustado a la absoluta realidad de las condiciones vitales que rigen nuestra existencia. El tiempo terrestre transcurre para él de acuerdo a las pautas del reloj.

2. Nuestro Yo psicológico es un abanico abierto hacia el pasado, presente y futuro. *Jamás está completamente en el presente; ni en el pasado; ni en el futuro. Con respecto al tiempo, es disidente del cuerpo físico, es decir, tiene una diferente ubicación en el tiempo.*

3. Nuestro espíritu vive en un tiempo cósmico, pero él mismo, está más allá del tiempo. *Es el que es, el que ha sido, y el que eternamente será.*

Nuestra incapacidad de ser espirituales reside en el hecho de que nuestro espíritu y nuestro cuerpo *no coinciden en el tiempo*, por lo cual no puede haber una comunicación entre ellos. Para hacer coincidir nuestro espíritu y cuerpo existen dos métodos básicos:

A = *El CAOS*
B = *EL ORDEN*

En ambos sistemas se necesita de un “mediador” o intermediario que sirva de contacto entre cuerpo y espíritu. En el caso A el sujeto emplea el subconsciente (en el cual coexiste el pasado, el presente y el futuro) para unirse a lo espiritual. Se le llama el *caos* porque se produce una desorientación en el tiempo y en el espacio que puede afectar las condiciones materiales de vida del sujeto, pero que aumenta sus luces espirituales.

En el caso B, del *Orden*, se crea por medio de la “teurgia” un mediador artificial, no subconsciente, sino superconsciente. Más adelante nos extenderemos en este caso.

Se trata, por cualquiera de los dos medios, de llevar al espíritu a la realidad temporal del cuerpo físico, ya que no puede hacerse a la inversa.

Para dilucidar el misterio del ser, el estudiante debe adentrarse acuciosamente en los conceptos que equivalen al *Ser* y al *No ser*, es decir, que podemos identificarnos con dichos estados. El *Ser*, corresponde, por supuesto, a la realidad, y el *No ser* a la fantasía. Expresado de otra manera, todo lo “fantástico” (en el sentido de fantasía ilusoria) no es, ya que corresponde solamente a una visión subjetiva del individuo. Por el contrario, la realidad *Es*, ya que equivale a la contemplación objetiva de un fenómeno que existe separadamente del sujeto (externo), o bien, a un fenómeno interno, pero perfectamente estudiado, comprobado y delimitado.

Resulta abismante el observar hasta que punto el ser humano vive en un mundo personal (subjetivo) puramente fantástico e ilusorio, sin llegar jamás a encontrarse con la realidad concreta y objetiva. Esto se explica por lo que ya hemos hablado en torno al sueño, ya que cada persona tiene un mundo de sueños o fantasías personales que corresponden a sus deseos y temores. Es así, como en cierta medida, cada persona vive en “su propio mundo fantástico”, fabricado imaginativamente de acuerdo a sus necesidades inconscientes.

Existe una clave absoluta que nos proporciona un punto de referencia para comprender el misterio del *Ser*, y esta clave se expresa en el siguiente concepto hermético: “la única realidad es la del momento presente; no existe pasado ni futuro; ambos son ilusorios” (el pasado existió y el futuro existirá).

¿Qué es el presente? El presente es el punto exacto de unión entre el pasado y el futuro.

Si logramos comprender que la única realidad es la del momento presente, llegaremos hasta el fondo del misterio del ser y el no ser. La vida está compuesta por una naturaleza real, absoluta e implacable; por el sueño y por el tiempo. En esa vida nos encontramos con módulos de fantasía y módulos de realidad. Cada módulo está siempre compuesto de 3 elementos: el tiempo, el espacio, y la persona. Según como se combinen estos tres elementos, el sujeto *Es*, o *No es*.

Con el fin de entender esto nos construiremos la siguiente imagen del mundo:

1. Un espacio aparentemente inmutable e inmóvil.

2. Una huincha tal como la cinta de una computadora. Esta cinta está dividida en espacios, o graduada como una cinta métrica. Cada grado corresponde a un segundo, y este sistema se mueve sobre el espacio inmóvil a la velocidad de un grado por segundo. (Para el caso, da lo mismo que sea el espacio o el tiempo quienes se muevan; lo básico es que uno de ellos lo hace.)

3. El hombre, de pie sobre la tierra (parte del espacio), al lado de la banda del tiempo.

Pensemos ahora que existen muchas cintas del tiempo en el Universo, una para el hombre, otra para los minerales, animales, planetas, galaxias, etcétera. A nosotros sólo nos interesa para esta explicación, el tiempo del hombre.

Supongamos que esta banda del tiempo humano se está moviendo a razón de un grado por segundo, y que el hombre está parado al lado de esta medida y que debe caminar junto a ella. Detengamos el sistema por un

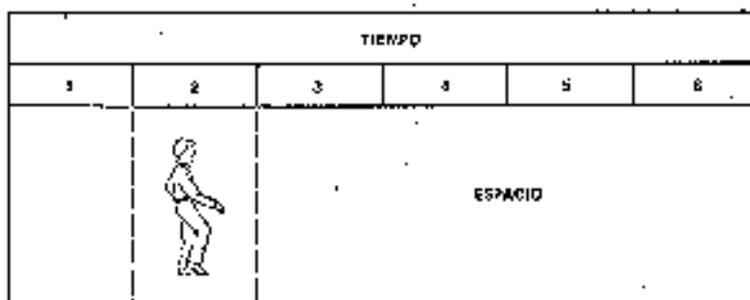
momento y hagamos una marca roja en la cinta, exactamente frente al hombre, y pongamos todo en marcha nuevamente.

En la medida en que el hombre se mantenga en la marca roja, vivirá en la realidad; es decir, ese sujeto ES. Por el contrario, al apartarse de la marca, sea atrasándose o adelantándose con respecto a ella, el sujeto NO ES.

La coincidencia con el tiempo nos lleva a la realidad de nuestra existencia; la descoincidencia a una existencia fantástica. Aún más, es preciso también agregar a este esquema un elemento que falta para formar un módulo. Este elemento es la actividad física y psicológica del sujeto en un momento dado. A fin de ilustrar esto pondremos el siguiente ejemplo:

Fulano de tal, conocedor del secreto del tiempo, tal como aquí lo exponemos, logra una plena coincidencia con el tiempo en este momento.

¿Cuál sería su situación?



Supongamos que su ubicación se ha producido en el grado 2 del tiempo (división imaginaria). En este grado 2 son las tres de la tarde y 42 segundos, y nuestro sujeto experimental se encuentra en su oficina, ubicada en el centro de la ciudad. ¿Qué es lo real para este individuo? Solamente el espacio-tiempo con el cual está físicamente conectado en ese instante. Ésta es su realidad primaria: es decir, su oficina con todo lo que ella contiene y con la labor que esté ejecutando en ese momento. Su casa, su automóvil, su familia, todo aquello que es ajeno a su función del momento, *no existe* sino como una realidad secundaria, ya que son elementos con los cuales el individuo *entrará* en contacto en un futuro muy cercano, pero que por la misma razón, *no existen en ese instante, ya que la única realidad es la del momento presente.*

Ahora bien, en la medida en que el sujeto proyecte su conciencia psicológicamente a una realidad secundaria o a una fantasía (a lo que no está comprendido en su espacio tiempo del momento) el individuo dejará de coincidir con el tiempo y caerá indefectiblemente en poder del sueño, la fantasía, y la irrealidad. Es por esto, que oscuramente, se ha sentido en la concentración mental un arma poderosa para conseguir algo valioso. Resulta obvio que una persona solamente puede mantenerse en coincidencia con el tiempo en relación directa a su autodisciplina.

Si pudiéramos, de algún modo, entrar en coincidencia con el tiempo cósmico, viviríamos, seguramente, miles o millones de años; nuestra edad sería planetaria y no humana.

El gran enemigo del individuo es el Yo psicológico, quien, como ya lo manifestáramos anteriormente, es un verdadero abanico, abierto sobre el pasado, presente y futuro, imposibilitando así una coincidencia temporal positiva.

La imaginación del sujeto lo hace proyectar su conciencia fuera del momento presente, viviendo así una existencia irreal y fantástica; *no existiendo*. Debemos entender que si un hombre vive en otro tiempo, *no es, en el tiempo presente.*

Es preciso añadir algo tremendamente importante, y es el hecho de que al existir coincidencia en el tiempo, es decir, al ubicarse en la realidad del momento presente, se consigue la manifestación del espíritu en el cerebro, logrando así ser espirituales. El secreto de la espiritualidad es por lo tanto el misterio del tiempo y de su acción en el ser humano.

Para el hermetista las personas tienen dos edades:

1. La edad cronológica.
2. La edad real.

La edad cronológica es la que todos conocemos. La edad real es la suma de todos los pequeños momentos en los cuales el espíritu se manifestó en el cerebro, y por lo tanto, tuvo acceso a la realidad material concreta. Por diversos motivos, algunos accidentales y otros imputables al individuo mismo, el espíritu tiene algunas manifestaciones corporales. Sin embargo, son tan raras y breves en la generalidad de las personas, que la edad real de un sujeto de 40 años cronológicos puede ser de apenas 3 meses, semanas, días, e inclusive horas. Esta edad real la obtenemos sumando los espacios de tiempo en los cuales se manifestó el espíritu, momentos en los que el sujeto adquiere, a pesar de su brevedad, una amplificación y elevación de su conciencia.

Esto nos revela parte de los métodos usados por los hermetistas en el desarrollo espiritual de los estudiantes, ya que al conseguir manifestar el espíritu y mantener esta condición, se produce inevitablemente un proceso de verdadera evolución. Sin embargo, éste es un proceso largo y doloroso, ya que involucra la “transubstanciación del verbo”, es decir, que el verbo o espíritu, se convierta en carne y sangre.

Esto es lo que enseñó Jesús a sus discípulos en la última cena al darles pan y vino, y decirles: “bebed que ésta es mi sangre, comed que éste es mi cuerpo.”

Muy pocos aceptarían que esta afirmación fue literal y no simbólica. La mayoría, no se dará cuenta de todo lo que aquí se dice, a pesar de la simpleza de nuestro lenguaje. Escribimos para una minoría, pero en el lenguaje de las mayorías, a fin de que todos tengan una oportunidad.

Un módulo de realidad está compuesto por los siguientes elementos:

1. El sujeto en el espacio-tiempo correcto.
2. Lo que contiene el espacio del punto anterior (cosas materiales y psicológicas).

Un módulo de fantasía contiene:

1. El sujeto en el espacio-tiempo incorrecto.
2. Las cosas materiales e inmateriales que contienen el espacio anterior.

Resulta innecesario agregar que los Módulos de realidad constituyen una rara excepción. La mayor parte de las personas viven casi permanentemente enredadas en la telaraña de la fantasía y el sueño, los cuales roban al sujeto sus mejores posibilidades de alcanzar una verdadera conciencia y una real felicidad. Aún cuando estos fenómenos se expongan claramente y se advierta a la gente de este peligro, sólo una pequeña minoría comprenderá su precaria situación. Recordemos las sabias palabras de José Ortega y Gasset en uno de los párrafos de su obra: “La rebelión de las masas”, cuando dice: “Todas las cosas de que habla la ciencia, sea ella que quiere, son abstractas, y las cosas abstractas son siempre claras. De suerte que la claridad de la ciencia no está tanto en la cabeza de los que la hacen como en las cosas de que hablan. Lo esencialmente confuso, intrincado, es la realidad vital concreta, que es siempre única. El que sea capaz de orientarse con precisión en ella; el que vislumbre bajo el caos que presenta toda situación vital la anatomía secreta del instante; en suma, el que no se pierda en la vida, ése es de verdad una cabeza clara. Observad a los que os rodean y veréis cómo avanzan perdidos por la vida; van como sonámbulos dentro de su buena o mala suerte, sin tener la más ligera sospecha de lo que les pasa. Los oiréis hablar en fórmulas taxativas sobre sí mismos y sobre su contorno, lo cual indicaría que poseen ideas sobre todo ello. Pero si analizáis someramente esas ideas, notaréis que no reflejan mucho ni poco la realidad a que parecen referirse, y si ahondáis más en el análisis, hallaréis que ni siquiera pretenden ajustarse a tal realidad. Todo lo contrario: el individuo trata con ellas de interceptar su propia visión de lo real, de su vida misma. Porque la vida es por lo pronto un caos donde uno está perdido. El hombre lo sospecha; pero le aterra encontrarse cara a cara con esa terrible realidad y procura ocultarla con un telón fantasmagórico, donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que sus ideas no sean verdaderas; las emplea como trincheras para defenderse de su vida, como aspavientos para ahuyentar la realidad”

“El hombre de cabeza clara es el que se libra de esas “ideas” fantasmagóricas y mira de frente a la vida, y se hace cargo de que todo en ella es problemático, y se siente perdido. Como esto es la pura verdad a saber, que vivir es sentirse perdido, el que lo acepta ya ha empezado a encontrarse, ya ha comenzado a descubrir su auténtica realidad, ya está en lo firme. Instintivamente, lo mismo que el náufrago, buscará algo a que agarrarse, y esa mirada trágica, perentoria, absolutamente veraz, porque se trata de salvarse, le hará ordenar el caos de su vida. Éstas son las únicas ideas verdaderas: las ideas de los náufragos. Lo demás es retórica, postura, íntima farsa. El que no se siente de verdad perdido se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad.”

“Esto es cierto en todos los órdenes, aún en la ciencia, no obstante ser la ciencia de suyo una huida de la vida, (la mayor parte de los hombres de ciencia se han dedicado a ella por terror a enfrentarse con la vida. No son cabezas claras; de aquí su notoria torpeza ante cualquier situación concreta). Nuestras ideas científicas valen en la medida en que nos hayamos sentido perdidos en una cuestión en que hayamos visto bien su carácter problemático y comprendamos que no debemos apoyarnos en ideas recibidas, en recetas, en lemas ni en vocablos. El que descubre una nueva verdad científica tuvo antes que triturar casi todo lo que había aprendido, y llegar a esa nueva verdad con las manos sangrientas por haber yugulado innumerables lugares comunes.

En forma brillante, aunque a modo “profano” y no hermético, Ortega y Gasset expone lo difícil que resulta encontrar “cabezas claras”, como él las llama, ya que los hombres se pierden tras la superficialidad de su propio pensamiento y fantasía, sin llegar jamás a encontrar la realidad de la vida.

El sujeto común y cualquiera, no llega nunca a sospechar la magnitud de su extravío en el mundo que lo acoge, ya que su prójimo carece tanto o más de orientación que él mismo. Por desgracia, el colegio y la universidad no constituyen ninguna brújula en este aspecto, ni menos los códigos éticos y morales, ni las leyes o reglas instituidas por la sociedad, ya que para serlo así, tendrían que ser diseñados por “cabezas claras”, las cuales, por cierto, no abundan. Sin embargo, y esto lo hemos visto repetidamente en la historia, aparecen de improviso y aisladamente, “cabezas claras”, que señalan el rumbo a seguir con una claridad meridiana. Por lo común, la gente se mofa de tales inteligencias, como lo hace siempre el ignorante de aquello que no entiende, como una defensa para no mostrar su invalidez intelectual.

Nuestro mundo, es por lo menos por el momento, un planeta de lisiados que se creen perfectamente sanos, porque no conocen otra condición. Sin embargo, el daño no está ni en el cuerpo ni en la inteligencia; reside en

la falta de conciencia. ¿Pero qué es esta conciencia de la cual hablamos? No es acaso lo que diferencia al hombre de los animales? Ciertamente no, aun cuando lógicamente un *sapiens* es bastante más consciente que un animal que no posee la chispa divina.

La conciencia a la cual nos referimos se origina por el ejercicio de una inteligencia desprovista de contenido onírico. La inconsciencia, por el contrario, es la inteligencia de un sujeto dormido (lo cual como ya lo hemos señalado en páginas anteriores, no daña el pensamiento mecánico o "inteligencia muerta"). Resumiremos en el esquema siguiente lo que tratamos de explicar:

1) *Inconsciencia*: inteligencia nacida de un aprendizaje onírico. El nivel de vigilia del sujeto es muy bajo aún cuando su intelecto sea "brillante", ya que esta agudeza sólo refleja una gran agilidad para establecer combinaciones con la información cerebral. La llamamos "inteligencia muerta" o "programada".

2) *Consciencia*: inteligencia que se originó y desarrolló en base a un aprendizaje vígilico. El nivel de vigilia del sujeto es constantemente alto. Podemos llamarla "inteligencia viva" o "desprogramada".

Podríamos decir, entonces, para establecer una denominación, que el hombre es un "lisiado de la mente". En rigor de la verdad, el término "mente" lo empleamos sólo figuradamente, ya que el *Sapiens* carece de mente, como lo explicaremos más adelante. No obstante, establecemos así, con la expresión "lisiado de la mente", la carencia e inoperancia absoluta o invalidez de la mente, a la cual, herméticamente hablando, consideramos como la facultad superior del ser humano, la cual posee sólo en estado latente (el significado de algunas palabras en el hermetismo es sensiblemente diferente del usual).

Debido a la falta de un estado de vigilia superior, el planeta tierra es un "pequeño infierno", donde por gracia divina o maldad infernal, el sujeto no advierte ni valora su precaria condición ni la oscuridad de su conciencia. Como verdadero insano, cada *Sapiens*, a similitud, de don Quijote, el hidalgo castellano, arremete lanza en ristre contra sus particulares molinos de viento. Así, combate tras combate, la juventud se pierde, las ilusiones mueren, la pureza se marchita, y se desvanecen gradualmente los últimos resplandores de lucidez.

Si fuéramos dioses perversos o expoliadores inmorales, no podríamos idear nada mejor para hacer trabajar tranquilos a un grupo de esclavos que hacerles creer por medio de hipnosis colectiva que son felices e importantes. Contaríamos con perfectos autómatas de protoplasma que laborarían incansablemente produciendo aquello que a nosotros nos interesara. Por añadidura, estos robots se fabricarían y mantendrían a sí mismos y no para otros seres. Esto es efectivo en lo que se refiere a los productos y materiales que el *sapiens* emplea para su propia manutención. Ninguna especie, no humana roba al *sapiens* el producto material de sus esfuerzos. No ocurre lo mismo, en cambio, con los frutos sutiles producidos por el árbol humano (sistema nervioso) en su existencia cotidiana. Éstos, son rápidamente "cosechados" por ciertos seres que se encuentran en una escala evolutiva mucho más alta que el ser humano, verdaderos dioses del espacio, que profitan del esfuerzo humano, pero que a la vez cumplen ciertas funciones cósmicas, es decir, ocupan un importante puesto en la economía universal. Ya los hemos mencionado anteriormente, llamándolos, *los Arcontes del destino*. También podríamos referirnos a ellos como *los Dioses del Zodíaco*, ya que son los que dirigen y regulan la existencia humana en este planeta. Cuando se habla de una verdadera astrología, esto se refiere, no a las "irradiaciones" de un planeta determinado, sino a la influencia de los dioses zodiacales, cada uno de los cuales (son 72 en total) tiene características personales y definidas, influyendo de un modo peculiar sobre las personas a quienes controla. Todos los habitantes de la tierra están bajo el gobierno de alguno o de varios de estos dioses, quienes disponen, modelan y dirigen los destinos de la humanidad, pero no así el destino del hermetista, quien alcanza, en un momento dado, su autonomía vital, desligándose del mandato de los arcontes.

Los arcontes del destino son seres temibles, no porque sean malos, sino por su severidad fría e inexorable en la manipulación del *sapiens*. Si tuviéramos que establecer un símbolo para ellos, sin duda alguna los figuraríamos con un látigo en la mano, cilicio con el cual fustigan a la humanidad a fin de hacerla progresar, aún cuando esta evolución sea imperceptible en nuestro tiempo terrestre. Estos jueces ocultos provocan, por ejemplo, sin piedad alguna en sus corazones, una guerra mundial en la que mueren millones de personas. Para ellos, estos difuntos no tienen mas valor que el asignado por el *sapiens* a los miles de animales que sacrifica diariamente para alimentarse.

El *sapiens*, en su lucha inclemente por la existencia, y en sus múltiples relaciones con el medio natural y social que lo circunda, experimenta inevitablemente toda suerte de tribulaciones, sufrimientos, decepciones, y experiencias diversas, tanto gratas como ingratas. Como consecuencia de esto, su aparato emocional y nervioso elabora ciertos elementos incorpóreos, pero de una extraordinaria potencia, los cuales "abandonan" el cuerpo humano en forma de vibraciones (todo vibra, la materia es sólo energía vibratoria) que son emitidas por antenas incorporadas en la unidad biológica, las cuales se encuentran orientadas o sintonizadas con la frecuencia de los *Arcantes*, quienes así "cosechan" esta fuerza y las utilizan con fines que no divulgaremos, volviendo a advertir, que de todos modos, cumplen una función cósmica.

Es así como el *sapiens* es despojado inadvertidamente del producto más noble producido por él mismo: el destilado final de la experiencia humana, caldo en el cual está la sangre, el alma, y la vida misma del sujeto, ya que vivió para esto, sufrió, amo, gozó, trabajó, construyó, hizo la guerra, estudió, investigó, solamente para elaborar el caldo aurífero de su vida. Debemos comprender que el *Computador central* sólo existe en función de *los Arcontes del destino*, como instrumento para el control de la especie *sapiens*.

El objeto de la vida, el motivo por el cual el *sapiens* fue creado, no es para que goce de la vida en los jardines del Señor, sino para que sea un mero peón de sus viñedos, obrero tan perfecto que, actúa como cultivador y cultivo al mismo tiempo.

Si el hombre pudiera evitar que su caldo aurífero le fuera sustraído, podría, con este producto vital, hacerse igual a los dioses, evolucionando rápidamente al aprovechar de manera integral los productos del laboratorio químico de su cuerpo físico. Esto es precisamente lo que hace el estudiante de hermetismo, el cual es liberado transitoriamente por los arcontes del destino, ya que aquel sujeto, en virtud de su comprensión y responsabilidad, no necesita de un capataz con látigo en mano que lo obligue a evolucionar por el sufrimiento, sino que, toma en sus propias manos su responsabilidad evolutiva, y si lo estima necesario, se somete él mismo al sufrimiento temporal, con el fin de lograr la felicidad eterna. (Al revés del profano, quien elige el goce transitorio a costa del sufrimiento “eterno”).

Si el estudiante fracasa o se desvía de su camino, abusando de su libertad temporal, los arcontes vuelven a tomarlo bajo control, castigándolo con durísimas lecciones.

Podemos observar, desde otro punto de vista cómo determinados países son elegidos por los *Arcontes*, para efectuar allí un verdadero “martirologio”. Mas, no se crea que este sufrimiento es estéril, ya que aquel sacrificio provoca, generalmente, un resurgimiento moral, material, espiritual e intelectual, de la población, en virtud de la ley del sufrimiento. Es así como después de las guerras advertimos un rápido renacer hacia un estado superior. ¡Duro precio de la evolución!, ya que esto se habría podido evitar en la medida en que existieron en ese país o en el mundo, suficiente cantidad de “cabezas claras”, y que la masa hubiera estado dispuesta a seguirlos.

¡Basta ya de revelar secretos que al *sapiens* están velados! Tendamos un manto de silencio sobre este tema, para cumplir con el mandato de la esotérica esfinge, que ordena callar. El hablar y el callar son dos espadas que deben manejarse con un arte sublime para no quebrantar la armonía universal. Los que tienen “ojos para ver” comprenderán todo aquello que aquí no se puede decir en la palabra escrita, pero sí en el lenguaje críptico de los iniciados. Los que no están en este caso, es mejor que no entiendan nada y continúen durmiendo tranquilamente. Al final, los *Arcontes* no corren peligro de una “mala cosecha”, motivada por una posible rebelión del *sapiens*, ya que éste es demasiado ciego para ver el peligro donde éste realmente se encuentra.

Resulta penoso observar la tremenda limitación del *sapiens*, quien se encierra en el pequeño mundo de los conceptos estereotipados, del conocimiento aprendido de memoria, de la imitación, y de los mecanismos de compensación y defensa.

Su invalidez mental no le permite apreciar el pequeñísimo cubículo que lo aprisiona. Y desde allí, con juicios absolutamente a priori, acepta, condena o tolera, sin molestarse para nada en analizar en profundidad con su inteligencia, las situaciones a las cuales se ve enfrentado.

LA ILUSION DEL CONOCIMIENTO VERDADERO

Todo verdadero conocimiento radica en la mente y no en la inteligencia. La mente es aquello que distingue al hermetista del profano, el cual, como ya lo hemos dicho en el capítulo anterior, es un “inválido de la mente” (por carecer de ella).

El hermetista, por el contrario, tiene una mente que él mismo ha formado y desarrollado, la cual le permite alcanzar estados de conciencia superior, en los cuales tiene acceso a la verdad absoluta.

Físicamente, *mente* es una esfera magnética que se establece entre dos polos: el cerebro (polo negativo en el hombre) y el sexo (polo positivo del hombre). (En la mujer: polo positivo el cerebro y negativo el sexo.) Esta esfera se forma exclusivamente mediante el trabajo en sí mismo del estudiante hermetista, y es el resultado de un largo esfuerzo. Desde un punto de vista espiritual superior, la mente es la piedra filosofal mediante la cual el iniciado logra una continua transformación de metales viles (ignorancia, mentira), en oro (conocimiento, verdad), y la inmortalización de su propia individualidad.

La *mente* es el estómago de la inteligencia. Al carecer de ella el *sapiens* no llega jamás a efectuar la digestión de la información que posee, y se constituye en una “inteligencia empachada”. Glotón del conocimiento, devora y devora información respecto a muchas cosas, la cual se integra al archivo cerebral, sin llegar nunca a ceder la “quinta esencia” de su secreto. Esta inmensa masa de información que posee un sujeto medianamente culto, es precisamente la que le da la falsa sensación de “conocer muchas cosas”, y se siente con la autoridad moral para emitir toda clase de opiniones, permaneciendo ignorante de su verdadera condición de “invalidez mental” (la cual, al final, es una invalidez de la inteligencia). Mientras más fama o prestigio tenga el autor de los libros o lecciones que el sujeto ha estudiado, mayor será su ceguera intelectual. Si posee un título profesional, fruto de largo estudio en las aulas universitarias, lo más seguro es que su inteligencia haya sido total e irremediabilmente dañada al estratificarse (o tal vez petrificarse) en niveles muy bajos de asimilación de la enseñanza, debido al insignificante estado de vigilia del estudiante, quien se limita a memorizar y a efectuar malabares de infinitas combinaciones con los datos que posee, acrobacias que le dan una extraordinaria agilidad intelectual y la seguridad absoluta de ser “muy inteligente” y extraordinariamente capaz en lo profesional. Sin embargo, todo aquel tráfago de conocimientos falla lamentablemente en las situaciones prácticas de la vida real, salvo en lo que se refiere a la aplicación de conceptos matemáticos. Es así, como a pesar de todo lo que el *sapiens* sabe, no se aprecia un progreso en su naturaleza interna a lo largo de la historia, ni tampoco existen indicios reales de que dicha evolución se aproxime. El hombre se ha convertido en el “portador” de innumerables conceptos cada día más numerosos y complejos, pero el sujeto

mismo, como tal, no cambia en absoluto. Es allí donde se aprecia la absoluta indefensión del *sapiens*: en la incapacidad absoluta de aplicar la información de la cual es “portador”, a su propia transformación y evolución. Esta imposibilidad es tan grande, que el conocimiento que posee no le sirve para mirarse a sí mismo y autoevaluarse de una manera imparcial, eficaz, objetiva y superior. Es un hecho que el sujeto “no se ve a sí mismo”, y por lo consiguiente, está lleno de falsos conceptos sobre su propia importancia, valor y capacidad. A lo más que puede aspirar es a mejorar las condiciones materiales en las cuales vive, y a tratar, guiado por un impulso subconsciente, de alcanzar las estrellas, con la secreta esperanza de encontrar una raza galáctica superior que le enseñe a vivir como ser humano, capacitándolo para abandonar su condición animal.

Es así como tantas personas viven con la esperanza de la real existencia de los discos voladores, anhelando el encuentro con extraterrestres, que de algún modo les ayuden a superarse. Como ocurre con todas las cosas de su vida, el *sapiens* se aferra a esperanzas lejanas o ilusiones fabricadas para eludir las posibilidades reales que tiene a su alcance.

Es mucho más fácil soñar con platillos voladores o con dogmas religiosos de cualquier especie, que poner manos a la obra en la propia superación espiritual. El *sapiens* es fundamentalmente haragán, y como tal busca siempre el camino más fácil y de menor esfuerzo. Le fascina la creencia simple y la fe ignorante; se deslumbra por todo lo que puede significar tener algo sin esfuerzo ya sea por obra y gracia, del “espíritu santo”, o merced al azar. De esta manera, elabora todo tipo de sueños absurdos, subjetivos, ilógicos, y arbitrarios; no importa el contexto con tal de aferrarse a ilusiones convenientes, tal como el naufrago se sujeta a una tabla de salvación. En busca de ese asidero el frustrado se convierte a una fe religiosa y consigue de esta manera liberarse de un yo indeseable, es decir, satisfacer su pasión de renunciamiento individual, desintegrándose o fundiéndose en el movimiento de masas al que ha ingresado. A esto se refiere el gran filósofo y pensador Eric Hoffer cuando dice: “La fe en una causa santa es con frecuencia un sustituto de la fe que hemos perdido en nosotros mismos”.

Con esta “estrategia” el sujeto se realiza plenamente como haragán, ya que ni siquiera necesita pensar; solamente aceptar sin juicio ni análisis el dogma religioso al cual se ha adherido (solamente los que se esfuerzan más allá del deber y la necesidad NO son haraganes). Generalmente las personas viven soñando con algún acontecimiento futuro que cambiará radicalmente sus vidas. Puede ser la expectativa de un “golpe de suerte” que los convierta en millonarios, el encuentro con un gran amor, o el advenimiento de “fuerzas o causas superiores” que modelen su destino de una manera más feliz. Esta ilusión futura, demás está decirlo, estropea o anula todo intento presente y real de conseguir por medio del esfuerzo metódico y sostenido aquello que el sujeto anhela. El *sapiens* es en verdad un “haragán profesional”, principalmente en lo que se refiere a su actividad cerebral, y de acuerdo a esta conducta, se dopa asiduamente con “la droga del sueño”. Esta droga existe, químicamente hablando, pero sólo en el interior del organismo humano, donde provoca el sueño sonambúlico.

Resulta indudable que esta pereza se extiende al ámbito de la inteligencia, y que nadie quiere “complicarse la vida” pensando en cosas difíciles. Es más cómodo seguir aquellas ideas que mejor justifiquen el temperamento o manera de ser del individuo. Es decir, por ejemplo, si una persona es irresponsable, se entregará fervientemente a cualquier movimiento religioso o político que lo libere de toda responsabilidad, por el mecanismo de la entrega incondicional a un poder divino superior; a una muchedumbre psicológica en la cual nadie es responsable de nada, porque es anónima. Un sujeto cobarde elegirá un movimiento que lo prive de la mayor cantidad posible de experiencias vitales que involucren un peligro para la tranquilidad del cuerpo o, de la inteligencia.

Bajo el impulso de la pereza intelectual, el *sapiens* procura llenar su cerebro rápidamente con la mayor cantidad posible de información, la cual trata de memorizar lo más exactamente posible. De este modo aspira a tener “soluciones” prefabricadas para todas aquellas situaciones que se le presenten en su vida, argumentos a los cuales recurrir en forma relámpago sin molestarse en analizar el problema o conflicto al cual se vea enfrentado. Con este fin, absorbe rápida y superficialmente todo lo que estudia o aprende, llevándose a cabo el proceso que hemos denominado “aprendizaje onírico” (aprendizaje en un bajísimo estado de vigilia: es nulo desde el punto de vista de la verdad esencial). El sujeto, en esta condición, otorga gran importancia al prestigio de la fuente que emana la información que él recibe. Mientras mayor sea este prestigio, ya sea de un profesor, un escritor, o una institución, mas ciegamente aceptará el estudiante los conceptos vertidos, sin molestarse en analizarlos en profundidad. También, siguiendo la misma norma, imitará las pautas de conducta de personajes famosos a quienes admire, y hará suya la ideología de aquellos individuos.

Con el tiempo, llega la persona a una completa programación intelectual, momento que marca la “defunción” de aquél intelecto, que se convierte en “inteligencia mecánica” o “muerta”. No importa cuán brillante sea el individuo; tengamos la seguridad que si está en estas condiciones será solamente un “inválido mental”, que por su miopía cerebral estará incapacitado de vislumbrar la enorme magnitud de lo que ignora, limitándose a vivir en el “huevo” de su propio saber.

Dentro de su “huevo mental”, el sujeto estará cómodo y calentito, totalmente a salvo del peligro de argumentos o hechos que lo obliguen a pensar, y llegar, tal vez, a la revisión completa de su bagaje intelectual. Este hombre formó ya sus mecanismos de adaptación y defensa, y se arraiga ciegamente en los conceptos que conoce y domina, los cuales constituyen su árbol cultural. En todo momento de su existencia en que este sujeto se encuentre con fenómenos, teorías, o conocimientos no archivados en su depósito cultural, los rebatirá ardorosamente si contrarían lo que él conoce, o simplemente los descalificará si le son desconocidos. Si en alguna oportunidad toma conocimiento de hechos o argumentos novedosos o sorprendentes, se sentirá

amenazado psicológicamente, en especial, si están en pugna con sus intereses y principios. Sabemos que la personalidad psicológica se integra en todos más amplios a partir de unidades separadas de comportamiento. En la práctica, todas las experiencias del individuo debieran integrarse debidamente a la personalidad. Sin embargo, ocurre en la personalidad el mismo fenómeno que ya señalábamos en la inteligencia, es decir, que existe una diferencia muy significativa entre experiencia integrada y experiencia asimilada. La gente aprende mucho menos de lo que se cree de sus experiencias, ya que éstas, muy frecuentemente se integran a la personalidad bajo la forma de “clisés” y vacíos símbolos estereotipados, que no aportan a la conciencia del individuo “una lección provechosa”. Más bien, se fijan como esquemas huecos de conducta, los cuales se siguen ciegamente, sin un verdadero discernimiento. La persona se refugia: en estas directrices programáticas y se esconde y protege tras de ellas, con el fin de mantenerse cómoda e inerte, en lo que a la verdadera inteligencia se refiere. A este conjunto de circuitos de protección y mantenimiento, lo llamamos el “huevo”, para figurar el hecho de que allí el hombre mantiene intacto su infantilismo y falta de madurez, liberándose de experimentar choques traumáticos en su enfrentamiento con nuevas realidades y exigencias vitales. Es por esto que las personas, en forma automática, rechazan toda idea nueva que no esté contenida en sus esquemas cerebrales, por valiosa o noble que ésta sea, y a la inversa, aceptan “a priori” toda sugerencia, aparentemente acorde a sus pautas, por maligna que ésta sea a la luz de un examen más profundo. En verdad debemos concluir en que el arte del pensamiento ha sido olvidado por la humanidad (si es que alguna vez lo ha tenido de manera general), y ha sido suplantado por el “arte de la imitación y la memorización informativa”.

Es por esto que los hombres más sabios e ilustres, diestros en la solución de profundos problemas científicos, fracasan rotundamente al tratar de resolver dificultades de orden vital y práctico, como podría ser el arreglar conflictos personales de tipo emocional o entender y aconsejar sabiamente a sus hijos.

La organización de la sociedad en instituciones de dirección y ayuda hace que en el mundo civilizado “todo esté previsto”, es decir, el estado tiene una solución para todos; aun cuando nadie quede satisfecho con la ayuda estatal, por lo menos existe una solución, ya sea para problemas médicos, educacionales, jurídicos, etc. Todo está organizado de tal manera como para que resulte difícil que el individuo pueda enfrentarse a graves peligros, o tenga que salir, como el hombre prehistórico, a cazar su alimento. Hay soluciones “tipo” establecidas para todo. El sujeto sabe hoy día que puede pasar hambre, pero que es improbable que fallezca por inanición, lo cual era un fenómeno masivo en otras épocas.

Esta relativa seguridad abona precisamente la pereza intelectual, ya que el sujeto al no ser exigido ni presionado de una manera realmente amenazante, no necesita jamás emplear a fondo su cerebro y se conforma con una plácida mediocridad, libre de conflictos intelectuales. Son muy pocos los individuos que persiguen la “verdad total”, o sea, las claves esenciales de todo lo que ha existido, existe, y existirá. Los sabios se conforman con ser “semisabios”, alcanzando solamente el conocimiento de algunas de las disciplinas científicas, artes, o letras, quedando en la ignorancia total y absoluta de sus propias naturalezas humanas y de las leyes ocultas que rigen la vida en el Universo.

No llegan jamás a conocer el secreto de la vida, limitándose a describir fenómenos diversos, sin explicar nunca *qué* es una cosa, solamente dicen *cómo* es, lo cual no resulta difícil de discernir.

El hermetista procede a la inversa: parte por estudiar y llegar a conocer las claves vitales del Universo, con lo cual se apodera del hilo de oro que es el nexo común de todos los fenómenos vitales. Es como si tratáramos de conocer lo que es un durazno, y la ciencia comenzara a estudiar su piel y su carne, sin penetrar nunca hasta el hueso. El hermetista no se preocupa ni del pellejo ni de la carne, ya que plantando la semilla puede multiplicar sus frutos, y estudiar el resto en los libros escritos por los semisabios. El verdadero sabio, conociendo las verdades absolutas, tiene acceso, cuando así lo desea, a cualquiera de las verdades relativas.

Tal como los agnósticos, sostenemos que no puede producirse el conocimiento genuino, pero agregamos algo muy importante, que constituye el principio medular de la filosofía hermética, y es el hecho de que la imposibilidad de un genuino conocimiento se mantiene sólo por las particulares condiciones de la conciencia del *sapiens*, y que si esas condiciones son alteradas y modificadas mediante técnicas herméticas, el entendimiento aparece en el individuo, y lo capacita gradualmente para llegar, con el tiempo, a un verdadero conocimiento. Así se ha formado la cofradía de los brujos, poseedores de la sabiduría que está más allá del bien y del mal; del conocimiento que trasciende toda polaridad y parcialidad (por fuerza, esta ciencia debe ser absolutamente imparcial e impersonal).

El panorama conceptual del *sapiens* está constituido en gran parte por sus creencias, ya que cuando el hombre cree algo con suficiente seguridad, confiere a sus creencias la categoría de conocimientos, los cuales, la mayor parte de las veces son sólo el reflejo de prejuicios, esperanzas, gustos o disgustos.

Ingenuamente, muchos pensadores y hombres de ciencia cifran todas sus esperanzas para el mejoramiento de la raza humana, en un desarrollo mayor y masivo de la inteligencia del *sapiens*, creyendo así, que esto permitiría alcanzar una especie de paraíso en la tierra. Estas personas, desconocedoras de la ciencia hermética, no se dan cuenta que una inteligencia al servicio de la bestia no puede aportar nada que en su última acepción sea realmente beneficioso para el hombre. En efecto, entre dos bestias, una estúpida y otra inteligente, ¿cuál es más peligrosa? Por supuesto, la más inteligente.

La inteligencia sin conciencia conduce inevitablemente al caos al hombre, pero con la diferencia que lleva a un caos más completo, más sofisticado, aumentado y mejorado, en relación al trastorno provocado por cerebros mediocres.

Cada individuo se desenvuelve en la maraña de su propia ceguera, buscando ardorosamente reforzar su posición y descalificar la de otros. Con horrenda frecuencia encontramos personas que predicán argumentos absolutamente necios, irracionales y espurios, pero que están completa y sinceramente convencidas que tienen la verdad y que los demás están equivocados. Aún más, sufren tremendamente ante la incompreensión de la gente. En el fondo, lo que estos seres pretenden es obtener licencia y reconocimiento para sus ideas, y alcanzar en la vida la notoriedad o importancia que la naturaleza les ha negado.

Muchos podrían argumentar que “los hermetistas se creen dueños de la verdad”. Desde ya y por anticipado, declaramos que nadie tiene el monopolio de la verdad, pero que somos los verdaderos poseedores del “arte hermético”, ya que éste nos pertenece por aristocracia espiritual, y no de sangre. La aristocracia espiritual empieza con el individuo y termina con él, y solamente se hereda de si mismo, es decir, del personaje que uno mismo ha sido en encarnaciones anteriores. Hay personas que no creen en la reencarnación. A ellas les decimos que seguramente no reencarnarán, ya que no tienen nada dentro de ellas mismas que pueda sobrevivir a la muerte. Sólo el Karma dirá la última palabra, ya que aunque no reencarnen deberán pagar de algún modo sus deudas pendientes con la naturaleza.

Resulta muy simple, a la manera del haragán, descalificar el hermetismo sin tomarse el trabajo de estudiarlo y practicarlo, pero negarlo sin conocerlo en su verdadera dimensión, es simplemente criticar lo que se ignora. Resulta plenamente justificado reprochar a los que por simple fe aceptan una idea determinada, pero de la misma manera es lícito condenar a quienes rechazan sin análisis racional.

Para ilustrar este proceder, tan común en la gente, usamos la palabra “anti-fe”, y decimos que es perjudicial tener fe ciega, pero que tan malo como esto es tener una ciega “anti-fe”, o sea una creencia irracional en lo opuesto de aquello que estamos examinando, lo cual, por cierto, nos impide toda imparcialidad, que es la base de una reflexión profunda y verdadera.

Es así como muchos hombres son campeones de la fe o de la “anti-fe”, pero carecen absolutamente de la verdadera inteligencia (la conciencia). Sostenemos fehacientemente que sólo un cerebro en pleno estado de vigilia, puede, en forma gradual, sentar las bases para que nazca una inteligencia superior, consciente y despierta, no programada, lo cual puede, en razón de su agudeza, tener acceso al genuino conocimiento. Afirmamos también que el conocimiento tiene muchos grados, y que para poder alcanzar lo superior se precisa de un proceso místico, pero no milagroso, sino de un misticismo lógico y natural. Con justicia podemos hablar de “la iluminación”, para referirnos a la plena clarificación de una inteligencia espiritualizada. Podemos decir con plena conciencia, que, el conocimiento genuino es algo “prohibido” para el *sapiens*, y que solamente se puede lograr cuando el individuo consigue la mutación de *sapiens* a *hombre estelar*, y adquiere así pleno derecho al saber.

El *sapiens* debe conformarse con el saber relativo del semisabio, el que alumbra el mundo de la materia y oscurece el panorama interno, haciendo inútil la sapiencia del científico, ya que es la materia la que debe estar al servicio del hombre y no éste al servicio de aquélla.

Sin embargo, la realidad actual nos muestra, como ya lo hemos señalado anteriormente, un mundo deshumanizado, con remedos de hombres, que sirven incondicionalmente a la materia, la cual absorbe inclemente sus energías vitales.

Existe una extraña simbiosis entre la materia y el *sapiens*, en el sentido de que ésta necesita tanto del *sapiens* como éste precisa de ella. En efecto, el *sapiens* tiene, a pesar de todo lo que ya hemos dicho, una notable diferencia con el animal puro: posee la chispa divina, lo cual lo coloca en un nivel más elevado que el animal. Por pequeña que sea la fuerza de la chispa divina en un individuo, esto provoca en él un trascendental fenómeno: posee la irradiación de la *conciencia*, aunque sea en escala microscópica. La *conciencia* es la energía irradiante de la chispa divina o esencia, y es una fuerza sutil que se desprende constantemente del hombre, tal como la luz y el calor son proyectados por el sol. De esta manera, una persona cualquiera emana de sí misma una energía similar al magnetismo animal, pero de condición “divina”, o expresándole de otra manera, dotado de alta vibración. Sobre esta pequeña chispa divina trabaja el hermetista para hacerla crecer en fuerza y poder, lo cual consigue a través de las diferentes fases de la iniciación.

Es así como el profano es semejante al resplandor de una vela, en lo que a su conciencia se refiere. El iniciado, en cambio, según su grado de desarrollo puede llegar a ser similar a un sol, lo cual ilustra el secreto profundo de los “Hijos del Sol”.

En virtud de su conciencia, el sujeto proyecta esta energía hacia todo aquello que toca con sus manos, o hacia todo lo que entra en su campo de influencia. Un artista concentra su conciencia en su obra, y esta fuerza es la que nos provoca una vivencia especial y nos transmite una energía que impresiona nuestra psiquis de manera favorable o negativa.

Un artesano mueblista “deja su alma en su obra”, lo desee o no, ya que esto es inevitable. De esta manera el *sapiens* trabaja dándole conciencia a la materia, es decir, “espiritualizando” o “sutilizando” lo denso. (Reflexionemos en quien puede sacar provecho de este fenómeno; quien capitaliza este esfuerzo.)

No obstante, como el *sapiens* realiza esto de manera completamente inconsciente, no puede decirse que sea un acto de su voluntad soberana, sino más bien “algo que ocurre” porque así está dispuesto o programado. En razón de esta ignorancia, en vez de ser el dueño y el amo de la materia, ocurre lo contrario: la materia sojuzga al hombre extrayéndole su energía conciencia, la cual, impregnando los cuerpos elementales, queda incorporada a ellos.

La energía conciencia tiene algunas propiedades inherentes a ella misma y otras atingentes al resultado de su fusión con una persona determinada.

Trataremos de explicar esto en el cuadro siguiente:

1. *Energía conciencia*: Es pura y virgen en sí misma. Compone el "cuerpo de Dios". Una fracción infinitesimal de ella fue "emanada" por el Supremo Creador y tomó cuerpo en una persona determinada.
2. *Conciencia corporizada*: Al encarnar en un sujeto designado, esta energía, pura y virgen en sí misma, se modifica de acuerdo al tono vibratorio básico, a la cultura, al autodomínio y disciplina, y al comportamiento del individuo.

Al corporizarse la energía conciencia, como en el caso N° 2, puede seguir dos caminos:

- A) *Conciencia corporizada superiormente*: (una ínfima porción de la raza humana). La energía *Conciencia* pura, espiritual y virgen, adquiere por la experiencia inteligente del sujeto, la noción del bien y del mal, y el conocimiento "hominal" que sólo lo brinda la existencia en cuerpo material. *Esta esencia llega, por lo tanto, a alcanzar la inteligencia hominal, conservando la inteligencia divina. Se realiza en este caso el propósito superior de la existencia del hombre.*
- B) *Conciencia corporizada inferiormente*: (la gran masa humana). La energía *Conciencia* se mancha y degrada al ser corrompida en su naturaleza superior por la esclavitud a una bestia pervertida por la inteligencia desviada de un *sapiens* ciego e ignorante, que vive sólo para satisfacer sus propios instintos. *Esta conciencia, manteniéndose elevada, en sí misma, se "inferioriza" en su manifestación, irradiándose como una energía "teñida" por las pasiones inferiores, impulsos, y tendencias del individuo.*

En su existencia cotidiana, el sujeto satura sus posesiones materiales con su energía *Conciencia*, la cual al separarse de él actúa independientemente, con inteligencia propia, la cual ha sido tomada al individuo, es decir, ha salido de él inadvertidamente, dándole "tono y color" a la conciencia pura. Como cada persona tiene impulsos, temores, deseos, ambiciones y sentimientos que se manifiestan como pasiones descontroladas, estas fuerza imprimen una directriz a la energía conciencia, trayectoria absolutamente incontrolable para el individuo a partir desde el momento en que esta fuerza lo abandona para incorporarse a una estructura material cualquiera. Éste es el motivo por el cual una persona puede llegar a ser totalmente esclavizada por sus posesiones materiales, las cuales lo utilizan para absorber de él, más y más conciencia.

Existen muchas obras de ciencia ficción donde se expone el tema de máquinas, ya sea robots u otras, que de improviso adquieren inteligencia propia y la consiguiente autonomía en sus acciones. En realidad, se ha procurado en dichos libros difundir ciertas ideas bajo una forma simple de relato novelesco, con el fin de hacer pensar a los lectores y prepararlos de manera muy gradual para concepciones más complejas. A veces se disfraza una realidad de ficción, para no encontrar la oposición ciega de la masa, que niega tozudamente todas las cosas que no están comprendidas en el archivo cultural ortodoxo de la humanidad. La verdad es que este fenómeno existe y nadie está libre de él. La máquina se ha convertido en un monstruo que no "va" a devorar al hombre, porque ya lo está haciendo. El automóvil, por ejemplo, presta grandes servicios a su dueño, pero cabe preguntarse, quién domina a quién; cuál es el dueño y cuál el sirviente. Es el automóvil quien transporta a su dueño, como un esclavo obediente, o es éste quien debe trabajar largas horas para alimentar y mantener su coche, y "conducirlo" para que pueda cumplir con la función propia de su existencia: desplazarse por los caminos a gran velocidad devorando la sangre de la tierra, el petróleo.

Desde otro punto de vista podemos observar a quienes tienen animales domésticos, como el perro, por ejemplo, trabajar para mantenerlos y cuidarlos, tal como quien cría a su propio hijo. Muchas veces al observar un *sapiens* que lleva a un perro atado a una cadena, podemos preguntarnos quién conduce a quién. En relación a los animales domésticos, la energía *Conciencia* nos explica la misteriosa identificación que se produce entre perro y amo, en que por inexplicadas circunstancias adquieren un parecido asombroso, que a veces se limita a los modos de conducta y otras llega hasta un inquietante parecido físico. La explicación es simple: el animal tal como el automóvil u otros objetos de uso personal, absorbe la energía *Conciencia* de su "amo", la cual está, como ya lo hemos explicado, "teñida" o impregnada de las características individuales de la persona, las cuales, en este caso, terminan modelando el físico del animal.

En algunas ocasiones, la energía *Conciencia* desplazada por el sujeto toma cuerpo en una máquina perteneciente a él, reacciona de modo destructivo contra su dueño, debido a que las pasiones de éste son destructivas en forma indiscriminada, y por lo tanto, se vuelven contra él mismo. La historia del doctor Frankenstein es un simbolismo de esto que estancos explicando. (La conciencia emanada es un virtual hijo del hombre en el cual se originó). Muchas veces hay personas que son destruidas por sus propias obras, y no por una reacción kármica de sus acciones, sino porque la fuerza de naturaleza pasional o destructiva que han generado procura, en su acción inconsciente, destruir a su propio padre.

Algo muy parecido ocurre con los hijos carnales, que ya en su más temprana edad manifiestan todo tipo de mañas, berrinches, caprichos, o ataques de llanto histérico cuando no se satisfacen sus deseos inmediatamente. No podemos culpar a estas criaturas, ya que sólo se limitan a dar salida a las taras que los padres han incorporado en ellos por la encarnación de su conciencia. Todos los defectos no dominados de los progenitores, todas las tendencias ocultas de tipo instintivo, toman cuerpo en los hijos. Es por esta causa que la Biblia dice que: "los pecados de los padres los pagan los hijos". Posteriormente, los padres se encuentran con que no pueden dominar ni dirigir a sus hijos, sino que al revés, en muchos casos, ellos son quienes ejercen una verdadera tiranía sobre los autores de sus días. Con esta situación no hace más que repetirse un estado

de cosas anterior; la imposibilidad de dominar las energías internas, las cuales se desbocan en forma de pasiones. Lo mismo ocurre ahora con los hijos, y en este caso la energía se rebela desde otro cuerpo físico.

Prosiguiendo con nuestro comentario anterior sobre las máquinas, podemos señalar la influencia extraordinaria que tiene el operador sobre un ordenador de datos, el cual se vuelve muy “sensible” a los estados vitales y anímicos de quien lo maneja. Esto ocurre porque la máquina se impregna con la energía conciencia del operador, la cual actúa con autonomía, pero siguiendo las directrices básicas de los estados vibratorios del sujeto.

También puede señalarse un fenómeno que todos los choferes y dueños de camiones de transporte conocen, y que se basa en la identificación estrecha con el vehículo que es su fuente de trabajo y subsistencia. Me refiero a las reacciones extrañas que pueden tener estas máquinas en ciertas ocasiones, experimentando toda clase de trastornos mecánicos absolutamente ilógicos e increíbles. En algunos casos llega tan lejos esto que el dueño de la máquina termina arruinado. También se produce el caso de máquinas que han tenido un accidente o choque y que al cambiar de dueño o conductor, se repite el accidente con características casi idénticas.

Es de sobra conocido el caso de las joyas “malditas”, que traen mala suerte a sus poseedores, hasta el punto de sufrir en forma inexorable, una muerte violenta. Todo esto se explica por el “hijo invisible” (conciencia) que habita en los objetos materiales, ente que fue creado por alguno de los poseedores del objeto, o tal vez por quien lo fabricó. Igualmente debemos hablar del conocido caso de las armas de fuego, en que por el hecho de haber causado una muerte, se convierten en peligrosas, ya que quedan impregnadas con las vibraciones de la tragedia y del causante del hecho. De aquí viene el dicho de que “las armas las carga el diablo”, ya que un revólver que tiene una vibración de muerte, despierta en su poseedor vibraciones similares por un proceso de inducción magnética. Así, éste, casi sin darse cuenta puede hacer uso de su arma a la más leve provocación o perturbación emocional.

Terminaremos, en relación a este tema, citando el caso de las plantas y flores, que como cualquiera puede comprobarlo, son extremadamente sensibles a la influencia de la conciencia del dueño, cuidador, o de quien esté frecuentemente en su cercanía. Cualquier persona que sienta amor por una planta o un árbol, y que le hable como quien se dirigiera a una persona, podrá comprobar un extraordinario aumento en la hermosura, salud y vitalidad del espécimen.

Como todo este tema lo hemos desarrollado para explicar la imposibilidad del conocimiento genuino en las condiciones ordinarias de conciencia, queremos señalar el poder enorme que tiene la materia sobre el *sapiens*, ya que éste no puede emancipar su inteligencia de la influencia hipnótica de la materia, la cual lo afecta en su doble aspecto:

1. Por la proyección sobre el individuo de la energía masa.
2. Por la proyección sobre el individuo de la energía conciencia absorbida con anterioridad.

La materia en sí, tiene una energía que le es propia, la cual irradia fuertemente, y afecta al hombre de una manera determinada. Éste, atado a unas posesiones materiales, se vuelve impotente para discernir toda otra cosa que no sea la conservación y multiplicación de las propiedades o bienes que posee. Por otra parte, la materia corporal influye de manera decisiva sobre la inteligencia, agudizándola u opacándola. Si la materia del cuerpo mantiene una vibración baja y densa, la inteligencia decae inexorablemente. Éste es el motivo secreto de por qué Moisés, poseedor de ciertos secretos herméticos, prohibió a sus seguidores comer carne de cerdo, por ser este animal de una vibración material particularmente densa y lenta, produciendo por tanto un deterioro de la capacidad intelectual. Ésta es la base también del sistema vegetariano, y, aunque hay mucho que decir sobre esto, toda persona que se haya abstenido de carne por algún tiempo, comprobará que su pensamiento se aclara notablemente.

La energía conciencia irradiada por la masa, afecta al sujeto de manera hipnótica, porque le impone la influencia de una vibración ajena que lo impulsa a actuar de acuerdo a su particular vibración. Un regalo que nos ha sido entregado por compromiso social por una persona de malas intenciones, puede influir negativamente en nuestra salud, inteligencia y destino.

Recapitulando, el *sapiens* vive permanentemente en un estado sonambúlico que lo mantiene dormido, lo cual lo imposibilita para lograr un conocimiento verdadero, y que deteriora gravísimamente su conciencia y su inteligencia. Cada día aumenta su saber a costa de su esencia humana, la cual se jibariza en relación directa al aumento de la extensión y potencia de la programación cerebral del sujeto.

Esta programación lo convierte en un verdadero “robot biológico”, con reacciones automáticas en lo fisiológico, instintivo, emocional, e intelectual.

Las ideas, las opiniones, o los sentimientos del individuo, pierden toda validez humana, para transformarse en meros circuitos activados por influencias externas, las cuales se convierten en los elementos desencadenantes de las reacciones internas de la persona, mero resonador del concierto cultural y de la marea afectiva e instintiva de la humanidad.

LA ILUSIÓN DE LA LIBERTAD

Una de las más poderosas ilusiones del *sapiens* es aquélla que tiene relación con el libre albedrío.

Como una manera de rebelarse contra lo que hemos expresado en páginas anteriores, alguien podría argumentar que “pese a quien pese”, él hace lo que “se le da la gana”, y que esa libertad prueba realmente que no está sujeto a control de ninguna especie por fuerzas ajenas a su persona. Precisamente, una de las cosas que le da al *sapiens* una sensación de poder, es la ilusión de la libertad. Para demostrar esta libertad el adolescente se rebela contra las normas de conducta de la sociedad, creyendo que así prueba su autonomía, cuando en realidad lo único que consigue es someterse a sus propios impulsos inconscientes.

Muchos enfoques se le ha dado a la libertad, y es así como se habla de: libertad privada o personal, libertad pública, social, de acción, de palabra, de ideas, libertad moral, y libertad económica. En la realidad vital cotidiana se habla de una “esclavitud económica”, de la liberación femenina, de la opresión de clases inferiores por otras superiores, de la sujeción con respecto al miedo y la angustia, la dependencia de autoridades superiores, la subordinación de la juventud al mundo creado por sus mayores, y así muchos otros conceptos que sería largo enumerar.

No nos interesa realizar un análisis filosófico ortodoxo, exponiendo lo que ya han dicho tantos pensadores en el pasado, sino una reflexión sobre la realidad vital del *sapiens*, y eso es lo que haremos.

El sujeto cree en su autonomía personal por el hecho de que en cualquier momento puede, si así lo desea, romper violentamente con alguno de los lazos que lo aprisionan, sin que nadie pueda impedirsele. Le es posible, si lo quiere de esa manera, abandonar su trabajo que lo aprisiona y vivir, como un vagabundo, de la caridad ajena. O bien, abandonar esos estudios que son tan penosos y resignarse a buscar un empleo o vivir como sea posible. Si el individuo realiza alguno de estos hechos “liberadores”, sabe que tiene que pagar un precio por ello, pero considera que es barato en relación a lo que significa salirse con la suya. La mejor prueba de esta aparente autonomía puede discurrirla el lector, imaginando que en cualquier momento puede, por un acto volitivo, abandonar la lectura de este libro en forma definitiva. Todas estas reflexiones sugieren la posesión de una fuerza que podríamos llamar “poder para hacer cosas”, algo de lo cual se siente muy orgulloso el *sapiens*. La conciencia, la inteligencia, la voluntad y la libertad, constituyen el cuaternario mitológico de la raza humana, la cual considera estos dones como “la enseña santa” que marca su condición de seres humanos, y ni por un momento se les ocurre dudar de que efectivamente son los poseedores de estos atributos.

Con el fin de ilustrar debidamente este capítulo sobre la libertad, formaremos un ternario junto con las palabras voluntad y deseo, ya que se encuentran íntimamente relacionadas con el tema que nos interesa.

Antes de proseguir quiero advertir algo que resulta de interés extremo para aclarar el desarrollo de esta obra, y es el hecho de que este libro pretende alumbrar de manera clara y abierta, podríamos decir, de un modo casi antihermético, a todos los que aspiran a realizar algo de manera real y efectiva en el camino de su propia superación espiritual, y para esto es de vital importancia que el sujeto conozca a fondo su verdadera naturaleza interna y su real posición en la escala vital de valores. En la medida en que el sujeto esté lleno de ilusiones sobre sí mismo y con respecto a la vida, su realización espiritual se vuelve imposible, constituyéndose solamente en un hermoso sueño de una persona bien intencionada. El mundo está lleno de espejismos de esta clase, que al final resultan ser nada más que artificios que usa la gente para evadirse de una realidad que le molesta. Ningún campo más propicio que el del esoterismo para abonar toda clase de fantasías de intelectos ansiosos de eludir la cruda realidad, ya que al enfrentarla, ésta tiene la gran desventaja que exige al individuo todo tipo de sacrificios y esfuerzos para que él pueda lograr lo que se propone, y esto resulta ciertamente penoso y difícil.

Es más simple para el haragán limitarse a soñar, sin esfuerzo ni riesgo de ninguna especie, ya que en los sueños todo es posible y no se corre el peligro de enfrentarse a situaciones arduas, conflictivas o traumáticas. Para estas personas, el ocultismo es el verdadero “ábrete sésamo” que les permite drogarse con la ilusión de una perfección y avance espiritual que sólo existe en su imaginación estimulada por deseos y temores inconscientes.

El buscador de doctrinas esotéricas sólo desea, por lo general, encontrar un sistema ideológico que justifique sus propios defectos y estimule sus sueños ocultos, aún cuando dicho esquema sea absurdo y evidentemente subjetivo o infantil.

Podemos afirmar que *el sapiens* entiende sólo lo que quiere entender, o mejor dicho, aquello que le conviene, descalificando en cambio, de manera absoluta, todo aquello que atenta contra sus pautas cerebrales o sus hábitos de vida o conducta. Éste es tal vez uno de los obstáculos más grandes a los que se enfrenta el estudiante de hermetismo o el neófito que aspira al discipulado. Analizar objetivamente, sin prejuicios, requiere una disposición flexible y abierta, para no limitarse a sí mismo y descalificar sin un proceso de reflexión vigilica y profunda, aquello que se está estudiando.

Sin embargo, por mucho que un sujeto se esfuerce en esto, no tendrá éxito si tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo, en relación a su propia inteligencia y saber. Basta que alguien se crea muy inteligente, culto, o sabio, para que deje de pensar imparcialmente, limitándose a un examen superficial de los conceptos, tomando con frecuencia, solamente su contenido, emocional o simbólico. La vanidad y el orgullo son dos vendas que ciegan al *sapiens*, impidiéndole ver lo que sería evidente para el observador despierto, imparcial, e impersonal.

Simbólicamente podríamos representar al *sapiens* como un personaje que se ha inflado a sí mismo, y que dicha condición lo impulsa, flotando por los aires, hacia regiones superiores, pero sólo en lo que a distancia del suelo se refiere. Desde las nubes contempla el mundo y se siente el ser más sabio y perfecto de la creación. Por desgracia, mientras permanezca en ese limbo se mantendrá también completamente alejado de la realidad vital y cotidiana. El primer paso que debe dar el estudiante de hermetismo, o de lo esotérico en general, consiste en poner efectivamente los pies en la tierra, y proceder aunque le duela, a su propio “desinflamiento”, hasta alcanzar el nivel real que le corresponde, ojalá en el punto más bajo posible, ya que no existe otra manera de partir que no sea desde cero. Si no se ha partido de cero, es una partida falsa, y por lo tanto, viciada. El estudiante debe llegar a vivir la experiencia de comprender en forma integral su propia insignificancia e increíble pequeñez ante la inmensidad del Universo.

Como ya lo hemos expresado en páginas anteriores, el sujeto debe “apreciar la magnitud de su ignorancia”, ya que solamente la inmensa humildad que se produce a causa de esta experiencia, puede conducir al individuo, junto con una poderosa motivación y adecuada vigilia, a las condiciones psicológicas necesarias para que pueda entender qué es hermetismo, y las trascendentales verdades que encierra. Si no se ha logrado esta condición de humildad y persiste el orgullo y una fuerte autoestima, junto a una disposición interna destructiva, resulta improbable que un individuo pueda jamás sacar algún provecho espiritual de la ciencia hermética. Es por eso que estamos tratando en esta obra de que el sujeto se vea a sí mismo como realmente es, y no como cree ser. Por ningún motivo debe el estudiante aceptar estos conceptos con la fe ciega de un creyente o un converso, por el contrario, debe cernirlos innumerables veces en el cedazo de una meditación serena y desprejuiciada, y en un estado de vigilia intensificada. Después no debe tampoco conformarse con esto; es preciso que compruebe estas enseñanzas en la práctica de la vida diaria, observando la experiencia propia y la ajena.

En la práctica y estudio del hermetismo existe un orden necesario que debe cumplirse para que el estudiante pueda llegar a la meta que se ha propuesto, y es respetando este ordenamiento que instamos al lector a que realice el mayor esfuerzo para comprender este trabajo. Hay tres etapas básicas que deben cumplirse para tener éxito, y éstas, son las siguientes:

- | | | | |
|----|----------------|-------------------|------------------|
| | 1. Motivación | | |
| A) | 2. Comprensión | <i>Resultado:</i> | <i>Evolución</i> |
| | 3. Práctica | | |

Éstos son los pasos indispensables para que el estudiante pueda lograr su propósito. Su motivación debe ser poderosa; su comprensión, profunda y su práctica, intensa. El resultado de todo esto es la evolución del estudiante. No obstante, esto que a primera vista se ve tan simple, resulta de realización ardua y compleja, ya que generalmente falla alguna de las etapas y la evolución no se lleva a cabo.

Muchas veces el estudiante llega al siguiente resultado:

- | | | | |
|----|---------------|-------------------|---|
| | 1. Motivación | | |
| B) | 2. ----- | <i>Resultado:</i> | estimulación de la energía masa (no hay evolución). |
| | 3. Práctica | | |

En el caso B, el sujeto llevado por su entusiasmo se salta el punto segundo, llegando directamente a la práctica. También es posible, y esto es lo más común, que su propia incapacidad de entender lo lleve a soslayar este tramo, con lo cual el resultado será de una “estimulación de la energía masa”, es decir, una euforia corporal, pero sin el resultado que se pretende, esto es, evolucionar.

Debemos darnos cuenta de la importancia fundamental que tiene la comprensión profunda en el camino hermético, ya que ésta no es una senda de fe y autoconvencimiento, y sin una auténtica comprensión, nada real puede lograrse; sólo ilusiones subjetivas.

También es frecuente que se produzca el siguiente caso:

- | | | | |
|----|-----------------|--------------|---|
| | 1. Motivación. | pobre | |
| C) | 2. Comprensión: | insuficiente | <i>Resultado:</i> evolución insignificante. |
| | 3. Práctica: | escasa | |

Puede suceder también que la comprensión y la práctica sean aceptables, pero con una motivación muy deficiente. En ese caso, faltará el combustible necesario para que el sujeto pueda llevar a buen término su propósito espiritual.

Una vez hecha esta disquisición, analizaremos el triángulo compuesto por las palabras *Libertad, Voluntad y Deseo*.

En primer lugar debemos manifestar que el *sapiens* tiene una ambivalencia en relación a la libertad; la desea y la teme simultáneamente. Por lo general, la desea físicamente y la teme psicológicamente. El *sapiens* quiere

su libertad física, política y económica; desea una total libertad de acción para cumplir con sus propósitos personales. Este anhelo representa, en el fondo, un ansia inconmensurable de poder, es decir, que el individuo quiere ser tan libre como para poder ejercer su poder en las personas y el medio ambiente. Siguiendo su deseo de libertad, procura por todos los medios a su alcance lograr su autonomía física, ideológica y económica. Opuestamente, obedeciendo su temor ancestral a la responsabilidad individual, se funde en sistemas religiosos, culturales y políticos, en los cuales “disuelve” su propio yo, liberándose así de la responsabilidad de sus propias decisiones y acciones.

Desde otro punto de vista, se entiende también la libertad como la falta de oposición a la acción o tendencia individual, haciendo de este modo posible que el sujeto pueda culminar sus propósitos, cualesquiera que éstos sean. Es por eso que muchos individuos buscan su liberación a través de una exitosa gestión económica, aduciendo que el dinero hace al sujeto libre y poderoso.

Sin, embargo, el *sapiens* deja de lado lo único verdaderamente importante en este aspecto, factor que en la práctica actúa como un verdadero carcelero (y a veces verdugo del sujeto). Nos referimos a la naturaleza interna del hombre; a sus sentimientos, instintos, y pasiones, que son sus verdaderos amos. La única libertad posible en esta vida es la liberación de las propias pasiones, ya que mientras éstas nos dominan, seremos meros títeres que obedecen al flujo y reflujo de los estados pasionales de las muchedumbres.

Toda autonomía se hace imposible al obrar, pensar, y sentir, en virtud de la influencia del medio ambiente sobre nuestra naturaleza interna. Cualquier dosis de libertad que hayamos tenido, desaparece ante la fuerza primitiva con que somos dominados por nuestra alma animal.

La libertad no depende de las condiciones físicas de un individuo; el recluso, en un establecimiento carcelario, puede ser más autónomo que un hombre que posee muchas riquezas y la libertad plena de movimiento. *La única verdadera libertad es la libertad de sí mismo y la liberación del computador central de la especie.* Mientras no se haya llevado a cabo esta obra, podremos ser grandes políticos, multimillonarios famosos, tener, gloria, honores, y poder, pero seremos tan esclavos, o tal vez más, que el más desposeído de los hombres.

Invitamos al lector sagaz a analizarse a sí mismo para establecer qué decisiones propias ha tomado en su vida de manera absolutamente libre, sin la compulsión de presiones externas o internas que obligan al sujeto a actuar de un modo determinado, simplemente porque no le queda otra alternativa, o bien, siguiendo la ley del menor esfuerzo. Debe considerar que esto no es decidir libremente, de modo autónomo y voluntario, sino que equivale a que las cosas le sucedan al individuo independientemente de su deseo. Partiendo desde la edad aproximada en la cual se pueden tomar decisiones, podremos apreciar que decidimos seguir una carrera determinada, por imitación, condicionamiento, o ambición. Que contrajimos matrimonio, por soledad, deseo sexual, falta de cariño, o conveniencia personal, pero no por libre elección. Elegir libremente implica decidir independientemente de las presiones internas y externas, de manera imparcial y objetiva, pesando cuidadosamente el pro y el contra, y determinando qué es lo que verdaderamente queremos, y en qué medida eso puede perjudicarnos o favorecernos, y qué grado de compatibilidad existe entre nuestro proyecto y los intereses familiares y sociales.

Hemos llegado, de este modo, a la segunda palabra de nuestro triángulo: *Voluntad*, que al final, es el elemento clave que puede arrojar más luz sobre el problema que nos ocupa. En efecto, ser capaz de elegir o decidir implica la posesión de un criterio maduro que se manifiesta a través de la, voluntad, la cual es el timón de nuestras vidas. Para ser libre tenemos que estar capacitados para decidir nuestra existencia voluntariamente. Sin embargo, aquí es donde Voluntad se confunde con *Deseo*, tercera palabra del triángulo. Efectivamente, es preciso reconocer que el ser humano no se mueve por el impulso de su voluntad sino por la fuerza de su deseo, el cual es motivado y concebido por los instintos o emociones preponderantes. Tener voluntad implica la posesión de un *Yo Superior* poderoso, estable, y maduro, ya que lo volitivo permite mantener la constancia de una línea de acción, lo cual no ocurre en la práctica, ya que el sujeto cambia constantemente su centro de gravedad o “yo directivo”. Tal como lo expresara tan acertadamente Gurdjieff, el hombre no tiene un yo, sino que posee muchos yoes, los cuales, en realidad, lo poseen a él mismo, en forma instintiva y anárquica, a la manera pasional. Por eso es que el *sapiens* está cambiando tan rápidamente de propósito y de manera de pensar y sentir. De aquí nacen las enormes contradicciones internas, la desorientación, la duda, y la inestabilidad (¿qué estabilidad puede haber si cambiamos a cada instante?). Como el *sapiens* se da cuenta en forma inconsciente de este fenómeno, crea esquemas intelectuales lo más rígidos posibles, a fin de aferrarse a ellos y obtener así una improvisada firmeza. No importa que “yo directivo” esté actuando como amo de nuestra “casa biológica” (el cuerpo físico); el sólido esquema nos dirá qué es lo que tenemos que hacer. Éste es uno de los motivos por los cuales el *sapiens* “petrifica” su inteligencia, limitándose a un conjunto de circuitos fijos, estables y permanentes. Esto tiene algunas ventajas, pero son insignificantes al lado de los factores negativos que esto implica. Si bien es cierto que la “petrificación” sirve al sujeto para alcanzar una mayor estabilidad emocional o intelectual, y una adaptación al grupo en el cual se desenvuelve, por otra parte, convierte el individuo, conceptualmente hablando, en un “árbol de piedra”, rígido, inflexible, y estático, privándolo de la dinámica de las transformaciones.

Mientras el mundo cambia, este sujeto se aferrará a sus gastados esquemas, negándose a considerar la importancia y el contenido trascendental de aquellas transformaciones.

Sin un *Yo Superior* crecido y maduro, el hombre no tiene una verdadera voluntad, solamente la fuerza de lo desconocido y lo imprevisto lo empuja hacia una meta que por no haber elegido, la desconoce absolutamente.

El *sapiens* es un eterno caminante hacia lo desconocido, e ignora completamente lo fasto o nefasto de su futuro. El presentimiento de este hecho lo empuja a "gozar de la vida" en forma compulsiva, con una búsqueda sistemática del placer del hoy, ya que carece de la certidumbre de un mañana; es un ente sin futuro, por lo menos, en lo que a propia elección se refiere. En estas condiciones, se comprende y disculpa, en cierta medida, la actitud materialista y netamente egoísta del *sapiens*, quien procura por todos los medios a su alcance, hacer vibrar su vacío e inerte mundo interno. Persiguiendo esto, prefiere muchas veces, el sufrimiento vano a la paz interna.

Careciendo de un *Yo Superior*, el *sapiens* se refugia tenazmente en un *Yo Colectivo*, el cual se proyecta dentro del individuo dirigiendo su vida. De este Yo, hemos hablado ya en capítulos anteriores, denominándolo *Alma Colectiva* o *Computador central de la especie*. Es así como la costumbre, la moda, la aprobación o rechazo colectivo de determinadas pautas de conducta, va dominando al sujeto, y termina por alienarlo de manera irresistible. Todos los hombres que parecen tener una actitud original y exitosa ante la vida, son imitados rápidamente por la masa, la cual adopta sin mayor análisis, su manera de proceder, pero sólo en lo aparente, sin pretender mirar bajo la superficie. Los astros de cine o las estrellas de la canción desatan una manía imitativa, ya que proyectan una gran imagen, y los "hombres grises" tratan de apropiarse de ella para destacarse de la gente.

Son escasas las personas que actúan auténticamente, siguiendo sus impulsos internos, manifestándose tal como son; la mayoría busca constantemente la aprobación ajena para justificar y reforzar su manera de proceder. Una costumbre característica de casi todas las personas, es la de atisbar frecuentemente la expresión facial de la gente con la cual alterna, a fin de establecer si esos rostros manifiestan aprobación o rechazo, modificando su actitud en consecuencia.

La masa, por su parte, busca continuamente líderes a los cuales someterse. Éste es el verdadero reconocimiento de su nulidad volitiva; necesita quien la dirija porque carece de voluntad para hacerlo por sí misma. Siempre el líder es el símbolo del hombre que tiene la fuerza, la audacia, la libertad, y la determinación de la cual carece el hombre común.

Negamos de manera terminante el libre albedrío del *sapiens*, y sostenemos que en verdad, de acuerdo al concepto oriental "todo está escrito". El *sapiens* ocupa un nivel específico dentro del orden cósmico, y para él, todo está predeterminado y previsto. No obstante, no debemos entender este concepto de una manera absoluta, ciega y terminante, sino que es preciso interpretarlo en el sentido de que la persona está limitada a las posibilidades que le brindan los *Señores del destino* o *Dioses zodiacales*, pero que éstos no empujan al sujeto en una senda de una sola vía, sino que en su camino hay bifurcaciones que le presentan el dilema de una elección, pero siempre dentro del camino que le fue impuesto.

Si bien es cierto que para el *sapiens*, "todo está escrito", no ocurre lo mismo con el hombre sabio que se liberó del alma colectiva animal y se convirtió en un *hombre estelar*. Para éste, nada está escrito, y él tiene en sus manos el libro de su destino y la pluma con la cual puede escribir lo que le plazca siempre dentro de las leyes que rigen el Universo; jamás en su contra).

El *sapiens* no puede dirigir su vida hacia donde, realmente lo desea; debe limitarse a dejarse llevar por la marea del "progreso" colectivo, cuyo flujo y reflujo está determinado por los *Señores del destino*.

Es así como se construyen las más grandes civilizaciones, obra en la cual se invierte mucha sangre, sudor, y lágrimas, sólo para que un día cualquiera el péndulo oscile hacia el otro extremo y se destruya todo rápidamente, quedando solamente ruinas, vestigios, y recuerdos. El péndulo de la vida arrolla y sobrepasa la creación humana, la cual, por muy importante y poderosa que sea, es aventada con el paso del tiempo, perdiendo de ese modo, cualquiera trascendencia que haya tenido. Sólo los dioses inmortales sobreviven el terrible *Cronos*.

EL HERMETISMO

El hermetismo es la *Ciencia magistral del Universo*, y llegó al planeta tierra en los tiempos de Lemuria, según lo afirma la tradición, traída por maestros extraterrestres, quienes pretendieron con ese acto trascendental, conceder al *sapiens* la posibilidad de una evolución superior, la cual, hasta ese momento, le estaba negada.

Desconocemos los motivos profundos de estos visitantes; solo sabemos que vinieron a este lugar y se quedaron mucho tiempo. Lo menos interesante es el hecho físico mismo de su llegada, y determinar en qué clase de naves pudieron arribar. Sin embargo, comentaremos el hecho de que un "artefacto espacial" no es el único medio de viajar en el Universo, y que es posible que seres humanos, o "humanoides", como se les quiera llamar, pueden, bajo ciertas condiciones, y aún careciendo de un cuerpo material, desplazarse por el Universo a velocidades superiores a la de la luz. No es la luz lo que se desplaza más rápido en el Cosmos; es el pensamiento y creemos fehacientemente que es posible viajar en alas del pensamiento, lo cual está simbolizado por el dios Mercurio.

Desde nuestro punto de vista hermético no nos interesa tampoco el avance científico y técnico de los visitantes espaciales; nos ocupa solamente la ciencia de la naturaleza interna del ser humano, clave maestra absoluta de todas las ciencias. Es por esto, que con justicia podemos llamar al hermetismo *La ciencia de todas las ciencias*.

Desde los antiguos tiempos basta ahora, *la ciencia hermética* no se ha perdido ni desvirtuado, sino que se conserva en toda su pureza, aún cuando se han dado a conocer numerosas mistificaciones seudofilosóficas

que se han transformado en sistemas que tienen un fondo hermético, pero que carecen del verdadero conocimiento.

En nuestra época el hermetismo está plenamente activo, y sigue dando al *sapiens* la oportunidad de escaparse de su clasificación u ordenación cósmicas, para ascender a un nivel infinitamente superior: el nivel del hombre, es decir, de la criatura en la cual se manifiestan plenamente las más altas cualidades hominales, de las que por cierto, carece el *sapiens*. Este prodigioso tránsito requiere de una auténtica mutación del *sapiens*, el cual, si tiene éxito en el proceso, abandona para siempre su condición de terrestre, para convertirse en *hombre estelar*.

Esto, no es ni una abstracción ni un símbolo, es una posibilidad absolutamente real, verídica, concreta y tangible. Por mucho que estudiemos las maravillas de la naturaleza, los prodigios de la ciencia y la técnica, no existe ni existirá maravilla igual a la que señalamos: la metamorfosis de la larva humana en *hombre estelar*.

Esto sucede en este momento, en nuestra época, en este mundo, y no es algo que la gente ignore, ya que se ha hablado mucho de una "tradición iniciática esotérica". Sin embargo, el *sapiens* prefiere involucrarse en estudios absolutamente improductivos, intrascendentes, y temporales, que no le aportarán ningún beneficio que resista el paso del tiempo. En Santiago de Chile, en Buenos Aires, en París, en Pekín, Nueva York, Moscú o El Cairo, se están formando mutantes, hombres estelares que dejarán para siempre de ser terráneos, aún cuando físicamente vivan en este planeta y colaboren más que nadie a un verdadero progreso. Es posible ser extranjero en su propio planeta, pero a la manera de los seres superiores, llevar una existencia sencilla, simple, y anónima. Los hombres insignificantes luchan continuamente para llamar la atención; los realmente importantes tratan de pasar desapercibidos.

Los "invasores" o "alienígenos", como se ha denominado a supuestos visitantes de las estrellas, no están por llegar; están aquí desde la remota época de Lemuria, anónimos, y enteramente confundidos con la muchedumbre. Estos hombres han sido siempre "la luz de la humanidad", los que llevan, a la manera de Prometeo, el fuego divino en sus manos, alumbrando, inspirando, y ayudando a los hombres terrestres, quienes se encuentran en un mero estado larvario en su evolución.

¿Qué hacen estos *hombres estelares*? ¿A qué se dedican? A las mismas labores de los hombres comunes, ya que deben ganarse el pan de cada día, pues su condición superior no los libera de la responsabilidad del trabajo. Por el contrario, mientras más consciente es un hombre, mayores responsabilidades contrae, y esto es fácilmente comprensible. Sin embargo, además de la lucha por la vida, realizan una intensa actividad hermética, es decir, que su existencia, sus acciones sus pensamientos, y sus ideas, tienen un propósito trascendentalmente superior. No se piense que estos seres viven procurando enseñar hermetismo a los terrestres; por el contrario, la *ciencia hermética* es un conocimiento estelar, prohibido a los terrestres, a quienes sólo se les puede transmitir esta enseñanza cuando cumplen exitosamente las formalidades de un proceso que llamamos *Iniciación*. Los que no llenan estos requisitos, no tienen derecho por mera curiosidad, a conocer lo que está vedado por las leyes del Supremo Creador o Gran Ordenador del Universo. No se crea tampoco que todos estos *hombres estelares* viven impartiendo el proceso de la *Iniciación*; solamente unos pocos de ellos, muy pocos, han tomado esta grave responsabilidad. El resto trabaja en otras labores que no viene al caso divulgar.

Siguiendo con nuestra explicación, existen dos clases de *hombres estelares*: los que originariamente llegaron del espacio extraterrestre y prosiguieron su evolución en este planeta, y los que por el proceso de la *Iniciación* se transformaron en *Mutantes*, los cuales alcanzaron por la elevación de su conciencia, la calificación de *hombres estelares*.

La manifestación más reciente del hermetismo (hablando del pasado), se dio en Egipto, en una época no precisada históricamente, con el "maestro de maestros" Hermes Trismegisto (el tres veces grande). La tradición asegura que este maestro llegó a nuestro planeta Tierra hace treinta mil años atrás. De aquí derivó su nombre la filosofía hermética, es decir, la enseñanza de Hermes, el que se constituyó en un perfecto heredero y continuador de los primitivos maestros.

Debemos entender que antes de Hermes, la *ciencia hermética* debe haber sido designada con otro nombre, pero esto no tiene ninguna importancia, ya que las palabras son solamente símbolos que pueden cambiar muchas veces, pero el objeto designado permanece idéntico en su propia naturaleza. Es así como en el curso de la historia la *ciencia hermética* adoptó muchos nombres, pero permaneció constante en su naturaleza interna. Los hermetistas más conocidos fueron los primitivos Rosacruces (no los que hoy día llevan este nombre), quienes adoptaron una serie de símbolos explicatorios para hacer más fácil la transmisión de la enseñanza a los estudiantes.

Debemos aclarar, que si bien es cierto existen hoy día algunos verdaderos Rosacruces, son desconocidos.

Los hermetistas, llámense rosacruces, magos, iniciados, maestros, brujos, etc., no están agrupados en una sola "*Orden hermética*" u "*Orden Rosacruz*", sino que están diseminados por el mundo, siendo cada uno de ellos, autónomo, a pesar de laborar dentro de un plan común. Un *hombre estelar* puede ser un político eminente, un sacerdote, un maestro de escuela, un escritor, un cineasta, un militar, un artesano o un pensador cualquiera. Cada uno sabe qué es lo que está haciendo exactamente en esa posición. Estos hombres no actúan como maestros instructores; los maestros de sabiduría están generalmente a cargo de una escuela en la cual se imparte instrucción hermética; sin embargo, lo repetimos, son poquísimos.

Desde el momento en que hablamos de "filosofía hermética". Mucha gente puede pensar que ésta es una disciplina abstracta y teórica, un mero ejercicio del pensamiento que no aporta nada práctico al individuo.

Además, ocurre que la filosofía tradicional brinda una inmensa gama de reflexiones sobre innumerables problemas que preocupan al *sapiens*. Los grandes filósofos que han existido en la historia de la humanidad, constituyen hoy día los pilares del pensamiento civilizado. Aparentemente, no habría mucho que agregar sobre lo que ya se ha dicho al respecto. Es por eso que hablar de filosofía hermética no altera ni conmueve a nadie. Debemos decir, por lo demás, que no pretendemos de ninguna manera llamar la atención, hacer sensacionalismo o proselitismo; solamente queremos comunicar algo al mundo, para que éste, en la medida de su capacidad conceptual, pueda entender los rudimentos del *Arte hermético*, o bien, negarlo, burlarse, o simplemente encogerse de hombros. A los grandes sabios herméticos no les interesa convencer a nadie; se limitan a cumplir su labor de iluminación espiritual de la Humanidad. Si su mensaje es escuchado, se regocijarán con la promesa de una nueva aurora del *sapiens*; si no son comprendidos ni apreciados, lo sentirán, pero no por ellos, sino por la gente que se privará de tan hermosa y fantástica oportunidad.

A los *hombres estelares* no les preocupa mayormente el paso del tiempo, ya que son inmortales en su naturaleza intrínseca. Pueden transformarse muchas veces, sufriendo el proceso que llamamos muerte, pero más allá de ésta conservan su identidad consciente y la memoria de sus conocimientos, volviendo cada vez a la existencia física como quien despierta de un sueño reparador. Es el *sapiens*, en cambio, quien debe preocuparse por el tiempo, ya que la brevedad de su existencia como identidad pensante lo obliga a trabajar aceleradamente si es que quiere transformarse en *hombre estelar* y obtener la inmortalidad.

Muchos se preguntarán cómo es posible que el hermetismo permanezca tan desconocido, si es que verdaderamente es algo tan importante. Otros, identificarán la filosofía hermética con el Yoga, mentalismo, ocultismo, parasicología, espiritismo, demonología, magia negra, etc., pensando que no existe tal secreto hermético, en vista de la abundante literatura que existe al respecto. Debemos advertir que el hermetismo no ha trascendido fuera de las verdaderas escuelas, porque es un arte para cuyo conocimiento hay que alcanzar un estado especial de conciencia, que si no se logra, todo lo que se estudie al respecto será charla hueca y vacía. La sabiduría de los hombres despiertos no puede ser comprendida por seres dormidos, por muy inteligentes que sean.

Podría creerse que la filosofía hermética es algo que debe estudiarse asiduamente en un retiro espiritual, aguzando el intelecto al máximo para cumplir lo antes posible con el “plan de instrucción”. Inversamente, y a diferencia de la filosofía tradicional, el hermetismo es algo profundamente vital, y el individuo debe enfrentarse a los diferentes avatares por los que pasa el hombre en su existencia terrena, con el fin de realizar la enseñanza de una manera práctica, ya que la filosofía hermética es el arte de vivir, el cual no se enseña en ninguna universidad ni colegio. El estudiante tiene que apoderarse de la sabiduría hermética con el sudor de su frente, conociendo la vida a fondo, atravesando por la mayor cantidad posible de experiencias, que le permitan, alumbrado con lo que va conociendo en teoría, realizarse a sí mismo como un verdadero sabio hermético y *hombre estelar*.

El hermetismo es la única filosofía “viviente”; el único conocimiento que es idea, concepto, carne, sangre, y espíritu. Como es carne y sangre (recordemos a Jesús en la última cena) se renueva constantemente a sí mismo; es dinámico, flexible, y eternamente joven.

El hermetismo es la realización de la sabiduría como una *filosofía viviente*; es el espíritu universal y divino, transubstanciado en un cuerpo de materia viviente.

Por lo ya expuesto, no existe un “*Molde hermético*”, plantilla, o matriz que pudiera servir de modelo para producir *hombres estelares* según un patrón establecido; todo lo contrario, cada uno de ellos es verdaderamente único. Es por esto que la filosofía hermética no se enseña al modo tradicional en que el *sapiens* está acostumbrado a estudiar; en que el éxito está garantizado para el más inteligente o estudioso.

Si así fuera, si el hermetismo se impartiera según un programa de materias que el estudiante debe dominar, estaríamos creando hombres con su cerebro lavado, es decir, programados de acuerdo a un esquema, y por lo tanto, sería la violación de la esencia misma de esta ciencia, la cual busca la libertad, autonomía, y libre albedrío del hombre, por citar lo más simple y fácil de entender.

Es difícil que alguien comprenda cómo es posible “enseñar sin enseñar”, cómo se puede transmitir conocimiento sin una instrucción programada y metódica. La respuesta es simple: en el proceso iniciático se coloca al estudiante en condiciones vitales muy peculiares a fin de que él pueda, con criterio autodidacta, “crear su propio conocimiento”, cuya base se le entrega en instrucciones orales de carácter muy especial, y por un proceso místico que podríamos denominar “ósmosis mental”.

A decir verdad, el hermetismo no reconoce otra posibilidad de verdadero aprendizaje que no sea el aprendizaje autodidacta en el cual, es el propio sujeto quien se enseña a sí mismo, tomando la información básica de un instructor, o simplemente, de la palabra escrita. Consideramos que el sistema educacional que se utiliza en colegios y universidades adolece de un grave defecto: programa al estudiante en base a esquemas rígidos que se graban en su cerebro con la fuerza del prestigio y la autoridad de estos planteles, dañando seriamente la inteligencia del alumno, la cual se convierte en una capacidad estática, enfocada solamente en lo que el sujeto aprendió, casi imposibilitada de enfrentar el análisis profundo de cosas verdaderamente nuevas y diferentes. A nivel profesional, resulta sensible observar a los especialistas, que han sido modelados de acuerdo a un estereotipo básico, tal como quien fabricara elementos en serie.

La *ciencia hermética* es la única que no programa cerebralmente al individuo, manteniendo su inteligencia libre de circuitos mecánicamente establecidos. La inteligencia del *hombre estelar* es libre y desprogramada. La

explicación de la manera como se puede hacer esto, está fuera del alcance de un intelecto programado, y por lo tanto no es materia para exponer en esta obra. Solamente, a manera de orientación general, podemos sugerir al lector que reflexione en la relación que existe entre lo particular y lo general, y en el dicho popular que expresa que nada es verdad ni es mentira; todo es según el color del cristal con que se mira". En efecto, sólo al elevarse por encima de las múltiples caras de la verdad, puede conocerse *la verdad absoluta*, que sintetiza en sí misma lo que es y lo que no es, la verdad y la mentira, el bien y el mal, la ignorancias y la sabiduría, la vida y la muerte.

Llamaremos también la atención sobre los *koanes* que se emplean en el budismo Zen, como un ejemplo de lo que estamos diciendo. El *koan*, es una especie de diálogo simbólico entre un maestro y sus discípulos, el cual plantea un interrogante que no puede resolverse intelectualmente, por estar más allá de la razón. Se tratar con esto de destruir el pensamiento conceptual y trascenderlo, para llegar a la naturaleza esencial y única de todas las cosas.

El hermetismo, por ejemplo, dice que "*todo es mente*" (la palabra mente, ha sido elegida para designar la energía única del Universo, pero igualmente podría usarse otra, tal como espíritu) y que la naturaleza del Universo es mental. De esta manera, la naturaleza profunda de todo lo que existe estaría compuesta por energía *mente*. El átomo es mente; el hombre es mente; Dios es mente.

Aquí reside el interés máximo del filósofo hermético: en apoderarse del conocimiento de la esencia única de todas las cosas, la cual, como está en todas partes, es la clave maestra de la sabiduría.

La vida misma es contradictoria y paradójal; nadie se explica, por ejemplo, que si existe un ser supremo haya tanta injusticia en este mundo. A la luz de la sabiduría hermética se disipan todas las contradicciones y se reconcilian las paradojas, llegándose además a comprender la causa oculta de todas las cosas.

La verdad es la exageración de lo simple, y para llegar a lo simple no se requiere de una gran sapiencia o instrucción en las materias tradicionales. Eso sí, resulta indispensable tener un grado mínimo de cultura, ya que de otro modo nuestra inteligencia carecería de datos con los cuales trabajar para llegar finalmente a la síntesis, estado en el cual el sujeto no necesita de una cultura, por lo menos en el sentido acostumbrado.

LOS BUSCADORES

La abundante "mitología" esotérica en vez, de desvelar lo oculto, lo ha velado de manera más profunda, causando con esto el más profundo desconcierto entre los que buscan, sincera o falsamente, la luz de la verdad hermética. Existe gran cantidad de escuelas, centros y "movimientos", cada uno con su particular filosofía. En apariencia, cada una de estas corrientes se contraponen a las otras, y existe una gran falta acuerdo y coincidencia en sus enseñanzas. Por supuesto, cada escuela proclama que su verdad es la correcta, y que sus similares, son imperfectas o espurias. No pretendemos de ninguna manera criticar a las diferentes escuelas, sino más bien orientar a los buscadores para que efectivamente encuentren aquello que persiguen, y a la vez, obtengan mayor luz sobre sus móviles personales. Cada buscador tiene un particular concepto sobre lo que desea encontrar, y es así como puede, efectivamente, encontrar lo que pretende, pero darse cuenta posteriormente que su hallazgo no lo conducirá a nada verdaderamente superior, real y positivo.

Bajo el contexto general de "ciencias ocultas", hay quienes se sienten atraídos por el espiritismo, el yoga, el rosacrucismo, la parasicología, o el "mentalismo". A la vez, dentro de cada una de estas corrientes existen numerosas escuelas y "pseudoesuelas". El candidato a la iniciación encuentra difícil ubicarse para elegir adecuadamente.

En primer lugar, diremos que cada individuo tiene un "nivel" que le es propio, dentro del promedio general de la humanidad. Esto es como si todos nosotros viviéramos en un estanque de agua, similar a un acuario, y cada uno encontrara su propia línea de flotación, de acuerdo a la densidad de su cuerpo. Hay muchas calidades de *sapiens*; hay quienes están muy abajo y otros muy alto para su especie. En estas condiciones, se comprende que cada persona busque un movimiento o escuela adecuado a su propio nivel, ya que si no es así, el sujeto estará imposibilitado de sacar algún provecho. En este caso se comprende que "lo similar atrae a lo similar". Para ejemplarizar lo que estamos diciendo, vamos a suponer que un sujeto muy "bajo" o denso, llega hasta una escuela de alto nivel, atraído por la meta que persigue. Este individuo, con absoluta seguridad, considerará mala o deficiente la institución que ha conocido, ya que su concepto de malo será todo lo que esté por debajo o por encima de su propia línea de flotación. Para él, lo bueno será lo que se acomode a su propia vibración.

Debido a este principio del nivel de flotación, a las personas de vibración densa les resulta casi imposible permanecer en grupos iniciáticos de alto nivel, debiendo conformarse con otros de categoría inferior.

Sin embargo, es preciso señalar que todas las escuelas sirven, aun las de bajo nivel, ya que si no fuera por éstas, no habría quien acogiera al sujeto de inferior calidad, el cual necesita también de una luz equivalente a su propia capacidad de ver. Por el contrario, si un hombre de alta vibración llega a un movimiento de baja categoría, le resultará fácil y cómodo quedarse, pero su desarrollo espiritual será escaso o nulo.

Para ser discípulo de Jesús sería necesario estar a la altura de un apóstol; de otra manera sería imposible.

Es muy importante decir que las verdaderas escuelas son muy escasas, y que la mayoría son solamente centro de estudio o práctica de principios elementales. Dividiremos para nuestra explicación en tres grupos a las escuelas:

1. Centros de estudio (como son la gran mayoría).
2. Escuelas conectadas a una fuerza oculta superior que son muy escasas.

3. Escuelas iniciáticas (que pueden impartir en forma real y no simbólica el proceso místico de la iniciación), que son escasísimas y prácticamente desconocidas.

Prácticamente cualquier persona puede ingresar a los centros de estudio que hemos clasificado en punto uno. Basta pagar una cuota y mantener una asistencia regular, o una comunicación constante en el caso de las instrucciones por correspondencia.

Resulta útil para una persona el pertenecer a alguno de estos centros de estudio, ya que preparan al sujeto para cosas superiores, a la vez que despiertan en él una mayor inquietud espiritual.

Podríamos decir que estos grupos representan lo exotérico o externo de la doctrina hermética.

En el punto dos encontramos a las escuelas que efectivamente están enlazadas a un poder superior, es decir, que de algún modo tienen un enlace con los *hombres estelares*. El estudiante puede sacar mucho provecho de ellas.

Con el número 3 hemos clasificado a las escuelas *iniciáticas*, que son las únicas que pueden conducir al estudiante de manera *real* y no simbólica, por el proceso de la iniciación. Se caracterizan porque siempre existe un maestro al frente, y porque son las portadoras del fuego celeste, el cual transmiten al estudiante en la iniciación. Resulta indispensable establecer que la iniciación no es como creen algunos ingenuos una ceremonia ritual que se practica, en un templo, sino que el nombre, iniciación, designa *el proceso completo de mutación de la larva humana en hombre estelar*, el cual es provocado y dirigido por los maestros de estas escuelas.

¿Dónde están físicamente estas escuelas iniciáticas?

Su ubicación no interesa mayormente, ya que a pesar de que su número es muy reducido, todo aspirante que tenga un poderoso y verdadero anhelo de superación espiritual y que posea el nivel adecuado, encontrará con toda seguridad quien lo guíe hasta encontrar uno de estos talleres.

Debemos ahora hablar sobre los aspirantes a la sabiduría. Sabemos que hay personas que han recorrido cuanta escuela existe buscando lo que desean, pero nunca lo han hallado, probablemente porque no saben qué es lo que realmente quieren. Generalmente tienen las más fantásticas ideas al respecto, y creen honradamente, por ejemplo, que los únicos maestros verdaderos están en la India, o en alguna parte misteriosa o inaccesible del Oriente. Otros piensan que hay que comunicarse con los discos voladores por medio de la telepatía con el fin de recibir instrucciones de sus hipotéticos tripulantes, supuestos poseedores de conocimientos esotéricos. Hay quienes creen sólo en el espiritismo, la parasicología, o la enseñanza francmasónica. Los más ingenuos exigen todo tipo de "cartas patentes", pergaminos secretos, o pruebas materiales que atestigüen de dónde emana la autoridad de la escuela. También hay algunos que sugestionados por la publicidad, fama o prestigio de alguna institución, creen que es lo mejor que pueden encontrar. La realidad es que el aspirante no está capacitado para elegir, ni menos para llegar eventualmente a juzgar la bondad o pobreza del Instituto al cual ingrese. Si estuviera en condiciones de elegir, sería porque su visión espiritual sobrepasa a la de los instructores que él busca, caso en el cual éstos no tendrían nada que enseñarle. Solamente la iluminación de su propio espíritu puede guiar al postulante en este caso. En la antigüedad, por ejemplo, al ser iniciados los candidatos en ciertas hermandades esotéricas, se les presentaba dos vasos con vino o licor, y se le advertía que uno contenía un veneno mortal, debiendo el neófito elegir uno de ellos y beberse integralmente. Si no aceptaba, era rechazado de inmediato. Sabemos que a veces esto era sólo una comedia para aquilatar el valor y la decisión del individuo, pero que en otros casos, el compuesto tóxico existía efectivamente, estimándose que si el sujeto lo bebía, había desde ya fracasado, pues no estaba alumbrado por su chispa divina en la búsqueda que había iniciado.

Es de importancia básica que el buscador analice los móviles que lo guían, ya que de esta manera podrá evitarse muchos sinsabores y pérdida de tiempo, ya que sabemos que uno de los factores más desagradables relacionados con el comportamiento humano es el hecho de que el *sapiens* se miente a sí mismo con una frecuencia asombrosa. Sus mentiras son de tal astucia, sutileza y perfección, que el sujeto puede demorarse muchos años de su vida en descubrir que un farsante lo estaba engañando, y que este charlatán era él mismo. El objeto de este autoengaño lo ha determinado muy exactamente la psicología y generalmente se refiere a la necesidad de mantener la autoestima a un nivel elevado.

Existen muchas técnicas de autoengaño, y se agrupan bajo la denominación general de "racionalizaciones". El profesor Gordon Allport nos da al respecto la siguiente definición: "La razón adecua los impulsos y creencias al mundo de la realidad, la racionalización adecua en cambio la concepción de la realidad a los impulsos y creencias del individuo. El razonamiento descubre las causas reales de nuestros actos, la racionalización encuentra buenas razones para justificarlos". ¡He aquí un tesoro de sabiduría psicológica en pocas palabras! Por desgracia, nadie hace uso de él, a pesar de que puede dar a muchas personas la clave de los acontecimientos nefastos de su vida.

El individuo se miente a sí mismo para eludir el enfrentamiento con sus conflictos internos, con lo cual logra un alivio momentáneo, pero jamás una solución. Es por esto que es vital que el interesado en el hermetismo o en las corrientes esotéricas diversas, investigue sus propios móviles. ¿Existe verdaderamente en él un auténtico deseo de superación espiritual? ¿Siente una verdadera sed espiritual? ¿O solamente está guiado por el deseo egoísta de alcanzar un poder que le dé prestigio, popularidad y reconocimiento?

Puede ocurrir que el sujeto sea un converso potencial para cualquier movimiento colectivo, y que (caso muy común) busque solamente deshacerse de su yo insignificante o indeseable, fundiéndolo en cualquier

movimiento de masas. El sujeto puede ser un paranoico, un acomplejado en grado superlativo, un fracasado, un vanidoso que necesita de un auditorio para lucirse, o un intelectual impulsado sólo por la curiosidad. Es posible que ande huyendo de sí mismo o del mundo, o que un gran fracaso amoroso o su tremenda soledad, lo lleven a buscar una compañía cualquiera. Otros pueden pretender poderes mágicos, secretos para ganar dinero o atraer al sexo opuesto, o simplemente quieren abrir su “tercer ojo”, sin tener, en realidad, la más mínima idea de lo que pretenden. En cualquiera de estos casos, u otros en que guiado por estos ejemplos, se deduzca fácilmente que el individuo no está llevado por un genuino anhelo de superación espiritual, es preferible que se abstenga de solicitar la luz hermética, ya que no se encuentra preparado para esto, además de no interesarle verdaderamente.

Esto no quiere decir que alguna persona que está en uno de los casos anteriores no vaya a poseer, paralelamente al problema que la aqueja, un real impulso de elevación espiritual. Muchas veces las personas “más espirituales”, por así decirlo, son las que más problemas encuentran en su existencia terrestre, por la dificultad de adaptar sus vehículos psíquicos más sutiles que lo común, a las vicisitudes de nuestra “civilización”. Sucede en muchos casos que un estudiante ingresa a una fraternidad hermética y no le resulta posible quedarse por las enormes dificultades que surgen en su camino. En esta alternativa pueden perderse la gran mayoría de los candidatos, ya que es muy simple pertenecer a grupos de estudio o escuelas contemplativas donde no existe una *iniciación real*, pero si el sujeto ingresa a una *escuela iniciática*, deberá enfrentarse con el espectro de sí mismo y vencerlo, si es que pretende alcanzar la luz. La naturaleza lo probará sin contemplaciones, a fin de establecer su verdadera calidad espiritual. En alquimia hermética se dice que para hacer oro hay que tener oro, aun cuando sea una fracción infinitesimal”. Precisamente, en las pruebas, se sabrá con absoluta seguridad cuanto oro espiritual tiene el candidato. Si no tiene esta semilla áurea, toda mutación resultará imposible, y el sujeto deberá conformarse con luchar en esta vida para formar su pequeñísima porción de oro espiritual, lo cual lo capacitará en una próxima reencarnación para llegar más lejos.

También ocurre que una vez dentro de una fraternidad hermética, el estudiante puede permanecer allí varios años ciego y sordo a la enseñanza que recibe, sin poder aquilatar el inmenso valor de la escuela y del conocimiento que está recibiendo. Esta situación puede durar siempre, o sobrevenir un día cualquiera, una experiencia iluminadora, que abra los ojos para siempre al individuo.

La falta de avance o de éxito, se debe generalmente a que el sujeto no se esfuerza lo suficiente, poniendo él mismo, límite a su propio trabajo. Para no engañar a nadie, hay que decir que el hermetismo no es, de ninguna manera, para los flojos o cómodos, sino al contrario, para la gente dispuesta a realizar esfuerzos titánicos para evolucionar. Aquí hemos tocado un punto del que ya hemos hablado, pero es necesario analizar repetidas veces hasta llegar a entenderlo. Nos referimos a que el vulgo siempre piensa en el Ocultismo, la Magia, o el hermetismo, como en un sistema, que mediante el uso de fórmulas mágicas, permitiría obtener rápidamente, sin mayor esfuerzo, lo que de otro modo sería posible sólo a costa de gran empeño. Riqueza, amores, trabajo, o favores especiales, serían obtenidos por mediación de potencias superiores. Como lo hemos señalado con anterioridad, la gente siempre cree en lo que quiere creer, esto es, en lo que conviene a sus propósitos personales. En este caso, como en otros, todo lo que signifique economizar esfuerzo y alcanzar las cosas por procedimientos maravillosos será inmediatamente aceptado por el vulgo. Seguramente el relato de “Aladino y la lámpara maravillosa” de “Las mil y una noches”, fue escrito por un haragán, a manera de proyección inconsciente de sus sueños ocultos. Esto no quiere decir que esos prodigios no sean posibles sino que de ninguna manera pueden constituirse en un “abracadabra” para lograr las cosas con poco trabajo. Uno de los principios herméticos dice que: “toda causa produce un efecto”, el cual será de una potencialidad equivalente a la acción que le dio origen, y tendrá un tiempo de gestación o realización acorde a la importancia de lo que se pretende conseguir. No existe, por lo tanto, el milagro de obtener las cosas sin esfuerzo, como caídas del cielo. Esto sería una arbitrariedad en el ordenamiento cósmico, y si este acto caprichoso fuera posible, la integración de los materiales del Universo se rompería. No existen en el Cosmos ni los milagros ni la casualidad; solamente la causalidad (ley de causa y efecto), y los fenómenos naturales producidos por leyes de la naturaleza poco conocidas. Lo que se llama un milagro es solamente un hecho natural, pero de naturaleza desconocida.

Existen también quienes no encuentran porque no quieren encontrar, ya que si lo hicieran, se verían obligados a enfrentarse al arduo problema de vencerse a sí mismos para poder evolucionar, lo cual ellos saben de antemano, y los asusta. Constituirse en cambio en un eterno buscador no requiere de grandes esfuerzos, sino que muy por el contrario, permite al sujeto dar rienda suelta a sus más audaces sueños, sin peligro de sufrir un descalabro. El perpetuo explorador, elude, entregándose a la fantasía onírica, el encuentro con la real oportunidad de realizarse a sí mismo de manera genuina. Resulta muy cómodo soñar durante 30 o más años que uno se perfecciona cada día más y que va camino de la perfección espiritual. Por supuesto que esta fantasía contribuye, según la magnitud del autoengaño, a hacerle la vida más llevadera y soportable al individuo, pero fatalmente llega el enfrentamiento con la realidad cruel.

Sin el ánimo de ofender a nadie, sino solamente para dar a conocer una verdad, es necesario considerar que existen tantos tipos de escuelas como clases de individuos. Hay escuelas para quienes llegan por primera vez en su cadena de reencarnaciones a la luz de la enseñanza hermética; hay escuelas para gente ya muy evolucionada, para personas muy inteligentes, para tontos, para simples, para quienes han fracasado en su

iniciación en vidas pasadas, para maestros castigados por los jueces ocultos; escuelas de magia blanca, y también de magia negra.

Ya hemos señalado el peligro de que personas psicológicamente enfermas se refugien en el hermetismo como un medio de escapar de sus problemas internos, o bien, lo utilicen como un acicate para sus más exaltados sueños. Sin embargo, mucho más peligroso, es el hecho triste de hacerse discípulo de un maestro enfermo. ¿Pero, es que puede haber maestros enfermos? Ciertamente, y esto se explica por la ambigüedad de la palabra "maestro" y por el hecho de que el cerebro humano tiene un tope de resistencia, y pasado este límite puede desequilibrarse.

Supongamos, por ejemplo, el caso de un individuo que ha llegado a tener mucho conocimiento esotérico, pero que no se ha realizado espiritualmente como un verdadero *hombre estelar* por carecer de la suficiente "limpieza interna" y por no haber podido superar sus perturbaciones mentales provenientes de frustraciones o complejos diversos (recordemos que perturbación mental no es sinónimo de locura). Este sujeto, en un momento dado, por motivos que no viene al caso analizar, puede fundar una escuela y transmitir una enseñanza, la cual, por supuesto, estará distorsionada por el trastorno psicológico de este maestro. Esto no quiere decir que la enseñanza que este hombre imparta sea falsa, por el contrario, puede ser enteramente verídica por conocerla perfectamente en su teoría. Sin embargo, aquí cabe citar un aforismo de gran significado esotérico, el cual dice más o menos lo siguiente: "los medios correctos en manos del hombre incorrecto, actúan incorrectamente; los medios incorrectos usados por el hombre correcto, actúan correctamente". Esto se refiere a que un conocimiento verídico en manos de un sujeto desviado moral, emocional, o mentalmente, actuará desviadamente, y el que recibe esta enseñanza experimentará la reacción negativa de este hecho. Al revés podría ocurrir que un hombre íntegro y puro estuviera equivocado en algunos conocimientos que posee. En este caso, no nos quepa duda que de un modo mágico el resultado final será adecuado y correcto. Por supuesto que lo ideal es el sujeto íntegro con un conocimiento certero. Esto explica el por qué los magos negros, por ejemplo, pueden poseer grandes conocimientos esotéricos, pero su meta y sus propósitos verdaderos no los conoceremos nunca, ya que su lema es engañar siempre al estudiante de sus escuelas para utilizarlo de manera encubierta para sus propios fines. Es así como explotan siempre las debilidades de sus seguidores, haciéndolos concebir toda clase de grandes ilusiones sobre el futuro.

Volviendo al caso que señalábamos de un maestro enfermo, el individuo generalmente es completamente sincero, y está convencido de que él es el único dueño de la verdad y el conocimiento. Una de las características más destacadas de estos sujetos trastornados, es su propia egolatría, la cual es tan inmensa que llegan perfectamente a convencerse que son DIOS mismo encarnado en la tierra, y que por supuesto, son infalibles y omniscientes; no pueden equivocarse jamás, porque siempre tienen la razón. La pérdida del sentido de la autocrítica y la autoglorificación de estos hombres es fácil de apreciar a través del lenguaje que emplean para referirse a ellos mismos, ya que todas sus historias están destinadas siempre a demostrar cuán poderosos, sabios, inteligentes, e infalibles son. Cualquier psiquiatra encontraría en ellos un tema clásico de estudio. Debemos darnos cuenta que es muy fácil que un paranoico, y aún un esquizofrénico, tengan acceso al conocimiento esotérico y adopten el papel de maestros. No obstante, es relativamente simple reconocerlos: la egolatría, la infalibilidad demencial, la autodivinización, autoglorificación, y un supuesto monopolio de la verdad serán generalmente sus características más destacadas.

En resumen, la iniciación puede desvirtuarse en su propósito de perfección espiritual, y llevar al sujeto al delirio de grandezas y megalomanías en las cuales se confunden en desorden las verdades que el sujeto conoce, con los sueños e ilusiones tejidos por su inconsciente. Es decir, existe el "aborto iniciático". Puede darse, por ejemplo, el caso de un individuo que no pudo limpiar su alma, pero que logró saber determinadas cosas, y se convierte en la sombra de la luz. El demonio utiliza siempre la verdad para confundir a la gente, para lo cual la invierte. Lo demoníaco es solamente lo divino al revés.

Por supuesto que también existen aquellas escuelas cuyo verdadero propósito no es iniciático, sino político, y que utilizan la organización como una pantalla para reclutar adeptos. Su verdadero fin no es el de formar *hombres estelares*, sino de engrosar los batallones de ciertos sistemas ideológicos.

Una última advertencia con respecto a las escuelas: debemos desconfiar siempre de aquellas en las cuales se halaga la autoestima del individuo, manifestándole repetidas veces que "es una persona muy evolucionada, muy espiritual", o muy inteligente y preparada.

Con frecuencia, en algunos centros, se utiliza el sistema de la alabanza, franca o sutil, como un medio de utilizar al estudiante para fines que éste ignora. La mentira hábilmente dosificada y dirigida, se emplea allí como un arma para manejar al estudiante, explotando sus pasiones inferiores con la promesa de que alcanzará infaliblemente lo que pretende. De igual manera, desconfiemos de quienes entregan su enseñanza sin pedir nada a cambio, a la manera de un romántico Jesucristo. Si la regalan de ese modo es porque no vale nada; lo valioso siempre exige, para ser poseído, algo de una importancia equivalente. Muchos pseudo maestros dicen que "la enseñanza no se cobra". Nosotros debemos manifestar, algo absolutamente diferente: la enseñanza no se puede comprar, ya que no está a la venta, pero es preciso que el estudiante aporte algo valioso a quien lo instruye, ya sea a la escuela, o al maestro físico. Ésta es una ley oculta que no se puede violar.

Finalmente, debemos insistir en que una escuela siempre debe tener un maestro, ya que si carece de él, y se limita a transmitir el legado del pasado, el discípulo no puede existir, ya que para que haya estudiante tiene que haber maestro. No importa que el instructor que esté al frente de una fraternidad esotérica no sea de la talla de "un gran maestro", ya que no todos pueden llegar a esto. Lo que interesa es que este sujeto esté efectivamente

bien orientado y sea un hombre recto, sano y puro. Sin embargo, el buscador no tiene otra manera de ubicar al maestro que no sea por su propia aspiración interna. Mientras más fuerte sea su anhelo por la verdad y la libertad, con mayor certeza encontrará lo que busca.

CAMINO HACIA EL OLIMPO LAS SIETE LLAVES DEL CONOCIMIENTO

1. El principio del mentalismo

“Todo es mente; el Universo es mental”

En éste, el primero de los siete principios herméticos, se afirma que “El Universo es mental”, y que la única realidad esencial de las cosas es *mente*, ya que el Universo en sí mismo es una creación mental, es decir, vivimos en la mente de Dios, quien mantiene el Cosmos a la manera del que sostiene un pensamiento por medio de la concentración mental.

“El *Kybalion*”, compendio de principios herméticos, nos muestra dos aforismos que ilustran nuestro saber:

1. “*La mente infinita del todo es la matriz del cosmos.*”

2. “*El Todo crea en su mente infinita innumerables universos, los que existen durante aeones de tiempo, y así y todo, para él, la creación, desarrollo, decadencia y muerte de un millón de universos no significa más tiempo que el que se emplea en un abrir y cerrar de ojos.*”

Es así como Dios, o el *todo mente*, crea la vida por medio de su pensamiento, tal como el hombre puede crear un Universo en su propia mente. El Gran Creador imagina la creación y la proyecta hacia el huevo cósmico, dando origen a la vida en sus infinitas manifestaciones. De este modo, el hermetista no se preocupa demasiado por estudiar la composición química de los elementos, sino que prefiere estudiar el principio *mente*, compuesto esencial de todo lo que existe. Animales, minerales, vegetales, hombres, dioses, planetas, galaxias, universos, materia y energía, todo es *mente; el Universo es mental*. Es por esto que en todo el Cosmos imperan las mismas leyes, las de la *mente*.

La energía mente se manifiesta en una escala infinita de vibraciones, las cuales van desde lo denso a lo más sutil. La combinación de estas vibraciones, al igual que la mezcla de las notas musicales emitidas por un piano, produce los diferentes elementos o materiales del Universo, con características tan diferentes entre sí, pero cuya naturaleza intrínseca está formada por *mente*.

Es por eso que los antiguos alquimistas creían en la transmutación del plomo o de cualquier metal, en oro, ya que el compuesto íntimo de todos los metales es exactamente el mismo: *mente*.

En lo personal, nuestro cuerpo físico es *mente*, nuestro huesos, nuestra sangre, nuestro sistema nervioso, nuestra inteligencia, nuestro espíritu, nuestro pensamiento: *todo es mente*.

El *todo mente* (Dios), es infinito, eterno, inmutable e incognoscible. El *todo mente* no es energía ni materia, es algo superior a esto: es una mente viviente e infinita, a la cual se le puede también llamar, *Espíritu*, o esencia real.

El todo mente ha existido siempre y existirá siempre; es lo absoluto que está más allá de toda comprensión.

Todo aquello que es finito, mudable y transformable, no puede ser *el todo*. Y como nada existe fuera de él, en realidad, todo lo finito debe ser *nada* realmente. El *Kybalion* nos plantea las siguientes interrogantes herméticas: ¿Qué es el Universo? Si nada puede existir fuera del *todo*; entonces, ¿*el universo es el todo*. No, no puede serlo porque el Universo parece estar hecho de múltiples unidades y está en continuo cambio. Entonces, si el Universo no es del *todo*, debe ser *nada*. Sin embargo, nosotros somos sensibles y sentimos la existencia del Universo. Y si el Universo es algo y no es el *todo*, ¿qué puede ser? Sencillamente, como ya lo hemos dicho, es una creación mental del *todo*.

Éste es el origen del tan conocido principio hindú del “Maya”. Ellos, (los hindúes) dicen que “Todo es Maya”, es decir, traduciéndolo a palabras occidentales, *Todo es ilusión*. Ciertamente, un pensamiento nuestro es ilusión. Si hemos creado imaginativamente un personaje como un viejito de barba blanca, corta estatura, ojos verdes, y un bastón de ramas de mi árbol, este personaje es fantástico e ilusorio desde nuestro punto de vista material, pero absolutamente tangible, concreto y real para los materiales, elementos o personajes de nuestro sueño imaginativo. Un fantasma es un fantasma para el hombre físico, pero es un ser material para otro fantasma. Atravesará puertas de madera pero no “puertas para fantasmas”, hechas de “madera fantasma”.

Un automóvil fabricado de pensamientos (imaginario), no puede chocar con un vehículo material, pero sí con otro coche imaginario, ya que está en la, misma vibración o en la misma densidad de su “materia”.

Debemos entender que como *sapiens*, criaturas de carne y hueso, estamos ubicados en un nivel vibratorio específico, es decir, ocupamos un lugar en la ordenación del Universo. Es preciso reflexionar que para nosotros es materia solamente aquella energía de características vibratorias semejantes o idénticas a la nuestra, y que energía será el polo opuesto. Por el contrario, para un hombre cuyo cuerpo estuviera formado de energía en un diferente estado vibratorio, la “materia” sería para él la energía similar a la que compone su cuerpo.

No existe, por lo tanto, materia ni energía; sólo la energía única, material o esencia primordial que lo compone todo.

Si pudiéramos salir de nuestra clasificación, escaparnos de este Universo y unirnos al *todo mente*, participando de su naturaleza, el Universo se desintegraría instantáneamente (sólo para nosotros), debido a que habríamos cambiado la situación o posición del observador.

No es difícil entender que si desde el punto de vista de lo absoluto, “todo es ilusión”, desde nuestra mortal situación, “nada es ilusión”, ya que todo lo que ocurre nos afecta de alguna manera y podemos percibirlo y sentirlo. Ahora bien, como *sapiens*, hemos sido hechos a semejanza de Dios y tenemos dentro de nosotros la chispa divina. Si lo corporal es en nosotros lo finito, relativo y mudable, la chispa divina o esencia espiritual, es *lo absoluto*. Esta reflexión nos lleva a un trascendental descubrimiento: el *sapiens* es el único *ser del universo que participa tanto de la naturaleza del pensador* (Dios = chispa divina), como de la estructura de lo imaginado, por el pensador (mundo material = cuerpo físico).

A través de la comprensión de este principio es posible vislumbrar el motivo por el cual el hombre fue creado: es el instrumento utilizado por Dios para que cree con su pensamiento los materiales del Universo. El supremo creador utiliza el cerebro del hombre para crear la vida. En este proceso de creación podemos distinguir dos etapas:

1. El hombre, dios de su propio Universo.
2. El hombre, órgano de creación de la vida (¿lo sexual de Dios?).

En la primera etapa, el *sapiens* imagina todo un Universo con su pensamiento, proceso de asombrosa similitud a la creación efectuada por la divinidad. Cabe preguntarse si en este Universo imaginado por el *sapiens*, no existen también, planetas, galaxias, vegetales, minerales, y aun el hombre, en otra escala dimensional. En realidad, lo infinitamente grande se confunde con lo infinitamente pequeño. No podemos decir cuando algo será tan pequeño como para desaparecer o tan grande como para desintegrarse. Creemos, efectivamente, que existe todo un Universo en el pensamiento de cada hombre, y que si para éste transcurre un segundo, para los seres que viven en su imaginación pueden haber pasado millones de años.

En la segunda etapa, la vida creada por el hombre en su propia imaginación, y que existió en su Universo mental, pasa de ese mundo al Universo de Dios, donde existe el propio hombre, es decir, su densidad material se iguala a la de su creador.

Es posible que lo mismo le ocurra al hombre, y que en un momento dado éste pase a otro Universo superior a éste que conocemos.

La comprensión de que *todo es ilusión* (“Todo es Maya”), puede desquiciar a quien no esté preparado para esta verdad, ya que en su interpretación vulgar nos llevaría a creer que como *Todo es ilusión*, no vale la pena hacer nada, ya que en última instancia, nada vale la pena porque “todo es nada”. No se debe cometer este error, el cual se originaría al ubicarse en el nivel de un observador que existiera fuera de este Universo.

La superación espiritual que promete el hermetismo, consiste en el desarrollo, fortalecimiento, crecimiento y evolución de la parte divina del *sapiens*; lo que se llama corrientemente *Espíritu*. Esta parte esencial se desarrolla a costa de lo onírico (lo ilusorio), y es así como el *sapiens* puede convertirse en un mutante, o sea, el sujeto cuyo centro de gravedad cambia de lo ilusorio a lo absoluto que existe en sí mismo (su propio espíritu el cual es una emanación de Dios). Este cambio tan profundo, capacita al sujeto para ir comprendiendo la verdad de manera gradual y llegar finalmente al conocimiento de *la verdad absoluta*, la única que es inmutable, inmortal, y eterna, y que no sufre cambios por el paso del tiempo porque está más allá de él. En última instancia sólo es totalmente verídica la verdad absoluta, ya que la relativa se circunscribe solamente a observar un pequeño sector de lo absoluto. Es por este motivo que en el hermetismo, tal como lo proclama el *Kybalion*, se habla de Sabios, y Semisabios. Estos últimos son los que se limitan a conocer el mundo ilusorio del Maya, es decir, lo imaginado por el gran creador, sin poder nunca remontarse a la fuente original de todo lo que existe. Son una especie de sabios del mundo de los fantasmas, o sea, lo onírico. El verdadero sabio hermetista se polariza en lo esencial de sí mismo, y al lograr que su espíritu se manifieste a través de su propio cerebro, se evade del mundo de la fantasía onírica para penetrar en el nivel del Gran Pensador, donde radica *lo absoluto*.

Esto explica por qué la personalidad, que es el medio de adaptarse a lo ilusorio para no percibir su calidad de tal, impide el desarrollo espiritual superior del individuo, al bloquear su contacto con la realidad. Por lo general, mientras más programada esté una persona, más difícil le resultará elevarse al mundo del conocimiento de lo absoluto.

2. El principio de correspondencia

“Como arriba es abajo; como abajo es arriba.”

Este principio hermético se refiere a la similitud que, existe entre los diversos planos o clasificaciones vibratorias que existen en el ordenamiento del Universo. La gran escala de la vida va desde la materia al espíritu, existiendo en el medio una infinita escala vibratoria. Dentro de esta gama, las mismas leyes que actúan en lo denso, por ejemplo, obrarán también en lo espiritual o sutil. Existe una correspondencia o similitud entre todos los fenómenos cósmicos, y el estudio de estas analogías permite llegar a lo desconocido partiendo de lo que ya se sabe. La astrología, por ejemplo, se basa en la premisa de que el hombre es un microcosmos,

es decir, que tiene en su interior una réplica análoga al Universo, y que por medio de este esquema vital estamos unidos a los planetas de nuestro sistema solar e influenciados por ellos. La carta celeste del horóscopo pretende llegar al trazado de nuestra estructura vital interna por medio de la ley de correspondencia. Los planetas manifestarán su influencia a través de las diferentes partes de nuestro cuerpo, con las cuales se corresponden. Sabemos, por ejemplo, que Aries corresponde a la cabeza y Piscis a los pies, existiendo una simpatía entre el signo zodiacal, el planeta que lo rige, y la zona del cuerpo sobre la cual domina. Un talismán es un objeto mediante el cual se pretende establecer una relación magnética entre el sujeto que se desea proteger y la fuerza cósmica correspondiente. El Cosmos influencia al hombre con sus energías, pero a la vez, es influenciado por éste.

Existe aquí un principio de retroalimentación, cuyas exactas proyecciones no podemos vislumbrar. Se dice que si una persona tira una piedra a un lago, este acto simple llegará algún día a influenciar los confines del Universo de alguna manera. Existe la unidad universal, en el sentido de que todo está unido a todo; no podemos separarnos de la gente ni de nuestro medio ambiente. Tú mismo, lector, estás unido por un hilo invisible a cada habitante de nuestro planeta y a todo ser que existe en el Cosmos. Si odias a alguien, te estás destruyendo a ti mismo; si quieres vengarte de una persona, lo que pongas en movimiento caerá finalmente sobre ti. Recordemos los principios cristianos, que se basan en puro hermetismo: "No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti", o "Amaos los unos a los otros". Este principio de correspondencia se explica porque *Todo es mente; el Universo es mental*. La energía *mente* es un nexo común de todo lo que existe.

Tal como existen correspondencias externas (con lo externo), también las hay dentro de nuestro cuerpo, y también en relación al sexo opuesto. Obsérvese por ejemplo la similitud entre las amígdalas y los testículos o los ovarios, entre el espermatozoide y el bulbo raquídeo con el cerebro, o la relación entre este último y el sexo. En este caso, habitualmente la pérdida de sensibilidad en lo sexual deriva en una mayor sensibilidad intelectual, y viceversa. Esto se comprueba en la satiriasis, que generalmente lleva a un deterioro de la inteligencia. Con respecto a los sexos opuestos, podemos ver como el pene se corresponde con el clítoris, y el útero con la próstata.

La magia simpática es el arte de establecer correspondencias artificiales entre una persona y una figura de cera, un talismán, una planta o cualquier objeto. De este modo, las influencias recibidas por el muñeco de cera, derivarán finalmente hacia el sujeto que sirvió de modelo. Basándose en este mismo principio, un individuo puede entrar en correspondencia con un árbol o una planta, y traspasarle su propia enfermedad, con la mejoría equivalente.

La acupuntura nos muestra un caso del ventajoso empleo de las equivalencias corporales, donde el estímulo en el lóbulo de una oreja puede sanar una cefalalgia. A primera vista es muy difícil pensar que puede haber una relación entre lóbulo de la oreja y nuestra cabeza, pero la experiencia concreta prueba que la hay. Es posible por medio de las agujas que se utilizan en la acupuntura curar muchas enfermedades o provocar insensibilidad al dolor; todo esto por la correspondencia.

Es de máximo interés el estudio del aforismo hermético "Como es arriba es abajo; como es abajo es arriba", ya que nos explica los lazos de influencia recíproca que existen entre un individuo y la naturaleza terrestre y celeste. El medio ambiente, al irradiar sus fuerzas sobre nosotros, provoca cambios en nuestro interior y en los acontecimientos que diariamente nos ocurren. A la inversa, nuestra condición psicológica y nuestro estado mental se proyectan hacia la naturaleza, y como consecuencia de esto, se producen en nuestras vidas sucesos fastos o nefastos. Este aforismo hermético tiene una gran aplicación práctica que se desvelará sólo al estudiante acucioso. Por nuestra parte sólo daremos algunos ejemplos:

1. Una persona mantiene su habitación en desorden y totalmente, desaseada. Este hecho material, de naturaleza física, repercute de inmediato en lo psicológico del sujeto, quien se convierte, intelectual y emocionalmente en una réplica de la situación física que mantiene. Su psiquis será el retrato de su habitación, y viceversa.

2. Esta misma persona del ejemplo anterior se dedica un día a efectuar un escrupuloso aseo y ordenamiento de su pieza. Como consecuencia de esto, realiza también una cuidadosa limpieza de su psiquis, sintiéndose especialmente alegre, "liviano", y confortable.

3. Un sujeto amargado y negativo se encuentra habitualmente con gente que lo rechaza instintivamente, y que sin darse cuenta cómo, pueden llegar a odiarlo.

4. Una mujer se cree fea y se siente poco atractiva. Aun cuando sea en verdad "fascinante", su estado mental rechazará al sexo opuesto.

No creemos necesario explicar mayormente estos casos. Dentro del tema que estamos tratando, y por la importancia enorme que reviste, consideraremos en forma especial lo que se refiere a la relación establecida entre los actos jurídicos que obligan al sujeto y la dependencia y falta de libertad que sobreviene en el plano de la energía. Vamos a suponer, para ilustrar esto, que una mujer no se lleva bien con su marido, y se separa de hecho, pero sin divorciarse. Por este hecho ella seguirá unida firmemente a su esposo, y si él es un sujeto negativo que le desea cosas malas, esta dama no podrá aislarse de estas fuerzas; las recibirá y seguramente la perjudicarán, aun cuando esté diez años viviendo separada de su ex compañero. ¿Cuál es la razón de esto? La causa reside en nuestro aforismo "como es arriba es abajo; como es abajo es arriba", ya que por existir un contrato jurídico entre ambos cónyuges, ellos están, en verdad, indisolublemente ligados, por lo menos mientras el contrato tenga vigencia legal. La ley de los hombres proyecta su influencia hasta el mundo de la energía, llamémoslo "plano astral", "plano mental", o "cuarta dimensión", para designar un lugar de vibraciones

muchísimo más sutiles que las materiales. Lo mismo que en el caso anterior ocurre con personas naturales que se unan a través de un contrato para formar una persona jurídica, lo cual ocurre en el caso de una sociedad comercial, por ejemplo. Mientras la escritura de constitución de la sociedad esté vigente, los socios permanecerán unidos, y cada uno de ellos afectará la vida de los demás, de una manera positiva o negativa, y a la vez, recibirá también de ellos una fuerza que determinará sucesos importantes en su vida. De ahí el peligro de unir nuestras vidas con personas afectadas por un karma muy pesado o negativo, el cual, en caso de una ligazón jurídica, caerá indefectiblemente sobre nosotros.

A través de este principio de correspondencia es posible entender la crueldad inmensa que significa el condenar a un delincuente a cadena perpetua, ya que por haberlo dictado así la ley del *sapiens*, este sujeto continuará prisionero indefinida o permanentemente, aún después de su fallecimiento. Cadena perpetua significa, en el fondo, cárcel después de la muerte.

Para que no reine la desesperación en quienes están en este trance y lean este libro, quiero aconsejarles que practiquen una especie de defensa mental para liberarse junto con la muerte. Este “sortilegio”, por llamarlo así, consiste en repetir todos los días la siguiente oración: “me libero de la ley de los hombres y me entrego a la justicia divina”. Es preciso advertir que para que ésta fórmula surta efecto y el sujeto se libere realmente, es preciso sentir profundamente lo que se está diciendo, ya que si se repite mecánicamente, con seguridad fracasará. Es diferente el caso cuando se condena al reo a la pena capital, ya que en este trance, la muerte lo libera.

Debemos también señalar la importancia enorme que tiene para la especie *sapiens*, los descubrimientos u observaciones astronómicas, ya que si un sujeto cualquiera descubre una nueva estrella con su telescopio, y ésta emite energías sutiles de carácter destructivo (todos los cuerpos emiten energía, a la cual podemos denominar “energía masa”) estas fuerzas llegarán hasta nuestro planeta en forma intensa, ya que se ha creado una vía mental para ello.

Los templos del antiguo Egipto estaban contruidos de manera que si en ciertas épocas del año una persona miraba hacia el cielo desde una abertura o ubicación previamente establecida, veía una estrella, conocida por los constructores, con lo cual se pretendía establecer un contacto mental para que el observador recibiera la influencia positiva de aquel astro.

Es preciso advertir que esta enseñanza sobre las siete llaves herméticas es de carácter básico, para que el estudiante descubra todo lo que permanece oculto, o se dice entre líneas.

Quiero terminar este comentario sobre el principio de correspondencia honrando el recuerdo de los extraordinarios egipcios, quienes poseyeron conocimientos herméticos extraordinarios antes de llegar a su decadencia. El vulgo siempre ha comentado, al igual que los arqueólogos ignorantes, que en Egipto la gente era tan ignorante que adoraba dioses animales, lo cual se considera el colmo de la decadencia moral. Por nuestra parte; debemos decir que esto era la manifestación de la sabiduría hermética antigua. Me explico: los egipcios tenían dioses animales no para adorarlos, sino para que fueran adorados por los animales comunes y corrientes (los no instituidos dioses). El objeto de crear dioses animales era el de mantener la pureza y elevación de la raza humana, al impedir por medios “mágicos” que los animales penetraran en la escala humana, encarnando como *sapiens*. En el capítulo “La ilusión del conocimiento verdadero” hemos hablado sobre la corporización de la energía conciencia, lo cual viene al caso en este tema, para explicar que los animales al recibir la irradiación de la conciencia del hombre asimilan en parte la energía de la chispa divina, fuego mágico que los capacita para entrar por primera vez a la escala humana al morir como animales. Se comprende que esto ocurre de preferencia con animales domesticados o que por alguna razón especial tienen un contacto sostenido con el hombre. Un perro de circo, por ejemplo, ya está muy cerca de la vibración humana.

No puedo dejar menos de hacer una pausa al imaginar la sonrisa burlona de quienes crearán, con toda seguridad, en la debilidad mental de quien escribe. Creo que los comprendo perfectamente, ya que si por mi parte no hubiera tenido la oportunidad de comprobar hasta la saciedad la veracidad absoluta de la ciencia hermética, si fuera un neófito en la materia y estuviera leyendo este libro, pensaría lo mismo que ellos. Por el contrario, si los lectores incrédulos pudieran cambiarse con mi persona por algunos minutos por medio de una transmigración mágica, me darían completamente la razón. El problema reside en que es preciso vivir la experiencia hermética para que ésta confirme lo que ya se había logrado aprehender por medio del instrumento intelectual. Me siento también obligado a señalar que en el hermetismo *no se cree ni se deja de creer*; simplemente, *se comprende o no se comprende*.

Prosiguiendo con la explicación de los dioses animales, debemos decir que cuando un animal encarna por primera vez como ser humano, será un sujeto de bajísimo nivel, con instintos animales muy fuertes, y que seguramente hará un grave daño a la sociedad, ya sea por convertirse en un delincuente o al pervertirse moralmente por carecer de los frenos adecuados para controlar los instintos. Este sujeto-animal, tiene que elevarse muy gradualmente de nivel a lo largo de muchas reencarnaciones. Se comprende que si muchos animales se convierten en ejemplares de *sapiens*, la humanidad se enfrentaría a una grave crisis, y eso es lo que ocurre precisamente en este momento.

Por medio de la magia ritual los sacerdotes egipcios sacrificaban un perro, por ejemplo, y lo momificaban enterrándolo en un lugar secreto. Este perro recibía un nombre y era ungido en el momento de su muerte como “dios de los perros”. Este animal se convertiría así en el guardián oculto que impediría el ingreso de perros a la

escala humana, para lo cual había sido especialmente preparado. Nos reservamos la explicación completa y profunda de esta operación mágica, la cual sólo serviría para satisfacer la curiosidad del vulgo.

Solamente falta agregar que de ninguna manera un hombre puede reencarnar como animal, y que no todas las personas reencarnan, pero esto es tema aparte.

3. El principio de vibración

“Nada está inmóvil; todo se mueve; todo vibra.”

Esta ley nos indica que todo en el Universo está en vibración y que nada permanece inmóvil. La materia, la energía, el espíritu, son solamente el resultado de estados vibratorios diferentes.

El espíritu representa el extremo polar de las vibraciones más rápidas, cuya frecuencia es tan elevada que parece estar en reposo absoluto. El otro polo lo forma la materia extremadamente densa. Dice el hermetismo que entre ambos polos hay millones y millones de diferentes intensidades y modos de vibración. Sabemos que las moléculas que componen la materia están en constante vibración, y que a su vez, los átomos que las forman, también están en constante movimiento y vibración. A su vez, los electrones y protones también están vibrando rapidísimamente.

Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que no hay nada en el Universo que no sea “materia mental vibrando en diferentes frecuencias”. La luz, el calor, el magnetismo, la electricidad, son solamente diferentes modalidades vibratorias. Aquel plano misterioso conocido con el nombre de “cuarta dimensión”, es solamente un estado vibratorio de alta frecuencia. Si una persona pudiera hacer vibrar su cuerpo físico a una muy elevada frecuencia por segundo, llamémosla frecuencia X, penetraría físicamente en el mundo de la cuarta dimensión. Sin embargo, no es aquella remota posibilidad lo que debe interesarnos, sino lo que se refiere al control de las propias vibraciones. En efecto, nuestros pensamientos, emociones, deseos, o impulsos, son solamente estados vibratorios. Nuestro cuerpo físico es un conjunto de sistemas que vibran a una misma frecuencia, y la salud es solamente la armonía vibratoria del cuerpo. Enfermedad es desarmonía, y la muerte es la rotura de la cohesión vibratoria de los sistemas biológicos. En el terreno de nuestra vida personal todo gira en torno a la vibración; si estamos alegres es por una vibración positiva, la tristeza es una vibración negativa. Nuestro pensamiento nos hará ser más o menos inteligentes de acuerdo a nuestra vibración mental. Cada persona tiene un largo de onda mental que le es propio, de acuerdo a la frecuencia vibratoria de su inteligencia; mientras más corta es la onda mental, más inteligente será el sujeto, y viceversa.

La dificultad para comunicarse que tienen las personas, proviene de sus diferentes largos de onda mental, las cuales, al no coincidir en sus frecuencias vibratorias, impiden la mutua comprensión. Si queremos comunicarnos con un individuo, y que nos entienda realmente, debemos esforzarnos por adaptar nuestra onda mental a su estado vibratorio, a fin de establecer una perfecta afinidad. Esto explica las diferencias sorprendentes que se producen entre dos personas que normalmente se entienden bien; una de ellas ha variado notablemente su largo de onda mental, ya sea alargándola o acortándola, dejando al otro “fuera de frecuencia”, tal como si pretendiéramos sintonizar una emisora determinada en una frecuencia que no le corresponde.

Existen diversos motivos por los cuales se producen caídas vibratorias en la gente. Problemas de salud, estados depresivos, inercia, conflictos internos y abulia intelectual, son algunas de las principales causas. En cuanto a los sujetos que tienen permanentemente una onda muy larga (de baja frecuencia), esto se debe a la falta de preparación intelectual del individuo.

También influye de manera muy poderosa en las vibraciones de la gente, el medio ambiente, ya que vivimos en un océano de vibraciones, las cuales nos impactan constantemente, despertando en nosotros fuerzas de calidad similar. El espacio cósmico y terrestre que nos rodea, está saturado de vibraciones, y ellas influyen de manera determinante en las personas. En los habitantes de una ciudad, por ejemplo, se puede apreciar, al observarlos, un ambiente vibratorio positivo o negativo, y lo mismo ocurre al visitar el hogar de alguna familia, donde sentiremos de inmediato una irradiación cálida y positiva, o bien, una fuerza que nos repele. Lo que ocurre en nuestras habitaciones, es que la irradiación vibratoria de las personas que allí viven, penetra en la construcción material, impregnándola con energías positivas o negativas, las cuales son captadas fácilmente por los visitantes. Es por eso que hay lugares que al visitarlos despiertan en nosotros una tristeza intolerable, que llega en algunos casos hasta una profunda depresión con tendencia al suicidio.

Estamos, simplemente, recibiendo los estados anímicos de quienes vivieron o trabajaron en ese lugar. Los hábitos de conducta, los estados emocionales, los pensamientos habituales, y las normas morales y espirituales del individuo, determinan la bondad o inconveniencia de sus estados vibratorios, lo que a su vez influye de manera decisiva en su vida cotidiana. Las familias y grupos de humanos en general, se constituyen en vórtices de energía, los cuales dejan sentir su poder en quienes entran en contacto con ellos. Las vibraciones se van acumulando en el individuo, es decir, éste va haciendo acopio de buena o mala vibración, y hay momentos en los que el sujeto es una verdadera bomba de tiempo por la fuerza en estado latente que tiene en sí mismo, destructiva o creadora, la cual, con el influjo de un detonante adecuado, se descargará violentamente, produciendo acontecimientos favorables o negativos.

Esta fuerza tiene la particularidad de afectar intensamente a las personas que entran en contacto con el sujeto que vibra de manera intensificada, pudiendo resultar éstas, contagiadas con lo que el “emisor” siente. Tal caso ocurre cuando alguien nos cuenta sus penas, por ejemplo, y el afectado, después de esto, queda en

excelente estado de ánimo, y nosotros, en profunda condición depresiva. Tal vez, uno de los profesionales más afectados por este fenómeno, sea el psiquiatra, quien se contagia con las lacras mentales de sus pacientes, y ellas empiezan a perjudicarlo a él.

Aquellos sitios donde se da rienda suelta a las pasiones inferiores, tales como bares o casas de prostitución, son centros de vibraciones inferiores y negativas que perjudican notablemente a los parroquianos. Todo hombre que quiera tener éxito en sus empresas personales o que desee aumentar su capacidad de realizar cosas, ya sea en el terreno espiritual o material debe, por medio de la autodisciplina, elevar sus vibraciones para no ser afectado por aquello que se denomina "mala suerte" o desgracia. Es preciso, practicar una rígida higiene mental, a fin de no ser afectado por lo negativo del ambiente en el cual nos desenvolvemos. Existen fuerzas tan poderosamente negativas que pueden matar a una persona, ya que su tono o nota básica, es destructiva o desintegradora. Sabemos que existen sonidos (vibraciones) que pueden destruir la cohesión de la materia (infrasonidos), o bien, que pueden producir un efecto curativo medicinal (ultrasonidos). Conocido es el poder del rayo laser (vibración), cuya luz puede perforar el material más duro.

El *sapiens* busca de manera inconsciente un remedio para sus desarmonías vibratorias, y recurre para esto a la buena música, la cual restablece el equilibrio interno. Sin embargo, existen ritmos musicales de tal disonancia que crean estados negativos dentro de las personas. El sonido de ciertos instrumentos posee cadencias de tal índole, que provoca bajo ciertas condiciones, estados de profunda tristeza, como es el caso de la quena, especie de flauta indígena. Conocemos también el pernicioso efecto de los ruidos que sobrepasan ciertos decibeles de potencia, y que provocan una considerable fatiga nerviosa que repercute en la pérdida de la eficiencia humana, tanto en lo manual como en lo intelectual.

La vibración de la palabra humana tiene también poderosos efectos bienhechores o perniciosos en quienes la escuchan. Hay personas de gran simpatía personal, pero cuya voz, sin tener un tono desagradable, resulta repelente. Esto depende del resultado del choque de las oscilaciones sonoras. Si aquellas que recibimos son armónicas a las nuestras, sentiremos simpatía y agrado, y viceversa. La gente no se da cuenta en qué medida se le acoge bien o mal de acuerdo a las vibraciones que se emiten.

Es simple comprobar la influencia de las energías oscilantes del individuo. Existe un experimento muy simple para esto y que consiste en tener dos grupos de pequeñas plantas de interior, las cuales se deben separar en dos facciones. A una de ellas es preciso hablarle todos los días, tal como si fueran seres racionales, expresándoles por medio de las palabras, pensamientos de amor, amistad y fortaleza. El otro grupo se deja abandonado a su propia suerte. Con el correr de los días se verá cómo las plantitas regalonas se ponen mucho más hermosas y crecen más rápidamente, aunque tengan exactamente la misma tierra, luz, y riego que las otras.

Otra experiencia muy simple consiste en comprobar nuestro poder de inducción vibratorio sobre la gente. Para esto, es necesario dirigirse a alguien que nos tenga notoria antipatía.

Venciendo el rechazo que esta persona nos provoque, nos esforzaremos en sentir por ella una profunda simpatía y cordialidad, y después de poco, veremos cómo cambia radicalmente y pasa a tener una gran amistad por nosotros. Muchas veces, somos nosotros mismos quienes provocamos rechazo en la gente por nuestra hostilidad hacia ellas.

A través del principio de vibración es posible comprender que las maldiciones existen efectivamente, pero no tienen nada de sobrenatural; son solamente la condensación y proyección de vibraciones fuertemente destructivas. Con las bendiciones ocurre el mismo fenómeno, pero como se comprenderá, a la inversa.

Cuando una pareja de amantes se dice palabras de amor, el goce que experimentan no se debe solamente al conocimiento de que son amados, sino a la influencia vibratoria de la palabra.

Reflexionando un poco en esto, es posible concebir la existencia de palabras mágicas, que son solamente la combinación de letras que producirán fenómenos oscilatorios. El tradicional grito del karate, por ejemplo, estaba originariamente concebido con el fin de paralizar efectivamente al adversario, para lo cual tenía que ser emitido en tono y frecuencia determinada, ya que de lo contrario no producía ningún efecto.

El estudiante atento que medite sobre el principio de vibración, podrá llegar a comprender cosas de la más grande importancia; el que no tiene ojos para ver ni oídos para escuchar, permanecerá en la antesala del misterio.

4. El principio de polaridad

"Todo es doble; todo tiene dos polos; todo, su par de opuestos: los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza pero diferentes en grado; los extremos se tocan; todas las verdades son semiverdades; todas las paradojas pueden reconciliarse."

Este principio encierra la enseñanza de que la unidad no existe en el Universo, ya que todo es dual; todo tiene dos caras o polos opuestos. Los más profundos secretos de la vida se ocultan detrás de este simple hecho, ya que es la polaridad la que mantiene el ritmo de la vida; si no hubiera polos opuestos, la vida no sería posible. El punto básico que hay que comprender al estudiar la polaridad es el hecho de que los opuestos siempre se presentan en el mismo elemento; jamás puede aplicarse esta ley a elementos diferentes. La temperatura, por ejemplo, tiene dos extremos: frío y calor, pero no puede hablarse del polo positivo de la temperatura para relacionarlo con el negativo de la electricidad. El principio de polaridad funciona a lo largo de

una escala vibratoria de grados, en los cuales se manifiesta una fuerza, graduación que va de lo positivo a lo negativo.

Es así como luz y oscuridad representan dos extremos de la misma cosa; en un caso hay presencia de luz, y en el otro, ausencia. Amor y odio son polos opuestos de la misma cosa, es decir, de los sentimientos humanos de atracción o rechazo. El espíritu y la materia son la misma cosa, pero manifestada en vibraciones opuestas. Lo mismo ocurre con la vida y la muerte y el bien y el mal.

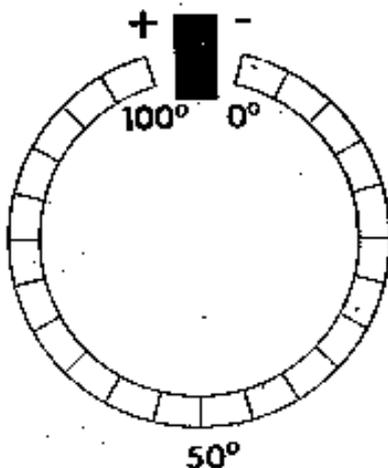
Sin embargo, es preciso observar que en estos términos no existe lo absoluto, ya que nadie puede decir cuál es el frío o el calor absoluto, por ejemplo. Simplemente hablamos de mayor o menor cantidad de algo en un momento dado. Así, sin error, podríamos decir que "amor es menos odio que no-amor". Y el miedo, menos valor que el "valor puro". Los dos polos pueden clasificarse siempre como positivo y negativo, y su diferencia es mera cuestión de grados. Es por eso que el hermetismo sostiene la factibilidad de la transmutación mental, es decir, de transformar algo en su opuesto. Odio puede transmutarse en amor, pobreza en riqueza, cobardía en valor e ignorancia en sabiduría, por medio del deslizamiento a lo largo de la escala de la polaridad. Siempre existe un extremo positivo y otro negativo, siendo el polo positivo de naturaleza superior al negativo. El valor es positivo con respecto al miedo; la luz con respecto a la oscuridad, el amor con respecto al odio.

El hermetista, actuando como un verdadero científico de la mente, puede elevar sus vibraciones internas a voluntad y transmutar lo negativo en positivo.

Es así, como según *El Kybalion*, "lo no deseable se mata cambiando su polaridad". La enfermedad puede transmutarse en salud al cambiar su polaridad por medio del poder de la mente, la cual se polariza en el extremo opuesto al que se desea suprimir. Lógicamente, sólo pueden transmutarse los opuestos de una misma cosa, ya que no sería posible transmutar, de ningún modo, una pera en un durazno; en cambio, puede transformarse una pera verde en una pera madura.

Existe en Ocultismo un símbolo muy conocido en los antiguos libros esotéricos, y es el de la serpiente mordiendo la cola. Precisamente, esto representa la polaridad, en que los dos extremos se atraen perpetuamente y buscan devorarse uno a otro, lo cual, por cierto, no ocurre jamás. El vacío atrae a la plenitud, la inocencia y la experiencia procuran absorberse mutuamente. Es por este principio que negamos la existencia de una verdad asequible al *sapiens* en sus condiciones habituales de vida y sostenemos que toda verdad es semiverdad, y que sólo puede llegarse a la verdad absoluta elevándose por encima del principio de polaridad, más allá de los opuestos, hasta llegar al mundo de las causas. Las personas simples creen que llegará el momento en el cual el bien triunfe sobre el mal en el mundo, de una manera definitiva, lo cual, según este principio, es imposible, como también lo es la victoria del mal. Debemos darnos cuenta que el bien y el mal representan los extremos de algo, y que por lo tanto, son absolutamente relativos. Si un zorro entra a un gallinero y devora una gallina, es muy malo para ella, pero muy bueno para el zorro, quien cumple con el principio natural de mantener su propia existencia. En realidad, el mal trabaja para el bien y el bien lo hace para el mal. La vida trabaja para la muerte, ya que desde el momento en que se nace, se comienza a morir (nos vamos acercando a la muerte), y la muerte trabaja para la vida, ya que toda destrucción es una transformación que da origen a una nueva forma de vida. ¿Qué sería de la luz si la oscuridad no existiera? ¿Acaso no debe su existencia al hecho de que la oscuridad existe? Por la sola evidencia de que algo existe, tenemos que pensar de inmediato que lo opuesto también es una realidad.

Debido a la polaridad, el hombre y la mujer se atraen y procuran llegar a una fusión; es la ley de la eterna serpiente que muerde constantemente su propia cola. Resulta muy interesante analizar el aforismo de que "los extremos se tocan". Si aplicamos esto al amor, por ejemplo, podemos comprobar que es más fácil transformar el odio en amor que convertir la indiferencia en amor. Como los opuestos se tocan, es más corta la distancia de un extremo a otro que de la mitad de la escala a un extremo. Herméticamente hablando, podemos decir que la distancia más corta de un punto a otro no es la línea recta, sino el círculo. Ejemplo:



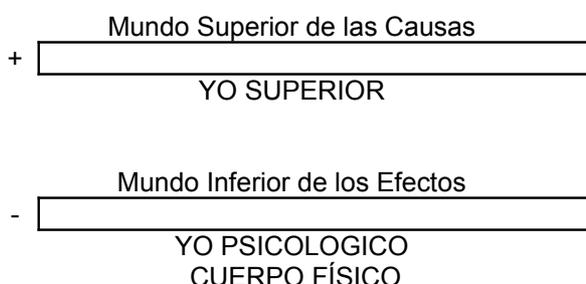
Este círculo representa la escala gradual que transcurre entre dos polos; el positivo representado por el número cien, y el negativo con el cero. Advertimos que estas cifras son enteramente caprichosas, con fines

puramente demostrativos. Sostenemos que es más fácil llegar desde el cero al cien que desde el cincuenta al cien; la figura lo demuestra, ya que la distancia es mucho más corta, lo cual no ocurriría si extendiéramos el trazado de este círculo para transformarlo en una línea recta. En nuestro ejemplo el número cincuenta es el símbolo de los eternos indecisos y abúlicos; la representación de los tibios, quienes no tienen cabida en el reino de Dios. Esto explica el fenómeno de las conversiones, cuando un sujeto en forma súbita, cambia de ideología por otra diametralmente opuesta. Que sirva este arcano de consuelo a quienes tengan problemas graves; están más cerca del éxito de lo que podrían creer; sólo la mediocridad no tiene remedio. El hermetismo sostiene que es más nefasta la indecisión que el error; los motivos están a la vista. Quien sea capaz de leer entre líneas y hacer la digestión del conocimiento, sacará una gran sabiduría de esto.

Los antiguos alquimista sostenían que es posible transmutar el plomo en oro; lo cual en algunos casos se refería a un hecho material, y en otros, a un símbolo. El oro es solamente un extremo en la escala de los metales, por lo cual, el alquimista cambiaba la vibración y la polaridad del plomo hasta trasformarlo en oro. Cuando esto se refiere a la transformación de los metales internos en oro espiritual el ejemplo es igualmente válido.

Siguiendo con el principio de la transmutación mental empleada por los hermetistas avanzados, haremos un breve esbozo del mecanismo que se debe emplear, aún cuando esto será inútil en manos de quien no haya logrado primero su unificación interna bajo el mando de un *Yo Superior*, tema del que hablaremos en páginas posteriores.

Con anterioridad hemos explicado que existen muchos planos de vibración. Para los efectos del principio de transmutación, mental, hablaremos, para simplificar, de dos planos básicos: el mundo superior de las causas, y el mundo inferior de los efectos, tal como lo demostraremos en el esquema siguiente:



El mundo inferior de los efectos es el plano físico; el mundo superior de las causas es el plano de la emanación de la vida. El hermetista, para realizar un proceso de transmutación, se eleva al mundo de su *Yo Superior* y se polariza por medio de su mente, en el polo opuesto de la vibración que quiere destruir. (“Lo no deseable se mata cambiando su polaridad.”) Esto equivale a elevarse por sobre los efectos o fenómenos que se puedan estar sufriendo en un momento determinado. Mediante este proceso, se cambia una vibración de grado en grado, hasta llegar a lo que se pretende. Sin embargo, esto que parece ser tan simple en teoría, requiere para su realización práctica, de una férrea disciplina, y de la creación previa de un *Yo Superior*. De otro modo no pasa de ser una teoría.

Recordemos el aforismo del *Kybalion* que dice: “La mente, así como los metales y los elementos, pueden transmutarse de grado en grado, de condición en condición, de polo a polo, de vibración en vibración.” A fin de poner en práctica la transmutación mental o alquimia, es preciso aprender primero a cambiar la polaridad de nuestra propia mente, ya que de otra manera no podremos influir en el ambiente que nos rodea. Todo proceso de transmutación, sea que se pretenda cambiar nuestro mundo interior o el mundo material, es siempre una operación mental, ya que *Todo es mente*. Resulta de gran interés para el estudiante el poder cambiar no solamente sus propios estados mentales, sino que también aquéllos de otras personas que se encuentren aquejadas por vibraciones negativas o destructivas de cualquier índole.

Desde el punto de vista del análisis de los problemas cotidianos, la polaridad es una llave de gran utilidad, ya que permite apreciar los conflictos u obstáculos en su justo valor, sin magnificarlos ni subestimarlos. El hermetista sabrá, por ejemplo, que si se encuentra temporalmente en una situación aflictiva, es posible cambiarla gradualmente polarizándose en lo opuesto, basta llegar efectivamente al otro extremo. El tiempo que se demore esta operación, dependerá de la importancia de aquello que se desea conseguir, ya que todo tiene su tiempo de gestación en la naturaleza. Algo de pequeña importancia se realizará muy pronto; un proyecto de mucha envergadura se demorará un tiempo equivalente hasta dar frutos.

Tengamos presente esta gran enseñanza hermética de que “lo no deseable se mata cambiando su polaridad”. La meditación en esta enseñanza, permitirá al estudiante lograr grandes conocimientos.

5. El principio del ritmo

“Todo fluye y refluye, todo asciende y desciende; la oscilación pendular se manifiesta en todas las cosas; la medida del movimiento hacia la derecha es la misma que la de la oscilación a la izquierda; el ritmo es la compensación.”

Este principio enseña que todo está sometido a una oscilación rítmica, la cual se manifiesta entre dos polos. Existe una acción y reacción, un flujo y reflujo, un avance y retroceso, una elevación y una caída, y esto se aplica absolutamente a todo. El Universo, los planetas, la naturaleza, el hombre, las naciones, las civilizaciones, todo nace para alcanzar una cumbre y comenzar después su decadencia y destrucción cumpliéndose así el ciclo de la vida. Este flujo y reflujo se manifiesta en nuestro cuerpo físico, en nuestras emociones, sentimientos, instintos, inteligencia, y aún, en las diferentes situaciones vitales que vivimos, y que se refieren a nuestros proyectos personales, a nuestra relación con otras personas, a nuestro contacto con la naturaleza, y en general, en todo aquello que forma parte de nuestras vidas.

El símbolo del principio del ritmo es el péndulo, ya que en su oscilar explica la acción del ritmo, cuya medida de oscilación hacia la izquierda es la misma que su movimiento hacia la derecha. En el terreno práctico, puede hablarse perfectamente de la "ley del péndulo". La creación ocurre de acuerdo al péndulo; existe una emanación del *Todo*, a la cual sigue una absorción. La emanación es el tiempo de la creación, y la absorción la etapa en la que el *Todo* reintegra su energía a sí mismo. Podemos comparar esto al ciclo humano de la respiración.

El ser supremo irradia su energía hasta que ésta se materializa en una creación física y cuando ella llega a la cumbre, es decir, a su grado máximo de materialización, comienza la oscilación inversa del péndulo hasta que se llega nuevamente a la desmaterialización o muerte, y la energía creadora divina se reintegra a su fuente original. Es así como las naciones llegan a la cumbre de su poderío y comienza después un lento declinar. No existe nada que se escape a esta ley, es un proceso absolutamente inevitable. No es fácil, sin embargo, determinar cuándo un ser humano, una cultura o una fuerza, han llegado al cenit; lo que sí sabemos con certeza es que irremisiblemente se producirá la decadencia.

El principio del ritmo junto con el de la polaridad, que hemos tratado anteriormente, son las fuerzas que mantienen el proceso de la vida, ya que la vida es siempre una fuerza que se mueve alternativa y rítmicamente entre dos polos. Si tuviéramos que definir la vida y la muerte, diríamos que la vida es la oscilación entre dos polos, y la muerte, la polarización de la fuerza en un solo extremo, por un tiempo que sobrepasa el equilibrio de la naturaleza. Esta polarización puede ser negativa o positiva; es negativa cuando ambos polos se unen demasiado, perdiendo cada uno de ellos, en gran parte, sus cualidades intrínsecas. Es positiva cuando se procura conscientemente destruir una vibración no deseable y se procede a cambiar la polaridad, polarizándose en el extremo opuesto. En el caso de la polarización negativa, a causa del debilitamiento de los polos opuestos se produce una decadencia de la fuerza vital, que puede terminar en una fusión de los polos, lo cual equivale a la muerte. He aquí desvelado de manera sencilla el secreto de la vida; la mantención constante de la tensión entre dos polos. Podríamos decir, en rigor de la verdad, que al nacer un niño, los polos opuestos de su vida están muy separados, y por lo tanto la tensión entre ellos es grande, pero que al ir envejeciendo, los opuestos se van juntando, con lo cual, la vida decae. Los dos polos, en este caso, son el consciente y el subconsciente, o también podemos hablar del sujeto mismo y del medio ambiente. El choque constante entre el hombre y el medio ambiente (estímulo), va despolarizándolo lentamente, apagando su fuerza vital.

Al examinar las funciones vitales del hombre, podemos comprobar que la polaridad y el ritmo comandan el organismo en sus más delicados procesos, y que siempre la enfermedad es un quebrantamiento del ritmo o una perturbación de la polaridad. El cuerpo necesita mantenerse en constante estado de equilibrio, y su pérdida, implica un estado anormal. La ciencia llama homeostasis a este fenómeno, el cual ha sido insuficientemente estudiado, y seguramente, si los científicos utilizaran el principio de ritmo y polaridad, descubrirían muchas cosas nuevas.

El funcionamiento del corazón, la respiración, el sueño, la vigilia, están regidas por la ley del péndulo. El sueño, por ejemplo, nos proporciona la necesaria alternancia para mantener nuestro equilibrio. Sabemos que la falta de sueño provoca graves perturbaciones, ya que se rompe el equilibrio orgánico.

Durante mucho tiempo permaneció en el seno de las escuelas esotéricas el conocimiento del "Biorritmo", que son los ciclos vitales que afectan al ser humano con una alternancia positiva y negativa. Hoy día se ha popularizado tanto este saber, que hasta existen calculadoras de bolsillo para determinar su acción. Sin embargo, solamente se han divulgado tres ritmos:

1. El ritmo de 24 días o masculino, que tiene 12 días positivos y 12 negativos.
2. El de 28 días o femenino, con 14 días positivos y 14 negativos.
3. El de 33 días o intelectual, con 16½ días positivos y 16½ negativos.

No se han vulgarizado los ritmos de 40, de 56, de 92 y de 276 días.

El objeto de esta obra no es el de proporcionar instrucciones sobre Biorritmo, lo cual requeriría un volumen aparte, por lo cual nos limitaremos a dar una indicación de extrema importancia para quienes siguen las indicaciones del Biorritmo en su vida cotidiana. Estas personas debieran llevar un diario de vida en el cual consignen los acontecimientos fastos o nefastos, a fin de determinar cual de los ritmos tiene una mayor influencia en sus vidas, ya que esto es algo personal.

Algunos sujetos serán muy afectados por lo negativo del ritmo de 24 días; otros, en cambio, sentirán más fuertemente el ciclo negativo del ritmo de 33 días.

Una de las cosas más importantes relacionadas con el principio del ritmo, es el hecho de que cada persona crea además, sus propios estados rítmicos, de acuerdo a la naturaleza de sus acciones, las cuales al repetirse en varias oportunidades, terminan por tomar un ritmo en virtud del cual se repetirán periódicamente en la vida

del sujeto (acciones y acontecimientos), sin que su voluntad intervenga para nada, es decir, no se realizarán porque el sujeto lo desee, sino que a la inversa, éste será incapaz de neutralizar los acontecimientos negativos.

Vamos a ilustrar brevemente cómo nace un ritmo negativo: una persona es víctima de un robo, por ejemplo, y por no ser de gran cuantía, no se toma la molestia de hacer la denuncia correspondiente. Como consecuencia de este hecho, se forma un ritmo negativo, y este individuo experimentará en forma periódica, pérdidas de carácter económico, las cuales seguramente, se producirán en posiciones planetarias similares a las que existían el día del primer hurto. Otro ejemplo fácil de comprobar, lo constituyen las riñas matrimoniales, las que terminan por crear un ritmo desarmónico que fomentará la aparición de nuevos y más graves problemas. Es así como se crean ritmos de riqueza o escasez, de felicidad o desgracia; armonía o desarmonía, y una vez en movimiento, resultan muy difíciles de neutralizar. Es muy sabido el hecho de que las calamidades ocurren a veces en “oleadas”, tal como el flujo de la marea, es decir, se suceden rápidamente sin que el sujeto alcance a reaccionar. A la inversa, también sobrevienen rachas de “buena suerte”, en que a una persona le ocurre una serie de acontecimientos positivos. De esto se deduce que el sujeto toma un ritmo en un momento dado, por motivos no siempre fáciles de establecer, y que mientras dicho compás no cambie, se mantendrá la tónica positiva o negativa. Por desgracia, hay individuos que a temprana edad en la vida toman un ritmo de calamidades diversas, las cuales se les repiten en cada oscilación del péndulo, y esto resulta generalmente muy difícil de neutralizar, ya que mientras más tiempo dure, se fortalece el poder de la fluctuación. Aquellos matrimonios que viven los resultados de ritmos negativos, harían muy bien en abstenerse de procrear hijos hasta que el péndulo no se mueva al otro extremo, ya que la criatura nacería con una vibración rítmica nefasta, cumpliéndose el aforismo bíblico de que los hijos pagan los pecados de los padres.

Los hábitos se forman por un ritmo, y solamente pueden destruirse, cuando son perniciosos, por la creación de un nuevo estado rítmico de naturaleza opuesta.

El principio del péndulo completa el conocimiento sobre transmutación mental, ya que nos enseña que es posible elevarse por sobre la oscilación rítmica, polarizándose en el polo que uno desea permanecer, y evitando de esta manera dejarse llevar por el flujo y reflujo. El *sapiens* es un esclavo del movimiento oscilatorio del péndulo, y si tiene éxito en algo, se debe a que por casualidad (si lo podemos llamar así), su acción coincide con el movimiento del péndulo. En lo económico, en la salud, en el trabajo, en la vitalidad, en el amor, la gente está absolutamente a merced de la ley del péndulo, y son meras hojas arrastradas por la tormenta, sin que puedan nunca saber adónde las lleva la marea de la vida. El hermetista, por el contrario, puede sobreponerse al principio del ritmo, aún cuando no puede anularlo. Con el poder de su voluntad puede elevarse al plano superior de las causas, y dejar que la oscilación rítmica transcurra por debajo de él.

Lo que se llama “ley de compensación” tiene mucho que ver con el principio del ritmo, ya que compensar significa equilibrar o balancear, que es lo que ocurre cuando “la medida de la oscilación hacia la izquierda determina la medida de la oscilación hacia la derecha”. Esto determina la cantidad de cosas que una persona puede poseer, ya que siempre el sujeto tiene, en cantidad, la exacta proporción de aquello que le falta. Es así como un hombre rico carecerá de otras ventajas que tiene el pobre. Ya conocemos el dicho “afortunado en el juego; desgraciado en amores”, o viceversa, aforismo que pretende transmitir algo de la idea que estamos tratando. Ya que hemos tocado este punto, resulta interesante señalar que absolutamente todos los seres humanos nacen con la misma cantidad o margen de cosas que pueden tener; lo que varía es solamente su distribución.

Así, diremos, que todos traemos cien unidades vitales (lo que podemos llegar a poseer), y cien unidades negativas (lo que nos faltará). Un hombre rico es aquél que ha anulado la mayor parte de sus posibilidades, a fin de concentrar sus cien unidades vitales solamente en ganar dinero. Lo que se refiere al amor, la sensibilidad espiritual, la dicha familiar u otras cosas, estará seguramente entre los faltantes o unidades negativas. Expresándolo de diferente manera, nunca un hombre podrá tener más del simbólico número cien, pero esta cantidad puede estar distribuida en muchas cosas o concentradas en dos o tres. La dispersión da por resultado una vida más equilibrada, pero probablemente no se destaque ningún aspecto especial. La concentración implica el sacrificio de muchas cosas. Ilustraremos esto con un ejemplo:

A) Concentración unidades vitales

Riqueza: 45 unidades

Poder: 20 unidades

Nobleza moral: 5 unidades

Amor: 5 unidades

Inteligencia: 10 unidades

Salud: 10 unidades

Felicidad: 5 unidades

Resultado: sujeto rico y poderoso, pero muy desgraciado.

B) Dispersión unidades vitales:

Riqueza: 10 unidades

Poder: 10 unidades

Amor: 15 unidades

Amistad: 10 unidades
Nobleza moral: 15 unidades
Inteligencia: 15 unidades
Salud: 10 unidades
Felicidad: 15 unidades

Resultado: Sujeto más equilibrado, con una vida más rica y plena de elementos diferentes.

Estos ejemplos son absolutamente arbitrarios y sólo tienen como objetivo ilustrar lo que ocurre con la dispersión o concentración de las unidades vitales. Cada lector, conociendo la teoría de esto, puede establecer símiles para diferentes casos.

Podemos efectuar una comparación con nuestra capacidad muscular, por ejemplo, la cual podríamos utilizar íntegramente en caminar solamente. O bien, podríamos caminar, cortar leña, nadar, trepar y boxear, distribuyendo nuestra energía vital en varios asuntos. Igualmente, un potencial eléctrico determinado, podríamos emplearlo en abastecer una fuente de consumo de gran poder o dividirla con el fin de encender cientos de ampolletas comunes.

De acuerdo con esta ley de las unidades vitales resulta de gran interés el analizar lo que ocurre cuando dos personas contraen matrimonio, compartiendo así sus unidades vitales. O bien, cuando por el hecho de nacer un hijo, éste trae sus correspondientes cien unidades vitales las cuales, mientras los padres deban alimentarlo, pasan a engrosar el “patrimonio familiar de unidades vitales”.

Para finalizar, diremos que sólo quienes logran hacerse superiores al principio de ritmo pueden estimarse verdaderamente libres.

6. El principio de causa y efecto

“Toda causa tiene un efecto; todo efecto tiene su causa; todo ocurre de acuerdo con la ley. Azar no es más que el nombre que se le da a una ley desconocida; hay muchos planos de causación, pero ninguno escapa a la ley.”

Esta ley nos enseña que nada en el Universo ocurre casualmente; todo tiene una causa específica. Lo que llamamos casualidad es solamente aquello cuyas causas permanecen desconocidas, pero no es posible que exista algo aparte y fuera de las leyes, ya que esta fuerza sería independiente y superior al Universo. Aplicando a la ley de causación el principio del ritmo, podemos decir que la magnitud de un efecto es siempre equivalente a la importancia de la causa que lo generó. Tal como lo expusieramos al tratar el principio de polaridad, existen dos planos básicos: el de las causas (superior) y el de los efectos (inferior), y en su vida cotidiana el hombre sólo conoce este último. Vivimos en el mundo de los efectos, y sólo el hermetista puede conocer las causas ocultas de los hechos.

La manifestación más conocida de la causalidad es lo que el hinduismo divulgó con el nombre de Karma, palabra que conservaremos, por ser muy adecuada. El Karma pretende explicar la relación que existe entre los sucesos que le ocurren a un individuo y sus acciones del pasado, ya sean de esta vida o de una anterior, y contrariamente a lo que se cree, no siempre es negativo, sino que también existe un Karma positivo, el cual equivale al resultado de nuestras buenas acciones del pasado. La ley del *Karma* está íntimamente ligada al fenómeno de la reencarnación, proceso cuya veracidad no pretendemos ni deseamos demostrar. Ya hemos dicho que en el hermetismo no se debe creer o dejar de hacerlo; simplemente se entiende o no se entiende.

La reencarnación es un asunto de criterio muy personal, en que el individuo “siente” en lo más íntimo que esto es así efectivamente, y si no lo siente de este modo, ningún argumento lo convencerá. Además, si es que fuera posible dar pruebas, esto desvirtuaría la libertad de elección, ya que significaría presionar al sujeto, para que éste, persuadido de la veracidad de algunos fenómenos ocultos, ingresara a una escuela esotérica sin una genuina inquietud espiritual. No obstante, en páginas anteriores hemos sugerido la manera de concebir intelectualmente lo que es la reencarnación; “una fuerza que toma posesión de la materia”. Con la experiencia de las plantitas de interior podemos darnos cuenta que lo que hicimos en realidad fue hacer “encarnar” una fuerza en la materia vegetal, la cual sobrevive a la vida de la planta y continúa en evolución indefinidamente. Este es un símil de lo que sucede cuando la energía “espíritu” encarna en un cuerpo animal ya que al morir éste el espíritu sigue encarnando en nuevos cuerpos hasta completar un ciclo evolutivo en la materia.

La ley de causa y efecto nos brinda una explicación racional de las aparentes injusticias del mundo; podemos entender por qué un niño nace lisiado o fallece a temprana edad; es posible darse cuenta por qué algunas personas de exquisita sensibilidad espiritual viven en la inopia y otros, verdaderos animales, nadan en la riqueza. Se nos aclara el fenómeno de los niños genios, que manifiestan extraordinarias potencialidades musicales desde muy pequeños, o el hecho extraordinario de enriquecimientos repentinos por un “golpe de suerte”. Obtenemos más luz de por qué un sujeto que trabaja hasta casi matarse no alcanza jamás éxito económico, y en cambio, a otro que es un flojo consuetudinario, le sonrío la fortuna. Los acontecimientos históricos nos entregan una nueva luz; podemos comprender cómo se origina el fenómeno de personajes de relevancia histórica que llegaron a tener un gran poder, habiendo salido de la nada, como podría ser el caso de Hitler, por ejemplo. Desconocemos ciertamente qué causa lo colocó en el puesto directivo que ocupó, ya que la

vida es como un enorme tejido en el cual se va formando la historia, puntada a puntada, y en el que todos los acontecimientos están eslabonados. Éste es el velo del Maya, imposible de penetrar por el común de los mortales.

La acción del Karma es uno de los motivos que nos llevan a sostener que “todo está escrito”, ya que el presente siempre es determinado por nuestras acciones pasadas. Cada persona tiene una cantidad determinada de causas que se mantienen en suspenso en sus vidas, las cuales van forjando el destino del individuo a medida que se materializan como efectos. Sólo el hombre verdaderamente sabio puede neutralizar en parte los efectos de causas indeseables.

Ya hemos hablado de los *Señores del destino*, o *Arcontes*, quienes dirigen el destino del *sapiens*. En realidad, ellos trabajan con el Karma de las personas, pero desde un punto de vista colectivo. Es el Karma de la humanidad el que ellos controlan y manejan, y dentro de este contexto general, ellos actúan como jueces ocultos los cuales premian o castigan las acciones del ser humano.

El principio de causa y efecto actúa paralelamente a esto, es decir, el ser humano se “castiga a sí mismo” con su propio *Karma*; los *Arcontes* planifican y “escenifican” la acción para que el sujeto reciba lecciones provechosas, y pueda, a la vez, tener experiencias significativas.

Hay personas que en su vida anterior fueron muy ricas, y que abusaron del poder que otorga el dinero, y que en su vida actual son verdaderos pordioseros, con el objeto de sufrir en carne propia la experiencia de la extrema necesidad. El que asesinó a alguien, morirá a su vez por la acción directa o indirecta de su pasada víctima. El que se valió del amor o la pasión para esclavizar a una mujer, estará en esta existencia, sometido a la tiranía femenina. Hay ocasiones en que al observar atentamente a un mendigo, nos damos cuenta de que hace gala de una temible soberbia, y que desprecia a todo el mundo, y esto no es debido a una simple compensación psicológica, sino que tiene raíces más profundas. Seguramente en su vida pasada, este individuo ocupaba una alta posición, y a causa de esto, su orgullo desmedido sobrevivió a la muerte del cuerpo físico.

Se argumenta que si hubiéramos vivido antes en otros cuerpos, seguramente nos acordaríamos de esto, pero este razonamiento es infantil, ya que al destruirse el cerebro, se borra la memoria. Sin embargo, subsisten los impulsos instintivos que se derivaron de las experiencias pasadas. Por ejemplo si un sujeto en su encarnación anterior fue ajusticiado por ladrón tendrá actualmente una honradez extremada pero de carácter compulsivo.

En el caso de los juegos de azar podemos ver una acción directa de los *Arcontes del destino*, quienes eligen al sujeto que ha de ganar el premio más importante, ya que esto involucra un cambio absoluto en su vida.

En el caso de los ya millonarios que resultan premiados, este resultado no hace sino acrecentar o reforzar los acontecimientos anteriormente decretados por los *Señores del destino*. El azar es solamente el efecto visible de una causa que desconocemos. Por lo general, no resulta posible establecer todas las causas que han provocado un efecto determinado, ya que éstas se enlazan unas a otras, y sólo podemos observar las más recientes, ya que el presente se basa en el pasado, pero meditando un poco, podremos, a manera de ejercicio filosófico, contemplar una cadena de causas que se pierde en el pasado. Es por esto que el hermetista concede gran importancia a los pequeños detalles, ya que pueden convertirse en factores decisivos en la vida de una persona. Una pequeña causa puede desencadenar grandes efectos.

Una de las características más peligrosas del principio de causa y efecto, es el hecho de que el Karma puede proyectarse y afectar a otras personas que no tienen culpa alguna de las causas puestas en movimiento por el “emisor”. Es así como existe una ley ineludible en el sentido de que si ayudamos a una persona que está afectada por un karma negativo, cargaremos con esa fuerza destructiva, la cual nos provocará grandes problemas. Es por este motivo que el hermetista no puede ayudar indiscriminadamente a la gente, ya que gastaría su fuerza sin gran provecho, llenándose en cambio de vibraciones negativas que terminarían por destruirlo. Aquellos individuos que buscan constantemente un auditorio a quien relatar las calamidades que les han sucedido persiguen, inconscientemente, deshacerse del veneno que los aqueja, para inyectárselo a quien escucha la confidencia, quien termina en muy malas condiciones por haber cargado, con la desdicha ajena.

La imagen del buen samaritano es conmovedora en su bondad, pero este sujeto siempre estará sacrificando su existencia para que otros saquen algún provecho, mientras él absorbe las lacras de aquéllos a quienes auxilia. Esto, no sería tan pernicioso si quienes profitaran de esto llegaran a constituirse en el día de mañana en personajes valiosos para la humanidad, pero es de vana majestad si utilizan de manera absolutamente egoísta lo obtenido. Esto podría dar lugar, eventualmente, a la destrucción de un hombre espiritualmente muy elevado y valioso, para elevar a patanes o rufianes encubiertos.

Existe otro aspecto de gran interés en lo que estamos tratando, y es lo que se refiere al individuo que comete un robo oculto, al usufructuar con malas artes de bienes o valores que no amerita. Este hombre contrae una deuda con la naturaleza es decir, algún día debe devolver o pagar aquello que hurtó, por lo cual, si cometemos la imprudencia de ayudar a esta persona, nos hacemos responsables, en gran medida, por la dirección de su vida, y la naturaleza, por lo tanto, nos exigirá a nosotros el pago de la deuda insoluta.

Todo aquello que necesitamos o deseamos, pertenece al depósito común de la naturaleza, quien no regala nada, sino que nos vende lo que queremos, y siempre hay que pagar por esto. Nada es gratis: hay que pagar hasta por nuestra vida, por los momentos de placer, por el amor, por la tranquilidad, el conocimiento, el poder, y hasta por el aire que respiramos. Esto permanece inadvertido porque estamos acostumbrados a considerar el dinero como el único instrumento de pago. Ignoramos que en el mercantilismo cósmico el dinero no tiene valor,

y se precisan otras cosas, tales como el “caldo áureo” del que hemos hablado en capítulos anteriores. Para el “diablo”, por ejemplo, una sola alma tiene más valor que todo el oro del mundo.

Lo más importante relacionado con la ley de causa y efecto, es el hecho de que el hermetista avanzado puede elevarse, mediante un prodigioso esfuerzo volitivo, al mundo superior de las causas, y polarizarse en este plano, convirtiéndose él mismo en causa, y dejando así de vivir los efectos emanados del plano superior. Desde el mundo causal, el hermetista puede encauzar su vida de acuerdo a lo que planifique, ya que tiene la certeza de que las causas puestas en movimiento por su poder espiritual, se materializarán tarde o temprano en efectos materiales concretos.

7. El principio de generación

“El género está en todo; tiene sus principios masculino y femenino; el género se manifiesta en todos los planos.”

El séptimo principio hermético completa el conocimiento de las leyes de la naturaleza, mostrándonos que el género se manifiesta en todas las cosas, y que la fuerza masculina y femenina está presente en todo. No debemos cometer el error de confundir la generación con el sexo, ya que éste se refiere solamente a la estructura misma de los órganos generadores y su diferente conformación entre macho y hembra. El sexo es una de muchas manifestaciones del principio de generación, y corresponde al plano físico, pero como sabemos, hay muchos planos donde existe el principio *mente*, y por ende, la generación. El hermetismo sostiene que el *género* es la fuerza impulsora de la vida, y que actúa hasta en el átomo, en el cual encontramos lo positivo y negativo, cuya mutua influencia crea la energía. En vez de referirnos al polo positivo y negativo, podemos hablar con mayor propiedad, de lo masculino y femenino; lo generador y lo concebido. Lo positivo de la electricidad es lo masculino; lo negativo, lo femenino.

Lo femenino o negativo es la matriz de todos los fenómenos eléctricos y magnéticos. La energía femenina busca su unión con lo masculino, y absorbe de éste, lo activo, que la lleva a producir una fuerza nueva.

La enseñanza hermética, afirma también, que la gravitación es producida por la atracción y repulsión de los principios femenino y masculino.

Analizando nuestro cuerpo físico, comprobaremos, tal como ya lo hemos señalado en páginas anteriores, una bipolaridad. Es así como el hombre es masculino desde el plexo solar hacia abajo, y femenino desde esta zona hasta su cabeza inclusive, y con la mujer ocurre lo contrario. De esta manera, podemos observar que la mujer es cerebralmente masculina, y el hombre, de cerebro femenino. El principio concebido del hombre está en su imaginación, y de la mujer, en el útero. A la vez, dentro de nuestro propio cuerpo, la mitad vertical derecha es masculina o positiva y la izquierda, negativa; el hemisferio cerebral derecho, positivo, y el izquierdo, negativo. Es posible, mediante el principio de generación, comprender el significado oculto de la actitud mística o religiosa de juntar las palmas de las manos para orar, lo cual involucra un proceso de generación al oponer positivo y negativo.

El *género* es la ley oculta mediante la cual el estudiante de hermetismo puede crear un nuevo ser, mutante, el cual será concebido con los atributos superiores del hombre trascendientemente humano. No existe otro camino real para la evolución espiritual, y todo lo que no signifique utilizar este arcano, es pura fantasía, y por ende, se llegará a resultados puramente subjetivos.

Es por la comprensión de esta ley de generación que podemos también entender lo engañoso que resulta eludir los problemas, dificultades, y obstáculos, considerándolos solamente como vallas que nos harán perder el tiempo y nos provocarán nada más que molestias. El hermetista debe mirar los problemas como el polo negativo de la vida, es decir, la fuerza a la cual él debe oponer su energía positiva generadora, para crear lo que desea. Si comprendemos este fenómeno, lograremos una visión completamente nueva y diferente en relación a las vallas que surgen en nuestra vida, las cuales serán nada más que el complemento necesario para poder desarrollar nuestra conciencia. En efecto la conciencia, que es justamente la cualidad que queremos lograr, es el resultado del choque entre la inercia y el poder de nuestra voluntad, dirigida por una inteligencia despierta. Sin existir esta lucha de fuerzas opuestas, el progreso hermético no es posible, como tampoco, ninguna clase de evolución.

Revelaremos en este punto el gran arcano mágico de la mutación del *sapiens* u *hombre de barro*, en *hombre estelar*. Esta transformación sólo es posible si el sujeto entra en contacto con un maestro de carne y hueso, el cual será su Padre espiritual. ¿Y quién será la madre? La madre es la bestia del individuo, es decir, él mismo, quien es de polaridad femenina o negativa, espiritualmente hablando. Es así como el iniciado es hijo de la bestia y el maestro espiritual. El estudiante que está enfrentado a un proceso de *real iniciación* (no simbólica) se verá fuertemente arrastrado por el péndulo, en una oscilación que tan pronto lo acercará al maestro o a la bestia. Hay momentos en los cuales sentirá, con fervor profundo, la inconmensurable evidencia del hermetismo, sintiéndose elevado a planos superiores de conciencia. En otros instantes, en cambio, todo se oscurecerá, la iniciación perderá sentido y propósito, y el estudiante creará estar sometido a una burla cruel. Solamente la gradual detención de este movimiento pendular le permitirá alcanzar la estabilidad del conocimiento consciente.

El principio de generación nos indica que no es posible que exista una creación sin la presencia de elementos *Padre* y *Madre*, y esto es válido en todo el Universo, inclusive para el proceso de la iniciación. Éste es el motivo

por el cual un hombre solitario, por mucho conocimiento teórico que posea, puede llegar solamente a resultados subjetivos, ya que carece del otro polo generador.

De ahí la necesidad de encontrar un maestro, y valga en relación a esto, lo que hemos manifestado en páginas anteriores. Si un maestro no es un mutante, es entonces un falso maestro, pero este término es muy relativo, ya que si es falso en relación a lo superior y óptimo, puede ser muy verdadero en relación a lo inferior. Por lo tanto, es preciso aclarar, que aunque un maestro no sea un mutante, puede ser de gran ayuda para un estudiante. Lo que no podrá brindarle, en este caso, será el conocimiento de *lo absoluto*, ni tampoco podrá transmitirle el *fuego sagrado*, el que según la fábula, fue robado por Prometeo del cielo. Este fuego sacro no es una abstracción ni un símil; corresponde a un hecho real, y es el poder espiritual que está simbolizado en la sigla INRI, que aparece sobre la cabeza de Jesucristo, y cuyo verdadero significado hermético es: *Igne natura renovatur integrat*, pero que también puede leerse como *Jesus nascente renovatur iao*, o, *Igni nitrus roris invenitur*. Todas estas fórmulas fueron usadas por los primitivos rosacruces (hoy desconocidos), y se referían precisamente al *fuego divino*, fermento mágico de los alquimistas, el cual, como ya lo hemos dicho, "lo renueva todo".

Sin embargo, no se piense que basta encontrar un maestro para evolucionar, por el contrario, el discípulo progresará sólo en la medida que él mismo maneje en forma superior el principio de generación, ya que si bien es cierto que necesita de un fermento espiritual positivo o activo, no es menos indispensable la creación por el mismo estudiante, de un ser mental y etérico, con los atributos y cualidades del iniciado. Esto se conoce con el nombre de *Teurgia*, arcano que estudiaremos más adelante.

Prosiguiendo con el principio de generación, es fundamental considerar la influencia tremendamente positiva o negativa que puede tener, en la vida de una persona, el matrimonio. Perjudicial cuando la unión es tan desarmónica que se vuelve peligrosamente destructiva, y favorable, al existir verdadero amor y armonía.

El concepto hermético del matrimonio es muy diferente del habitual, y no se precisa, para designar una unión con este nombre, del contrato matrimonial. Explicaremos esto procediendo a la inversa: puede existir una pareja (y esto es desgraciadamente frecuente) que habiendo celebrado enlace matrimonial, legal o jurídico, carezca en absoluto de las condiciones para lograr lo que llamamos el "*Aura matrimonial*", y de hecho, pueden transcurrir veinte años casados, y ésta no se forma jamás. El "*Aura matrimonial*" es un hijo oculto o mental de ambos cónyuges; campo magnético positivo y cerrado que une, armoniza, y protege a la pareja, conformando el matrimonio verdaderamente "establecido" o realmente formado, de acuerdo a las leyes de la naturaleza. No son las leyes de los hombres las que pueden casar a dos personas; es solamente la naturaleza la que une o separa, de acuerdo a las condiciones imperantes. El *Aura matrimonial* es el verdadero secreto de la felicidad y unión conyugal. Cuando no existe, no hay nada, por muchos certificados que haya extendido la autoridad competente. Herméticamente, sólo es matrimonio aquél que está unido por el oculto vínculo de la esfera bipolar, la cual se forma sólo por un verdadero y genuino amor. Las parejas que carecen de este hijo oculto del amor; *no son un matrimonio*, y están unidas solamente por la pasión, la conveniencia personal, la soledad o el hábito.

Aquellas religiones que consideran el matrimonio como algo indestructible e irreversible, y que obliga al sujeto de por vida a tal unión, so pena de cometer grave pecado, debieran modificar con urgencia este mandato, ya que esto significa proceder a la inversa, como lo hace generalmente *la bestia sapiens*, es decir, se trata de mantener la unión artificial de la familia por una imposición antinatural en vez de hacerlo por el ejercicio limpio y hermoso del amor. ¿No sería preferible enseñar a la gente a amar verdaderamente? En verdad, si una familia no está unida por un genuino amor, sólo es un grupo de bestias que viven juntas por obligación o conveniencia, caso en el que se encuentran muchas más personas de las que desearíamos. Demás está decir, que la felicidad sólo es posible en hogares constituidos por un verdadero matrimonio, ya que de otra manera, sólo son un remedo de lo ideal, ya que no existe sino un sólo lazo que pueda mantener al hombre y a la mujer unidos verdaderamente: el amor, y su carencia es lo único que conspira contra la estabilidad de la familia.

Queremos terminar este ligero estudio del género, sugiriendo al lector que trate de descubrir todo lo que está escrito entre líneas y de meditar profundamente en esto, ya que los más profundos secretos se desvelan con esta clave. Por nuestra parte, no estamos en absoluto interesados en hablar más de la cuenta; sólo lo necesario para proporcionar las herramientas con las cuales se pueda llegar a construir al iniciado.

LOS DISCIPULOS

Para que se produzca la realización hermética, no basta encontrar un maestro, sino que es preciso que exista el discípulo, o sea, que el postulante se convierta en un verdadero estudiante de los misterios de la vida. Esto no es fácil, ya que la persona está acostumbrada al concepto tradicional de educación o enseñanza, en el cual basta estudiar con empeño para convertirse en un sabio en la materia. Se cree entonces, que el mayor o menor avance depende de la cantidad de conocimientos que el sujeto recibirá de su maestro o de la escuela a la cual pertenece. De este modo, si una institución pudiera exhibir un abultado, "programa de estudios herméticos", o esotéricos, el sujeto se sentiría muy inclinado a pensar que ha encontrado la verdadera senda. Nuevamente, es preciso volver a subrayar la diferencia enorme que existe entre un grupo de estudios y una escuela iniciática. En el grupo de estudios el individuo está sólo para aprender cosas, que pueden servirle o resultar inútiles; que pueden ser reales o subjetivas. En cualquier caso, el sujeto no obtendrá su salvación (no

se liberará del alma colectiva de la especie), pero de todas maneras avanzará en su senda de superación, alcanzando el mérito necesario para continuar su progreso, y tal vez, liberarse en una futura reencarnación.

En la escuela iniciática el discípulo tiene la oportunidad de alcanzar una real evolución, liberándose del alma colectiva del *sapiens*, y convirtiéndose en un auténtico *mutante* u *hombre estelar*. Por esta razón, si alguien ha podido ingresar a una escuela iniciática, necesita una serie de indicaciones y puntos de referencia para poderse orientar en el trabajo que allí se realiza ya que de otro modo se desilusionaría prematuramente al no poder captar el sentido y contenido de las disciplinas e instrucciones. Tal vez la valla más grande que pueda encontrar el estudiante es el hecho de que no le sirve de nada estudiar la teoría hermética ya que su intelecto no le basta para desvelar los arcanos que se presentan ante él. Por muy inteligente que sea un individuo encontrará que la razón y la lógica no resultan suficientes para conocer la verdad profunda ya que necesita para esto alcanzar un estado de conciencia mucho más elevado, en el cual sus facultades intelectuales alcancen un rendimiento óptimo.

Ya hemos hablado con anterioridad de que el ser humano vive en un permanente estado onírico, interrumpido solamente por pequeños chispazos de conciencia, y que aún cuando pareciera estar despierto durante el día, es un verdadero sonámbulo, con un bajísimo estado de vigilia. Es así como la razón y la lógica del *sapiens* son los instrumentos intelectuales de la fantasía onírica, hecho muy difícil de advertir, por los obstáculos naturales que presenta la autoobservación de fenómenos tan sutiles como lo es el de la conciencia humana. Éste es el motivo por el cual la inteligencia no basta para conocer hechos que ocurren en el mundo de la realidad vígilica. De esta manera, no puede el estudiante, al comienzo, basarse sólo en el testimonio de su razón. Es preciso que aprenda a pensar con “otro cerebro”; que haga nacer en él, “otra razón”, superior a la común, y esto es lo que solamente puede conseguirse a través de la iniciación real; jamás por lo simbólica. Esta iniciación real se caracteriza porque provoca cambios profundos y concretos en la estructura psicológica del estudiante. Sin embargo, debemos advertir que es éste un proceso doloroso y difícil, que puede llevarse a buen término sólo mediante un esfuerzo sobrehumano del neófito. Explicaremos este tema en forma más detallada en capítulos posteriores. Por el momento nos limitaremos a describir las condiciones que debe reunir un discípulo, y los obstáculos internos y externos que debe franquear. En términos generales, las escuelas no eligen sus discípulos entre los postulantes más inteligentes, sino de aquéllos que poseen características que los hacen especialmente aptos para enfrentarse al espectro de su propia animalidad, como efectivamente deben hacerlo. Una buena pauta de selección sería más o menos la siguiente:

1. Tener oro espiritual (contenido interno)
2. Carecer de prejuicios o ser capaz de superarlos
3. Tener conciencia de la propia nidad
4. Anhelar la iniciación (el proceso completo) como lo más importante de la vida
5. Lealtad, dedicación, constancia y fidelidad para con la escuela
6. Poseer una inteligencia flexible y ágil
7. Armonizar con la nota fundamental de la escuela
8. Buena disposición para cumplir con las indicaciones recibidas
9. Estar, libre de perturbaciones mentales de cierta relevancia.

Podemos apreciar cómo no cuenta mucho la pureza ni el coeficiente intelectual, ni títulos profesionales o posición social. Lo que se busca básicamente es la disposición interior del sujeto y su capacidad de entrega a una tarea hermética que no sólo es para toda esta vida terrestre sino que determina además su existencia futura. Ninguna verdadera escuela quiere perder el tiempo con personas que “hacen trampas”, es decir, que se engañan a sí mismas al manifestar su anhelo de superación espiritual y su firme determinación de convertirse en seres superiores. Prefieren dedicar su esfuerzo a quienes mantengan efectivamente una línea constante de acción en su trabajo iniciático. Es preciso aclarar que sólo se llega a ser discípulo después de un tiempo de prueba en la escuela, pero que la persona puede permanecer para siempre como un simple estudiante, sin llegar al discipulado, por no estar las condiciones dadas para esto. Existe un “camino fácil” y un “camino difícil”, que son la senda del estudiante y la del discípulo. Cada uno tiene desventajas y privilegios, por lo cual nadie, sin un análisis exhaustivo del asunto puede manifestar que “no se conformaría nunca” si no llega a ser discípulo.

Para explicar estas diferencias, trazaremos un paralelo entre ambas opciones:

Camino fácil del estudiante

Obligaciones: muy pocas. Se refieren especialmente a llevar una vida ceñida a elevados principios morales y espirituales, y a practicar la bondad y la fraternidad. También debe, lógicamente, cumplir con los reglamentos de la institución.

Pruebas que debe pasar: son relativamente simples, y no exige un tremendo esfuerzo el sortearlas con éxito.

Logros: dominar y encauzar el carácter y superar complejos, inhibiciones o frustraciones. Aprender a manejar el poder mental a fin de encauzarlo hacia la propia superación, o bien para ayudar a sus semejantes. Conocimiento de los misterios de la vida y de las causas básicas de todo lo que existe. Preparación para una

realización completa en su próxima reencarnación. En síntesis, el estudiante evoluciona en buena medida, pero no llega a la muerte hermética, es decir, no se libera por completo del alma colectiva del *sapiens*.

Camino difícil del discípulo

Obligaciones: tremendas y muy difíciles de cumplir. El discípulo debe estar dispuesto a renunciar a sí mismo durante un período determinado y hacer un voto de obediencia absoluta a su instructor. Debe estar dispuesto a renunciar a todo, si es que así se lo pidieran.

Pruebas que debe pasar: muy pocos individuos pueden soportarlas. En la novela "Zanoni" se describe una de estas pruebas: el encuentro con el espectro del umbral. Sin embargo, en la vida real esta experiencia es menos espectacular que en la descripción novelada de Edward Bulwer Lytton, pero, bastante más difícil por lo sutil. Lo negativo de la naturaleza (podríamos llamarlo Satán), reacciona en contra del discípulo, a quien se le producen toda clase de reacciones negativas, ya que las potencias de la oscuridad tratan de impedirle su llegada al Olimpo de los dioses.

Logros que alcanza en caso de triunfar sobre las pruebas: después de llevar a cabo la muerte hermética, se convierte en un mutante u *hombre estelar*, sujeto que llegó a la cúspide evolutiva como hombre terrestre, y que debe empezar su evolución en un nivel superior. Alcanza la inmortalidad de su esencia por la práctica de la reencarnación consciente, y traspasa el velo del Maya, llegando a la verdad absoluta. Está más allá del bien y del mal, y por encima de los opuestos, más allá del placer y del dolor; más allá de la felicidad y la desgracia; más allá de la vida y de la muerte. Éstas no son realizaciones simbólicas, sino absolutamente reales y verídicas. Sin embargo, aquí es donde se suscita una serie de interrogantes por parte del neófito, quien cree que se trata de convertir al iniciado en un "superhombre", en un ser invencible e indestructible que no puede enfermarse ni morir, y que no necesita comer ni realizar sus funciones biológicas normales. Muchos se preguntan, por ejemplo, por qué Cagliostro murió en prisión, deduciendo de esto, y de los incontables azares de su vida, que no era un verdadero iniciado. Por nuestra parte aceptamos a Cagliostro y al conde de Saint German como dos de los más grandes maestros hermetistas que han existido, y negamos, al mismo tiempo, la pretendida muerte de Cagliostro en prisión, la que si hubiera sido genuina, no restaría, por lo demás, ningún brillo al gran copto. Las apariencias generales engañan, y los maestros de la talla de un Cagliostro, se cuidan muy bien de revelar sus verdaderos propósitos, a fin de no sufrir las reacciones negativas de la bestia humana. No obstante, en este caso, podemos aplicar el dicho popular que "quien se acuesta con niños amanece mojado", es decir, que quien interviene en los asuntos del mundo para salvar al *homo sapiens* de situaciones inconvenientes, o para facilitar o mejorar sus condiciones de vida, termina por ser crucificado por los mismos a quienes trató de ayudar.

Prosiguiendo con el falso concepto del "Superhombre", queremos pedirle al lector que imagine qué es lo que sentiría si él fuera "Clark Kent", el "Superman" de la historieta americana, el hombre que llegó de "Krypton". A primera vista, sería algo muy deseable, pero basta reflexionar un poco para comprender el terrible castigo que significaría ser físicamente inmortal e indestructible, a prueba de enfermedades y peligros, inmune, a cualquier ataque, inerte ante los requerimientos del corazón o del sexo, invariable e inflexiblemente virtuoso y perfecto. Si existiera tal sujeto, sería en verdad un engendro del demonio, un robot mecánico, un ser absolutamente inhumano e infeliz, digno de la mayor lástima. Debemos recordar que aprendemos de nuestros fracasos y no de nuestros triunfos, y que apreciamos las cosas sólo cuando sabemos que podemos perderlas, y que la sal de la vida es el desconocimiento de aquello que nos depara el futuro, y el constante, enfrentamiento al peligro de perder todo lo que tenemos o no alcanzar lo que deseamos. Tenerlo todo y no perder nunca, sería insoportable e inhumano.

Los grandes maestros hermetistas no están libres del peligro de la enfermedad o la muerte, y eso es precisamente lo más hermoso, sublime, y humano de su existencia; el hecho de que siendo tan poderosos al luchar por otros, sean tan reticentes en emplear su fuerza espiritual para su propio beneficio. Sabemos que Jesús no quiso salvarse a sí mismo cuando enfrentaba la amenaza de la crucifixión, pero esto no quiere decir, de ningún modo, que fuera un impostor, sino al contrario, que aceptaba con resignación y mansedumbre la terrible prueba que le imponía su Padre Universal.

El gran cabalista Eliphas Levi decía que "aquellos hombres (los grandes iniciados), encontraban preferible gobernar a los reyes que ser reyes ellos mismos". ¿Es posible entender esto? No es difícil entender que un hombre verdaderamente importante prefiera pasar inadvertido en la vida, ocupando una posición de segunda o tercera categoría, huyendo de la fama, la riqueza, y los honores que inmortalizan el genio humano.

El postulante a la iniciación debe elegir el camino fácil o difícil, pero hacerlo de una manera imparcial y concienzuda, y considerando que si elige la senda del estudiante, puede en el futuro, ser discípulo, pero que si trata de convertirse en discípulo prematuramente, el fracaso puede ser tan estruendoso o doloroso, que lo traumatice de modo irreversible, debiendo, en ese caso, esperar una nueva oportunidad en una próxima reencarnación.

Sea cual fuere la elección, el sujeto se enfrenta a barreras internas que debe conocer para tener una noción clara de qué es lo que le ocurre en un momento determinado. Estas vallas, son, entre otras, las siguientes: *vanidad, orgullo, egoísmo, y suficiencia*.

Cuando el individuo tiene una autoestima muy elevada, ésta se constituye en la principal barrera para contemplar la verdad hermética, sin prejuicios; cree saberlo todo y "estar por encima de esas supercherías".

Por supuesto que emplea esta calificación u otra parecida, solamente por la ignorancia que tiene con respecto al tema, ya que con toda seguridad, jamás antes ha estado en una escuela iniciática hermética, y sin haber vivido esta experiencia, puede opinar. Hay otros cuyo contacto con una escuela no ha sido feliz, y que se han sentido profundamente heridos en su amor propio por no haber podido superar las pruebas que se le han puesto en su camino. Desgarrados por este sentimiento, y con el fin de poner a salvo su preciosa autoestima, descalifican la enseñanza y la, escuela, argumentando, por algún motivo (que siempre encontrarán) que es deficiente, inútil o pernicioso.

Volviendo a los cuatro obstáculos principales a los que se enfrenta el postulante a la iniciación, es necesario decir que vanidad, no es solamente el narcisismo del individuo, sino que se refiere también a su conocimiento vano, es decir, a lo que no tiene un contenido ni un significado verdaderamente esencial, profundo y trascendente. La vanidad y la autoestima exigen a la persona que presuma constantemente ante los demás de un poder, importancia o inteligencia de la cual seguramente carece. El orgullo, es un intento infantil de combatir la propia debilidad aparentando una fuerza que no se tiene. El egoísmo, inclina al individuo a convertirse en centro del Universo, pretendiendo que todo gire en torno de él. La suficiencia, por otra parte, es solamente la ignorancia de cuanto falta por conocer. En resumen, estos defectos hacen que el hombre exagere su propia importancia, y se sienta superior al común de los mortales, menospreciando a quien no esté por encima de él en cuanto a situación económica, posición social o instrucción universitaria. Solamente la experiencia del diario vivir lo convencerá, con el paso del tiempo, de que no es tan privilegiado como creía serlo. El verdadero daño que esta situación produce a las posibilidades de evolución hermética del individuo, consiste en su rechazo inconsciente a lo que escucha, cuando esto no proviene de personas con una imagen, un prestigio o una fama mayor que la propia.

En realidad no existe ninguna posibilidad de que el postulante tenga un auténtico confrontamiento de su inteligencia con el hermetismo mientras no viva una experiencia esotérica que Gurdjieff describió como "la experiencia de la propia nada", lo cual, en el fondo, es llegar a reconocer la propia impotencia de escaparse de las condiciones generales que rigen la vida de uno mismo. Significa darse cuenta que no es posible realizar lo que uno quiere, ya que las cosas ocurren de manera diferente a nuestro deseo, o simplemente no ocurren, y que además, suceden acontecimientos no deseables. Más propio sería manifestar que aquello que Gurdjieff llamó "la propia nada", es en verdad, el darse cuenta de manera práctica y cabal, que uno mismo está absolutamente programado, física, instintiva, emocional e intelectualmente, y que resulta imposible romper el programa, ya que éste no puede destruirse o modificarse a sí mismo en su estructura básica y profunda. Es así, que mientras más grande e importante sea la imagen que un hombre tenga de sí mismo, menos probable será que pueda comprender de buenas a primeras, la filosofía hermética. El programa rechaza el hermetismo, porque éste no está incorporado a los valores comunitarios culturales, y si lo estuviera, la gente lo aceptaría ciegamente, pero esto no tendría ningún valor, ya que no pasarían, en su conocimiento, de la imitación y superstición. En buenas cuentas, es preciso reconocer, de manera genuina y vital, la propia pequeñez e insignificancia, para poder acercarse a los primeros pasos iniciáticos, ya que de otro modo, no sería el individuo mismo quien se constituiría en estudiante o discípulo, sino que esto ocurriría con el "falso ser"; "la máscara" o "persona", es decir, la personalidad. Herméticamente, sostenemos que la personalidad y el programa constituyen algo similar y que mientras el estudiante no consiga elevarse por encima de su propia personalidad, no logrará entrar en contacto con su ser real, ni menos llegar a conocer la verdad. "Personalidad", tiene para el hermetista un sentido casi "diabólico", ya que es el mecanismo que mantiene dormido y prisionero al verdadero *Yo esencial*.

Al comienzo de su iniciación, el estudiante debe tratar de trascender su programación cerebral, aún cuando sea por pocos minutos, ya que esto le permitirá, en cierta medida, "verse a sí mismo". A fin de trascender su programa, debe esforzarse en ser lo más impersonal posible, dejando de lado todo concepto o idea previa, tal como si él mismo fuera una inteligencia viviente que se desplaza por el Universo, pero sin tener un cuerpo físico. Impersonalidad, involucra imparcialidad, paz, ausencia de temor, y carencia de fe y "anti-fe". No hay nada más perjudicial que aquellos neófitos que llegan poseídos de una "santa fe", o de quienes son dominados por una ciega "anti-fe". Ni uno ni otro podrán efectuar una aproximación verdaderamente inteligente al hermetismo.

Resulta necesario insistir en que el neófito debe comprender cabalmente que si él llega a una escuela, *no es para que le enseñen cosas, ya que no es esa la función de las escuelas iniciáticas, por cuanto el hermetismo es una ciencia prohibida al homo sapiens*. Se le admite solamente para darle la oportunidad de demostrar la valía de su contenido interno, es decir, la potencia de su fuerza espiritual latente, ya que si ésta no existe, o es demasiado escasa, el sujeto está muy cerca del animal, haciéndose imposible el salto que pretende dar, por la inmensidad del abismo que existe entre los polos opuestos: animal y hombre. En efecto, la fuerza espiritual indica la magnitud del distanciamiento conseguido por una persona con respecto al animal. Al neófito se le coloca en condiciones vitales muy especiales, y se le proporcionan herramientas para que pueda elevar su estado de conciencia y tener acceso al conocimiento. El conocimiento está en la escuela, pero no se entrega en la misma forma en que se enseña una ciencia, una disciplina o una técnica cualquiera; es el discípulo quien debe apoderarse de este conocimiento básico, el cual está siempre encubierto. Es por esto que es preciso "tener ojos para ver y oídos para escuchar". Esta apropiación del conocimiento sólo será posible si el estudiante en un supremo esfuerzo de conciencia, penetra el velo de las alegorías, parábolas, comparaciones, y símiles. Se trata precisamente de que solamente los que son guiados por su espíritu o *Yo esencial* lleguen a

conocer la verdad. Los que estén motivados sólo por la curiosidad, el egoísmo o intereses puramente pasionales, no pueden llegar a la luz de la verdad, lo cual es una suerte, ya que no habría mayor maldición que un *hombre o mujer, estelar* villano, inmoral o irresponsable, lo que por cierto, no puede ocurrir.

Cuando un ejemplar *sapiens* demuestra su valor interno, se considera que es digno de ser ayudado, con el fin de prepararlo para su ulterior y proyectada mutación. Gradualmente, la ciencia hermética dejará de ser un conocimiento prohibido para él, ya que se ha hecho merecedor al alto honor de conocer *la ciencia Universal*.

En resumen, el conocimiento hermético es sólo para una pequeña élite, pero cualquiera que tenga una profunda motivación derivada de una auténtica inquietud espiritual, puede llegar a formar parte de la élite. Por lo demás, el vulgo no desea ni quiere el conocimiento, por el contrario, lo menosprecia, confirmando las palabras de Jesús: “no arrojéis perlas a los cerdos”.

Existen muchos que nacieron cerdos, están felices de serlo y morirán cerdos.

Es casi seguro que este secreto hermético chocará a muchas personas, quienes desearían que estos conocimientos se impartieran libremente, y que ven en su prohibición, un signo de egoísmo o debilidad. Quienes así piensen, debieran observar la naturaleza, donde abundancia y mediocridad son sinónimos, ya que los organismos superiores son escasos y se manifiestan sólo excepcionalmente después de un riguroso proceso de elección ya que constituyen la “élite” de la especie.

Aun cuando el neófito no llega a una escuela iniciática “para que le enseñen cosas”, como ya lo hemos señalado, debe asistir a charlas o clases de instrucción. ¿Cómo entender entonces esta paradoja? En verdad es muy simple: las instrucciones no están destinadas a enseñar, sino a destruir en cierta medida el programa cerebral del discípulo, para que así, él mismo vaya concibiendo su propio conocimiento por un proceso de iluminación interior. Las charlas no son para memorizarlas o “aprenderlas”, sino que constituyen el fermento espiritual e intelectual para las profundas transformaciones que deben producirse en el estudiante.

Sin embargo, para que estos cambios se hagan efectivos, es preciso saber escuchar, con el fin de hacer llegar a la razón, en forma íntegra todo lo que se recibe en las instrucciones, ya que *el sapiens*, usualmente, entiende solamente lo que le conviene, y rechaza aquello que está en pugna con su autoestima, sus pasiones inferiores o intereses personales.

LA INICIACION REAL

La iniciación real, que es la única auténtica, es siempre un proceso profundo, concreto, objetivo y material. Es la valla que nunca atraviesan los que mariposean de escuela en escuela, y los que no quieren desprenderse de esta individualidad animal; es el camino donde nunca llegarán los iniciados teóricos, los maestros de lo simbólico, los magos de escritorio, los ratones de biblioteca, los cruzados del intelectualismo y la retórica, los pagados de sí mismo, los cobardes y los adoradores de la cultura onírica y defensores de la mediocridad humana. Muchos hombres famosos han usado el nombre de iniciados, pero sólo una escasa minoría ha llegado a la realización iniciática, superando los límites de una teoría generalmente espuria o desacertada. Es así como reconocemos en Gurdjieff a uno de los grandes maestros de este siglo, quien desgraciadamente no dejó un heredero hermético, seguramente por no considerar a nadie capacitado debidamente para esto. Lo mismo ocurrió con Madame Blavatski cuyo fallecimiento marcó el comienzo de la disolución de la sociedad teosófica.

Uno de los grandes errores que cometen los aficionados a las cuestiones ocultas o esotéricas, es considerar la iniciación sólo como un conjunto de prácticas, conocimientos o ceremonias, ignorando su carácter trascendental, cósmico, místico, divino y eterno, ya que representa, en verdad, un acto tremendamente significativo desde el punto de vista de la verdad universal, como es la transformación del “*animal sapiens*” en “*hombre estelar*”. Tan inmenso logro, en que la realidad supera los más descabellados sueños del *sapiens*, no puede encararse con el ánimo festivo o ligero de quien emprende una aventura más o menos interesante, sino que es preciso evaluarlo en toda su enorme dimensión, como la más noble y elevada empresa que el coraje humano pueda emprender: el abandono consciente de la especie *homo sapiens* para unirse a una especie inmensamente superior desde el punto de vista evolutivo: el *hombre estelar*. En la historia de la humanidad, no ha existido ni existirá jamás una gesta que pueda igualar en importancia a esta epopeya de la elevación espiritual del *homo sapiens*. A pesar de esto, mucha gente habla de convertirse en “iniciado” como quien proyecta llegar a ser médico, ingeniero, técnico electrónico, miembro del Rotary Club o aficionado al estudio del yoga o la parasicología. Es preciso considerar que por mucho que el sujeto aprenda sobre teorías o doctrinas esotéricas, si no ha pasado por la muerte hermética en forma real y no simbólica, jamás será un verdadero iniciado.

En verdad, iniciación es renunciamiento y cirugía del alma. No se crea sin embargo, que esta renunciación de la cual hablamos se refiere simplemente a prácticas ascéticas tales como abstenerse de determinadas cosas, sino que implica el sacrificio absoluto de la individualidad animal. El egoísmo animal debe desaparecer para dar paso a la impersonalidad espiritual. Es preciso renunciar a los placeres de la bestia humana, para reemplazarlos por los placeres del iniciado, el cual, habiendo obtenido un perfecto equilibrio, satisface en iguales proporciones su hambre animal y espiritual.

Las personas vulgares tienen como única meta la satisfacción de sus apetitos animales, y su esfuerzo productivo va destinado, principalmente, a comprar el oro que les permitirá adueñarse del placer y los bienes materiales. Debido a esto, su centro de gravedad está localizado en su masa corporal. Es el cuerpo quien

utiliza al cerebro, inspira las emociones, y provoca las pasiones. El cuerpo es el amo, y el sujeto mismo, el esclavo. Cuando la materia corporal decae y muere, el individuo se encuentra repentinamente liberado de su esclavitud, y comprende por primera vez, sin beneficio alguno, que jamás tuvo vida, pensamiento, sentimiento, ni experiencias propias, y que fue sólo un mero sirviente que debió laborar para alimentar y satisfacer las necesidades de una masa de protoplasma. Aquella vida que debió servirle para evolucionar, ser feliz, y progresar, sólo derivó en el recuerdo de las cosas que realizó o no pudo hacer.

Ciertamente, el cuerpo no es el individuo éste toma un cuerpo físico con el fin de adquirir experiencia que le permita perfeccionarse a sí mismo y evolucionar, propósito que se ve generalmente frustrado o que resulta de una insuficiencia y pequeñez aterradora. En el recuento final de su vida, el sujeto advertirá lo poco que logró de la existencia para su propio peculio, y lo mucho que se vio obligado a dar para que el circo del *sapiens* continuara funcionando.

El iniciado cambia toda esta situación, pero lejos de despreciar el cuerpo, como lo hacen algunos pseudomísticos, lo fortalece, dándole además, conciencia e inteligencia con el fin de humanizar a la bestia. Este animal, espiritualizado y humanizado, deja de sentir estados pasionales, ya que está sujeto a la conciencia superior del individuo. Sin embargo, es preciso convenir que el cuerpo en sí mismo no tiene nada de malo o sucio, por el contrario, es una estructura biológica perfecta donde se aprecia la mano maestra del Gran Creador. Es el sujeto mismo quien pervierte al cuerpo y lo lleva a la corrupción. Es así como los animales que podemos observar en estado salvaje, son completamente puros en su naturaleza animal; no conocen la perversidad. Si matan, lo hacen impulsados por el temor o la necesidad de alimentarse, pero no por gusto de matar. El *sapiens* es el único animal sanguinario e impuro, ya que no es ni animal ni humano, sino un híbrido.

Podríamos sintetizar el propósito de la iniciación en una corta frase: "iniciación es convertir un animal programado en un hombre estelar desprogramado y libre". Para realizar esto, existe un solo camino, por mucho que pueda hablarse al respecto, y esto es, la destrucción de la personalidad, considerando ésta como el programa del individuo. Herméticamente hablando, podemos considerar que el *sapiens* está compuesto por dos fuerzas básicas: su programa biológico cerebral (personalidad), y su espíritu o chispa divina, al cual podemos llamar *Yo superior*. El programa contiene en sí mismo todos los elementos robóticos del individuo, los cuales lo conectan al computador central de la especie. El espíritu, es la emanación de Dios, o causa primordial de la vida, y encarna en un cuerpo físico para tomar experiencia en la materia. Durante el proceso iniciático el estudiante debe experimentar la muerte del programa, lo cual, por cierto, es un proceso gradual. Sin embargo, no se piense que esto se refiere a una mera destrucción, sino más bien al hecho de que el programa se disuelve, por ser absorbido y transformado por el *Yo superior*, etapa en la cual el programa pierde su calidad de tal, y queda convertido solamente en un conjunto de datos e informaciones que deben pasar a través del filtro del juicio interno. Es aquí donde pierde su poder compulsivo y onírico, y donde experimenta una profunda "poda" y transformación. Todo esto, sólo es posible si se cumplen ciertos requisitos que se refieren básicamente a la dedicación y empeño del discípulo, unidos a una profunda comprensión y estrecha unión con la escuela y el instructor.

Para poder concebir esto, es preciso tener una idea de la constitución del ser humano, en lo que se refiere a su espíritu, su cuerpo y su alma. Esta última ha constituido siempre una abstracción y un misterio, y todo intento de definirla o explicarla se ha destacado por su vaguedad y falta de contenido. La tradición hermética nos dice que el alma del *sapiens* está compuesta por los cuatro grandes aparatos: el aparato procreador, el digestivo, el circulatorio y el respiratorio, y que cada uno de ellos está a cargo de una inteligencia elemental que corresponde a uno de los cuatro elementos.

Sistema procreador: fuego

Sistema digestivo: tierra

Sistema circulatorio: agua

Sistema respiratorio: aire.

El gran Hermes Trismegisto, maestro de maestros, se escandalizaría al ver expuesto sin velos el misterio de la esfinge. En aquella época, este conocimiento se entregaba solamente después de haber vencido muchas pruebas y de haber escalado ciertos grados. Los antiguos alquimistas sostenían que todo en el Universo estaba compuesto en forma básica por cuatro elementos, lo cual es una de las grandes verdades herméticas. Dios también está compuesto por los cuatro elementos, y es así como a través de su parte femenina (naturaleza), otorga al *sapiens*, al nacer, cuatro inteligencias virginales que se corresponden con los cuatro elementos. Es preciso entender que al hablar de "*inteligencias*" nos referimos a "seres elementales", con inteligencia propia, y conciencia acorde a su elemento nativo. Un ser del fuego se hace cargo de nuestro aparato procreador; uno de la tierra de nuestro sistema digestivo; uno del agua de nuestro sistema circulatorio, y uno del aire, de nuestra respiración. El iniciado puede ponerse en contacto mental con estas inteligencias, con el fin de reforzar, apoyar o modificar su trabajo.

Con el fin de que ningún lector se forme ideas fantásticas con respecto a las inteligencias de nuestros cuatro sistemas, debemos aclarar que no procede imaginarlas con figura humana, sino bajo el concepto abstracto de "emanaciones inteligentes del alma de cada elemento". Tal como Dios se desdobra en el hombre a través de la emanación de su chispa divina, la naturaleza se proyecta también en su parte femenina incorporando al ser humano "la chispa elemental de sus cuatro reinos". El hombre está formado, de esta manera, por una parte

visible e invisible. Lo visible corresponde a lo femenino de Dios, es decir, el alma, y lo invisible, a lo masculino de Dios, o sea el espíritu. El Universo es análogo a este ejemplo que acabamos de dar, ya que todo el cuerpo que podemos ver en la forma y estructura del Cosmos, es lo femenino del Gran Creador (La Madre Universal). Por el contrario, el Gran Padre, es la esencia masculina que constituye el núcleo vital, y que permanece invisible.

La inocencia de una criatura de escasa edad, se debe no sólo al hecho de que no conoce todavía la realidad del mundo, sino en especial, a la pureza virginal de su alma, o sea, el conjunto de sus cuatro inteligencias. Al crecer el infante, él mismo va corrompiendo a sus inteligencias elementales, al tratar, por imitación y contagio, de practicar los mismos vicios y malos hábitos que observa a su alrededor. El gran Freud, al convertir la libido en el origen de todos los problemas del individuo, se limitó a tratar la parte fuego del alma del sujeto (con gran perspicacia, ya que el fuego es el origen de la vida) dejando intactos los otros tres focos vitales. Cuando el niño fuma por primera vez, encuentra el cigarrillo muy malo, y el humo le produce tos, mareos, y dolor de cabeza. Esto se debe a que la inteligencia del aparato respiratorio reacciona en contra de esta "agresión", y manifiesta de este modo su rechazo. No obstante, su misión consiste en servir al individuo, y si éste, con un esfuerzo de voluntad, continúa fumando, llega el momento en que la inteligencia del aire cede, y acepta el tabaco, lo que constituye también su propia perdición, ya que al igual que una persona, se envicia, y se convierte en adicta a la nicotina. La histeria, la autocompasión, los estados depresivos, y todos los problemas emocionales en general, se encuentran radicados en el sistema circulatorio. La rapacidad, el egoísmo, la violencia, el odio, la envidia, los celos, residen en el sistema digestivo, y los complejos en general, en el sistema procreador. Es así como la conducta del individuo ensucia y corrompe a sus cuatro inteligencias, degradando así su propia alma y alejándose de sus posibilidades de evolución espiritual.

Analizando el simbolismo de los cuatro grandes sistemas, descubriremos la clara relación que existe entre la imagen de Cristo crucificado y el *Yo superior* encadenado a las cuatro inteligencias, cada una de las cuales representa uno de los extremos de la cruz. Recordemos las palabras: "Yo soy el camino", las que debemos entender de un modo literal, ya que se refieren precisamente al *Yo superior*.

Si pretendiéramos describir la iniciación por medio de una parábola, diríamos que se trata de "descrucificar a Cristo". Para esto existe una sola vía, ya que si meditamos en la situación del individuo, llegaremos a la conclusión de que no es mucho lo que puede hacer, ya que está programado, y de acuerdo a los intereses del computador central, mal puede combatir aquello que se manifiesta dentro de él mismo como parte de sus instintos, emociones y pensamientos. Su única posibilidad reside en los chispazos de conciencia que se originan en los momentos en que por algún motivo se debilita el programa. En ese instante el sujeto puede comprender claramente que existe una vida superior a la que él mismo lleva, y que al adherirse al camino que le muestra su instructor, puede llegar a evolucionar.

Es así como al comienzo de su camino el estudiante debe limitarse a realizar prácticas ascéticas que signifiquen un sacrificio y considerable esfuerzo. Se trata de agregar un sexto Yo al conjunto de sistemas, y transformar el cuaternario en septenario. Para estos efectos, llamaremos al sexto yo, "*Yo volitivo*", y nuestro esquema de la constitución del individuo quedará del siguiente modo:

1. Sistema procreador	Fuego	Yo ígneo
2. Sistema digestivo	Tierra	Yo terrestre
3. Sistema circulatorio	Agua	Yo acuoso
4. Sistema respiratorio	Aires	Yo aéreo
5. Sistema cerebro-espinal	Eter	Yo etérico
6. Sistema volitivo	Astral	Yo volitivo
7. El individuo mismo	Espíritu	Yo superior

El común de las personas "funciona" solamente con los cuatro primeros números, los que en conjunto forman un "infracerebro", mediante el cual, el sujeto se desenvuelve habitualmente, las personas un poco más elevadas, en lo que a su capacidad conceptual e intelectual se refiere, actúan en parte con el número cinco, pero sólo con una fracción de su capacidad. Las capacidades y poderes de la médula espinal no son empleadas ni conocidas por el vulgo. Cabe hacer notar que el sistema sexto, o *Yo volitivo*, es totalmente desconocido en el *sapiens*, quien carece de él en forma absoluta. Por el contrario, todas las personas tienen el número séptimo, pero este *Yo superior* no se manifiesta ni interviene para nada en la vida del sujeto, ya que vive, por decirlo así, en el "limbo", y mantiene sólo un delgado hilo de conexión con la estructura corporal.

Resulta muy importante considerar el hecho de que el *Yo volitivo* es el único creado por el hombre, al convertirse en un verdadero iniciado, ya que todos los demás sistemas son obra de Dios, el gran creador.

Simbolizaremos en varios esquemas las diferentes condiciones en que puede manifestarse el ser humano:

El bosquejo número cuatro representa al iniciado, que al crear su *Yo volitivo* por medio del arcano de la teurgia, lo convierte en un ser divino, con los atributos que él mismo quiere impartirle. El *Yo volitivo* es, entonces, verdaderamente, *el iniciado*, quien se convierte en mediador entre el espíritu y el *Yo psicológico*. En condiciones normales, el individuo no puede elevarse hasta la divinidad, ni tampoco consigue que ésta descienda hacia él, pero mediante su *Yo volitivo* (el que participa de ambos mundos; lo físico y lo espiritual) consigue ponerse en contacto, en el momento que lo desee, con su propio espíritu, chispa divina, o *Yo superior*. Sin embargo, para que esto ocurra, el discípulo debe haber dominado y educado sus cuatro

inteligencias, poniéndolas bajo el control absoluto del *Yo volitivo*. Por cierto que esto debe ir precedido del nacimiento, crecimiento, y madurez del *Yo volitivo*.

Los primeros pasos para formar el *Yo volitivo* deben darse por el camino de los sacrificios. El sujeto debe realizar esfuerzos intensos, más allá de lo común, y sacrificios especiales, los cuales tengan por objeto la formación de una fuerza volitiva y la propia superación espiritual. Lo que importa en esto es el móvil o propósito que existe detrás de esta disciplina, ya que si una persona hiciera lo mismo impulsada por su ambición u obligada por el deber, de ninguna manera llevaría ésta a la formación de su *Yo volitivo*, ya que habría actuado bajo una fuerte compulsión, es decir, por una fuerza ajena a sí mismo (necesidad o pasión). Conjuntamente con esto, el estudiante debe tener perfectamente claro qué es lo que está haciendo y cuál es el propósito que persigue, para que el ente que se está formando, tenga el mayor grado de conciencia e inteligencia. Para esto, resulta muy útil mirarse en un espejo especialmente destinado para este efecto, haciéndolo directamente al entrecejo, y después de un rato, repetir suavemente varias veces: *Yo soy voluntad*. El éxito de este ejercicio depende exclusivamente del estado emocional en el cual el individuo se coloque durante el ejercicio, y de la manera en que pronuncie y “vibre” emocionalmente con las palabras *Yo soy*. Al pronunciarlas, lo cual debe hacerse con gran énfasis, el estudiante debe sentir “algo” internamente, en la forma de una emoción singular ante el encuentro o contemplación de una presencia interior sublime. Si no se dan estas condiciones; si el ejercicio se hace maquinalmente, no producirá ningún efecto.

Después de algún tiempo que el individuo lleva formando su *Yo volitivo*, empezará a notar interesantes cambios, observando que se ha formado una fuerza centrípeta que empieza a constituirse en la fuerza directriz del complejo humano. Lo que se pretende en realidad, es que el *Yo volitivo* se constituya en el rey supremo del microcosmos, teniendo por encima de él sólo al *Yo superior*. Cuando se observe que el *Yo volitivo* ha adquirido cierto poder, el estudiante puede pasar al próximo paso, que consiste en tratar de despertar, liberándose de la fuerza onírica universal. En esto, como en todo lo que se refiere al hermetismo, es preciso llegar a una comprensión profunda para tener absolutamente claro el motivo o propósito por el cual uno hace determinadas cosas.

Recomendamos al lector el estudio de algún buen libro científico sobre hipnosis, para que comprenda la similitud entre el sueño hipnótico y el sueño sonambúlico en que se encuentra normalmente el *sapiens*. Los trabajos del profesor Anatol Milechnin, por ejemplo resultan de extraordinaria utilidad para vislumbrar el misterio del sueño al relacionarlos con lo que se enseña en la presente obra.

Existen cuatro puntos básicos que el discípulo debe tener presente para “romper” el fenómeno del sueño, los cuales no constituyen una técnica del despertar, sino que normas de conducta que es preciso adoptar, las cuales favorecen el despertar. Son las siguientes:

1. Dejar de mentir
2. Dejar de soñar
3. Aprender a pensar
4. Vivir en el momento presente
5. Activar el cuerpo físico

Punto uno: *dejar de mentir*.

El punto uno y dos están estrechamente relacionados, como lo veremos en seguida. Empezando por el problema de la mentira, es preciso que el estudiante llegue a darse cuenta de que miente constantemente, casi sin darse cuenta. Cuando una persona ha mentido por mucho tiempo, llega el momento en que se olvida dónde está lo falso y dónde lo verdadero. Las personas se convencen a sí mismas de sus propias mentiras, convirtiéndose en víctimas de sus propias invenciones, ya que empiezan a guiar su vida por pautas, normas de conducta, ideas, sentimientos e instintos, que no corresponden a su realidad interior. Lo verdaderamente grave de este asunto, es que el individuo pierde todo punto de referencia en relación a la verdad y la mentira, y se acostumbra a considerar verdadero, solamente aquello que conviene a sus intereses personales, y falso, todo lo que se opone a su autoestima, o que entra en pugna con prejuicios ya establecidos.

La persona miente para no enfrentar problemas penosos, para eludir responsabilidades o para no verse herida en su autoestima. Es así como el sujeto se miente constantemente a sí mismo y a la gente, y se va enredando en un mundo ilusorio que ha nacido de su fantasía personal. De esta manera se van formando conceptos, ideas, juicios, aversiones, y simpatías, que no guardan ninguna relación con hechos reales, sino que son el reflejo de una vida entera de mentir y escuchar mentiras, ya que todos mienten.

Uno de los motivos más poderosos para mentir, es el presentar una buena imagen de sí mismo, y evitar que los demás nos vean como realmente somos, bajo la máscara de la apariencia. Cada máscara es una mentira, y existen miles de ellas en el repertorio de disfraces de cada individuo. Es preciso tomar conciencia de este fenómeno de la mentira, y darse cuenta de la magnitud y frecuencia de él, y del enorme daño que produce. Hay que hacerse el propósito de no mentirse a sí mismo ni a los demás o por lo menos, hacerlo conscientemente en caso de que alguien deba contar una mentira piadosa, lo cual debe juzgarlo cada uno en su propia conciencia moral.

Punto dos: *dejar de soñar*.

La gente siempre está impregnada de toda clase de ideas fantásticas sobre sí mismo, el mundo, las personas, el amor, la sociedad, el idealismo, etc. Llevado por su afán de eludir una realidad que no le agrada el hombre echa a volar su imaginación y está dispuesto a creer en la primera mentira agradable que encuentre en su camino. El sujeto proyecta sus ilusiones personales sobre una realidad fría e inmutable, y engañándose a sí mismo, se esfuerza en contemplar la realidad a través del filtro de su ilusión. "Desilusionarse" es un proceso doloroso y que puede ser bastante largo, de acuerdo al tiempo que se demora el individuo en darse cuenta de que vive una ficción, y que ésta es producto de sus sueños internos. Exige gran valor enfrentarse a la realidad destrozando el espejismo de un sueño agradable. Sin embargo, hay que considerar, por otra parte, que los sueños, tarde o temprano se acaban, lo pernicioso para el ser humano, es que son sustituidos por otros, que a su debido tiempo dejan también de existir. Esto constituye la historia de la vida del ser humano: una sucesión onírica. Éste es un círculo vicioso, bastante difícil de quebrar, ya que el despertar de un sueño roto, y la consiguiente frustración que esto acarrea, incitan a la persona a fabricarse nuevos y más agradables sueños para poder combatir la desilusión, la soledad y el desengaño. La incomunicación de los seres humanos proviene de que sus sueños son todos diferentes, y que por lo tanto, viven psicológicamente hablando, en mundos apartes.

Si una persona se pone seriamente a investigar los móviles de sus actos y reacciones diversas, se dará cuenta de cómo, básicamente, su conducta está dirigida a la mantención de sus fantasías personales. Se necesita un gran valor, disciplina y determinación para afrontar la verdad cara a cara, sin aderezos de ninguna especie, audacia de la cual carece la inmensa mayoría de los seres humanos. Resulta patético cómo la gente se aferra a sus pequeñas ilusiones, generalmente producidas por su fantasía onírica, desdeñando en cambio, todo aquello que realmente vale la pena. La sociedad está organizada de esta forma, su escala de valores está tan alterada que califica como lo más deseable todo aquello que permita al individuo disfrutar de placeres pasajeros, es decir, condena a sus integrantes al sufrimiento "eterno" a cambio de obtener el placer fugaz.

El hermetista procede a la inversa: se somete a un sufrimiento, autodisciplina y privaciones voluntarias con el objeto de alcanzar la paz y la felicidad eterna. Cada uno debe juzgar en conciencia qué puede ser más deseable, y por otro lado, apreciar si el que busca el placer del momento es feliz verdaderamente, o en realidad, profundamente desgraciado en su vaciedad interna. La mayor parte de la gente tiene la filosofía que dice que "después de esta vida no hay otra; hay que aprovechar y gozar lo más posible". Los que han convertido esta sentencia en su divisa personal deben preguntarse si están realmente satisfechos, y si los infinitos juguetes que ofrece la sociedad de consumo le bastan para saciar su sed interna y paliar su angustia de soledad.

El mundo de hoy día está perfectamente organizado, ¿pero, para qué? Observando y meditando, descubriremos que todo está sincronizado a la perfección para mantener y alimentar el sueño y "los sueños" del *sapiens*. El individuo puede dejar de soñar solamente cuando ha comprendido y vivido esto que estamos explicando; cuando comprueba con estupor que, cada persona vive drogada por sus sueños personales, los cuales se convierten en el timón que dirige su vida. Resulta de gran utilidad analizar todos los proyectos que se han tenido en la vida, todo aquello que se ha deseado y planificado con la intención de realizarlo, y que a la luz del tiempo transcurrido, se aparecen con toda su fantasmal irrealdad.

Punto tres: *aprender a pensar*.

Es preciso reeducar completamente el proceso del pensamiento, para que éste sea verdaderamente creativo, ya que solamente cuando se cumple esta función, el sujeto piensa realmente. No se crea que llamamos pensamiento creativo al hecho de "inventar" algo, sino más bien a una característica del pensamiento desprogramado, la cual consiste en que la inteligencia enfrenta cada cosa como si ésta fuera realmente nueva, despojándose de prejuicios, lo cual le permite crear un resultado o emitir un juicio verdaderamente imparcial, ya que se ha renunciado a discurrir por los cauces habituales; no se da nada por hecho o sabido. He ahí, precisamente, descrito de un modo simbólico el pensamiento creador, el cual consiste en prescindir del programa para elaborar un juicio de alto nivel, que no se vea afectado en su génesis por la fuerza compulsiva de la información grabada en el computador cerebral. Cuando la gente piensa, lo hace compulsivamente, a pesar de ellos mismos, y esto es tan evidente como el hecho de que el pensamiento no es voluntario como lo da a entender el verbo pensar, ya que el sujeto no puede dejar de pensar cuando lo desea, por el contrario, le resulta imposible expulsar las ideas de su imaginación o evitar que surjan aquéllas que no son de su agrado. De este modo, la organización y seguridad del mundo moderno han creado condiciones de vida en las cuales el sujeto no necesita esforzarse profundamente para sobrevivir, ya que puede subsistir con un empeño mediocre, y en algunos casos, ínfimo, especialmente si consideramos la dureza de la lucha por la vida en regiones de naturaleza salvaje. Es así como no existe nada que obligue verdaderamente al individuo a emplear a fondo su inteligencia, por el contrario, se ha convertido en un experto para eludir o "vadear" todos los puntos realmente álgidos que se presentan como grandes interrogantes a su inteligencia. Resulta mucho más cómodo y seguro, no aventurarse por la senda de la libertad del pensamiento, sino que aceptar o adoptar sistemas de pensamiento y conducta ya establecidos y aprobados. La imitación y la ciega aceptación se han convertido en el camino más fácil para satisfacer la cada día más escasa curiosidad intelectual del *sapiens*. Herméticamente, al tocar este tema, hablamos siempre de un conocimiento "muerto" y uno "vivo". El conocimiento "muerto" es aquél del cual se conoce su significado específico, pero del cual se ignora su interrelación con el todo. Es la

parte singular, que no se sabe cómo, cuándo, ni dónde, encaja en el resto de las piezas del plan general. Por el contrario, el conocimiento “vivo” es el obtenido en un estado de elevada vigilia, y siempre es el producto de una acabada “digestión mental”.

El primero nace solamente del intelecto; el segundo se origina en la mente, y por ser comprendido esencialmente por el pensador despierto, éste se hace consciente de la posición que su conocimiento ocupa en el contexto general del Universo.

Es aquí donde tocamos uno de los puntos más significativos en lo que se refiere a las diferencias entre el *sapiens* y el *hombre celeste*. El *sapiens* piensa solamente con el cerebro y su inteligencia se limita, por lo tanto, al foco intelectual-cerebral. Aún más, el hombre común ocupa sólo una pequeña porción de su cerebro para su función intelectual, la cual está radicada además, en una especie de “precerebro”, constituido por las cuatro inteligencias y el inconsciente, alma ancestral de lo animal de la especie. Es por esto que aun en sus más elevados vuelos intelectuales, el *sapiens* obedece el mandato de su alma animal; la bestia. En la Biblia se hace alusión al número 666, diciendo que es el número de la bestia. Basta dar vuelta a esta cifra para encontrarse con el número del hombre: el 999.

Ahora bien, el hermetista por medio de su trabajo iniciático ha llegado a la formación del “aparato espiritual”, la *mente*, de la cual hemos dicho que carece el hombre vulgar, haciéndose referencia a ella, comúnmente, sólo como una abstracción simbólica de lo psíquico. En realidad *la mente* es la integración superior de las facultades humanas en un todo, dirigido por el *Yo volitivo*, y sirviendo de manifestación al *Yo superior*, es decir, el espíritu o individuo mismo.

El *sapiens*, utilizando su rudimentario “precerebro”, como denominaremos a la unión de una parte de su cerebro con las cuatro inteligencias y el inconsciente, llega a extraordinarios descubrimientos científicos gracias a la transmisión de la cultura de generación en generación. y mediante el aprovechamiento conjunto de la experiencia y saber colectivo. Es así como una larga lista de genios han contribuido con sus descubrimientos e investigaciones, a elevar el nivel de nuestra civilización. Sin embargo, sin pretender oscurecer en lo más mínimo el extraordinario talento de estos hombres, es preciso señalar que han sido solamente “genios del intelecto”, y como tales, han trabajado en “lo particular”, ignorando totalmente la relación con “lo general”, desconociendo además el efecto o reacción que su trabajo tendrá posteriormente en “*el todo*”.

Necesariamente tenemos que clasificar a los genios del intelecto como “semisabios”, ya que son “monoconceptuales”, visualizando todo a través del prisma de su especialidad. Resulta interesante meditar en cuáles serían las pautas de conducta, las reacciones, la apreciación y la escala de valores de individuos de gran inteligencia pero que no pertenecieran a la cultura humana terrestre. Saber cómo pensarían seres elevados por sobre las pequeñeces, egoísmos, prejuicios, y supersticiones morales, culturales y espirituales del *sapiens*.

Los verdaderos sabios son los “genios de la mente”; los que pueden generarlo todo con su mente; los que pueden elevarse por encima de los polos opuestos y reconciliar todo lo irreconciliable, comprender todas las paradojas, penetrar en la esencia de todo y conocer la causa oculta de todo lo que se manifiesta como un efecto. Son los poseedores de la verdadera sabiduría, imagen de la cual se quiso revestir al rey Salomón; son los que existen más allá del bien y del mal; los que conocen los hilos ocultos que unen todas las cosas. Estos verdaderos sabios demuestran su conocimiento en sí mismos, aplicándolo al control y evolución de sus naturalezas internas. Poseen la “piedra filosofal” con la cual no fabrican oro físico, sino espiritual, producto noble con el cual ayudan a la sublimación de lo animal del *sapiens*.

¿Acaso no es posible que un grupo de hombres posea el secreto de convertir todo el cuerpo en un cerebro? ¿Acaso no es posible pensar con un pie, una mano, el estómago o los pulmones? Precisamente, algo de esto es la mente, una especie de *supercerebro* que reúne en sí lo intelectual, lo emocional, lo instintivo y lo material.

Cabe preguntarse ¿dónde están los descubrimientos de estos grandes cerebros? Para responderse esto, el lector debe meditar en qué haría él mismo si fuera un *supercerebro*. ¿Serían sus intereses los mismos de ahora? ¿Persistiría su egoísmo y antropocentrismo? ¿Le seguiría interesando lo temporal o se sentiría más atraído por lo eterno?

Para responder esto basta considerar la posición e importancia del planeta Tierra en relación al resto del Universo, y considerar que la “inteligencia muerta” del hombre común es la inteligencia de la tierra, mientras que la *mente* o *supercerebro*, es la inteligencia celeste. Si uno mismo fuera una hormiga y se convirtiera de pronto en ser humano, ¿conservaría los mismos intereses de la hormiga? (Que conste que desde el punto de vista de la economía universal la hormiga es tan importante como el hombre). Tal vez, el interés más grande de los *genios de la mente* no reside en grandes descubrimientos científicos, o bien, es posible que al conocer el “plan universal”, no les esté permitido interferir con el natural desarrollo de los acontecimientos en un espacio tiempo ya determinado. No obstante, a manera de información ilustrativa, reconoceremos en Leonardo Da Vinci a un *gran genio de la mente*. Sus propósitos no podemos comentarlos ya que pertenecen al secreto de su privacidad iniciática. Sin conocer sus móviles tampoco podemos juzgarlo.

Resumiendo: el *sapiens* posee una “inteligencia muerta” la cual le permite solamente “particularizar” y siempre dentro del esquema cultural humano. El *hombre celeste* tiene una “inteligencia viva” con la cual puede trascender el nivel terrestre y hacer evolucionar su *Yo superior*. Es así como existe un “conocimiento muerto” (el saber ortodoxo), y un “conocimiento vivo” (la ciencia hermética). Uno es producto del *cerebro* y otro del *supercerebro*. Más adelante daremos instrucciones para el desarrollo del *supercerebro*.

Punto cuatro: *vivir en el momento presente.*

Para aplicar este punto cuatro es indispensable llegar a una perfecta comprensión del capítulo “Ser o no ser”, en el cual exponemos la clave absoluta que junto con develarnos el misterio del ser, nos ilustra también sobre los medios de vencer el sueño. Dicha clave se expresa allí de la siguiente forma: “La única realidad es la del momento presente; no existe pasado ni futuro, ambos son ilusorios” (en el instante presente no existe el pasado ni el futuro; el pasado existió y el futuro existirá). Decíamos también que “el presente es el exacto punto de unión entre el pasado y el futuro”.

Existe una línea divisoria que separa la fantasía o irrealidad, de la verdad o realidad. Esta línea es el tiempo. La realidad es la coincidencia entre el caminar del ser humano y el del compañero tiempo. Es así como nuestro cuerpo físico está constantemente en lo real; es objetivo y ocupa un espacio. Por el contrario, el ocupante del vehículo (el *Yo superior*) vive habitualmente en la irrealidad, es decir, más allá de la muralla que separa realidad de fantasía. Lo irreal es aquello que perteneciendo a una realidad natural X, se encuentra proyectado a un tiempo diferente del que le corresponde.

Por ejemplo si el ser humano pertenece a la realidad clasificada como Delta-15, que tiene un tiempo igual al de un reloj X, y se proyecta a un tiempo X elevado al cuadrado, se evade de la realidad, viviendo en un mundo que existe sólo en una dimensión B, a la cual, por cierto, su cuerpo físico no tiene acceso por no poder elevarse a un tiempo X al cuadrado. Cabe preguntarse entonces, ¿si hay tantas velocidades de tiempo, cuántas realidades existen? La respuesta lógica es que tantas como posibles velocidades de tiempo. Sin embargo, como físicamente estamos constreñidos a Delta-15, es preciso adecuarse a esta realidad, ya que si uno vive en un mundo irreal con respecto a Delta-15, es decir, a la realidad humana, es lo mismo que si no existiera, ya que el cuerpo sería un sonámbulo, un cascarón vacío sin ocupante, y el espíritu o *Yo superior*, un ente, mero espectador de un caleidoscopio fantástico.

¿Qué es, por ejemplo, la cuarta dimensión? Es un mundo que existe realmente, pero sólo para quienes posean un vehículo que pueda manifestarse en la vibración temporal de la cuarta dimensión. A este problema se refiere aquel aforismo que dice que “*todo es ilusión*”, lo cual, habría que interpretar del siguiente modo: “*Nada es real para el que está en la realidad absoluta, ya que todo lo que existe tiene realidad sólo para quienes están en aquella misma vibración o tiempo, ya que tiempo es velocidad y velocidad es vibración*”. Es debido a este principio que “un fantasma” es para nosotros sólo una ilusión, y no un ser material. Al hablar de “fantasma” me refiero a la energía restante después del fallecimiento de una persona.

Un pensamiento no tiene realidad concreta y material, no lo podemos pesar ni ver; no nos podemos estrellar con un pensamiento como quien lo hace con un poste en la calle. Sin embargo, para un hombre constituido de materia-pensamiento, los pensamientos serían realidades visibles y tangibles. ¿Por qué nuestro cuerpo no puede chocar con un pensamiento? Porque tiene diferente velocidad, y por lo tanto, diferente realidad.

Como seres humanos, somos la unión de dos fuerzas, de vibraciones muy diferentes:

- A) Energía masa o cuerpo físico
- B) Energía mente o espíritu.

Esta unión tiene un solo objetivo: la evolución. Ésta es cósmica al hablar de la gran masa humana, y personal al referirnos al individuo. Con esto queremos significar que el objetivo de tener un cuerpo físico es evolucionar. Sin embargo, cuando el sujeto no evoluciona por su desidia, desinterés o incompetencia personal, no cumple con el objetivo primordial de su vida individual, y queda librado solamente a la posibilidad de ser “lo sexual” de Dios, convirtiéndose en un instrumento animado de la creación material. En este proceso, se sufre mucho, por el hecho de tener un cuerpo físico, con el agravante que se pierde la única *justificación personal para tenerlo: la evolución individual.*

Cuerpo y espíritu pertenecen a realidades muy diferentes, es decir, a dos tiempos muy lejanos o apartados. Como consecuencia de esto, el espíritu no se manifiesta en la tierra, pero queda atado o esclavizado al cuerpo físico, y debe sufrir las fantasías y sueños que experimenta el *Yo psicológico*, por no poder situarse éste en la realidad Delta-15, viviendo constantemente fuera del presente, o lo que es igual, fuera de Delta-15. Es así como el cuerpo pierde su función de vehículo del espíritu, quedando sólo como instrumento de los *Arcontes del destino*, con el objeto de constituirse en un trabajador más a las órdenes del Señor. Es preciso explicar que la creación se realiza en el Universo por medio de la imaginación del *sapiens*, la cual plasma todos sus estados emocionales, instintivos e intelectuales, creando energía, la cual termina, en un futuro lejano, por condensarse, transformándose en materia. Por eso es que podemos expresar que Dios es el Gran Arquitecto del Universo, y que la masa humana es el ejército de sus obreros, los cuales, como todo pago, reciben el don de la existencia.

Esto no sería algo terrible si el *sapiens* tuviera acceso a la realidad, aunque tal vez algunos piensen que el hecho de ser consciente de esto, y de no poder cambiarlo, aumentaría el sufrimiento. La única forma de llegar a la realidad absoluta, destruir el sueño y ganarse el derecho a la propia evolución, es *haciendo coincidir el cuerpo y el espíritu en una puerta o comunicación temporal, para que se integren juntos a la realidad.* Al lograr esto, el sujeto vive en dos mundos, ya que logra conocer dos realidades opuestas: la de la materia y la del espíritu. Ambas se concilian en una tercera, que es la que busca el hermetista: la realidad absoluta, que forma

parte de la divina, aún siendo material, y que forma parte de lo material siendo divina. A esto es lo que llamamos *estar más acá de la línea divisoria* (la que separa realidad y fantasía) *estar con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo*, a diferencia del profano, que tiene sus pies en la nada y su cabeza en la fantasía onírica.

Para lograr vivir en el momento presente el sujeto tiene que haber llegado no solamente a la creación de su *Yo volitivo*, sino que también a su pleno fortalecimiento, ya que un *Yo volitivo* puede ser débil o fuerte. El *Yo volitivo debe obligar al Yo psicológico* a concentrarse en el momento presente. Esto se logra con una adecuada disciplina imaginativa, con un estado de relajación, y con la perfecta integración de nuestro microcosmos en una jerarquía interna, bajo la dirección del *Yo volitivo*.

Es preciso que nuestra imaginación no divague, que superemos la tensión nerviosa, y que todo nuestro ser esté subordinado al *Yo volitivo*. Más adelante resumiremos la parte práctica de esto, ya que todo está relacionado, y si lo hiciéramos en cada capítulo, tendríamos que efectuar innumerables digresiones.

Punto quinto: *activar el cuerpo físico*.

Como el cuerpo físico representa al polo opuesto del espíritu, resulta obvio que representa un “obstáculo” para comunicarnos con nuestro *Yo superior*. Sin embargo, al mismo tiempo, es el medio necesario para poder evolucionar. A fin de facilitar nuestro propósito, es preciso “elear la vibración de nuestra materia corporal”, lo cual se consigue haciendo al cuerpo obediente a nuestra voluntad. Para esto, consideraremos muy brevemente tres elementos principales:

1. La alimentación
2. La respiración
3. La gimnasia.

No trataremos ninguno de estos puntos en detalle, ya que no es ése el tema de este capítulo; solamente hablamos de ellos como uno de los medios para destruir el sueño. Nuestras recomendaciones serán muy generales, ya que tienen, en este caso, el único objetivo de “activar lo físico”.

En lo que se refiere a la alimentación, nos limitaremos a recomendar la abstención de carnes de gran densidad o “baja vibración”, tales como la carne de cerdo, y la práctica de un régimen vegetariano cuando el estudiante debe prestar especial relevancia a la parte ascética con el fin de depurar sus estados de conciencia. Con respecto al alcohol, es necesario usarlo de manera muy prudente, ya que es un notable depresor orgánico, efecto que sólo se advierte después de un tiempo, ya que actúa como un “supercarburante” que desgasta innecesariamente el organismo, sin ventajas de ninguna clase. Si se convierte en un vicio, es el más peligroso elemento ya que rompe las protecciones etéricas o el “aura” del sujeto, poniéndolo en contacto con las creaciones demoníacas que existen en el plano astral inferior (uno de los planos vibratorios; el más bajo después de la materia), lo cual se conoce clínicamente como “delirium tremens”.

La respiración debe ser utilizada, para estos efectos, solamente como el medio de absorber más oxígeno, practicando la respiración completa, es decir, la que comienza por un ensanchamiento del diafragma y termina con el llenado completo de la parte superior de los pulmones y consiguiente dilatación del tórax. Se comienza a inspirar dilatando el abdomen, es decir, proyectándolo con cierta fuerza hacia adelante, hasta que se presente ligeramente abombado. Se continúa la inspiración hasta llenar los pulmones, dilatando ahora el tórax, con lo cual se deprime en forma natural el abdomen. Al respirar debe procurarse contraer el abdomen suavemente, para facilitar la eliminación de aire residual. Diez minutos de respiración matinal aportan una gran cantidad de energía para activar lo físico.

La gimnasia es un elemento irremplazable para la reactivación de nuestro cuerpo, pero es necesario practicar aquella que haga trabajar nuestro sistema cardiovascular, tal como los ejercicios aeróbicos del doctor Cooper. Además de esto, cada persona puede practicar calistenia, de acuerdo a su edad. Paralelamente, es preciso realizar diariamente, en las mañanas, un ejercicio de inmovilidad absoluta, el cual se efectúa de la siguiente manera: sentado muy derecho en una silla, manténgase en absoluta inmovilidad por tres minutos. Una vez conseguido esto de manera perfecta, pase a una segunda etapa, la cual es similar a la primera, pero se comienza, en posición de inmovilidad, por poner todos los músculos en tensión, fuertemente, apretando los puños y pensando: “estoy despierto”, dejando que esta idea llene el organismo. La tensión muscular debe durar un minuto, pasado el cual, se aflojan y relajan completamente los músculos, y se mantiene una perfecta y absoluta inmovilidad por cinco minutos, siempre con la idea fija “estoy despierto”. Para que este ejercicio sea realmente eficaz, la inmovilidad debe ser absoluta, sin que se muevan los músculos ni un solo milímetro. Los ojos deben permanecer abiertos durante todo el ejercicio.

Ya nos hemos referido, durante el proceso de la iniciación real, a dos etapas muy importantes, las cuales son la creación del *Yo volitivo* y la *destrucción del sueño*. Para esto último, señalábamos que es preciso cumplir con cinco disciplinas básicas:

1. Dejar de mentir
2. Dejar de soñar

3. Aprender a pensar
4. Vivir en el momento presente
5. Activar el cuerpo físico.

Abordaremos ahora una tercera etapa, la cual es la de la “*Digestión mental*”. El hombre vulgar carece de “estómago mental” (*mente*), y por lo tanto no puede efectuar una verdadera “digestión” del conocimiento adquirido. A pesar de que hablamos en un sentido figurado y simbólico, este símil refleja de manera muy fiel el trabajo ideal de la inteligencia, que es equivalente al del estómago: transformar elementos básicos en “esencia nutritiva”. No importa cuanto coma una persona; si no asimila, el alimento ingerido no le sirve de nada. Lo mismo ocurre con la inteligencia del *sapiens*; éste se ha convertido en un glotón intelectual, devorador de conocimiento, que se integra a las neuronas cerebrales sin haberse asimilado realmente. En buenas cuentas, es un acaparador de alimento mental, el cual jamás utilizará. Físicamente hablando, esto equivale al caso de un sujeto que guarda alimentos que nunca comerá. No sólo existe la obesidad corporal, sino también la obesidad intelectual; lo curioso es que haya quienes se sienten orgullosos de esta dilatación de su intelecto. El hombre está convencido que mientras más estudie, más preparado estará para conocer la verdad. Jamás se le ha pasado por su imaginación el pensamiento de que tal vez lo contrario sea lo verídico. En efecto, si pensamos un poco en esto, habiendo entendido lo que es la programación de un individuo, veremos que a más estudio equivale un mayor programa, y que a mayor programa, menos capacidad de vigilia, y a menor vigilia, más automatismo, menos humanidad, y mayor irrealidad y fantasía. Cuando un sujeto que carece de “estómago mental” se dedica a estudiar, el resultado es siempre el mismo: inflación intelectual, y refuerzo y crecimiento de la programación. Por el contrario, cuando el sujeto que tiene *mente*, estudia, realiza una genuina digestión de su alimento intelectual, y por lo tanto, se produce en su interior un verdadero cambio y evolución. Las etapas uno y dos que ya hemos tratado, se refieren precisamente a la formación de la *mente*, por lo tanto, si el estudiante las realiza prolijamente, estará en condiciones de estudiar y asimilar verdaderamente.

La piedra filosofal ha sido tradicionalmente el símbolo de *mente*, y por eso es que aparece siempre como el elemento clave para las transmutaciones. Cuando el estudiante ha formado su *mente* de manera perfecta, no sólo estará en condiciones de transmutarse a sí mismo, sino que podrá realizar muchas otras cosas de gran valor hermético.

Debemos señalar que la ciencia ortodoxa desconoce por completo los efectos que se producen en una persona cuando se lleva a cabo un perfecto proceso de comprensión.

La psicología conoce algo de lo que es la comprensión, pero es incapaz de evaluar su importancia. Este proceso, cuando se realiza a la perfección, constituye ciertamente una “operación mágico-alquímica”, mediante la cual se crea en el cuerpo, cierto elemento del cual carece el *sapiens*, y el que podemos llamar *elemento conciencia*. Es preciso destacar que en esta etapa de nacimiento, *conciencia* es un elemento material que se hace presente químicamente en el torrente sanguíneo, y de cuya combustión se origina el *oro espiritual* que alimentará y hará crecer a nuestra esencia. La alquimia representa un trabajo enteramente corporal, en el cual, el crisol es el propio cuerpo, el fuego son las pasiones, y el plomo, los materiales básicos con los cuales se cuenta. La “sublimación” alquímica es el largo trabajo de transmutación del *sapiens* en *hombre estelar*. No existe ninguna plegaria, ningún ejercicio de respiración, ningún mantram, ni fórmula mágica, ni mitológico maestro que pueda sustituir o saltar este proceso.

LAS PRUEBAS

Una de las críticas más frecuentes que se hace a la célebre novela hermética “Zanoni”, es el carácter atemorizante que reviste su argumento, al exponer de manera muy vívida, las pruebas por las cuales debe atravesar Clarencio Glyndon, uno de los protagonistas principales. Se piensa que Sir Bulwer Lytton, el autor, exageró o dramatizó demasiado las dificultades que debe encontrar el neófito en su camino. El temible “espectro del umbral” no pasa de ser, para el lector, la ficción simbólica de dificultades internas de tipo abstracto o subjetivo. Para otros, en cambio, el espectro es un ser maléfico que se aparece realmente al estudiante, sometiéndolo, a toda clase de tormentos.

La verdad es que son muy pocos quienes comprenden que el temido espectro es solamente uno de los problemas que el discípulo encontrará en su camino, y que los demás, no se refieren a situaciones tan espectaculares como las noveladas en “Zanoni”. Tampoco los adeptos y maestros se corresponden con Zanoni y Mejnour, quienes fueron elegidos por Lytton como los prototipos que diferencian dos caminos distintos a los cuales puede llegar el iniciado en su maestría.

Las pruebas transcurren más en el pasar de la vida cotidiana que en fantásticas apariciones o mágicas ceremonias. Sin embargo, por ese mismo motivo tienen mayor trascendencia y dificultad que si fueran situaciones ocasionales y espectaculares. Las pruebas existen, y son tremendamente duras, y esto es algo que ningún candidato a la iniciación debe olvidar. Por cierto, que hablamos de los “iniciados reales”, y no de aquellos que pretenden llegar a los grados superiores en la pacífica tranquilidad de una existencia alejada de las realidades amenazantes, peligrosas o inconvenientes. Mientras antes comprenda el neófito que es preciso derribar tremendos obstáculos y destruir poderosos topes internos, más fácilmente reconocerá al proceso iniciático la importancia que éste tiene. Como ya lo hemos manifestado anteriormente, el *sapiens* está

programado, y depende del “computador central de la especie”, y del “alma colectiva animal”. No es difícil entender que si el sujeto intenta desprenderse de este vasallaje, encontrará fuerte oposición, la cual se manifestará a través de la naturaleza misma, la cual reaccionará con gran energía para cerrar el paso al aspirante a la sabiduría. Es así como desde el momento en que el sujeto inicia un verdadero camino, libre de superchería o autoengaño, cuando efectúa un verdadero trabajo hermético en sí mismo, toda clase de tentaciones, dudas, dificultades y problemas, aparecen en su existencia, a fin de disuadirle de su empeño. Esto no es de extrañar, ya que está tratando de conquistar su naturaleza interna, la cual, como toda fuerza salvaje dentro de la naturaleza, reacciona con extraordinario vigor a todo intento de control o dominio. Domesticar una fiera salvaje es un trabajo arduo. Pues bien, hay una fiera dentro de toda persona, y nadie sabe hasta qué límites de salvajismo puede llegar en un momento dado, pese a la cultura y educación. La tradicional Esfinge egipcia, que tiene cabeza, cuello y pecho de mujer, y cuerpo y pies de león, constituye un símbolo de la naturaleza animal del ser humano. Ella es quien cierra el paso al intrépido buscador de la luz hermética. Sin embargo, la Esfinge tiene alas, para simbolizar el hecho de que para elevarse es preciso hacerlo mediante la naturaleza animal, y no por la fuerza del espíritu, como cree mucha gente. Por lo demás, esto se corresponde exactamente con la imagen de Jesucristo montado en un burro, el cual representa la bestia que debe ser dominada por el *Yo superior*.

En verdad, si sentimos en nuestro interior un impulso de elevación hacia los planos superiores, no es por el espíritu, sino por la bestia. Ésta no es mala en sí misma, sino que es perversa sólo en la medida en que ha tomado esta característica del depósito común de la animalidad humana (inconsciente colectivo), que forma parte del computador central de la especie. Para entender esto, representaremos al espíritu y a la bestia, con dos triángulos, uno descendente y otro ascendente.



El espíritu es la fuerza celeste que se irradia hacia la tierra. Constituye el polo positivo de la vida, y por lo tanto, es atraído por lo pasivo, que en este caso es la existencia material terrestre. El espíritu es puro en sí mismo, y por lo tanto, busca aquello que no conoce, lo único que puede brindarle una experiencia diferente a su propia vibración, esto es, las sensaciones materiales.

La bestia, por el contrario, mira hacia el cielo, ya que sabiéndose impura, pugna por alcanzar una pureza que sólo la divinidad puede darle. He aquí por qué la estrella de seis puntas, llamada el “símbolo de Salomón” no es una imagen positiva, ya que representa la petrificación o detención del movimiento de la vida. Muy diferente resulta cuando en su centro aparece el ANK, o “símbolo de la vida”, ya que en ese caso, representa el “equilibrio vital” de la creación, transformándose en una figura altamente positiva.



Los ángeles caídos representan “espíritus” o chispas divinas virginales que descienden para realizarse o complementarse a través de la experiencia en la materia. Recomendamos la lectura del interesante libro “La rebelión de los ángeles”, de Anatole France, donde el autor, en tono humorístico, expone poéticamente el misterio del doble triángulo. La existencia de estas dos fuerzas, una que asciende y, otra que desciende, nos hace comprender de manera mucho más profunda el papel superior que debe desempeñar el *Yo volitivo* en el manejo de la energía espíritu y la fuerza materia, identificada con la bestia.

Usualmente, quienes llegan a una escuela iniciática se mofan de las pruebas, calificándolas de simples barreras. Sin embargo, el paso del tiempo les demuestra con crudeza las diferentes fallas que han tenido. No obstante, el fracasar en algunas pruebas no indica una derrota, sino más bien, una lección que el sujeto debe aprender y que mientras no lo haga, permanecerá detenido ante el obstáculo. La extrema dificultad de las pruebas reside en el hecho de su gran sutileza, ya que se basan generalmente en las fallas internas del sujeto, las cuales están bajo el umbral de la conciencia, y por lo tanto, permanecen desconocidas para éste. Ocurre con esto algo parecido a lo que sucede con los defectos de una persona, ya que ésta, generalmente, es totalmente incapaz de advertirlos.

Los primeros pasos en la escuela hermética a la cual ingrese un individuo, resultan decisivos, ya que está expuesto a dejarse llevar por impresiones falsas y antojadizas, motivadas, precisamente por una proyección de sus problemas internos. Muchas veces el sujeto mira a la escuela como a un ente que trata de utilizarlo o presionarlo para sacar algún provecho de él. Anhela que lo salven o lo guíen al éxito, pero al mismo tiempo, no quiere dejarse salvar fácilmente, sino que quiere demostrar que no es tan simple de convencer o manejar. El individuo no se da cuenta que él mismo es el único interesado en su propia salvación (liberarse de ser utilizado por la naturaleza) y que si no se autolibera, nadie vendrá a socorrerlo. A menos que comprenda su verdadera situación en el mundo, carecerá de la motivación necesaria para luchar por su propia existencia, ya que de esto se trata, en buenas cuentas. La única posibilidad de triunfar reside en que logre visualizar a fondo su verdadera posición en la vida, ante la naturaleza y el destino, y su ulterior utilización del *Yo volitivo* como instrumento de realización.

Hemos visto que las cosas más increíbles ocurren a los estudiantes sinceros. La riqueza súbita o el enamoramiento repentino, bastan, muchas veces, para desviarlo de su camino. Otras veces, sus seres queridos se convierten en sus peores enemigos, en lo que a la iniciación se refiere, controlados, sin sombra de duda, por el computador central de la especie. Tal como aprendices de hechiceros, tratan de dominar a la naturaleza, y terminan siendo sus esclavos. Resultan tragicómicas las dificultades con que tiene a veces que enfrentarse un estudiante, nada más que para llegar oportunamente al sitio de reuniones de la hermandad. Le ocurren las cosas más insólitas, exclusivamente con el fin de impedirles llegar a la congregación, y el problema es que el mismo individuo es quien se “sabotea” a sí mismo. Existe un animal simbólico en el arte hermético, y es el burro, que representa la naturaleza animal negativa del individuo, cuya tónica básica es la estupidez, la inercia, la flojera, la dejación y la irresponsabilidad. Es por esto, que cuando comete un error que lo perjudica, se le dice figurativamente, que no debe “pensar en el burro”, o más bien, que “no debe dejar que el burro piense por él”. También se habla dentro del hermetismo, por esta misma razón, del “camino del burro”, para describir a quienes después de muchos esfuerzos y penalidades, recorriendo mucho camino, permanecen siempre en el mismo lugar. Antiguamente se usaban burros para extraer agua para riego de pozos o norias, y el animal caminaba muchos kilómetros en un día, pero como lo hacía en círculos, permanecía siempre en el mismo lugar. La enseñanza hermética nos dice que sólo después de dominar al burro es posible vencer a la Esfinge y remontarse con sus alas al espacio cósmico. La Esfinge es el vehículo del hombre estelar.

En lo que se refiere al sexo del postulante, es menester decir que en el hombre, las pruebas se expresan principalmente a través de lo instintivo, y todo lo que esto significa, psicológica y materialmente. Por el contrario, en la mujer, su punto débil está radicado en lo emocional. Es por esta causa que la admisión de la mujer a las “escuelas iniciáticas”, ha estado tradicionalmente prohibida, y ésa es la razón por la cual la masonería sólo la admite a “tenidas blancas”. En la antigüedad, cuando la mujer pertenecía a las órdenes iniciáticas, muchas hermandades fueron destruidas al revelar una de sus cofrades femeninas, por apasionamiento amoroso, los secretos de la orden a organizaciones enemigas.

En lo que se refiere a la masonería, debemos decir que ésta fue originariamente una hermandad hermética, en la cual, algunos grandes iniciados, trataron de formar una escuela preparatoria para otras de mayor nivel. No obstante, con la simbólica muerte de Hiram la masonería perdió el secreto de los ritos y símbolos como el verdadero significado de las palabras de pase. La tradición hermética se extinguió permaneciendo sólo el lenguaje desconocido de los símbolos. Aquella luz que existió, se ha apagado en su significado hermético, permaneciendo sólo el filosófico. Los hermanos se han dormido con el paso del tiempo, tal vez arrullados por el orgullo de poseer treinta y tres grados de esplendor masónico. Sin embargo, sus símbolos, inspirados en antiguos ritos, son verdaderamente hermosos. Queremos dejar en claro que seguramente el ingreso a la francmasonería beneficiará moral, cultural y filosóficamente a cualquier persona sana, pero de ahí a convertirse real, y no simbólicamente en un *dos veces nacido*, o de allí a llegar a ser un Zanoni o un Mejnour hay un *Universo* de diferencia.

Es preciso señalar que las verdaderas escuelas iniciáticas no han dejado nunca de admitir a la mujer a sus filas, y que éstas pueden también trabajar en el templo.

Siguiendo con las pruebas, debemos decir que las hay internas y materiales. Las materiales, son situaciones concretas producidas por reacciones de la naturaleza. Recordemos que existe la naturaleza interna y externa, y que por lo tanto, se producen también, tremendos conflictos internos. Queremos referirnos a la profunda impresión que despiertan en el discípulo dos interesantes acontecimientos de tipo iniciático. Uno, es la gradual visión de sí mismo, tal como se es, sin tapujo, idealización, ni disimulo. Otra, es la contemplación gradual de la verdad, del mundo, y de la gente. En el primer caso, el estudiante sufre el profundo “shock” de observarse él mismo por primera vez, tal como realmente es. Esta visión le abre dos caminos: el de la aceptación de sí mismo o el rechazo, caso en el cual, el individuo en vez de romper el huevo de su aislamiento de la realidad, se

construirá uno de hierro, impermeable e indestructible, aterrorizado por la desnuda verdad. Como ya lo hemos señalado, son muchas las ilusiones (en el sentido de “lo ilusorio”) que el sujeto debe superar para poder evolucionar. Lo dice muy bien el conocido y hermoso libro de Mabel Collins, “Luz en el Sendero”: “antes que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar. Antes que el oído pueda oír, tiene que haber perdido la sensibilidad. Antes de que la voz pueda hablar en presencia de los maestros, debe haber perdido la posibilidad de herir. Antes de que el alma pueda erguirse en presencia de los maestros, es necesario que los pies se hayan lavado en la sangre del corazón”.

En relación a las verdades de la vida en general, éstas son tan terribles en su desnudez, que para que el discípulo pueda soportarlas equilibradamente, debe haberse preparado bastante. Hay que darse cuenta que la naturaleza es completamente fría, y que le tiene sin cuidado, la bondad de un monje o la perversidad de un asesino. En su seno, concibe por igual el trigo o la cicuta; la hierba curativa o la planta venenosa. Ni el más grande idealismo o la más despreciable vileza alteran la inmutabilidad de las leyes naturales. Existen verdades tan peligrosas, que son, en realidad, “como el filo de la navaja”, ya que si el estudiante conserva todavía la semilla del egoísmo o la maldad, la visión de estos misterios lo traumatizará de tal manera, que jamás volverá a la normalidad. En esto sí que se aprecia un gran parecido con el caso de nuestro neófito de “Zanoni”, aún cuando la realidad es siempre más descarnada y menos espectacular que la leyenda, de una novela. Son muchos los que han enloquecido por vislumbrar verdades imposibles de soportar para quienes no han conseguido sobreponerse a sus pasiones inferiores. A la verdad se puede llegar solamente en la desnudez absoluta de la pureza inocente de quien “volvió a ser como niño”. La verdad es un arma de doble filo: eleva al puro y destruye al pasional.

Dentro de la escuela iniciática se producen centenares de situaciones diversas que ponen a prueba la integridad, pureza y decisión del estudiante. Éstas van desde la pérdida de la confianza en la escuela y el maestro, hasta sentirse utilizado o engañado de una forma u otra. Cada individuo exterioriza en sus dudas y conflictos sus fallas internas. Es así, como aquél que no tiene honor, cree firmemente que lo obligarán a perder su honor; el que no tiene libertad piensa que perderá su voluntad, y si hubiere un inmoral, pensaría que lo obligarán a violar reglas morales, y un ladrón, que “perderá su honradez”.

Muchos, se sienten postergados o creen que existe favoritismo o prejuicios, o bien, consideran que no se les enseña lo suficiente. Otros, especialmente los egoístas insensibles, acusan a sus compañeros de “haber perdido la sensibilidad”. En suma, en una escuela se reproducen, tal como en un laboratorio, una serie de situaciones vitales, para que el estudiante pueda, en forma consciente, observar el comportamiento de los demás, y apreciar también el suyo propio. También es posible así, para la escuela, llegar a conocer a fondo al estudiante, para poder ayudarlo mejor. Por supuesto que para que este trabajo rinda verdaderos frutos, debe ser auténtico, es decir, el estudiante no debe simular en ningún momento, sino que debe ser honrado y sincero, y sus reacciones, absolutamente auténticas. Hay que señalar que cada prueba que es superada con éxito, va elevando al discípulo a estados de conciencia superiores, comprendiendo aquello que antes no le resultaba posible.

LOS OBSTÁCULOS

A diferencia de las pruebas, los obstáculos no son reacciones de la naturaleza, sino las vallas comunes que tienen todas las personas para evolucionar. Queremos insistir en el reinado absoluto del sueño sobre el *sapiens*, y en el hecho de que éste tiene por fuerza que despertar si es que quiere evolucionar; de lo contrario permanecerá estático.

Ya sabemos que despertar es difícil, porque el *sapiens* está sometido a la influencia hipnótica cósmica, que es la energía universal de la creación, y por si esto fuera poco, cada sujeto, al no gustar de la realidad de la vida y no estar satisfecho de sí mismo, *se sueña a sí mismo y sueña al mundo de una manera ideal* (ideal para él). Herméticamente, llamamos a esto *romanticismo necio*, para diferenciarlo del idealismo de los poetas. *Romanticismo* es el ingrediente que permite que el ser humano acepte sus sueños como la expresión de la realidad, y se limite en la vida, a tratar de satisfacer sus propias fantasías. Entendamos que nos referimos a un romanticismo inferior y destructivo, aunque la gente no pueda diferenciarlo de su contraparte superior.

De manera general el individuo tiene los siguientes obstáculos para seguir el camino:

1. Su concepto erróneo del hermetismo o esoterismo en conjunto

La creencia de la gente, oscila, en esto, entre los dos extremos: los que consideran lo esotérico como algo supersticioso, malo o diabólico, y los que creen ciegamente y que hablando la jerga ocultista, dicen que “hay que desdoblarse en el plano astral; que hay que abrir el tercer ojo o que hay que despertar la Kundalini, y que en su tremenda ingenuidad, están sinceramente convencidos de la veracidad de lo que dicen”.

2. La dificultad de verse a sí mismo objetivamente

Cada persona hace ondear el pendón de las cualidades que más aprecia de sí misma.

No puede evitar proyectar su propia imagen a lo externo, y juzgar todo según su propio concepto, y no de manera libre y experimental. Esto es como si alguien devorara todos los días parte del mundo, para vomitar después todo lo que no correspondiera a su imagen de “agradable”, “verdadero” o “positivo”. En su autoproyección el hombre ha llegado a crear un Dios a su imagen y semejanza, y lo ha imaginado como a un bondadoso “viejito de barba blanca”.

3. El desinterés por conocer la verdad

La gente no quiere la verdad, porque no le interesa. Prefiere dormir apaciblemente, aun cuando en el día de mañana sea devorada por la naturaleza, conocimiento que está presente en todos los seres humanos desde su niñez.

4. El conformismo con el “rebaño”

Esta conducta le permite al individuo tener la falsa sensación de “que todo está bien”, sencillamente porque está haciendo “lo que todos hacen y aceptan”. Por la misma razón, no se atreve a decidir nada por su cuenta, ni menos, a emprender el estudio o la realización de algo no aprobado por “la ciencia oficial”. Al respecto, sería interesante establecer si el hipnotismo era menos hipnotismo antes de ser aceptado por la ciencia, y si este hecho lo hizo, en verdad, más “respetable” y eficaz. Siguiendo por esta línea, veremos que “respetabilidad” y “moral”, sólo reflejan, la mayoría de las veces, el grado de conformidad con el rebaño.

5. La dependencia de las pasiones

Las pasiones expresan las tendencias animales inferiores del individuo (hay tendencias animales superiores). Manifiestan el apetito de la masa corporal, que busca su propia satisfacción, sin tener en cuenta para nada los intereses superiores del individuo. La flojera, la inercia, la desidia, la abulia, la amargura, el resentimiento, los celos, la envidia, la lujuria, por citar sólo algunas, manejan al hombre como a un títere, y éste resulta impotente para liberarse de esta, situación. Cada estado pasional toma el control del cuerpo en un momento dado, incluyendo su parte psicológica, y el sujeto olvida por completo sus determinaciones anteriores.

6. La proyección de los problemas psicológicos hacia la enseñanza

Es muy común que la gente busque la enseñanza hermética, no para evolucionar espiritualmente, sino para compensar sus ansias de poder o sentimientos de inferioridad. Frecuentemente, las personas proyectan sus traumas, temores, ambiciones, y deseos inconscientes, hacia la enseñanza, para extraer de ella los elementos nutrientes de estos problemas, a la vez que su justificación por medio de nuevos antecedentes que hagan más efectivo el proceso de racionalización psicológica.

7. El temor a la libertad

Sabemos que el *sapiens* teme la libertad, con la fuerza de una angustia irracional. En lo más íntimo de si mismo, sabe que el camino hermético lo llevará indefectiblemente hacia la liberación o “salvación”. Pero, ¿quiere el sujeto ser libre, en verdad? Generalmente, el gran porcentaje de la especie *sapiens* prefiere la más mediocre esclavitud a la más gloriosa y brillante de las libertades. Es por eso que las personas buscan en la vida algo a lo cual esclavizarse, ya que no soportan la sensación de libertad. Hay personas que se “atan a una roca”, aun cuando sepan que esa roca se hundirá en los abismos del mar.

Estos son, a grandes rasgos, los obstáculos para avanzar en el camino de la superación espiritual.

LAS PRÁCTICAS INICIÁTICAS

El desarrollo del super cerebro

Como ya lo hemos señalado, nuestro cerebro no nos basta para llegar al descubrimiento de la verdad y a la evolución espiritual; es necesario formar *la mente*, supercerebro con el cual llegaremos a la categoría de hombres *estelares*. Resumiremos en un breve esquema los elementos con los cuales es preciso trabajar en esta empresa:

1. Las cuatro inteligencias. (Alma del hombre.) (Agua, aire, tierra y fuego)	
2. Yo volitivo	
3. Mente	

4. Tres objetivos básicos:	a) Formar el Yo volitivo b) Despertar c) Efectuar la digestión mental
5. Tres objetivos superiores:	a) Desprogramación b) Muerte iniciática c) Renacimiento
6. Tres objetivos supremos:	a) Evolución b) Convertirse en <i>hombre estelar</i> c) Trascender el <i>maya</i> (ilusión cósmica)

No es necesario insistir en la necesidad fundamental de que el estudiante tenga un maestro hermetista, que ya haya recorrido el camino que espera completar el discípulo. Sólo quienes hayan reencarnado conscientemente, pueden prescindir de un maestro, o más bien, si es posible, “tener muchos maestros”, los cuales sirvan para “refrescarle la memoria” al reencarnado. Sin embargo, quien ha reencarnado conscientemente, lo sabe con toda seguridad, y esto no es frecuente.

Las indicaciones que aquí se dan son de carácter elemental, y tienen por objeto alumbrar al postulante a la verdad para orientarlo en sus propósitos. Solamente un genuino maestro puede transmitir al discípulo la llama espiritual, fermento mágico que constituirá su poder oculto como iniciado. Esto no es una abstracción poética, sino que corresponde a algo material; a un proceso concreto que se lleva a cabo en la relación entre maestro y discípulo. Por supuesto que esta fuerza no libera al estudiante de sus disciplinas ascéticas por el contrario, lo obliga a realizarlas con más empeño.

Educación de las cuatro inteligencias

Para educar a las cuatro inteligencias, el estudiante debe considerar que éstas son la sede de sus malos hábitos y vicios, y que debe proceder a limpiarlas de todo lo negativo, y a darles conciencia e inteligencia, de acuerdo al modelo de comportamiento deseado.

1. Inteligencia del aparato digestivo (elemento tierra)

El elemento tierra abarca toda la materia corporal, pero tiene su sede en el estómago. Su tónica básica es *absorción*. Para educar a esta inteligencia es preciso, someter, en cierta medida, sus funciones al dominio de la voluntad, en este caso, el *yo volitivo*.

Hay que pensar en el sistema digestivo como en un ser inteligente, con el cual podemos comunicarnos, al que podemos hablar y controlar. Para esto se utiliza la siguiente fórmula: “Tú mi inteligencia del aparato digestivo, te ordeno que me obedezcas ciegamente en todo lo que yo te diga. Yo te doy conciencia e inteligencia para que tú cumplas perfectamente con tus funciones biológicas. A partir desde ahora, mi voluntad será tu voluntad, ya que soy tu dios, tu dueño y tu señor, a quien debes respeto y obediencia. Cuando tú te alimentes, lo harás porque es mi voluntad, y cuando no comas, será porque yo no lo quiero”. Esta fórmula se debe repetir varias veces, procurando compenetrarse con lo oculto del sistema digestivo.

Periódicamente es necesario realizar ayunos de un día completo, y al empezarlo, se debe decir: “Tú, inteligencia de mi aparato digestivo, te abstendrás de todo alimento por X horas, porque ésa es mi voluntad, y yo te ordeno que acates este mandato ciegamente”.

Si el estudiante sufre de alguna dolencia hepática o cualquier trastorno de tipo digestivo, debe procurar una mejoría apoyando a la inteligencia del sistema digestivo con toda su voluntad. Sugerimos al lector que trate de descubrir el sentido críptico de estas instrucciones, ya que las leyes ocultas prohíben hablar más de lo necesario.

2. Inteligencia del aparato procreador (elemento fuego)

El elemento fuego está radicado para estos efectos en el sexo, sede del foco instintivo. Su tónica básica es *irradiación*. Para la educación de esta inteligencia debe usarse la misma fórmula anterior, la que no varía en los otros sistemas. Sólo se cambia el nombre del elemento correspondiente. Paralelamente, es necesario regularizar la función sexual, sometiéndola a la voluntad, con el objeto de tener relaciones sexuales sólo cuando el *yo volitivo* lo permita, y no en otro momento. Debemos recordar que este sistema es el asiento de la libido, circunstancia que podemos aprovechar para extirpar, trabajando en este foco, todos los complejos que podamos tener. Para esto es necesario hacer razonar a la inteligencia respectiva, para que abandone su actividad infantil y proceda en forma madura. Esto debe complementarse con la práctica de la imaginación que daremos en referencia al aparato respiratorio.

3. Inteligencia del aparato circulatorio (elemento agua)

El elemento agua reside en nuestro sistema circulatorio, sede de lo emocional. Su tónica básica es *unificación*. Tal como en los casos anteriores, se utiliza la fórmula ya descrita para educar a esta inteligencia. Junto con esto, es preciso implantar una rigurosa higiene emocional, para no dar cabida en el corazón a emociones ruines o destructivas. Esto se consigue de un modo gradual, actuando con el *yo volitivo*. Además se debe practicar diariamente una concentración en el corazón (cerebro de este sistema) a fin de crear un estado de paz profunda y una perfecta sujeción emocional a la voluntad.

4. Inteligencia del aparato respiratorio (elemento aire)

El elemento aire, reside en nuestro sistema respiratorio, sede de lo imaginativo. Su tónica básica es *vitalización*. Debemos trabajar con la fórmula conocida y establecer además un adecuado control sobre la imaginación. Es preciso, a toda costa, suprimir cualquiera morbosidad imaginativa, dando, cabida sólo a pensamientos positivos, armónicos, equilibrados, y superiores. También hay que educar la palabra, limpiando el lenguaje y cumpliendo siempre con lo que se afirma de viva voz. El estudiante que afirma algo por el verbo y no lo cumple, se convierte en un juguete de la naturaleza, y le resultará muy difícil el poder realizar sus proyectos personales. Por medio de la respiración tenemos acceso al mundo de las vibraciones y "afinando el olfato", es posible captar vibraciones de cualquier índole, lo que se hace durante la inspiración y retención respiratorias.

Debemos insistir en el hecho de que hay muchas claves secretas en estas instrucciones, pero el descubrirlas o no, queda librado al interés, criterio y perspicacia del lector.

Solamente a modo de sugerencia, pensemos, por ejemplo, qué ocurre en la unión de los elementos aire (sistema respiratorio) y fuego (sistema procreador), o bien, agua con tierra.

EL YO VOLITIVO

Ya hemos hablado de la manera de crear el *yo volitivo*, pero falta exponer los medios para darle fuerza y poder, los que en general, son los siguientes:

- a) dominar y sublimar los deseos;
- b) cargar batería psíquica;
- c) economizar energía;
- d) actuación volitiva.

Los deseos son una de las principales fuentes de energía (o de descarga energética) en el *sapiens*. Si prestamos atención a nuestro mundo interno nos apercibiremos que el desear forma parte integrante de nuestras vidas y que el deseo actúa con una potencia y persistencia asombrosa. Esto implica una gran cantidad de energía que se pierde, ya que esto involucra tiempo y desgaste por proyección de nuestra fuerza magnética. Sin embargo, al controlar y dirigir el deseo, se convierte en una fuente de extraordinaria potencia. Desear, no debe ser jamás para el hermetista un loco o ligero capricho, sino que un acto de inteligencia y método. Mientras un deseo no se satisface, una fuerza poderosa vibra en el sujeto, pero apenas se consiguió lo que se quería, este poder se extingue y sobreviene el vacío. Hay personas a las cuales les ha ocurrido que persiguiendo un deseo muy intenso, por demasiado tiempo, han conseguido finalmente su realización, lo que lejos de hacerlos felices, les ha procurado un estado de profunda vaciedad, laxitud y desgano. Esto se produce al agotarse el combustible que motivaba al individuo, ya que el deseo es el móvil que nos empuja a la realización. Ya hemos dicho, con anterioridad, que cada persona tiene la cantidad X de energía a su disposición en su vida, y que puede repartirla entre muchas cosas o concentrarla en unas pocas. Aplicando esto al tema que nos ocupa, se trata no de reprimir y frustrar los deseos, sino de permitir su existencia sólo si la razón lo considera justo y conveniente, y de materializarlos cuándo, cómo, y dónde lo disponga el *yo volitivo*.

También podemos aplicar a esto el principio de las "penitencias", actuando desde un punto de vista diferente. Podemos, por ejemplo, sacrificar algo que deseamos mucho, para obtener otras cosas de mayor valor espiritual o moral. Inclusive podemos aplicar esto a los vicios, negando su satisfacción por medio de nuestra voluntad para conseguir lo que queremos. Así, la persona puede decir, por ejemplo: "no fumo para..." (lo que se quiere conseguir). Esta afirmación debe repetirla mentalmente cada vez que sienta deseos de fumar.

Uno de los deseos que es necesario reprimir para encauzar esta fuerza a fines más elevados, es el de contar a otras personas aquellas cosas que sabemos a manera de "exclusividad" o secreto, con el fin de impresionarlas, o al fin de cuentas, elevar nuestra autoestima. No se trata, de ninguna manera, de no contar nada, sino de hacerlo después de un tiempo, solamente si en verdad lo queremos así, pero no para darnos importancia. También hay que señalar que es mucho más difícil que se realicen aquellos proyectos que pasan a ser de público conocimiento que aquéllos que tratamos de mantener lo más secretos posibles.

La carga de la "batería psíquica" es nuestro tono nervioso y psicológico, el cual es producido por el magnetismo que las personas acumulan y proyectan, algunas, en muy pequeña dosis, y otras, con gran potencia. Se acumula magnetismo por la respiración consciente y por todas las prácticas de autodominio y

control. Demás está decir que mientras mas “magnético” es un individuo, mayores posibilidades de triunfar en la vida tiene.

Asimismo, para el estudio que nos ocupa en este momento, el *yo volitivo* existe concretamente bajo la forma de un fuerte campo magnético, el cual es menester vitalizar constantemente, ya que al actuar se gasta energía.

Está demás recordar que es preciso economizar la energía que se ha conseguido concentrar, ya que el *yo volitivo* necesita combustible, por estar gastando fuerza constantemente, como cualquier ser viviente.

Existe una serie de malos hábitos y conflictos que provocan un gran desgaste de energía en el ser humano. La impaciencia, los conflictos emocionales, la prisa innecesaria, la rumia mental, el sentido de culpabilidad, la ira, los lamentos innecesarios o exagerados, las frustraciones diversas, el temor, el desorden, y la flojera, roban su energía al *yo volitivo*. El hermetista debe establecer, a toda costa, la disciplina y el orden interno, para adecuar la conducta a los fines que se desea lograr.

En relación a lo que llamamos “actuación volitiva”, hay que tener muy clara la gran diferencia que existe entre “desear” y “querer”. El manido axioma “querer es poder”, se ha desprestigiado, no por falso o exagerado, sino porque nadie jamás ha explicado cómo hay que querer para lograr lo que se desea. Solamente Jesús enseñaba a sus discípulos que “si tenéis fe como un grano de mostaza, moveréis montañas”. En apariencia, esto nada tendría que ver con *querer*, pero un análisis profundo nos mostrará que Jesús no hablaba de una fe cualquiera, ya que la fe común no basta para “mover montañas”, sino que se refería, en verdad, a la “fe hermética”, la cual consta de dos fuerzas básicas:

1. El querer.

2. La creencia razonada.

El *querer* es el poder masculino del *yo volitivo*, y la *creencia razonada* es la energía femenina de los sentimientos. Para *querer* inteligentemente, hay que unir la palabra *querer* al resto de las palabras que forman el acróstico de los magos, esto es, *saber, osar, querer, y callar*, con las cuales se pueden formar las siguientes combinaciones:

Saber querer	Querer saber	Osar saber
Saber osar	Querer osar	Osar querer
Saber callar	Querer callar	Osar callar
Saber saber	Querer querer	Osar osar

Para saber querer es necesario tener muy claro qué es lo que se desea conseguir, y situar este objetivo en un alto lugar de nuestra escala de valores, con el fin de tener la motivación adecuada, que es de donde se toma la fuerza para querer.

Es preciso también, practicar cuatro “mandamientos” del hermetista, que son:

1. Amor.

2. Esperanza.

3. Conocimiento.

4. Paz.

1. Amor

Por medio de él, Dios, la inteligencia suprema, nos transmite su esencia creadora. No es solamente la atracción entre los dos sexos; es una fuerza nacida del espíritu, y que va dirigida a todo aquello que es portador de la esencia divina. No existe el amor pasional, ya que éste no es amor, es sólo una fuerza posesiva egoísta que lucha por retener un instrumento de placer. Para que se nos aclare el verdadero significado del amor hay que meditar en el axioma *ama y haz lo que quieras*.

2. Esperanza

La esperanza es la matriz que recoge la simiente, la desarrolla y la forma.

Es la contraparte del sexo. Es el alma femenina en el hombre y masculina en la mujer. Por medio de ella concebimos y creamos. Es el doble etérico, el cual tiene un género diferente al del cuerpo físico, es decir, el doble del hombre es femenino, y el de la mujer, masculino. Allí radica la parte de mujer que tiene el hombre, y la parte masculina de la mujer, porción de la cual es necesario desprenderse, cambiando su polaridad.

3. Conocimiento

El conocimiento es para el hermetista como la brújula para el navegante, ya que la ciencia hermética es el conocimiento de las leyes de la naturaleza, y el solo hecho de conocerlas, coloca al estudiante en un sitio muy elevado con respecto al que lo ignora todo. Debemos, por lo tanto, conocer a fondo la naturaleza, y así lo dominaremos todo. Hay que meditar en el axioma que dice que “el mago reina en el cielo y gobierna en los infiernos” (gobernar en los infiernos significa tener el poder suficiente para no ser destruido por las fuerzas infernales).

4. Paz

El estudiante debe luchar para establecer la armonía entre el cerebro, corazón y sexo, y así lograr la unificación del *yo superior* con el alma. Ésta es la única forma de terminar con las guerras internas que se desarrollan dentro del ser humano. Cuando la voluntad del individuo autoriza o niega a su cuerpo la satisfacción de los deseos o necesidades, con plena conciencia, será rey de su cuerpo físico, y vivirá en profunda paz, y con el poder de la paz, todo será armonía y felicidad. *Será el rey del universo, pues estará en armonía con las leyes de la naturaleza.*

Se adquiere el poder de la paz solamente por medio de la voluntad de mantener el control imaginativo. La imaginación descontrolada e impura es la principal fuente de inquietudes y angustias. Se disfruta de paz y serenidad sólo con la imaginación controlada, pero tampoco hay paz sin amor. Es por esto que hay que vencer el egoísmo, que es la vibración opuesta al amor.

La creencia razonada

La creencia razonada aparece en virtud de la aplicación de la teoría hermética a situaciones vitales. La observación del accionar de las leyes naturales, y la comprobación práctica de la enseñanza, confieren al discípulo una creencia ciega en sí mismo y en el hermetismo, pero no por fe, sino por la certeza absoluta de comprobación lógica y material de aquello que ha aprendido en la escuela hermética.

Mente

Ya hemos señalado que el *Homo sapiens* carece de *mente*, y que sólo tiene cerebro e inteligencia. Podríamos decir que la inteligencia “cerebral” es la inteligencia inconsciente, o sea, sin juicio interno, mientras que la inteligencia “mental” se caracteriza por ser consciente. La primera es onírica, y la segunda, vigílica. Con el fin de dar una idea elemental de los materiales básicos que el sujeto posee en estado latente, para formar su mente, nos referiremos a los tres focos vitales:

1. Cerebro: Inteligencia
2. Corazón: Sentimiento
3. Sexo: Instinto

Normalmente, el individuo “trabaja” con el predominio de alguno de estos centros, o con la conexión o mezcla de dos de ellos. Para los efectos herméticos, el sujeto debe aprender a “funcionar” del siguiente modo:

Ejemplo N° 1

1. Cerebro: inteligencia

Podemos distinguir tres posibilidades, o tres fuerzas de distinta vibración. Estas son:

- a) la inteligencia de la inteligencia
- b) el sentimiento de la inteligencia
- e) el instinto de la inteligencia

2. Corazón: sentimiento

Existen también tres posibilidades:

- a) el sentimiento del sentimiento
- b) la inteligencia del sentimiento
- e) el instinto del sentimiento

3. Sexo: instinto

Igual que en los casos anteriores, existen tres modalidades:

- a) el instinto del instinto
- b) el sentimiento del instinto
- e) la inteligencia del instinto

Estas nueve posibilidades forman el número del hombre, y como el hombre es triple, podemos enunciar esto de la siguiente manera:

Hombre: 999

Bestia: 666 (el nueve invertido).

Es así como en el *sapiens* se manifiesta el número de la bestia de la siguiente manera:

Ejemplo N° 2

1. Cerebro: inteligencia

- a) el sueño de la inteligencia (cerebro)
- b) el fanatismo de la inteligencia (corazón)
- e) la bestialidad de la inteligencia (sexo)

2. Corazón: sentimiento

- a) el fanatismo del sentimiento (corazón)
- b) el sueño del sentimiento (cerebro)
- c) la bestialidad del sentimiento (instinto)

3. Sexo: instinto

- a) la bestialidad del instinto (sexo)
- b) el fanatismo del instinto (corazón)
- c) el sueño del instinto (inteligencia)

Cuando el ser humano “piensa con el número 666”, no existe ninguna posibilidad de que llegue al conocimiento de la verdad, sin embargo, puede, perfectamente, ejecutar maravillosas obras de la inteligencia, las cuales estarán, sin embargo, desprovistas de la conciencia superior del bien y del mal, además, serán programadas, y por lo tanto, pueden ser tremendamente perjudiciales para el género humano y el individuo mismo (la gente siempre piensa que el bien trae, como consecuencia el bien, y viceversa, pero en la práctica, esto puede ser absolutamente diferente).

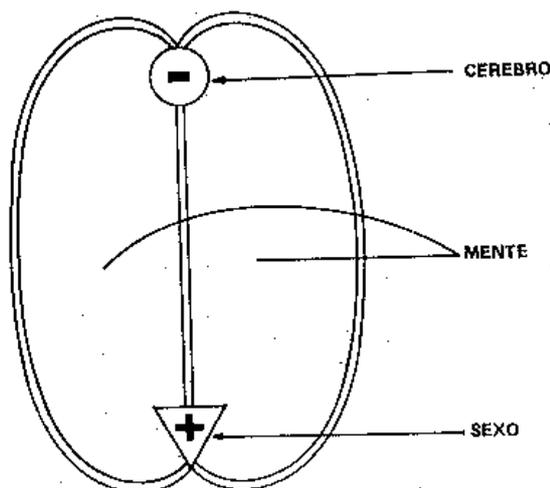
En el *ejemplo N° 1*, se procura que el estudiante llegue a un pensamiento integral, en el cual exista un perfecto equilibrio entre la inteligencia, el sentimiento y el instinto. La formación del *yo volitivo*, más las diferentes disciplinas que debe realizar el estudiante, lo llevan gradualmente a la formación de un esferoide magnético bipolar, el cual abarca desde la cabeza hasta el sexo, teniendo como punto céntrico la columna vertebral.

Este campo magnético existe realmente en el hermetista, y es la sede de su conciencia superior, fuerza que resiste a la disolución de la muerte, y a través de la cual, el individuo existe y piensa, aún sin un cuerpo físico. Observemos la analogía entre esto y nuestro planeta tierra.

Resumiendo los conceptos sobre lo que es *mente*, podemos afirmar que:

- a) Mente es el yo volitivo.
- b) Mente es una esfera magnética bipolar que se forma en el hermetista.
- e) Mente es la “piedra filosofal”.
- d) Mente es todo el cuerpo.
- e) Mente es el super cerebro.
- f) Mente es la inteligencia celeste.
- g) Mente es la integración de las facultades superiores que el ser humano tiene en estado latente.

El lector ingenuo se preguntará, probablemente, cómo es posible que *mente* sea una esfera magnética, si en el punto d), se dice que “es todo el cuerpo”. La respuesta es simple, ya que una cosa no contradice a la otra.



La *mente*, o *super cerebro*, es la que permite al *hombre estelar* alcanzar la verdadera sabiduría, aquella del sujeto que “está más allá del bien y del mal”, la del hombre que alcanzó lo eterno; el semisabio, por el contrario, sólo acumula *saber* (conocimiento “muerto” o inconsciente el cual le sirve solamente para destacar en el mundo del *sapiens*, y para usar su inteligencia en metas temporales y limitadas). Cuando el profano piensa, lo hace con su cerebro; el hermetista, con la *mente*.

Tres objetivos básicos

Como ya lo hemos señalado, son la formación del *yo volitivo*, el despertar, y la digestión mental. Sobre estos puntos ya hemos hablado lo suficiente. Solamente queremos insistir en el proceso de la digestión mental, como lo más importante para “procesar” la información que adquirimos por medio del estudio. Cuando aprendemos a efectuar de manera acabada la digestión mental, se abre un nuevo mundo a nuestros ojos asombrados, ya que descubrimos así el verdadero sentido de la información escrita u oral, la significación genuina del arte, la música, y otras formas de expresión humana. Esta capacidad de penetración que se alcanza a través de la *mente*, llega tan lejos, que no importa qué libro leamos, no interesa qué es lo que hagamos en un momento dado; siempre extraeremos sabias y provechosas lecciones, ya que aprenderemos a *leer en el libro abierto de la Naturaleza*. Los animales, las plantas, los pájaros, y aun las piedras, nos hablarán en un lenguaje mudo, pero que entenderemos perfectamente. Además, estaremos permanentemente transformándonos, mediante el proceso de la comprensión, en seres cada vez más sabios y conscientes. Esto nos permitirá ayudar a nuestros semejantes, pero no por medio de la caridad, la donación o la política, sino de un modo superior, enseñándoles a vivir sabiamente, enseñándoles a pensar y a decidir por sí mismos; mostrándoles la conveniencia de que tomen su vida en sus manos y se salven por su propio esfuerzo, ya que la era de los Mesías ha pasado; quien no se salva a sí mismo, se condena. Solamente el individuo que llegó a formar su *mente* puede aquilatar la desmesurada importancia de este hecho.

Tres objetivos superiores

Hemos señalado tres objetivos superiores: desprogramación, muerte iniciática, y renacimiento. Los tres forman parte de un solo proceso, y representan diferentes grados de él. *Programación* es el conjunto de circuitos mecánicos o automáticos que gobiernan la parte biológica y psicológica del *sapiens*.

Por supuesto que no queremos interferir con las funciones biológicas a no ser que se trate de corregir alguna anomalía; sólo buscamos, la liberación psicológica del individuo, para lo cual, no obstante, es necesario reeducar la capacidad motriz.

Expondremos de manera muy general y simple lo que constituye la base del sistema de desprogramación: “se trata de sustituir circuitos automáticos por circuitos conscientes”. *Se desprograma al individuo sometiéndolo a un reaprendizaje vigilico*. Para comprender esto es preciso tener presente que los circuitos mecánicos se forman en el ser humano merced al aprendizaje. Es así como en un momento dado, el niño empieza a caminar sin esfuerzo, en virtud de la automatización del circuito que se ha formado por la repetición del movimiento voluntario. Sin embargo, sostenemos que debido al bajo nivel de vigilia en que vive el *sapiens*, todo aprendizaje es de carácter onírico, es decir, no lleva incorporado un estado de conciencia superior, por lo cual, el aprendizaje general, es de tipo “mecánico”, y refuerza el programa del individuo, disminuyendo progresivamente su nivel consciente, y haciendo más escasas las posibilidades de despertar a una vigilia más elevada. Paradójicamente, mientras más aprende el ser humano, “menos humano” se vuelve, ya que aumenta la potencia y extensión de sus circuitos mecánicos, acercándose cada vez más al robot. Esto, como ya lo hemos manifestado, conduce invariablemente a la anulación de la genuina inteligencia y a la esclavitud o

dependencia absoluta del programa. Consideramos que los tests de medición del coeficiente intelectual sólo determinan “cuán adiestrada está la inteligencia del sujeto”, la agilidad, coordinación y rapidez con que se produce la síntesis de la información neuronal. Estas cualidades, recuerdan, en verdad, las características generales de un computador. Si existieran robots muy perfeccionados, y éstos pudieran diseñar y aplicarse mutuamente tests de inteligencia, seguramente obtendrían un rendimiento sobresaliente, pero medirían solamente la inteligencia mecánica. Estos autómatas, sin embargo, podrían aplicar su extraordinaria capacidad “intelectual” para realizar funciones de una manera mucho más rápida y eficaz que el *sapiens*.

Herméticamente, consideramos al ser humano un perfecto autómata, por lo tanto, negamos que su inteligencia corresponda genuinamente a lo que debe ser el intelecto superior de un verdadero ser humano despierto y consciente.

La desprogramación del individuo, que se consigue gradualmente por medio de un aprendizaje en estado de vigilia superior, da nacimiento a la verdadera inteligencia, la cual conduce a la adquisición del “conocimiento viviente”, en oposición al “conocimiento muerto” del *sapiens*.

Observaciones herméticas que se han llevado a cabo desde la más remota antigüedad, han permitido establecer que un *sapiens* no fallece necesariamente al separarse su espíritu del cuerpo, proceso que constituye lo usual, sino que en el caso de muchas personas, el cuerpo continúa viviendo como un verdadero “zombi” a pesar de haber emigrado el espíritu hacia una vida mejor. Una persona puede vivir 30 ó 40 años en estas condiciones, llevando una vida aparentemente normal. Lo pavoroso es que nadie se da cuenta de esto; nadie sabe que está saludando, conversando, o conviviendo, con un auténtico “cadáver viviente”. Desde el punto de vista hermético, un cadáver no es aquel cuerpo físico en el que se paralizó la vida biológica, sino que es el cuerpo que carece de espíritu, ya que éste (el espíritu) es el sujeto mismo, es el verdadero yo, es el individuo real tras “la persona”. Si no pueden reconocer un cadáver, no parece, por lo tanto, de ninguna manera extraño, que la gente no advierta que ellos mismos y sus semejantes “no piensan verdaderamente”, sino que “algo piensa por ellos”, y que esto, que constituye el motor de sus ideas, se convierte también en el timón y brújula de su existencia. Ya sabemos que “esto que piensa” es el computador central de la especie, del cual se libera el individuo cuando consigue desprogramarse.

Volviendo a las eternas paradojas, consideremos la enorme contradicción que representa el hecho de que la preparación profesional del sujeto lo limite intelectualmente en vez de ampliar el ámbito de su inteligencia; sólo extiende su programa cultural, técnico o profesional.

No existe el sujeto lo suficientemente preparado para sustraerse, en la Universidad, a la sugestión que resulta del prestigio y la autoridad de los maestros, avalados por la imponente imagen de la Universidad. Es así como el alumno acepta ciegamente todo lo que se le enseña, e imita las pautas de conducta de los instructores de mayor prestigio. Algo absolutamente diferente ocurre en cambio con los autodidactas, quienes están por lo general, en un nivel intelectual puro superior al de los egresados de la Universidad, ya que su programación es más débil. Desde el punto de vista hermético, siempre debiéramos preferir el conocimiento autodidacta al saber conseguido por la imposición de los maestros, por lo menos mientras no se modifiquen los actuales sistemas educacionales.

Refiriéndonos nuevamente a la desprogramación, debemos señalar que existe una etapa que puede recorrer el discípulo por su cuenta, y otra más avanzada y rápida, que solamente puede ponerse en práctica con la ayuda de un maestro o instructor. La parte del discípulo se refiere básicamente a la reeducación motriz, procurando darle conciencia a los movimientos. Esto se practica en períodos de diez minutos, repitiéndolo cuantas veces al día se desee. Es preciso moverse lentamente, pensando y sintiendo cada uno de los movimientos que se están haciendo. Al hablar de moverse lentamente debemos entenderlo como “un poco más lento que lo habitual”. Esto significa practicar una deliberación motriz. Esto tiene como consecuencia inmediata elevar el nivel consciente, y situar al estudiante en el “momento presente”. Es preciso reflexionar en el hecho de que no existe nada que procure una sensación más fuerte de existir que el hecho de moverse dentro de un espacio. Hay que caminar conscientemente, mover las manos y brazos, la cabeza, el tronco, los ojos, pensando, y sintiendo.

Junto con este ejercicio hay que meditar todos los días en la diferencia que existe entre Yo y “Fulano de tal”. Es decir, el señor XX debe pensar que él no es XX, y mirar a XX sólo como un títere o vehículo del Yo. Hay que observar cómo XX tiene sentimientos, ideas, impulsos, temores, que en realidad “no son míos”, sino que de hecho, son absolutamente ajenos a yo mismo. Esta práctica se debe perfeccionar hasta que existan dos seres absolutamente separados, con límites perfectamente determinados, hasta que el practicante pueda decir con entera propiedad: *Yo no soy XX*, y estar absolutamente convencido de esto.

Otra disciplina que puede practicar el estudiante, consiste en controlar los cinco sentidos hasta ver o anular la visión a voluntad, oír o no oír, y así sucesivamente, poniendo a los sentidos bajo el control de la voluntad. Este ejercicio es de una extraordinaria importancia, pero no hablaremos sobre sus beneficios, ya que es nuestra intención que conozca el secreto sólo quien practique asiduamente.

En lo que se relaciona con la parte que se debe realizar con la ayuda de un maestro, solamente diremos que este instructor puede anular progresivamente los circuitos del discípulo para que éste trascienda lo mecánico, pero que es una tarea muy larga y delicada, la cual solamente debe conocer quien llegue a dicha experiencia. Es mediante la culminación de esta etapa, que se produce la “muerte iniciática”, que es la disolución de “la personalidad” (en sentido hermético, es sinónimo de programa) y mediante la cual el discípulo deja realmente

de existir, psicológicamente hablando, para subsistir durante el tiempo que demora su renacimiento, con circuitos básicos muy elementales, los cuales no obstaculizan así su evolución.

Después de su renacimiento se le llamará el "dos veces nacido", y de esta manera podemos entender el simbolismo esotérico del nacimiento de Jesús, ya que se dice que su madre era virgen. En propiedad, podemos decir, que el renacido "no es hijo de mujer".

Una vez que se ha producido el renacimiento hermético, el individuo empieza a vivir una existencia absolutamente nueva, como es la del sujeto que se ha desprogramado y liberado del *computador central de la especie*. Por primera vez posee una genuina autodeterminación y autonomía; su pensamiento le pertenece a él mismo; su inteligencia se ha elevado a un nivel superior, y se ha liberado de la influencia onírico-cósmica.

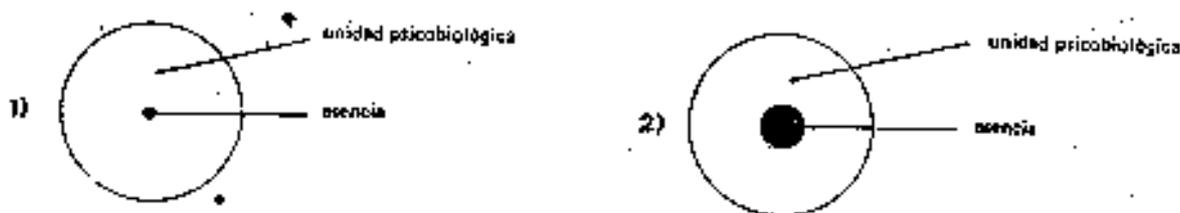
Asimismo, se ha limpiado su alma, volviendo a ser tan inocente y puro como un niño. Éste, y no otro, es el verdadero cielo, el cual se encuentra dentro del individuo. Dios, quien se supone que debe estar en el cielo, y a cuyo regazo se piensa que llegará el creyente que lo merezca, es, en verdad, el *yo superior* o chispa divina, ante cuya luminosidad el sujeto se siente intimidado a la vez que transportado a una condición de suprema paz y amor. Los ángeles en su coro luminoso elevan loas en honor de quien murió en el mundo de la bestia para renacer en el mundo de los hombres. Se ha terminado un ciclo para comenzar otro: la ascensión de hombre a semidios.

Tres objetivos supremos

Hemos señalado tres objetivos supremos: evolución, convertirse en hombre estelar, y trascender el Maya.

Evolución, como ya lo sabemos, significa el crecimiento de nuestra esencia espiritual, liberándolo de la tiranía de la bestia. Nuestro espíritu debe crecer en "cantidad" y "calidad". Representaremos esquemáticamente, de la forma más simple, un proceso evolutivo cumplido en un tiempo X.

En el número 1, la esencia espiritual está representada por el pequeño punto oscuro al centro, y el círculo grande personifica "el resto". En el número 2, se observa un crecimiento del punto céntrico en relación "al resto" lo que simboliza un proceso de evolución.



Queremos señalar aquí, una profunda diferencia entre el camino occidental del hermetismo y las metas perseguidas por el Yoga, donde se pretende que el individuo "se funda en el Nirvana", es decir, se reintegre al huevo cósmico. En rigor, podríamos llamar al Yoga, el camino del huevo, y al hermetismo, el camino del espermatozoide. El yogui, por medio de un esfuerzo enorme, llega a la disolución de su individualidad esencial, la cual se ha demorado tanto en formar. Es así como no reencarna nunca más, y se une al huevo cósmico, esperando una nueva oleada de vida. Cabe preguntarse ¿qué pasa cuando esa nueva oleada de vida llega, después de eternidades de tiempo? Nada es eterno y el liberado de la reencarnación despierta de su sueño eterno, y se ve obligado a reencarnar, y todo comienza nuevamente.

El camino hermético, es, por el contrario, la evolución consciente de la individualidad espiritual. Se trata, en el fondo, de hacer crecer indefinidamente la esencia espiritual del sujeto, para que éste, conservando siempre la conciencia de su propia identidad, evolucione hasta que el cuerpo humano, tal como lo conocemos, no le resulte suficiente para dar cabida a su enorme poder espiritual, momento en el cual prosigue su evolución en cuerpos celestes, tales como el planeta tierra u otros. Resulta completamente imposible concebir la vida de uno de estos seres, y el imaginar cómo piensan, hablan, sienten, y se mueven. De todos modos, resulta útil observar que una esfera celeste posee un cuerpo básicamente igual al de los dibujos uno y dos, correspondiendo la esencia al núcleo, y el resto, al cuerpo físico. De igual modo, podemos conjeturar la importante diferencia que puede existir, por ejemplo, entre el sol y un planeta del sistema.

Volvamos, a continuación, con lo que significa convertirse en *hombre estelar*.

Para tener claro qué es un *hombre estelar*, debemos decir que es un sujeto que fue un *sapiens* en un pasado cercano o remoto. Por medio de su propio esfuerzo, logró provocar en sí mismo una mutación genética y funcional-psicológica, lo cual estableció la base para su tránsito al otro extremo del espectro evolutivo, uno de cuyos polos está representado en el *homo sapiens* y el otro, en el *hombre estelar*, nombre dado a hermetistas que han llegado a un alto nivel de conciencia. Un *hombre estelar* no es necesariamente un *maestro hermético de sabiduría*, ya que aquélla es una difícil especialización; sólo es un hombre que habiendo trascendido su

condición de “terráqueo” está apto para continuar el estudio de los grandes arcanos del Universo y elegir su destino futuro.

Hay muchos “maestros” que han realizado grandes cosas, y que poseen muchos conocimientos, pero que no son *hombres estelares*. Por el contrario, cuando un *hombre estelar* llegue a la maestría hermética, será siempre un “maestro de maestros”.

Con respecto a la especialización que puede seguir el hermetista en lo avanzado de su camino, mencionaremos solamente dos de las más importantes, siguiendo el argumento de “Zanoni”. Nos referimos, precisamente, al camino de Zanoni y al camino de Mejnour. El camino de Zanoni es el de la alta política; el de aquellos líderes que marchan a la cabeza de la historia de la humanidad; mejor dicho, son los creadores de la historia y conductores de la civilización. El camino de Mejnour es el del *maestro de sabiduría*, que es el más conocido. Sin embargo, debemos decir que estos individuos son los más escasos, y que hay poquísimos en el mundo, ya que lo extremadamente difícil de su tarea hace que muy pocos tengan la fortaleza espiritual necesaria para elegir esta senda. Aunque la gente crédula ve maestros por todas partes, éstos son muy raros y están más ocultos de lo que se piensa. Los que se muestran, lo hacen sólo persiguiendo el objetivo iniciático.

Algunos de estos maestros, no todos ciertamente, llegan a trascender el Maya, o principio ilusorio universal. Esto significa que viven por sobre “la apariencia disfrazada de realidad”, y que los acontecimientos más significativos para la raza humana, no pasan de ser, para ellos, “el flujo y reflujo del Maya”, mera ilusión que se forma sólo para destruirse y re-formarse infinita y repetidamente, tal como la marea que fluctúa incesantemente, repitiéndose siempre el mismo ciclo, con un cambio apenas infinitesimal. Con la calma suprema de la realidad absoluta, contemplan imperturbables el “circo” de la vida humana, tal como lo hacía Mejnour en la novela de Bulwer Lytton.

Cabe aquí meditar en la controversia producida entre dos “mitológicos” maestros, Cagliostro, y el conde de Saint Germain. Cagliostro, como todos lo saben, fue uno de los impulsores de la revolución francesa, y el célebre episodio del collar de María Antonieta fue directamente provocado por Cagliostro a través de Madame de La Motte, para desencadenar el proceso revolucionario. El conde de Saint Germain, por el contrario, era partidario de mantener la realeza, y creía que la revolución sobraba. No es esto lo que nos interesa, sino la postura filosófica de cada uno: Cagliostro sostenía que la revolución provocaría un extraordinario avance evolutivo en el mundo; Saint Germain afirmaba que no existía ninguna prisa en la evolución de la muchedumbre humana, y que daba lo mismo que avanzara lenta o rápidamente, ya que la evolución siempre transcurre en círculos, es decir, se cierra un ciclo para comenzar otro.

Para comprender lo que significa trascender el Maya, debemos recordar lo que hemos dicho al tratar el principio del mentalismo: “El Universo es mental; la única realidad esencial es mente; el Universo es una creación mental y vivimos en la mente de Dios”... “El *todo* es infinito, eterno, inmutable e incognoscible; todo aquello que es finito, mudable y transformable, no puede ser el *todo*, y como nada existe fuera de él, todo lo finito debe ser nada realmente”.

Trascender el Maya significa entonces ser plena y totalmente consciente de lo ilusorio de todo lo finito, mudable, y transformable y haber logrado proyectar la conciencia hacia lo infinito, inmutable y eterno, es decir, Dios.

LA VIDA Y LOS PODERES DEL HOMBRE ESTELAR

Si se nos presentara la oportunidad de conocer y alternar con un *hombre estelar*, probablemente no seríamos capaces de advertir en él ninguna diferencia apreciable con respecto al resto de la humanidad. Nada es más risible que la semblanza física que algunos “místicos” pretenden hacer de los grandes iniciados, donde se representa a los maestros legendarios, como Jesús, Kut Humi, Moria, Serapis u otros, como poseedores de una belleza física extraordinaria, como si fueran verdaderos ángeles encarnados. Esto demuestra, precisamente, la idealización que la gente hace de estos hombres, cuya apariencia física no difiere, en verdad, de aquélla del hombre común que podemos ver en cualquier sitio. Lo único que los denuncia a los ojos de quienes saben ver, es el aura de fuerza y poder que los rodea, sus ojos brillantes, su rostro iluminado y la vibración armónica que proyectan. Transcribiremos la interesante descripción que se ha hecho de los Rosacruces, citada por Henri Durville en su libro “Historia de la Ciencia Secreta”. Los Rosacruces constituyeron en su época la más importante Orden Hermética, semillero de *hombres estelares*. Sin embargo, los verdaderos rosacruces no se muestran tan fácilmente, y la mayor parte de las veces, quienes dicen serio y pretenden demostrarlo por medio de toques o palabras de pase, no son sino vulgares imitadores que usurparon el sagrado nombre. Hay rosacruces y “rosacruces”, y el iniciado o estudiante sólo podrá reconocer a los auténticos por signos internos, y no externos. Después de esta disgresión, conozcamos el comentario sobre los rosacruces transcrito por Durville:

“Su existencia aunque históricamente incierta, está rodeada de tal prestigio que lleva a la fuerza al asentimiento y conquista la admiración. Hablan de la humanidad como infinitamente por debajo de ellos; su orgullo es grande aunque su exterior sea modesto. Aman la pobreza y declaran que para ellos, constituye una obligación, aunque puedan disponer de inmensas riquezas. Se apartan de los afectos humanos y no se someten a ellos más que como a obligaciones de conveniencia que impone su permanencia en el mundo. Se portan muy cortésmente con las mujeres, aunque son incapaces de un cariño y las consideran como seres inferiores. Son sencillos y diferentes en el exterior pero la confianza en sí mismos que llena su corazón, no deja

de radiar más que delante del infinito de los cielos. Son la gente más sincera del mundo pero el granito es blando en comparación con su impenetrabilidad. Cerca de los adeptos, los monarcas son pobres; a su lado los más sabios son estúpidos; no dan jamás un paso hacia la fama que deprecian, y si llegan a célebres, es a su pesar; no buscan los honores, ya que ninguna gloria humana les es conveniente. Su gran deseo es pasearse incógnitamente a través del mundo; por esto son negativos delante de la humanidad y positivos ante cualquier cosa; autoarrastrados, autoiluminados en sí mismos en todo, pero dispuestos a hacer el bien en la medida de sus fuerzas. ¿Qué medida puede aplicarse a esta inmensa exaltación? Los conceptos críticos se desvanecen delante de ella. El estado de estas filosofías ocultistas es lo sublime o lo absurdo. No pudiendo comprender su alma ni su objeto, el mundo declara que uno y otro son fútiles”.

Esta semblanza dista mucho de ser atractiva o agradable, pero expresa la visión que el *sapiens* tiene del *hombre estelar*. Por nuestra parte, diremos que el Iniciado Hermetista, puede alcanzar los siguientes privilegios a lo largo de su camino iniciático:

1. Liberarse de los complejos y pasiones inferiores.
2. Liberarse del Computador Central de la especie y ser un hombre realmente despierto.
3. Claridad mental absoluta y equilibrio emocional.
4. Conocimiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza (lo natural no conocido).
5. Ingreso a la élite de los verdaderos sabios. El verdadero sabio es el sabio de la mente y no del intelecto.
6. Sobreponerse a las eventualidades de la vida.
7. Conocerse y encontrarse a sí mismo.
8. Apoderarse del secreto de la felicidad y del amor.
9. Desprogramación emocional, instintiva y cerebral.
10. Liberarse del inconsciente colectivo o alma animal.
11. Unirse a la divinidad interna.
12. Conocer las verdades trascendentales y *la verdad única*, convirtiéndose en un *sabio de la mente*.
13. Liberarse del dolor y sufrimiento estéril.
14. Reencarnar conscientemente por medio de un “avatar”.
15. Conocer las causas ocultas de todo lo que existe.
16. Tener el poder de las vibraciones y secreto de las transmutaciones.
17. Alcanzar la calidad de *hombre* o *mujer estelar*, por medio de una mutación genética y psicológica.
18. Liberarse del Maya.

Estos poderes ponen al hermetista en un nivel muy superior al del hombre común y corriente, por lo cual, resulta una tarea muy ardua llegar a conocer verdaderamente a un maestro hermetista, ya que aun cuando seamos sus más íntimos amigos y él nos comunique sus más secretos pensamientos y sentimientos, no nos será posible, desde nuestra posición interpretarlos o evaluarlos adecuadamente, y probablemente lleguemos a conclusiones absolutamente opuestas a la verdad.

Es menester considerar la condición netamente *espiritual* del *hombre estelar*, y que todas sus facultades superiores son de índole espiritual, a la inversa de los cultores o practicantes de la magia astral, quienes no necesitan haber despertado ni menos haberse desprogramado para ejecutar sus “hechizos”. Sin embargo, es preciso advertir que el gran porcentaje de quienes se dedican a “la magia”, caen de lleno en la “magia negra”, la cual podemos definir, en una de sus acepciones, como “el uso y proyección de la energía masa del cuerpo, sin haberse desprogramado con anterioridad”. Es decir, todos aquellos aprendices de hechiceros son, por lo general, hombres dormidos y programados, los cuales, dentro de su condición onírica han tenido la oportunidad, por X motivo, de tener acceso a la teoría hermética, y la emplean, usualmente, para satisfacer sus pasiones inferiores o vivir la agradable ficción de pasar por seres “muy evolucionados” y poderosos. A veces, detrás de estos personajes existe la sinceridad del que engañándose a sí mismo vive en la fantástica alucinación de un mundo subjetivo creado a su propio gusto.

“Magia negra” no es, comúnmente, aquella que mata y destruye, sino más bien, la que provoca el caos y la anarquía porque sus cultores son utilizados por la bestia, de la cual no se han liberado, para sus propios y oscuros designios.

Es fácil comprender que “lo mágico”, y “lo espiritual” son dos cosas absolutamente diferentes, y que jamás se llega a lo espiritual por la vía de “lo mágico”. A la inversa, no existe ningún sujeto que en verdad sea espiritual, que no tenga acceso a “lo mágico”. *Magia sin espiritualidad es siempre magia negra*. Para comprender esto debemos recordar que *espiritualidad* no es de ninguna manera “adoptar” una actitud espiritual de pureza, mansedumbre y amor, sino que significa, como ya lo hemos dicho, *conseguir que el espíritu se manifieste a través del propio cerebro*.

Por este motivo, debemos, obligatoriamente, considerar a la Parasicología como un conjunto de fenómenos de proyección de energía, los cuales no tienen absolutamente nada que ver con lo espiritual. No se necesita ser espiritual para convertirse en médium o tener premoniciones; por el contrario, estos fenómenos ocurren en la esfera astral inferior, relacionada con lo animal y pasional del ser humano.

Volviendo a los poderes espirituales del hermetista, debemos decir que sus atributos superiores no le permiten escaparse o eludir la realidad material, sino muy al contrario, debe respetar las leyes del *todo*, ya que nadie puede ir contra las leyes. Desde el momento en que vive en un cuerpo material, debe alimentarse,

dormir, descansar y divertirse como cualquier otra persona; tiene que sufrir los mismos problemas de cualquier organismo biológico en un medio ambiente hostil. Los pseudo libros de ocultismo han dado una falsa imagen de esto, ya que pintan al iniciado como un ser fabuloso que no necesita comer ni dormir, y que pasa la mayor parte del tiempo desdoblado en el plano astral.

Se confunde la perfección espiritual con la material, olvidando que la perfección en la materia no existe, por estar ésta sometida a constantes transformaciones. Sin embargo, el iniciado hermetista posee el secreto de las transmutaciones, y puede, en ciertas circunstancias crear o transformar situaciones vitales con el fin de aliviar problemas que lo aquejen, o ayudar a otras personas que estén en posición difícil.

El *hombre estelar* es el poseedor de la verdad. Mucha gente se irrita al pensar que alguien pueda atribuirse la posesión de la verdad absoluta, estimando esto como un acto de egocentrismo y profunda arrogancia. Sin embargo, imaginemos por un momento que alguien pudiera, efectivamente, tener acceso a la verdad absoluta. Ese hombre, ¿debiera callar para siempre y ocultar su conocimiento? ¿O bien, tendría el deber de ayudar a quienes desearan llegar también al conocimiento de la verdad?

Afirmamos fehacientemente que el hombre estelar es poseedor de la verdad absoluta, y que nadie puede llegar a lo absoluto sin convertirse primero en hombre estelar. Por lo tanto, nadie sino los *hombres estelares* tienen la verdad absoluta, y esto ocurre no porque alguien en particular, humano o divino, se las haya revelado, sino porque la especial conformación cerebral e intelectual a la cual han llegado merced a su mutación genética y psicológica, les permite conocer la realidad desnuda, lo cual no es factible en las condiciones oníricas que vive el *sapiens*. Es menester comprender que el *sapiens* no posee *el órgano de la verdad*, sino más bien, *el órgano de la ilusión o mentira*. Algunos grandes maestros afirman que cuando el hombre vivía en el paraíso, conocía la verdad, aun cuando no podía aprovechar este conocimiento ya que no evolucionaba. Cuando Dios castigó al hombre con la expulsión del edén, le injertó *el órgano de la ilusión*, a fin de que pudiera llegar a la verdad sólo mediante el esfuerzo titánico de su voluntad e inteligencia, y no por gracia divina. Esto significa entonces que el hombre puede llegar a conocer la verdad y además evolucionar, por poseer un cuerpo físico sujeto a las transformaciones.

Ahora bien, el hecho de que un *hombre estelar* tenga la verdad absoluta no quiere decir ni remotamente que lo sepa todo, sino que al revés, es consciente de todo lo que ignora, pero tiene *la ciencia fundamental*, con la cual es posible llegar a tener el conocimiento de todo que se quiera si se dispone para ello de un tiempo prudente.

Tener la verdad absoluta significa haber llegado por sobre el esquema universal, a la unión con el *todo*, quien crea y sostiene la ilusión universal. *Lo absoluto es lo que no cambia jamás lo que permanece siempre idéntico en su naturaleza intrínseca.* Precisamente, las verdades herméticas no cambian en sí mismas, solamente es necesario saber aplicarlas de distinta manera a situaciones siempre cambiantes.

Existen tres tipos de verdad:

1. Verdad cósmica absoluta: (conocimiento de los misterios de la naturaleza) (el conocimiento de los 7 principios herméticos).
2. Verdad absoluta particular: (la verdad absoluta en relación a un problema o situación específica).
3. Verdad relativa: (verdad para el mundo ilusorio y mentira para la verdad absoluta).

Es desde, el punto de vista de la verdad relativa que se ha enunciado el conocido aforismo que dice que "nada es verdad ni es mentira; todo es según el color del cristal con que se mira".

El *hombre estelar* es feliz. Su felicidad no se basa, sin embargo, en los hechos materiales, aún cuando usa de todo lo que la naturaleza le ofrece. Su felicidad se basa en la perfección, hermosura, armonía y estabilidad de su mundo interno. El mundo está lleno de gente infeliz, ya que buscan satisfacer su "hambre interna" y no saben cómo hacerlo.

Cada individuo necesita un particular alimento para su espíritu, que es el único que lo va a saciar verdaderamente, pero generalmente su ignorancia lo lleva a buscar una de estas sendas:

1. Los que satisfacen constantemente a su bestia sin alimentar el espíritu.
2. Los ascetas que renuncian a los placeres materiales, por convicción interna o por la compulsión de sus complejos. Se entregan a la búsqueda espiritual pero no consiguen la felicidad anhelada.
3. Los que tratando de mantener un equilibrio entre los dos puntos anteriores, no hacen sino esclavizarse a la ley del péndulo que los lleva alternativamente de una cosa a otra.

El *hombre estelar* llega a un perfecto equilibrio interno, y establece por partes iguales la satisfacción de su hambre espiritual y bestial, es decir, alimenta a su bestia y a su espíritu, manteniendo así una perfecta estabilidad. Por supuesto que su bestia no es aquella pervertida de la cual hemos hablado en otros capítulos, sino una bestia pura y natural.

El *hombre estelar* es humilde. Conoce perfectamente la enorme magnitud de lo que ignora, y al compararse él mismo con aquella inmensidad, se siente sobrecogido por su propia pequeñez.

El *hombre estelar* ama a toda criatura viviente. Su conciencia está en todo y todo está en él. Este sentimiento de unidad total lo hace profundamente conocedor de la naturaleza humana, y al conocer los motivos profundos de los hombres, encuentra difícil culparlos por sus errores. Nadie es capaz de dar más amor que él, porque amar es dar, y el *hombre estelar* es como un sol ardiente. Tal como el astro rey, él elabora energía en su interior por medio de la transformación de la materia. (Como es arriba es abajo.)

El *hombre estelar* es justo e imparcial. La posesión del “juicio interno” lo capacita para pensar siempre de manera impersonal, es decir, para juzgar sin que intervengan sus simpatías ni antipatías personales, ni menos su conveniencia individual. Un verdadero sabio es siempre justo.

El *hombre estelar carece de pasiones*. Todas sus manifestaciones instintivas, emocionales e intelectuales, *son activas*, es decir, *autogeneradas* de modo genuino. Recibe y disfruta los estímulos, pero éstos no lo obligan a sentir determinadas cosas ni consiguen esclavizarle; él goza de lo que quiere disfrutar.

El *hombre estelar* es superior a la muerte. Si su cuerpo físico muere, no ocurre lo mismo con su *individualidad espiritual*, la cual sobrevive a esta destrucción y toma posesión de otro cuerpo físico, ya sea volviendo a los claustros maternos o bien “haciéndose cargo” de un cuerpo ya crecido. Esto le permite reencarnar conscientemente, constituyéndose en un *avatar*.

El *hombre estelar* se renueva a sí mismo constantemente. Modifica cada cierto tiempo sus pautas de conducta, hasta el extremo de que sería posible, para un observador cualquiera, afirmar que no las tiene. Conoce el misterio del Ave Fénix que renace de entre sus propias cenizas, y cuando llega el momento, se da muerte a sí mismo, produciéndose después un renacimiento luminoso. Este proceso misterioso ocurre varias veces en la vida del *hombre estelar*, en el mismo cuerpo físico.

El *hombre estelar* es absolutamente indiferente a la opinión ajena. No le importa, de ningún modo, la imagen que él mismo pueda irradiar. Aún más, piensa que bajó ciertas condiciones es preferible dar una “mala imagen”, ya que así no hay posibilidades de idealización y se cuenta con amigos más sinceros. Es amistoso, pero sólo con quienes poseen contenido interno; no tolera a los superficiales, a no ser que tengan cualidades especiales en estado latente.

El *hombre estelar* está más allá del bien y del mal, y por lo tanto, su opinión sobre los hechos del mundo y de la gente difiere considerablemente de lo común. A veces es muy duro con el que ha cometido una falta que para nosotros puede no tener ninguna importancia, y en otras oportunidades, trata con benevolencia a quienes estimamos que merecen el peor de los castigos. Nadie conoce cuáles son sus razones, pero tengamos por seguro que su actitud no obedece jamás a un mero capricho.

El *hombre estelar* vive causalmente. Por tener contacto con el plano superior de las causas, él mismo es quien pone en movimiento las causas que desea que posteriormente se manifiesten en su propia vida, u otras, como efectos concretos. El vulgo debe limitarse a esperar que todo “les suceda” es decir, que aquello que llaman casualidad los favorezca de la manera que ellos esperan. Cuando esto no ocurre, deben resignarse a vivir los efectos de causas que ignoran por completo.

El *hombre estelar* es verdaderamente humano. Sus poderes espirituales no lo hacen apartarse de la vida, y generalmente cumple sus deberes ciudadanos y se gana la vida como una persona cualquiera. Si contrae matrimonio, procura siempre elevar a su compañera a su mismo nivel, pero si no lo logra, sabe vivir con paz, armonía y amor.

El *hombre estelar* no profesa ninguna ideología política; solamente es un humanista que desea que todos los seres humanos alcancen su evolución espiritual. Observemos la diferencia que existe entre revolución y evolución. La primera indica un giro que se repite cíclicamente, o sea, que todo cambia, pero que posteriormente, con el paso del tiempo, todo vuelve a ser como en un principio. Evolución, en cambio, indica una espiral ascendente, donde se lleva a cabo una transformación profunda y no superficial. Está en contra de todo lo que combate la libertad del individuo, pero al mismo tiempo, condena el libertinaje. Considera qué para ser libre, es el propio individuo quien tiene que merecerlo y conseguirlo y no esperarlo como una gracia de la sociedad o de Dios.

El *hombre estelar* puede enfermarse y morir como cualquier persona, ya que su cuerpo físico está sujeto también a la ley de las transformaciones materiales. Sin embargo, puede, en la mayoría de los casos, si es que así lo desea, transmutar la enfermedad en salud, de manera progresiva y gradual. El peligro más grande para él, reside en las causas negativas tomadas de otras personas a quienes ha prestado su ayuda en un momento dado, es decir, al karma que ha absorbido, ya que esto provoca realmente “una enfermedad de origen mental”, la cual resulta difícilísima de curar. Recordemos que Jesús no pudo salvarse a sí mismo a pesar de ser el salvador de la humanidad.

El *hombre estelar* no es un ermitaño que permanezca aparte de los vaivenes de la vida; lejos de ser insensible, vive de un modo mucho más intenso que el común de la gente. Sin embargo, puede, si así lo dispone, ser más duro que una roca o un diamante, o por el contrario, amar con todo su ser. Emocionalmente hablando posee una sensibilidad exquisita, ya que su conciencia abarca una gama de vibraciones infinitamente más amplia que la del hombre común. Es como si poseyera un piano con un inmenso teclado, en el cual existieran miles de notas diferentes, a diferencia de la escala común.

El *hombre estelar* es introvertido, pero no por egoísmo, sino por la riqueza extraordinaria de su mundo interno. Su conciencia es tan rica, que le resulta doloroso apartarse de ese real cielo para actuar en este mundo material. Esto es particularmente doloroso para *el maestro de sabiduría hermética*, o sea, quien ha asumido la responsabilidad de transmitir el conocimiento, ya que todo auténtico Maestro es, en cierta forma, un

crucificado, símbolo de Jesucristo. Un axioma hermético rosacruz dice que “hay que descrucificar a Cristo (el *yo superior*) para crucificar al corazón” (lo emocional egoísta). Nadie sabe el sacrificio que puede significar para un individuo que llegó al cielo, el descender nuevamente al oscuro mundo de barro. Sin embargo, esto obedece a la verdadera sabiduría del principio de polaridad, ya que si el sujeto estuviera permanentemente en el cielo, terminaría por degenerarse al no tener obstáculo para su virtud. Es por eso que el *hombre estelar* vive en el cielo pero con los pies en la tierra. Como ya lo hemos dicho en otra parte de esta obra, es un “habitante de dos mundos”; vive simultáneamente en el cielo y en la tierra; es humano y divino.

El *hombre estelar* conoce los secretos del magnetismo universal, lo que le permite vitalizarse a sí mismo y proyectar su conciencia a su alrededor.

Todo hermetista de alto grado posee una tremenda irradiación magnética que circunda su cuerpo a la manera de una esfera energética, que es la prolongación de su fuerza mental. Este esferoide de energía magnética abarca un espacio que está en relación al desarrollo espiritual del iniciado. Se dice que Jesucristo poseía una esfera magnética tan poderosa que abarcaba todo el planeta tierra, esto provocaba una enorme influencia en la raza humana.

A través de este arcano es posible entender por qué “Dios está en todas partes”, ya que su irradiación llena todo el Universo.

El *hombre estelar* practica el secreto del “círculo evolutivo”. Ya nos hemos referido al “círculo del burro”, es decir, al largo camino que recorre a veces “la bestia humana”, para quedar siempre en el mismo lugar. Este circuito no le aporta ningún provecho ni evolución. A la inversa, “el círculo evolutivo” consiste en el sabio manejo del principio de la polaridad, donde el iniciado oscila entre la tierra y el cielo, polarizándose y despolarizándose alternativamente. De este modo, conserva un equilibrio perfecto y mantiene la sabiduría de quien no alcanzó a acostumbrarse a la luz ni a la oscuridad. Sus largos viajes lo conducen siempre al punto de partida, pero habiendo evolucionado considerablemente. Para poner un ejemplo de esto, citaremos el proceso tan bellamente relatado por Herman Hesse en “Sidharta”, donde el protagonista debe, luchar incansablemente durante mucho tiempo para poder separarse de la muchedumbre humana y poseer su propia individualidad. Sin embargo, después de alcanzarla, debe pasar toda clase de padecimientos y experiencias diversas, para alcanzar al final, la unión con todo. Pero qué diferencia, qué abismo infinito separa al Sidharta del comienzo con el sabio del final; la evolución se ha cumplido. Si tuviéramos que transmitir esto en un aforismo simple, diríamos que el mayor deseo de quien ha caído, es elevarse al cielo, y el más fuerte impulso de quien llegó al cielo, es, naturalmente, descender a la tierra. Nuevamente debemos meditar en “La rebelión de los ángeles” de Anatole France.

El *hombre estelar* posee su propia moral. La moral celeste es diferente de la moral del hombre terrestre. La celeste es absoluta e invariable dentro de la flexibilidad del juicio interno, mientras que la terrestre se acomoda a las costumbres de las culturas dominantes. Si un día dominara una cultura de antropófagos, la antropofagia sería considerada perfectamente moral y correcta; aun más, tal vez se castigaría a quienes no la practicaran.

Cuando decimos que la moral del *hombre estelar* es invariable, no queremos significar que sea rígida, sino que a pesar de transformarse constantemente permanece intacta en su naturaleza esencial. El hermetista considera, en cambio, inmorales, muchas actitudes del *sapiens* que nadie condena moralmente. La irresponsabilidad, el abuso del poder, el chantaje emocional, la abulia, la hipocresía, el conformismo ciego, la autocompasión, el condicionamiento cerebral por medio de la publicidad, la glorificación y aplauso del automatismo de la inteligencia, son, por citar sólo unas pocas, actitudes y costumbres inmorales del *sapiens*. La ética del hermetista es infinitamente más elevada y sólida que las acomodaticias reglas de conducta del vulgo.

El *poder del hombre estelar*, no emana de su “tercer ojo”, ni de “chakras” o “Kundalini”. Tampoco posee cualidades parasicológicas. Como ya lo hemos manifestado el hermetista sostiene que las cualidades parasicológicas representan solamente el “desplazamiento y proyección de la energía de la masa”, por lo cual, mientras más bestial sea el sujeto, mayores posibilidades de éxito tendrá. Es por esta razón que las cualidades parasicológicas “funcionan mejor” cuando el sujeto está experimentando fuertes estados pasionales de tipo instintivo o emocional, los cuales intensifican o multiplican la irradiación de la energía de la masa. No existe ningún mérito espiritual en esto, sólo es una “hechicería inconsciente”. El poder del hermetista emana de su fuerza espiritual, de su pureza, del dominio de sus pasiones, de la sublimación de su energía animal, y de la rectitud de sus intenciones.

El *hombre estelar* puede tener grandes problemas materiales en su vida terrenal, ya que su enorme diferencia de nivel con la gente hace que ésta lo mire, instintivamente, con desconfianza y temor, al percibir un poder extraño que no sabe como catalogar. Persecuciones y fracasos económicos pueden convertirse en graves obstáculos para el hermetista, cuyo “reino no es de este mundo”, y cuyas habilidades no son las de destacar en esta tierra donde el éxito social y económico corresponde a quienes poseen para ello una especial conformación psicológica. No obstante, a pesar de que el hermetista puede fracasar en algo, jamás lo agobiará dicha experiencia, y si se empeña lo suficiente, terminará siempre por vencer.

El *hombre estelar* hace el bien, pero “mira muy bien a quien”. Presta su ayuda en la medida de sus fuerzas, pero solamente a quienes, según su estimación, lo merecen efectivamente. Considera que ayudar al que carece de mérito es en verdad hacerle un mal. Si el apoyo que brinda es malgastado o no aprovechado, vuelve a darlo dos o tres veces, pero no más.

El *hombre estelar* puede ser una persona muy difícil de tratar, o bien, la más agradable del mundo. Acostumbrados a vivir en un mundo de mentiras, hipocresías, engaños y falsedades, es un shock para algunos individuos el alternar con el *hombre estelar*, ya que éste es absolutamente genuino, natural y auténtico, sin pliegues ni escondrijos de ninguna clase. Su sinceridad puede resultar insoportable para el sujeto que se escuda tras las incontables máscaras de la personalidad. Se ha tratado de explicar la simplicidad natural de las actuaciones del *hombre estelar* diciendo que “cuando come, come; si piensa, piensa; cuando habla, habla; y si descansa, descansa”.

No es un ser perfecto ni aspira llegar a serlo; como ya lo hemos expresado, se trata de alcanzar solamente una “relativa perfección”, ya que la perfección absoluta no existe.

Sin embargo, al realizarse en su mutación de *hombre estelar*, ha terminado su ascensión al Olimpo, y es un habitante más del monte sagrado; Semidios que no desea todavía la divinidad absoluta. No obstante, jamás terminará de estudiar los misterios del Universo, los cuales no podrá conocer nunca de manera completa.

Tal vez se piense que ésta es una senda demasiado individualista, en una época en que el mundo se vuelca cada vez de manera más acelerada hacia una estructuración colectiva. A quienes opinen de este modo, debemos hacerles notar que si una persona no adquiere primero *su individualidad*, no es, en realidad, sino un apéndice de la muchedumbre; nada más que uno de los elementos formativos de un circuito que a la vez es parte de la gran maquinaria.

Comprendemos que existan individuos que por haber fracasado en lo personal, pretendan fundir su indeseable yo con el colectivo de las muchedumbres, pero también tiene que existir la oportunidad de emanciparse y desarrollar un yo superior hasta llevarlo a la plena realización y madurez. Es preciso, para entender esto, diferenciar al sujeto cuyo simple egoísmo lo lleva a un individualismo ciego y pernicioso para la sociedad de aquél que habiendo conseguido *ser individual*, tiene muy claros sus deberes para con la humanidad. Sólo quien llegó a ser libre puede tener una verdadera *conciencia colectiva*, pero conservando su plena libertad y autonomía, sin ceder su cerebro a ningún conquistador. ¡Qué diferencia existe entre estar integrado a la humanidad por incapacidad de ser libre, a unirse a ella después de haber alcanzado la libertad!

Resulta interesante considerar que el *sapiens* teme a la libertad, ya que ésta involucra, precisamente, lo único que no puede tener un animal que vive en rebaño: individualidad inteligente. Por el mismo motivo, procura agruparse en movimientos que no le exijan pensar o tomar decisiones. A la inversa, el camino hermético obliga al sujeto a tomar en sus manos la responsabilidad de su propia vida, en vez de transferirla a los grupos sociales.

Desde un punto de vista filosófico, podemos afirmar que “nada puede hacer por el mundo y la gente, quien no alcanza primero su propia existencia individual”. Quien “no es”, nada tiene para dar. Por el contrario, cuando el hermetista ha llegado a su plena estatura individual, está en condiciones de ayudar a la humanidad de la única manera verdaderamente eficaz: enseñándole a vivir sabiamente.

VISION GENERAL

Podemos ver a través del estudio del hermetismo, como el *sapiens* pierde lo mejor de su vida al no poder obtener para sí mismo, valores realmente perdurables. La felicidad que busca, se le escapa de las manos, y queda sólo el goce pasajero del instante de placer. La comprensión de este fenómeno, convierte, por lo general, al individuo, en un cínico materialista, cuya principal creencia es que “hay que pasarlo bien mientras se pueda, porque después de esta vida no hay otra”. Esta es en verdad, la meta más perseguida por la gente: “pasarla bien”. Sin embargo, poco a poco, al ganar en años y experiencia, el sujeto se da cuenta que no ha logrado de ninguna manera la felicidad, ya que si “lo ha pasado bien”, estos momentos han sido sucedidos por otros de dolor, sufrimiento, y vacío interior. Por lo general, la gente piensa que le falta algo específico en su vida para ser feliz, y que al conseguir esto, lograrán su dicha. Cuando consiguen la realización de su deseo y continúan tan infelices como antes, se vuelven cada día más materialistas e insensibles, o bien, se entregan a un irreal misticismo religioso o filosófico.

Nada es más temible que hacer un balance de qué es lo que se ha sacado de la vida, fuera de subsistir, sufrir o gozar, o qué es lo que uno ha hecho por los demás. El ingenuo, puede fácilmente llenar su columna del haber con sus títulos profesionales, sus posesiones materiales, su dinero, su familia o los conocimientos que ha logrado obtener. Sin embargo, la fría realidad es que el individuo *no es dueño de nada, a no ser que tenga la seguridad de que lo que posee, perdurará*. Solamente puede, en las condiciones ordinarias, hacer un listado de las cosas que la vida le ha entregado en administración, y aun en ese caso, ignora el plazo de expiración de dicho mandato.

En realidad, el sujeto obtiene de la vida, para sí mismo, sólo aquello que puede conservar indefinidamente, más allá de la muerte. Esto (el obtener algo para sí) significa darle un sentido individual a la vida; representa adueñarse de algo íntimo y personal, lo cual constituye, en buenas cuentas, el fruto de la Vida.

Cada cual debe preguntarse, ¿qué fruto he obtenido de la vida? ¿O es suficiente conformarse con vivir? ¿Lo que yo creo haber obtenido, lo tengo realmente? ¿O puede deshacerse mañana mismo como una pompa de jabón?

Muchos pensarán que este modo de reflexionar es muy egoísta, pero debemos pensar que es tanto o más necio el no lograr nada para sí mismo, como el excesivo egoísmo. Darlo todo a cambio del aire que se respira, y por los alimentos y comodidades que se precisan para mantener el cuerpo con vida, puede ser muy

romántico y poético, pero tremendamente inconveniente, ya que representa la esclavitud eterna. Al decir eterna, usamos esta palabra en el sentido del tiempo cósmico, que al compararlo con el terrestre, es realmente interminable. Esto lo podemos comprobar en los sueños, ya que en ese instante el individuo tiene entrada al tiempo cósmico, y es por eso que en treinta segundos terrestres puede soñar el argumento de una vida entera, desde el nacimiento a la muerte. Este mismo concepto puede aplicarse al “tormento eterno del infierno”.

Muchas personas se burlan del hermetismo, ocultismo y todo lo esotérico, pero generalmente, ninguna de ellas ha tenido una experiencia directa en la materia, y solamente hablan de oídas o por prejuicios. Algunos se sienten orgullosos de su intelecto, y se apoyan en su razón para descalificar lo hermético. Es de esperar que quienes lo hacen así, estén absoluta y completamente seguros que razonan efectivamente, y que no caen en alguna de estas clasificaciones del pensamiento crítico:

1. Los que creyendo estar despiertos, sueñan.
2. Los que imitan ciegamente, depositando una fe implícita en otras personas, sistemas o instituciones, para liberarse del trabajo de pensar por sí mismos.
3. Aquéllos cuyas pasiones ocupan el lugar de la razón. Se trazan de antemano una línea, y no atienden a ninguna razón ajena ni propia que no esté dentro de esta línea, o que halague su estado de ánimo, vanidad o interés.
4. Aquéllos que adoran sus propias ideas como imágenes sagradas. Nuestras ideas nos pertenecen desde tiempos inmemoriales e ignoramos cómo se insinuaron sutilmente en nuestro cerebro. No permiten jamás que alguien las profane o discuta.

No hay que olvidar, que por lo general, la mayor parte del razonamiento del individuo consiste en encontrar argumentos para continuar creyendo lo que ya cree.

Otros, negarán ciegamente su posible dependencia de un “computador central”, aduciendo que “ellos hacen lo que quieren” (no se dan cuenta que quieren lo que el computador central los hace querer). Basta analizar a fondo las motivaciones individuales, para comprender que todo se hace bajo una presión interna o externa. Idea, sentimiento, impulso o acción, son siempre compulsivas; jamás nacen de un supremo acto de superior y libre raciocinio.

Una razón general para sostener una idea de la propia libertad, es el argumento de mostrar una larga lista de todas las cosas que se han realizado en la vida. Sin embargo, cabe preguntarse, ¿las hicimos verdaderamente, por propio deseo o nos obligaron a hacerlas a pesar de nosotros mismos? ¿Deseamos tal cosa o nos obligaron a desealarla?

Existen algunas reflexiones muy simples, que debieran llevar, a cualquier sujeto que medite en ellas, a la conclusión de que la escala de valores del *sapiens* está tremendamente distorsionada.

Veamos algunas:

1. La ciencia no hace la verdadera felicidad del ser humano; sólo le brinda comodidad, placer y técnica.
2. La inteligencia no desarrolla ni forma “contenido” en la persona.
3. La naturaleza interna del ser humano no evoluciona apreciablemente durante el curso de la historia.
4. El hombre ignora la mayor parte de lo relacionado con su naturaleza interna.
5. La especie humana no tiene con quién compararse, salvo con los animales, por lo que carece de puntos de referencia en relación a su propio valer o a su verdadera posición en la escala cósmica.

Cada persona debe sacar sus propias deducciones de estos pensamientos.

Es preciso considerar que el hermetismo no se dedica puramente a mostrar “cuán mal” está *el sapiens*, o lo “poca cosa” que es sino que tiene un plan bien definido para la raza humana. El hecho de señalar la verdadera posición del *sapiens* como “un animalito de poca importancia” ante la grandeza universal, y cuyo único valor reside en la posesión de la chispa divina, tiene un objetivo creador y no destructivo. Tratamos de que la persona, a través de la reflexión, perciba la celda sin barrotes en la que se encuentra, ya que éste es el único modo que nazca en ella el deseo de escapar. Mientras un sujeto crea que “todo está bien”, y que él mismo “está muy bien” no habrá ninguna posibilidad de que evolucione realmente. Ésta es la causa por la cual muchos místicos sintieron nacer repentinamente su inquietud espiritual por lo general después de haber atravesado experiencias tremendamente dolorosas que obraron en ellos como un shock positivo, despertándolos de su letargo sonambúlico. El objeto del sufrimiento es hacer que despierte la conciencia del individuo. No obstante, hay muchos tan fuertemente dormidos, que el sufrimiento sólo los embrutece aún más, resultando absolutamente improductivo.

Existen muchas personas que tienen una actitud puramente devocional hacia el hermetismo, pensando que basta “ser muy espiritual” para progresar en el camino, y que estos sujetos “espirituales” (según su propio concepto) serían los más preparados para ascender a niveles superiores. Piensan que el avance se logra por una especie de “contacto” con el cielo o con los “poderes ocultos”, o que basta sacrificarse sirviendo a la humanidad para conseguirlo todo.

En verdad, la gran “desventaja” del hermetismo reside en el hecho de que es el camino de la inteligencia pura, y si el estudiante no desarrolla su inteligencia y conciencia a los niveles requeridos, no hay evolución posible. Otra valla enorme para la gente consiste en que es preciso trabajar mucho, ya que lo hermético es el camino de la “autosalvación” y nadie quiere salvarse a sí mismo, seguramente por flojera y desidia. Prefieren ser “salvados por Cristo”, aunque esto se verifique sólo en sus cerebros alucinados; ser salvados por la “magia”, o por los tripulantes de “platicos voladores”. Uno de los motivos por los cuáles la gente no toma la

decisión de salvarse, es porque no sabe de qué es lo que hay que salvarse, pensando que todo en la tierra es como efectivamente parece ser.

Los “ocultistas profesionales” o eternos estudiantes del esoterismo, tienen siempre la esperanza de encontrar algún día a quien les abra el “tercer ojo”, por ejemplo, creyendo que en eso reside todo el secreto mágico. Para ellos diremos que el “tercer ojo” sólo proporciona visión de las proyecciones energéticas del ser humano, sin brindar, ni remotamente, el menor adelanto o progreso espiritual. Además, señalaremos también el carácter puramente simbólico de la supuesta “operación” de apertura del “tercer ojo” con la cual Lobsang Rampa escondió el verdadero misterio de lo que los hindúes llaman *Maya Virrupa*, cuya traducción más aproximada sería “camino de ilusión”.

El fabuloso unicornio, animal mitológico con un cuerno en la frente, representa esto mismo que estamos hablando. La persona que desee operar con su “tercer ojo”, debe desarrollar este “cuerno” en medio de la frente.

También se ha hecho mucho caudal del desdoblamiento, creyendo que su dominio corresponde a un grado de evolución espiritual. Nada más lejos de esto; es muy simple desdoblarse con extracto de “cannabis indica”, sin mérito espiritual alguno. El desdoblamiento no pasa de ser un ejercicio peligroso y en extremo fatigante. Debemos agregar que jamás se sabe si las “visiones” que el operador pueda contemplar desdoblado, o con su “tercer ojo”, corresponden a una verdad efectiva o son solamente mirajes del éter cósmico. El eterno aforismo “como es arriba es abajo” nos confirma este hecho; si podemos engañarnos con tanta frecuencia en el mundo físico, usando sentidos que dominamos plenamente, con mucha mayor razón es posible engañarse al usar facultades de uso tan difícil y restringido.

Lo verdaderamente importante del desdoblamiento es algo de lo que no se ha hablado mucho, y podemos llamarlo *desdoblamiento hermético*. Consiste en la facultad de *ser consciente simultáneamente en dos planos*: en lo físico y en lo espiritual, en el cielo y en la tierra. Es así como el hermetista se eleva por sobre sí mismo dividiéndose en dos personas, las cuales tienen simultáneamente “los ojos abiertos”. Se dice que de este modo el hermetista consigue el poder de los poderes, el cual es, *juntar la tierra con el cielo*. De esta condición describiremos solamente un fenómeno muy curioso e incomprensible para el sujeto común, y que es el de percibir simultáneamente los dos extremos. Se trata, si alguien puede, entender esto, que el individuo estará triste y alegre *al mismo tiempo, de modo simultáneo. Placer y dolor, calma y agitación, atracción y repulsión, vida y muerte, son vivenciados al mismo tiempo*. No se crea que esto produce un término medio indiferenciado, sino que por el contrario, la comprensión y vivencia absoluta de cada uno de estos estados, sin las repercusiones negativas que los extremos bueno o malo puedan acarrear. Si mencionamos esto no es con la intención de que sea comprendido fácilmente, sino más bien “intuido”.

Los admiradores del Yoga conceden tremenda importancia a Kundalini y los Chakras, pensando que es el pilar fundamental de la realización espiritual. La verdad es que ningún provecho sacaría una persona de este comentado “despertar” (de Kundalini); a lo más, una intensa euforia creativa, que nada tiene que ver con el progreso espiritual.

Debemos comprender que la verdadera evolución no se improvisa de ninguna manera, y que nadie en el Universo puede lograrla sin un proceso lento, sostenido y esforzado, de autorealización.

Hay quienes buscan con tremendo empeño conseguir “poderes mágicos”, tales como la clarividencia, por ejemplo, sin detenerse a pensar si esto sería verdaderamente beneficioso para ellos o no. Al respecto, comentaremos que una de las cosas más fáciles de lograr es lo que comúnmente se llama “videncia”. Para ello daremos la receta, aún cuando esperamos honradamente que nadie la ponga en práctica. Basta, para ser “vidente”, hacerse “espiritista”, y tratar de desarrollar facultades mediumnísticas, lo cual es simple por medio de la sugestión colectiva que se produce en las sesiones espíritas. Al convertirse en médium, el sujeto se vuelve vidente en forma rápida, ya que es poseído por, llamémoslos así, “espíritus controles” de carácter inferior. Tradicionalmente, en ocultismo clásico se les llama “cascarones astrales”, para designar los principios más animales del sujeto que sobreviven por algún tiempo después de la muerte, y que necesitan energía magnética para alimentarse, la cual absorben de personas vivas, produciéndose un caso de vampirismo. El médium es tomado por estos “cascarones astrales” y éstos proyectan en su imaginación todo aquello que ellos mismos ven al encontrarse en “el mundo de los muertos”. Sin embargo, cobran un tremendo precio por esta labor, ya que al absorber las energías del médium, lo dejan exhausto, terminando generalmente por enfermar de leucemia o de cualquier enfermedad extraña que la ciencia no puede controlar.

Hemos conocido el interesante caso de un ex médium que llegó a integrarse a un nuevo grupo de personas que no profesaban el credo espírita. A ellos les contó de sus espectaculares visiones, en las cuales veía seres de la prehistoria que se le aparecían y le hablaban. Al poco tiempo, cinco o seis personas del grupo estaban “viendo” cosas muy parecidas a éstas, por primera vez en sus vidas. He aquí un ejemplo de “contagio magnético”.

Muchos de quienes han alcanzado el poder de las grandes fortunas, se burlan de las cosas espirituales, pretendiendo que no hay nada que su dinero no compre, despreciando al filósofo por creer que trata de “venderle algo”. Protegidos por sus riquezas, sienten que han llegado al pináculo de sus ambiciones. Por desgracia, no comprenden que pasado cierto límite, no hay nada, ni siquiera placeres materiales que el dinero pueda darles, y que el esfuerzo por mantener sus posesiones, consume sus mejores energías.

Cuántos crosos modernos no pueden adquirir a ningún precio un nuevo estómago que les permita disfrutar nuevamente de los placeres gastronómicos, como tampoco pueden restablecer sus energías sexuales

gastadas, para poseer a la mujer que desean. Resulta irónico que no puedan gozar de aquello que el más humilde de los trabajadores está en condiciones de tener.

Una de las cosas reconfortantes de la vida es el contemplar las excepciones a esta regla, como es el caso de quienes emplean sus fortunas en obras de verdadera significación social, por lo cual, seguramente recibirán el premio de los señores del destino en su futura encarnación. Es verdad que por el mérito de las buenas acciones, los pecados le son perdonados al individuo. Es preciso aclarar que para el hermetista no existe el pecado según su habitual concepto, sino que existe la ley de causa y efecto, y los jueces ocultos que juzgan y castigan a la gente según la responsabilidad que tienen, agrupándolos en cuatro categorías:

1. Las masas humanas del bajo pueblo.
2. La burguesía media.
3. Los grandes científicos, destacados profesionales filósofos y dirigentes.
4. Los iniciados.

Estos jueces ocultos castigan al sujeto de acuerdo a la responsabilidad, considerando que la categoría uno tiene una responsabilidad casi nula, la dos, un poco más elevada, la tres tiene mucha responsabilidad y la cuatro, de los iniciados, es considerada absolutamente responsable, por lo tanto, en caso de desviarse del camino correcto, reciben el más fuerte castigo posible, ya que están actuando con los ojos bien abiertos. Esta condena puede llegar a la eliminación física violenta del individuo o a su "degradación" en futuras reencarnaciones.

Resulta necesario señalar que la *ciencia hermética*, como todo lo que existe, puede ser usada para el bien o para el mal. En sí misma es neutra, porque está más allá del bien y del mal, pero algunas de sus reglas pueden llegar a ser conocidas y mal utilizadas. Es por esto, que siempre se ha hablado de "magia blanca" y "magia negra", como ya lo hemos señalado en páginas anteriores, y que en otra de sus manifestaciones (ya hemos hablado de una) una es constructiva y otra destructiva. Cuando se habla de "magos negros" se piensa en una leyenda al estilo de las "Mil y una noches", pero la verdad es que existen "magos negros" en el peor sentido de este término, y en realidad son los más encarnizados enemigos de los *hombres estelares*, movilizándolo todo tipo de fuerzas y personas con el fin de atacarlos. En oposición a los estelares, podemos muy acertadamente denominarlos "abismales".

Muchos de ellos conocen los más extraños secretos para resistir a la muerte. Alejandra David Neel relata en uno de sus libros sobre el Tibet, el horrible caso de unos sacerdotes indescriptiblemente ancianos, que se mantenían con vida alimentándose de hombres vivos que debían agonizar lentamente en un sarcófago especial, sobre la podredumbre de otros que habían fallecido antes en el mismo sitio. En realidad, debían podrirse en vida, pero, para que el hechizo fuera exitoso, debían hacerlo voluntariamente, convencidos por los sacerdotes del extraordinario, y decisivo mérito espiritual de un supremo enfrentamiento con la muerte.

El conde Drácula no es una simple fantasía. La tradición hermética sostiene que estos seres existen realmente, y que muchos de ellos logran vivir cientos de años, a condición de beber sangre humana fresca para extraer de allí la vitalidad necesaria para renovar su propio sistema. De hecho, muchas personas practican a otro nivel un vampirismo inconsciente y absorben las energías de otras. Es así como "el machismo" y el "matriarcado" son solamente formas de vampirismo emocional inconsciente.

Dentro del tema interesa considerar a ciertos negociantes que guiados por su instinto animal, vampirizan a sus competidores, a quienes van absorbiendo gradualmente hasta que terminan por arruinarlos o anularlos. El vampirismo es un tema tan amplio que esperamos tratarlo con más detalle en una obra futura.

El mundo ignora las tremendas batallas sostenidas entre las huestes estelares y abismales. Como la mayoría de las cosas verdaderamente importantes, permanecen escondidas bajo apariencias absolutamente diferentes.

Con respecto al futuro de la humanidad, sostenemos que su mejor esperanza de salvación reside en la posibilidad de establecer científicamente nuestra teoría del "nivel consciente" de las personas. Tal vez puedan producirse en un futuro próximo, importantes avances en el campo del descubrimiento y medición de ritmos cerebrales todavía no conocidos, entre los cuales el de suprema importancia es el *ritmo de la conciencia superior* que aparece en personas de un alto nivel consciente, producto del trabajo hermético en sí mismas. El día que este descubrimiento sea una realidad científica los seres humanos deberán indefectiblemente, agruparse por "niveles de conciencia". Las clases sociales e intelectuales desaparecerán, para dar paso a los niveles conscientes. Es probable que se llegue, de esta manera, a establecer una escala del uno al diez, en que el uno represente el más elevado estado de conciencia medido entre la gente, y el diez, el más bajo. Se comprende que los niveles elevados constituirán el grupo dirigente de la humanidad, y que podrán garantizar, con toda seguridad, un mundo libre de guerras, delincuencias y pobreza, con una igualdad de oportunidades para todos, ya que todo el mundo podrá ascender en la escala consciente y llegar algún día al nivel uno. Sin embargo, para que este sistema fuera aceptado por la gente, tendría que tener muchísimo más peso y autoridad científica que lo justificara, que el que tiene actualmente el sistema de medición de la inteligencia humana; tendría que ser el resultado obvio de una comprobación científica absolutamente clara de la teoría del nivel consciente, y cuya base se divulgara en un lenguaje sencillo al alcance de todo el mundo.

Garantizamos que este descubrimiento será lo más grande que el hombre haya inventado desde que existe sobre la tierra; el único descubrimiento capaz de garantizar en cierta medida el futuro y la felicidad de la raza humana.

No obstante, esto provocará al comienzo, tremendos problemas entre las personas "descalificadas", ya que nos encontraremos con la sorpresa que la mayoría de los individuos que antes pasaban por seres superiores

debido a su gran inteligencia, queden, al medir su nivel de conciencia, clasificados bajo el número 5. Hombres que antes fueron grandes dirigentes, pueden quedar relegados a las categorías más bajas, al comprobar, sin la menor duda, su absoluta carencia de un estado de vigilia superior y de la condición que nace del alto nivel consciente, y que podemos llamar "juicio interno".

A la inversa, hombres muy simples, de escasa cultura, y de una inteligencia "elemental", ocuparán, posiblemente, los primeros lugares. En última instancia, el examen cerebral al cual nos hemos referido para determinar el nivel de conciencia, solamente establecerá el grado de "ancianidad espiritual" del sujeto, traducido a conceptos de *evolución, sabiduría, y perfección espiritual*.

Es así como el mundo podría ser gobernado por un "*Consejo de ancianos del espíritu*", verdaderos sabios poseedores de un elevado nivel de conciencia y de un clarísimo "juicio interno".

Mucha gente cree, basándose en antiguas profecías, o en la interpretación de supuestos mensajes contenidos en las pirámides o en antiguos documentos, que el mundo debe terminarse alrededor del año dos mil, como consecuencia de una gran catástrofe, posiblemente de tipo estelar. Prescindiendo de la veracidad o falsedad de aquellas profecías, consideramos al ser humano como el gran factor determinante de estos fenómenos. Así, como Sodoma y Gomorra fueron destruidas por la extrema perversión de sus habitantes, el planeta tierra es influido en sus relaciones interestelares por los estados mentales, emocionales, instintivos y psicológicos de la humanidad. La conducta y el carácter de la gente influye de manera muy importante en el clima, en la vida vegetal y animal y en los fenómenos telúricos.

Cualquiera catástrofe que estuviera prevista para el año dos mil, podría anularse con un vuelco decisivo o importante en el comportamiento y en la vida espiritual del ser humano.

En esto, como en cualquier circunstancia que se trata de prever el futuro, el hermetista se interesa más por determinar el porvenir que por tratar de predecirlo.

Esperamos, que en el futuro más próximo posible, sea una realidad la medición científica del "nivel de conciencia" del hombre y que se abra de esta manera un nueva aurora para la humanidad.

A LOS LECTORES

Ha pasado mucho tiempo desde la primera edición de mi libro "Los Brujos Hablan". (Primera parte.) He recibido miles de cartas de diferentes países, en especial de habla hispana. Quiero pedir disculpas a todas aquellas personas a quienes no he podido responder. Espero que este nuevo libro disipe muchas de sus inquietudes.

Deseo también responder por anticipado lo que constituye el tema central de la mayoría de las consultas que se me hacen, esto es, la posibilidad de que el Instituto Filosófico Hermético, del cual soy instructor, envíe lecciones por correspondencia para poder profundizar el estudio del hermetismo o iniciarse en él, bajo el estudio de una dirección responsable. Al respecto, es mi deber aclarar que no existe "la iniciación por correspondencia". Solamente se puede aspirar, en ese caso, a seguir "el camino fácil", lo cual, por lo demás, es de gran importancia. Sin embargo, se abre la posibilidad de que el estudiante por correspondencia pase algún día a la etapa superior del "camino difícil", mediante un contacto personal con la escuela y sus maestros.

Esto no significa, de ninguna manera, que un individuo no pueda, si es que es aceptado debidamente, ingresar directamente al "camino difícil", o bien, trabajar de inmediato en forma personal en la escuela, con lo que obtendrá por cierto, un avance más rápido y decisivo.

En el nombre del Instituto Filosófico Hermético, invito a todos aquéllos cuya inquietud espiritual sea de una necesidad imperiosa, a trasladarse a Santiago de Chile para unirse a nuestra escuela. Sin embargo, para esto es necesario reunir algunas condiciones primordiales de tipo espiritual y material. Lo espiritual no puede asentarse sobre lo espiritual, sino que debe, obligadamente tener una base material. Es preciso, antes que nada, efectuar un contacto por carta, haciendo la consulta pertinente a su posible ingreso personal a la escuela, dando toda clase de datos sobre sí mismo. El postulante debe ser mayor de edad y poseedor de una buena cultura general, no tener defectos físicos graves ni enfermedades incurables. Debe gozar de perfecta salud y equilibrio mental y poseer los medios necesarios para su adecuada subsistencia económica. Debe estar dispuesto a renunciar a todo aquello que pueda constituirse en una barrera insalvable para su evolución espiritual y a abrazar el camino hermético como un apostolado para toda la vida. Resulta indispensable señalar que éste no es un camino para los desesperados de ninguna clase, salvo para aquéllos que padecen de la angustia de la incomprensión y de la sed del espíritu. El postulante no debe tener problemas con la sociedad y su relación con la vida debe ser buena. Quien mantiene una mala relación con el mundo no puede destinar su tiempo, o parte de él, a labores del espíritu.

Es mi deber advertir que una gran cantidad de postulantes son rechazados, por no reunir los requisitos necesarios, de manera que la simple solicitud de ingreso no indica, de ningún modo, una segura aceptación de nuestra parte.

Ruego dirigir toda correspondencia a Casilla 14.675, Santiago de Chile, "Instituto Filosófico Hermético", indicando si se desea instrucción por correspondencia o personal.

Envío a todos los lectores mis mejores deseos de superación y evolución espiritual.

JOHN BAINES

ÍNDICE

Palabras de Isis	2
El Anticristo	3
Vivisección del Sapiens	8
El Alma Colectiva de la Especie	12
Los estados orgiásticos	18
La conformidad con el grupo	18
La actividad creadora	18
La unión por el amor	18
¿Ser, o no Ser?	19
La Ilusión del Conocimiento Verdadero	25
La Ilusión de la Libertad	31
El Hermetismo	34
Los Buscadores	37
CAMINO HACIA EL OLIMPO	41
Las Siete Llaves del Conocimiento	41
El principio del mentalismo	41
El principio de correspondencia	42
El principio de vibración	45
El principio de polaridad	46
El principio del ritmo	48
El principio de causa y efecto	51
El principio de generación	53
Los Discípulos	54
Camino fácil del estudiante	55
Camino difícil del discípulo	56
La Iniciación Real	58
Las Pruebas	66
Los Obstáculos	69
Su concepto erróneo del hermetismo o esoterismo en conjunto	69
La dificultad de verse a sí mismo objetivamente	69
El desinterés por conocer la verdad	70
El conformismo con el "rebaño"	70
La dependencia de las pasiones	70
La proyección de los problemas psicológicos hacia la enseñanza	70
El temor a la libertad	70
Las prácticas iniciáticas	70
El desarrollo del super cerebro	70
Educación de las cuatro inteligencias	70
Inteligencia del aparato digestivo (elemento tierra)	71
La inteligencia del aparato procreador (elemento fuego)	71
Inteligencia del aparato circulatorio (elemento agua)	72
Inteligencia del aparato respiratorio (elemento aire)	72
El yo volitivo	72
Amor	73
Esperanza	73
Conocimiento	73
Paz	74
Cerebro: Inteligencia	74
Corazón: sentimiento	74
Sexo: instinto	74
La vida y los poderes del hombre estelar	79
Visión general	84
A los lectores	88